



KAREN VIGGERS

EL MURMULLO
de los
ÁRBOLES



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Prólogo

PRIMERA PARTE. SEMILLAS

1

2

3

4

5

6

7

8

SEGUNDA PARTE. GERMINACIÓN

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

TERCERA PARTE. BROTES

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

CUARTA PARTE. SOTOBOSQUE

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

Epílogo

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

Leon siempre ha cuidado de la gente que tenía a su alrededor y de los árboles de su parque. Ahora, lejos de su isla de Bruny natal, al sur de Tasmania, el joven deberá encontrar su lugar en el mundo, hacer amigos y descubrir su objetivo en la vida. Su nueva vida entre hombres duros que se dedican a la tala de árboles no será fácil. Leon crea nuevos lazos de amistad con Max, un niño acosado por sus compañeros de colegio, y Miki, una chica que anhela ser libre y escapar del yugo de su hermano, que la condena a vivir recluida y sin poder moverse con libertad. Cuando los intereses de su nueva comunidad choquen con la conservación de un eucalipto milenario, Leon deberá decidir qué significa ser un buen hombre.

EL MURMULLO DE LOS ÁRBOLES

Karen Viggers

Traducción de Montse Triviño



*Para David, que ha dedicado su vida
a estudiar los bosques de fresno de montaña
en Victoria,
y
para mi hermana Fiona,
que sabe qué lugar ocupa el corazón
en la historia de la vida.*

«El bosque indómito es el único hogar de ese silencio que se asocia a lo divino. Y sólo las criaturas del bosque captan que existir cada momento lo es todo.»

JANE BAKER, *Church* (inédito)

«Bailamos siguiendo el eco de nuestros propios dioses.»

JOHN KARL STOKES,
«A River in the Dark», canto n.º 6,
Riverwater: Eight chants from the Clyde River

Prólogo

Estaba durmiendo en aquel momento, así que no oyó el ruido de las brasas al caer cuando uno de los troncos rodó desde la chimenea hasta el suelo. Estaba soñando que huía: que se arrancaba el delantal mientras corría descalza esquivando los baches del largo camino de entrada, más allá de las hileras de manzanos retorcidos, hasta llegar a la carretera de grava. En sus dieciséis años de vida, sólo había estado dos veces en aquella carretera. Conducía a otro mundo, uno donde Dios quizá fuera más amable y las tareas se compartieran.

Los demás también dormían, así que nadie oyó el ruido del perchero al caer sobre el tronco. Nadie reparó en las llamas que lamían las prendas arrugadas, que las acariciaban con dedos líquidos, que siseaban entre las fibras. Nadie vio cómo el fuego empezaba a quemar la gastada alfombra, los muebles viejos y desvencijados, el atril en el que padre conservaba su Biblia encuadernada en cuero.

En el sueño, ella caminaba hacia un horizonte distinto. Una alfombra de árboles. Un juego de luces y sombras.

Una voz flotaba a su alrededor, iba y venía, se deformaba, se desintegraba. Trató de comprender lo que decía.

Y entonces la voz se volvió más clara. Era su hermano, que le gritaba: «¡Levántate!».

Algo se precipitó al suelo en su habitación y abrió los ojos. El humo se arremolinaba como una niebla densa y notó la tos en el pecho. Su hermano se inclinó sobre ella, la cogió con fuerza por los hombros y la zarandeó para

obligarla a moverse. Pero no podía respirar. Estaba aturdida por el humo. Inerte como una muñeca de trapo.

Un ruido insistente, como si fuera una vibración o un rugido, se abrió paso en la casa. Lo notó en la piel y en los huesos; todo parecía murmurar al son de aquel bramido. El humo era menos denso y la luz se había vuelto irreal. Anaranjada. Titilante.

Su hermano la sacó de la cama y ella se precipitó al suelo. Oía crujidos y siseos a su alrededor y notaba un calor inhumano que irradiaba desde la puerta.

¿Estaba en el infierno? ¿Había ido Dios a castigarla?

Su hermano la arrastró por la habitación, abrió la ventana de par en par y la arrojó al otro lado, a los rosales. Aterrizó sobre las manos y las rodillas, jadeando: el humo le arañaba el pecho por dentro, no le quedaba aire en los pulmones. Las espinas le arañaron la piel y se le enredaron en el pelo cuando intentó salir de entre los arbustos.

Se arrastró hasta el camino de entrada y se quedó allí encorvada, luchando contra el desfallecimiento, hasta que se le despejó la garganta y pudo respirar. Notó una sensación áspera y dolorosa cuando el aire le entró en el cuerpo.

La casa estaba ardiendo. El humo salía por debajo de los aleros y las llamas se elevaban hacia el cielo. Mientras la observaba, una lengua de fuego alcanzó el pino que estaba junto a su habitación: las llamas se propagaron rápidamente tronco arriba y luego por las ramas, chisporroteando y crepitando entre las agujas. Se encogió, aterrorizada y fascinada a la vez, cuando el fuego devoró el árbol entero.

Pero... ¿dónde estaba su hermano? ¿Y sus padres?

Se puso en pie como pudo, recorrió a toda prisa el camino circular que rodeaba la casa. Los dedos de los pies se le hundían en la grava.

Nadie.

Era imposible volver a entrar. El fuego estaba arrasando la casa. Se quedó allí, contemplando con impotencia cómo ardía. Vio llamas en el salón, en la

habitación de sus padres, tras las ventanas. Oyó, en algún lado, el ruido de un cristal al hacerse añicos. Se desprendían pedazos de techo y caían como si fueran piedras. Su hermano estaba tardando demasiado.

Cuando ya parecía que la casa entera se había convertido en un infierno y que dentro no podía quedar nadie con vida, su hermano saltó por una ventana. Las llamas le lamían la espalda: se arrojó al suelo y rodó desesperadamente de un lado para otro. Por último, se quitó el jersey de lana y lo arrojó lejos.

A la luz trémula del incendio, se acercó tambaleándose hasta ella. Jadeaba; tenía el rostro manchado de hollín y las cejas chamuscadas.

Sujetaba algo pegado al pecho: la carpeta de cuero negro de padre.

Cuando ella lo miró a los ojos, supo que sus padres estaban muertos.

PRIMERA PARTE

SEMILLAS

Leon llegó al pueblo un despejado sábado de otoño. Cielo azul, hojas que empezaban a volverse doradas, el olor del humo flotando en el aire... Se sentía optimista. Un nuevo hogar, un nuevo empleo, una nueva vida: sí, estaba decidido a conseguir que funcionara. Llevaba demasiado tiempo viviendo en Bruny Island con sus padres. Tenía sus motivos para haberse quedado allí, pero había llegado el momento de cambiar. Empezaría desde cero y, dijera lo que dijera su padre, Leon se sentía preparado. Ser guarda forestal del Servicio de Parques en un pueblo maderero era todo un reto, pero sin duda existía la forma de encajar. Sólo tenía que encontrarla.

Echaría de menos la isla, de eso estaba seguro. Amaba sus playas vírgenes, sus acantilados de columnas y sus vientos cambiantes. La espuma de las olas al romper en la orilla. Las aguas inmóviles del canal, en las que nadaban unos cisnes de cuello largo y pico rojo. Las excursiones en kayak por marismas repletas de aves acuáticas y tímidos cangrejos. Sin embargo, había dejado atrás todo aquello y ahora estaba aquí. Por lo menos, seguía en el sur de Tasmania, pensó, y continuaría trabajando entre bosques y árboles, que era algo que llevaba en la sangre.

Casi todas sus pertenencias estaban en su viejo coche rojo. Un kayak en la baca del techo. Una caja de libros en el asiento trasero. Unas cuantas sillas plegables. Una maleta llena de ropa bastante usada. Unas botas de montaña. El saco de dormir de plumas que había comprado cuando estudiaba en Hobart. Ah, sí, cuántos viajes había planeado entonces: excursiones largas, de varios días, por el sur de Tasmania que nunca había llegado a hacer porque había tenido que volver a casa. Lo había hecho por obligación, porque su

madre lo necesitaba. Jamás le perdonaría a su padre haberle destrozado la vida a él y haber arruinado la de su madre.

Ahora, sin embargo, todo eso ya no importaba. Tenía veinticinco años, no era demasiado tarde para empezar de nuevo y estaba entusiasmado. Era la primera oportunidad que se le presentaba en muchísimo tiempo.

Condujo despacio por la calle principal y le sorprendió que estuviera tan concurrida. Los aparcamientos estaban abarrotados de coches. Vio niños cubiertos de barro y vestidos con camisetas de fútbol. Gente que empujaba carritos o cargaba con las bolsas de la compra. Turistas que descendían de un autocar frente a la oficina de turismo. Echó un vistazo a las tiendas: oficina de correos, farmacia, carnicería, panadería, banco, cafetería, local de comida para llevar junto al supermercado y ferretería al final de la calle. En Adventure Bay, donde vivían sus padres, la hora punta se producía dos veces al día y duraba sesenta segundos, cuando llegaba el autocar que llevaba a los turistas a la excursión panorámica en barco. Las únicas tiendas que había allí eran un colmado y una cafetería, así que, en comparación, aquel pueblo era una metrópolis. Allí encontraría prácticamente todo lo que pudiera necesitar. Y si no encontraba algo, siempre lo podría comprar cerca de la oficina del Servicio de Parques, en el último pueblo por el que había pasado. Podría haber alquilado una casa algo más cerca del trabajo, pero había decidido vivir allí, al pie de las montañas. Aquél era el trampolín hacia su nuevo futuro.

Cruzó la carretera y se adentró por una calle tranquila flanqueada por casas de madera con ventanas blancas, paredes de leña apiladas junto a las vallas y chimeneas que expulsaban humo. Tras doblar una esquina, se dirigió colina arriba y fue dejando atrás una casa de ladrillo que había medio escondida entre unos rosales, un camión largo que estaba aparcado sobre el bordillo, un solar vacío con un espantapájaros que custodiaba un huerto descuidado y, por último, otra casa de madera en uno de cuyos lados descansaba apoyado en varios troncos un viejo coche azul.

Un poco más arriba se hallaba su nuevo hogar: una casita de color rosa

cuya parte trasera daba al monte. La reconoció por las fotos que había visto en la página web. Formaba parte de una herencia, el alquiler era barato y estaba semiamueblada, lo cual le interesaba porque él no tenía muebles. Antes de volver a casa de sus padres, vivía en una residencia de estudiantes en Hobart y sólo tenía unos cuantos sillones raídos y un sofá manchado, ninguno de los cuales valía la pena conservar.

Aparcó el coche en el camino de grava y se dedicó a contemplar su nueva morada. Según el agente inmobiliario, la casa había estado habitada hasta hacía poco, pero parecía cerrada y bastante abandonada. La hierba estaba muy crecida. No había valla delantera, ni jardín. En la parte de atrás, la frontera con el monte consistía en una cerca de cinco líneas de alambre de espino; la valla baja y desteñida que separaba aquella casa de la de al lado estaba apuntalada por pilas de leña, aunque todas en la parte de los vecinos.

Al bajar del coche percibió en el aire frío el olor a humo de leña y el hedor dulce de las vacas que pastaban en el prado del otro lado de la calle. En la casa contigua vivía una perra de raza pastor ganadero: trotó hasta la valla, con su vientre enorme y sus tetillas largas, y empezó a ladrar a Leon. Ése debía de ser el comité de bienvenida. Leon subió los escalones de la entrada e introdujo la llave en la cerradura. Sin embargo, la puerta estaba un poco atascada y no se abrió hasta que la empujó con el hombro.

La casa estaba prácticamente vacía. En el salón no había nada, a excepción de un montón de basura en la chimenea. Las cortinas venecianas de las ventanas estaban medio descolgadas. La repisa de la chimenea cubierta de polvo y de excrementos de pósum. Y en la habitación sólo había una cama que chirriaba. Se sentó en el colchón y notó los muelles bajo el trasero. Debajo de la cama, en el suelo, encontró un orinal oxidado. Sin duda, la anciana que había vivido allí padecía incontinencia. De repente, dormir en aquella cama le pareció menos apetecible.

Siguió el recorrido por la casa. En la cocina vio dos sillas de vinilo, por cuyas costuras asomaba el relleno, y excrementos de pósum por todas partes.

Arrugó la nariz. ¿Qué había pasado con lo de *habitada hasta hace poco y parcialmente amueblada*? Aquello no era lo que él había firmado. Pensó en llamar a la agencia y leerles la cartilla, pero luego suspiró. Quería convertirse en una persona nueva, en la clase de hombre que no se deja llevar por la rabia, en alguien distinto de su padre. Había otras formas de solucionar las cosas. Tenía un par de días para limpiar antes de empezar a trabajar. Al día siguiente gastaría parte de sus ahorros en comprar un colchón nuevo y tal vez encontrara muebles baratos en algún mercadillo de segunda mano. Pero era una lástima que aquella casa estuviera hecha un desastre. La ironía de la situación casi lo hizo sonreír. Tres años enfrentándose al caos emocional de su hogar y ahora esto. Tanta suciedad le resultaba sobrecogedora, pero siempre sería mejor que tener que salir en defensa de su madre cada vez que su padre bebía más de la cuenta.

Una vez fuera, bajó el kayak del coche y lo dejó en un lado de la casa. Luego volvió a entrar con el resto de sus pertenencias y las dejó caer al suelo. ¿Por dónde empezar? Lo mejor sería ocuparse en primer lugar de la chimenea, porque estaba casi seguro de que la casa no disponía de aislamiento, lo cual significaba que aquella noche se iba a congelar allí dentro a menos que encendiera un buen fuego..., siempre y cuando hubiera leña, claro estaba.

Buscó en la parte trasera, pero no vio ni un tronco.

Encontró un viejo radiador en un armario y lo enchufó. El hedor del polvo quemado inundó el salón y, de repente, se quedó sin luz: aquel viejo aparato había hecho saltar los plomos. Buscó la caja de fusibles y subió de nuevo el diferencial, pero se hizo a la idea de que no tendría calefacción hasta que consiguiera leña. Encontró un número de teléfono en un imán de la nevera y llamó para que le entregaran una carga aquella misma tarde.

Después de llevar toda la basura al cubo, limpió la repisa de la chimenea con un trapo viejo del coche y la frotó a conciencia para eliminar las gotas pegajosas de pipí de púsum y los restos de caca reseca. Una vez que estuvo

limpia, colocó sus libros en la repisa: guías de campo y volúmenes de historia primero, y luego sus obras de ficción favoritas. Todas ellas transcurrían en Tasmania: *For the Term of His Natural Life*, *Muerte de un guía*, *The Roving Party*. En cierto modo, los libros hicieron que aquella casa empezara a convertirse en un hogar. Formaban parte de él, y su presencia consiguió que le resultara más fácil enfrentarse al resto de las tareas. Cada vez que pasaba por delante de los libros se imaginaba a sí mismo leyendo junto al fuego en las noches frías y le resultaba alentador. Sin embargo, lo de la limpieza no se le estaba dando demasiado bien. El trapo húmedo no bastaba para eliminar tanta porquería, así que decidió hacer una excursión al supermercado y compró un cubo y una fregona, lejía, trapos de usar y tirar y un cepillo de fregar. Ya de vuelta en casa, empezó a barrer, fregar y limpiar con sus utensilios nuevos. La casa entera necesitaba de su intervención. Y luego estaba el váter, lleno de manchas de moho.

Su madre llamó justo cuando estaba echando a la hierba un cubo de agua jabonosa.

—Leon, ¿cómo estás? —le preguntó, como si llevaran meses sin hablar—. Aquí hay demasiado silencio sin ti.

Se la imaginó de pie junto a las cortinas de tul, contemplando la calle al otro lado del césped. Sí, sin duda la casa debía de estar muy silenciosa. Entre semana, su madre se mantenía ocupada limpiando bungalós en el camping, pero los fines de semana los pasaba encerrada en casa con su esposo jubilado. *Minnie*, la gata, debía de estar acurrucada en el sofá o restregándose contra las piernas de su dueña. En el dormitorio principal, su padre seguro que estaba recostado en los almohadones de la cama, viendo la tele: la redifusión de algún partido de fútbol, o tal vez algún torneo de golf. Al otro lado de la calle, las delicadas olas romperían en la playa, siseando sobre la arena. Leon consultó el reloj: el barco que hacía la excursión panorámica de la mañana debía de estar a punto de volver.

—¿Te gusta la casa? —le preguntó su madre.

No podía decirle la verdad, porque si no al día siguiente la tendría allí organizándolo todo y llamando a algún amigo para que le consiguiera muebles.

—Está bien —le dijo—. Todo perfecto.

—Ay, me alegro —respondió ella en tono de alivio—. Espero que el lunes te vaya muy bien en el trabajo. Y no te olvides de visitar al abuelo. Le dije que pasarías a verlo, así que no esperes mucho.

Habían transcurrido tres años desde la última vez que había visitado al anciano, así que presentarse de repente le iba a resultar incómodo. Leon se sentía culpable. Era demasiado fácil olvidarse de los ancianos que vivían en residencias, demasiado fácil asumir que disponían de todo lo que necesitaban: comida, asistencia, otros amigos ancianos... Pero el año anterior había aprendido unas cuantas cosas sobre la vejez. Había conocido a una anciana en la isla: iba todos los días a ver cómo se encontraba, le llevaba la compra y le daba conversación de vez en cuando. Un pequeño compromiso que había sabido mantener. Era una anciana interesante, con muchas historias acerca del pasado, muchas leyendas sobre faros. Leon había comprendido que los ancianos tenían muchos recuerdos que compartir. Tal vez consiguiera hacer hablar a su abuelo. Quién sabe qué secretos podía ocultar aquel hombre... Y tal vez el abuelo pudiera arrojar algo de luz acerca de por qué el padre de Leon se había vuelto tan cruel. Entre aquellos dos hombres no había más que odio, hasta el punto de que el padre de Leon jamás llamaba al anciano. Otra relación padre-hijo tensa y difícil. Al parecer, el mundo estaba plagado de ellas.

—No te olvides de comer bien —estaba diciendo su madre—. Y tendrás que buscar una lavandería. Tienes que cambiarte de ropa todos los días.

—Mamá, no te preocupes. Hay una lavandería en el pueblo.

—Te echo de menos, Leon. Ven a vernos de vez en cuando.

Sólo habían transcurrido cuatro horas desde que se había marchado y ya lo estaba invitando a volver.

—Iré en cuanto pueda, pero no será hasta dentro de unas semanas. Tengo muchas cosas que organizar.

—Muy bien. Bueno, será mejor que te deje tranquilo. Acuérdate de comer.

Le había preparado sándwiches de pan blanco con Vegemite y queso, como si fuera el almuerzo del cole.

—Hasta pronto, mamá.

Cogió los sándwiches y se sentó en el escalón de la entrada. La perra de los vecinos se acercó a la valla, esquivando las bicicletas y pelotas que había esparcidas por el césped. Le gruñó, con las orejas tiesas y el pelo erizado. En la casa de al lado, una mujer de pelo rubio estaba tendiendo la colada en las cuerdas del jardín trasero; al fondo de un garaje de puerta basculante, un hombre delgado vestido con unos vaqueros que le hacían bolsas en el culo estaba reparando algo en un banco de trabajo, mientras la radio emitía a todo volumen la previa de un partido de fútbol. Pese al alboroto, Leon oyó hablar al hombre y a la mujer. Ella parecía estar burlándose de él.

—¿Qué haces, Shane? ¿Te estás ligando a esa motosierra o qué? Llevas todo el día trabajando.

—La cadena se ha atascado, y eso que la afilé el jueves.

—Pues compra otra. Tampoco cuestan mucho, ¿no? Cadena o cigarrillos, tú eliges.

—Cigarrillos. No puedo pasar sin ellos.

—Pero tampoco puedes pasar sin la cadena, ¿no? Porque entonces no tendremos dinero para nada.

—Voy a intentar afilarla otra vez.

Un niño de aspecto bastante desaliñado, vestido con la camiseta de un equipo de fútbol, subió la colina en su bici, sin casco. Entró con la bici por la verja de la casa contigua, la dejó caer al suelo y se metió en la casa. Salió momentos después con una bolsa de patatas en una mano y un iPhone en la otra. La perra correteaba tras él. El niño se acercó a la valla y miró a Leon.

Era delgado: tenía una mata de pelo castaño claro, las mejillas hundidas y la piel clara.

—Hola —le dijo Leon—. ¿Qué tal?

—Bien. ¿Quién eres?

—Leon.

El niño abrió la bolsa de patatas, cogió un puñado y se las metió en la boca, mientras la perra lo devoraba con los ojos, esperanzada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Leon.

—Max.

—Tu perra es muy bonita.

El animal torció el morro y gruñó.

—Se llama *Rosie* —dijo el niño, mientras le acariciaba el lomo al animal—. No es mía, es de papá. Papá se la lleva al bosque para que los verdes no se acerquen a la camioneta. Él quería un macho, pero mamá dijo que tenía que ser una hembra porque los machos se mean por todas partes.

—Te gustan los perros, ¿verdad? —preguntó Leon.

—No están mal.

Max le acarició la cabeza a *Rosie*, mientras la perra lo miraba jadeando.

—Le caes bien —dijo Leon.

—Es porque le doy patatas.

—¿Qué le pasa en las tetillas?

—Tuvo cachorros. Pero se los comió.

No parecía muy creíble. ¿Le estaba tomando el pelo aquel crío?

—¿Por qué no la lleváis a esterilizar si no es buena madre?

—Cuesta mucho dinero.

Leon se preguntó cuántas camadas habría tenido aquella perra. Más de una, a juzgar por lo mucho que le colgaban las tetillas. Se fijó en el tamaño del vientre y dedujo que estaba otra vez embarazada.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó al niño.

—Diez.

—Eres muy alto para tener diez años —dijo.

El niño se irguió aún más.

—Juegas al fútbol, ¿no? —añadió, señalando la camiseta del niño—.
¿Cómo se llama tu equipo?

—Los Devils.

—¿Qué tal os ha ido hoy?

—Hemos perdido.

—Qué lástima. Bueno, no siempre se puede ganar.

—Nunca ganamos.

—Mala suerte, ¿eh?

—Papá dice que no tiene nada que ver con la suerte. Que lo que pasa es que somos malísimos.

—Nadie es bueno a los diez años.

—Jaden, el hermano de Callum, es bueno.

—¿Tiene diez años?

—No, doce.

—Pues te quedan dos años para ser bueno.

Max negó con la cabeza.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque no sirvo para nada.

A Leon no le cupo duda de que aquello lo había dicho el padre de Max. Casi le pareció escuchar el eco de aquellas palabras en el jardín trasero. Recordó cuando iba con su padre a jugar al fútbol a la playa. Cada vez que la pelota terminaba en el agua, su padre le gritaba: «¡Ve a buscarla! ¡¿Es que no sabes chutar recto?!». Pero la mayoría de las veces se divertían jugando a pasarse el balón: era la forma que tenían de conectar cuando Leon era pequeño. La pesca no había funcionado porque a Leon siempre se le enredaba el sedal y perdía los aparejos entre las rocas, así que el fútbol se había convertido en la mejor opción. Lástima que ya no les sirviera.

—Yo juego bastante bien —le dijo a Max—. Puedo ayudarte si quieres. Con un poco de práctica mejorarás enseguida.

Max se encogió de hombros y dejó el teléfono sobre uno de los postes de la valla para poder coger más patatas.

—¿Vas a vivir en esta casa?

—Sí. Me he instalado hoy.

—¿Sabes que está encantada? La señora Westbury murió ahí. Alguien tenía que venir a ver cómo estaba, pero parece que se les olvidó. Papá notó el olor y llamó a la poli. Dijeron que ya estaba podrida. Como la fruta.

Leon imaginó a la anciana muerta en la cama. ¿Un infarto mientras dormía? ¿O se había ido apagando lentamente, a la espera de que alguien acudiera en su ayuda? Era muy triste que nadie se hubiera preocupado por ella. Quizá fuera mejor estar en una residencia de ancianos, como su abuelo. O quizá no... Leon no soportaba el aspecto de hospital de aquellos lugares. Puede que la señora Westbury hubiera decidido morir en su propia casa.

Un niña pequeña salió de la casa de Max, cargada con una muñeca, y cruzó el jardín. Tenía los ojos marrones y el pelo oscuro, la nariz llena de mocos y el flequillo desigual, probablemente porque se lo habían cortado en casa. Caminaba con un dedo metido en la nariz. Estaba claro que era la hermana de Max: la misma forma de la cara, la misma mandíbula.

—Ésta es Suzie —dijo, al tiempo que le apartaba la mano de la cara—. No te metas el dedo en la nariz.

La mujer rubia los estaba observando desde las cuerdas de tender. Seguro que los había oído hablar.

Leon sonrió y la saludó.

—Hola, me llamo Leon. Sus hijos y yo estamos charlando.

La mujer encendió un cigarrillo y se aproximó. Al verla de cerca, Leon se dio cuenta de que era más joven de lo que pensaba; de hecho, no era mucho mayor que él, pero tenía dos hijos y seguramente había llevado una vida

bastante más dura que él. Tenía el pelo rubio y los ojos azules, y le pareció bastante guapa, aunque de aspecto cansado.

—Me llamo Wendy —dijo ella, observándolo a través del humo con los ojos entornados—. ¿Vas a vivir ahí?

—Sí, tengo un contrato de alquiler de seis meses. Y un trabajo nuevo.

—¿Bosques?

—No, Servicio de Parques. Soy guarda forestal.

Se produjo un silencio breve y Wendy apretó los labios.

—Mi marido es leñador. Tala árboles en las laderas a las que no pueden llegar las máquinas.

Eso explicaba lo de la motosierra, pensó Leon.

—Pues entonces es una especie poco común. Hoy en día casi nadie usa motosierras.

Wendy torció los labios.

—¿Entiendes de bosques?

—Vengo de una familia de leñadores. Mi abuelo era leñador en Bruny Island, y su padre antes que él, etcétera. Mi padre trabajó en el aserradero hasta que estuvo a punto de perder una mano.

—Vaya.

—Sí. No ha sido fácil para él. Ni para mi madre. Mi padre no soporta estar jubilado, preferiría cobrar un sueldo decente.

Leon apenas podía creerse que le estuviera contando todo aquello a Wendy. Además, ¿por qué estaba defendiendo a su padre?

—En fin —añadió—, creo que me pondrán a limpiar lavabos y a vaciar papeleras.

Wendy rehuyó su mirada y acarició con una mano la cabeza de su hija.

—Niños, será mejor que entremos a comer. Y tú tienes que ordenar tu habitación, Max.

Cuando Wendy ya se alejaba con los niños, Leon vio el móvil de Max, que aún seguía sobre el poste de la valla.

—Max —lo llamó—, te has dejado el teléfono. Cógelo, no vaya a ser que llueva.

Wendy le dio una palmada a Max en el brazo.

—Si no vigilas tu teléfono, te lo voy a quitar.

El niño regresó hasta la valla arrastrando los pies y recogió el móvil.

—Qué más da, si hoy tampoco va a llover —refunfuñó.

Leon lo compadeció.

—Tráete un balón cuando quieras y practicamos unos pases.

El niño asintió.

Wendy los estaba observando desde el porche y Leon creyó ver en sus ojos un destello de sorpresa. Le pasó un brazo por encima de los hombros a su hijo y entró en casa con él.

—¿Qué te parece, Max? —la oyó decir Leon—. Podemos decirle a papá que te hinche el balón.

Cuando cerraron la puerta, Leon volvió a quedarse solo..., excepto por la perra, que lo miraba y sacudía la cola.

No se fiaba mucho. No entendía gran cosa de perros, pero había algo que sí sabía: que pueden parecer amistosos y, de repente, intentar morderte la mano.

Max no quería ordenar su habitación, porque era aburrido. Tampoco entendía de qué servía si no tardaría en volver a desordenarla. Mamá no hacía más que repetírselo, como si fuera algo muy importante, pero la verdad es que el resto de la casa no estaba precisamente ordenado. Nada que ver con la casa de Robbo, un poco más abajo en la misma calle. La mujer de Robbo, Trudi, siempre lo tenía todo limpiísimo. «Como una casa de revista», decía mamá. Aunque mamá también decía que Trudi no tenía nada más que hacer, porque no tenía hijos y sólo trabajaba media jornada. Pero mamá no trabajaba, así que ella también tenía mucho tiempo libre. Max se preguntaba a veces a qué se dedicaba todo el día. Él y Suzie tampoco le daban demasiado trabajo, así que... ¿por qué no podía ella ordenarle la habitación? Max tenía otras cosas que hacer, como sacar a la perra a pasear.

Le gustaba dar largos paseos con *Rosie* durante los fines de semana, para alejarse un poco de mamá. Ya estaba cansado de tanta tarea. «Recoge la bici. Guarda las pelotas en su sitio. Seca los platos. Saca la basura.» Sacar la basura era cosa de papá, pero nunca lo hacía. ¿Y por qué no podía Suzie guardar las pelotas en su sitio? Tampoco era tan difícil. ¿Y por qué tenía que recoger la bici? Total, si al día siguiente volvería a usarla.

Fue al garaje a buscar la correa de *Rosie*.

Papá seguía arreglando la motosierra y parecía enfadado.

—¿Adónde te crees que vas? —le dijo con el cigarrillo colgando entre los labios.

—A dar un paseo con *Rosie*.

—Ni hablar. Ya es casi la hora de comer.

Max dejó caer la correa al suelo. *Rosie* se iba a poner triste: lo estaba observando sin dejar de menear la cola, con una sonrisa alegre en el hocico.

—Luego —le dijo Max—. Papá dice que ahora no podemos ir.

Papá le lanzó una mirada, pero Max se dirigió lentamente hacia la casa.

En el salón, la tele estaba encendida, como de costumbre. Mamá nunca la apagaba. Decía que el sonido de las voces le hacía compañía cuando los demás no se dignaban a hablar con ella. Max no lo entendía: si estaba siempre con el teléfono chateando en Facebook... ¿Eso no era hablar? Papá se pasaba todo el día en el bosque, así que, claro, no podía hablar con ella. Y Max normalmente estaba en el cole. Y cuando estaba en casa, ella no hacía más que encargarle tareas, así que tampoco tenía tiempo para hablar. Y Suzie aún era pequeña, lo único que hacía era protestar y llorar. ¿Qué esperaba mamá? Tendría que hablar con *Rosie*. Con los perros se podía hablar de cualquier cosa, siempre escuchaban.

Se dejó caer en el sofá, pero lo que ponían en la tele le parecía muy aburrido. Carreras de coches y otros deportes. Max estaba harto de los deportes. Mamá estaba en la cocina, armando jaleo con platos y cazuelas mientras preparaba salchichas para la comida. A Max le llegó el olor. En ese momento, mamá asomó la cabeza por la puerta.

—La comida ya está. Ve a llamar a tu padre y a Suzie.

Max suspiró. ¿Es que no veía que acababa de sentarse? Estaba cansado. Se había pasado la mañana corriendo en el partido. Campo arriba, campo abajo. Pero sin tocar la pelota. Perdiendo todos los encuentros. Max ya lo tenía superado. Los adultos decían que lo importante no era ganar, pero él sabía que era importante no perder. Se daba cuenta por la forma en que papá se apartaba de él después de cada partido. No tenía tiempo para perdedores.

Cuando se sentaron a comer, guardaron silencio. Papá se sirvió en primer lugar porque era el hombre de la casa. Luego mamá le preparó un sándwich de salchicha a Suzie y Max tuvo que esperar aunque estaba muerto de

hambre. Cuando mamá asintió, Max cogió un poco de pan y una salchicha y la roció con salsa de tomate.

—Calma —le dijo mamá—, no hace falta que te pongas tanto.

Papá frunció el ceño.

—¿Quién te crees tú que paga esa salsa, a ver?

Papá se zampó cuatro salchichas, pero Max con dos ya estaba lleno. Entonces papá le pidió que fuera a buscarle una cerveza a la nevera. Se lo dijo en plan mandón, como si él fuera su esclavo. Max se puso en pie despacio y le acercó una lata de Cascade a su padre, que la abrió y le dio un trago.

—¿Quién es el tío nuevo de la casa de al lado? —le preguntó papá a mamá.

—Se llama Leon —dijo mamá.

—¿Y de qué trabaja?

—Es guarda forestal en el Servicio de Parques.

—Sí, hombre... —gruñó papá—. Sólo me faltaba un vecino así. Pues que no espere que sea amable con él.

Max no sabía muy bien qué clase de vecino creía papá que era Leon. Si ni siquiera había hablado con él.

—Parece majo —dijo mamá—. Le ha dicho a Max que lo ayudaría con el fútbol, ¿verdad, Max?

—Sí.

A Max le sorprendió que mamá hablara bien de Leon, porque no se había mostrado muy simpática con él cuando se habían conocido. Ni siquiera lo había mirado. Y eso que a él siempre le decía lo mismo: «Cuando hables con alguien, míralo a la cara». Sin embargo, ella no lo había hecho con Leon.

Papá advirtió a Max con el dedo.

—Ya sabes que no debes hablar con desconocidos.

¿A qué se refería papá? No parecía que Leon se propusiera secuestrar a Max ni nada de eso. Además, era más interesante que la anciana señora

Westbury.

—No le hagas caso a tu padre —le dijo mamá—. Leon parece buena gente. Deberías ir a verlo mañana. Y llévate una pelota —dijo. Luego miró a papá—. ¿Podrías hincharle un balón?

—Eso será si lo encuentro. Es imposible encontrar algo entre esa hierba tan alta.

Papá se estaba preparando otro sándwich de salchicha. Le echó un kilo de salsa.

—¿Qué vas a hacer después de comer? —le preguntó mamá a papá.

—Seguir arreglando la motosierra, y luego ir al fútbol.

—Pero dijiste que cortarías el césped.

—Pues hoy no tengo tiempo. Lo puede hacer Max.

—Pero yo tengo que sacar a *Rosie* —dijo Max—. Y no sé arrancar el cortacésped.

—Ya te lo arrancaré yo —dijo papá—. A pasear a *Rosie* puedes ir luego.

Max estaba harto de ese *luego*. No le gustaba nada cortar el césped, porque para hacerlo tenía que recoger todas las bicis, los patinetes y las pelotas. Aunque a lo mejor bastaba con esquivarlos. ¿Sería eso suficiente?

Papá se puso en pie para marcharse, pero mamá le dijo:

—¿Y qué pasa con las otras tareas que ibas a hacer este fin de semana?

—Mañana —dijo.

—Pero tenías que arreglar el desagüe y ayudarme con las compras. Y el váter no funciona muy bien.

—Porque los niños usan demasiado papel.

—Hay que arreglarlo.

—Pues llama a un fontanero.

—¿Y con qué dinero le pago?

Papá se dirigió hacia la puerta.

—Si tú no ayudas, yo paso de cocinar esta noche —dijo mamá, en un tono de voz cada vez más alto—. Me declaro en huelga. Tendrás que encargarte tú

de la cena.

Papá cerró de un portazo.

—¡Pues pediremos comida! —gritó desde fuera.

—¡¿Y qué tal si cocinas tú y ahorramos dinero?!

—¡Ya ahorro reparando la motosierra!

—¡Claro, y supongo que mañana seguirás reparándola, ¿no?!

Para entonces, mamá ya estaba chillando, y Max se tapó los oídos con las manos. No soportaba oírlos discutir. Siempre por el dinero. Por eso le gustaba tanto salir a pasear a *Rosie*: porque los perros no ponían tareas, ni discutían ni le decían a la gente lo que tenía que hacer. Eran cariñosos, felices y divertidos. Cuanto más pensaba en ello, más se convencía de que los perros eran mejores que las personas.

—Tu padre es un vago —murmuró mamá—. Siempre lo deja todo para mañana. —Señaló a Max—. Espero que de mayor no seas así.

—No quiero cortar el césped —gimoteó Max.

Si conseguía darle un poco de pena a mamá, tal vez lo hiciera ella en su lugar. Su madre, sin embargo, se encogió de hombros.

—Pues no hay nadie más para hacerlo. Y será mejor que recojas antes las bicis. No quiero una chapuza, como la última vez. Y recuerda que también tienes que ordenar tu habitación.

Max se terminó la salchicha y se fue a su cuarto. Metió el pijama bajo la almohada, luego guardó unos cuantos juguetes en el armario y lo cerró. Con un poco de suerte, mamá no miraría allí dentro. A lo mejor se conformaba con ver el suelo despejado. Cogió del cajón un poco del dinero de su paga antes de ir a buscar la correa de *Rosie*. Quería ir a la tienda y comprarse una cuantas chuches. Así se animaría un poco.

Pero papá ya había sacado el cortacésped y estaba comprobando si tenía combustible.

—Vacío —dijo.

Cogió la lata de gasolina del estante y la sacudió, pero también estaba

vacía. Le dio la lata a Max.

—Ve a llenarla a la gasolinera.

—Pero pesa mucho —dijo Max.

—Pues llévate el cochecito de Suzie. Así no te costará tanto traerla a la vuelta.

—Por favor, papá, ¿por qué no vas tú a llenarla? Los niños no pueden comprar gasolina.

En realidad, Max no quería que lo vieran con el cochecito de Suzie, porque todo el mundo se reiría de él. De todas formas, Suzie ya ni siquiera debería ir en cochecito: era lo bastante mayor para andar.

Papá abrió su paquete de cigarrillos y sacó uno.

—Hoy no tengo tiempo para ir a buscar gasolina —le dijo—. Lo haremos mañana.

A Max le pareció bien. Seguro que a mamá no le gustaba la idea, pero Max confiaba en que a papá se le olvidara lo de la gasolina, porque así él no tendría que cortar el césped. Cogió la correa de *Rosie* y ella se le acercó corriendo, lista para salir a pasear. Ató la correa al collar.

—¿Qué haces? —le preguntó papá.

—Llevar a *Rosie* a dar un paseo.

—Más te vale volver a tiempo de venir al partido.

—No quiero ir.

—Mala suerte. Tienes que venir. Te conviene ver jugar a los mayores y aprender algo.

A las cinco en punto, en el establecimiento de comida para llevar de la calle principal del pueblo, Miki se cambió el delantal y se preparó para la avalancha de la noche. Aquel sábado por la tarde, entre cliente y cliente, había barrido y fregado el suelo, había limpiado las superficies de trabajo, había rascado la parrilla, había extraído de la freidora los restos de rebozado chamuscado, había repuesto existencias en las neveras y los estantes y había terminado de llenar las fuentes de ensalada. Ya no le quedaba nada que hacer, excepto esperar. Así que se apoyó en la barra y contempló, al otro lado de la ventana, el paso de la vida.

Su hermano, Kurt, estaba en las habitaciones de la trastienda, donde ambos vivían. Estaba poniéndose al día con los impuestos y la contabilidad. Los impuestos tendrían que haberlos presentado a finales del mes anterior, pero Kurt era un poco lento en todo lo relacionado con el papeleo. Miki se había ofrecido a hacerlo, porque se le daban bien los números después de haber pasado tantas horas en la cocina con su madre tratando de entender las mates. Pero Kurt decía que su obligación era cuidar de ella y así era como quería que siguieran las cosas. El trabajo para hombres por un lado y el trabajo para mujeres por otro. Como en la granja. De ahí que Miki hubiera tenido que buscar una manera discreta de seguir controlando las cuentas. Cuando trabajaban juntos en la tienda, ella sumaba mentalmente los ingresos mientras Kurt atendía la caja y contaba el dinero.

La vida de Miki había sido trabajo y más trabajo desde que era pequeña. En la granja, ella y su madre se ocupaban de las tareas domésticas. Con el tiempo, la artritis de su madre había empeorado: la pobre mujer se había

vuelto más lenta y torpe, siempre estaba cansada y el dolor de las articulaciones le impedía arrodillarse para rezar. Pese al dolor constante, no había dejado de darle clases durante la semana, pues le seguía gustando resolver problemas de matemáticas complejos. Miki repartía sus tareas entre clase y clase: cocinar, limpiar, ordeñar, lavar los platos, ocuparse del huerto, encender el fuego, dar de comer a las gallinas, rastrillar las hojas... Estaba acostumbrada al trabajo duro.

Ahora, sin embargo, ya tenía casi dieciocho años y la tienda se le empezaba a quedar pequeña. Deseaba poder participar más en el negocio, tener más libertad, pero Kurt la había rodeado de un andamiaje de normas. Debía minimizar el trato con los clientes. Evitar el contacto visual. Agachar la cabeza y seguir trabajando. Kurt se aseguraba de que ella siempre tuviera algo que hacer, así que el único momento en que Miki podía detenerse a recuperar el aliento era cuando su hermano se iba. Kurt se comportaba como un guardián: era diez años mayor que ella y estaba al mando.

En general, a Miki no le molestaba especialmente tener que estar en la tienda, ya se había resignado. Al principio le había resultado difícil, porque no tenía tanto espacio como en la granja: le faltaba luz y aire, y a menudo notaba una opresión en el pecho.

En la granja solía esperar con entusiasmo a que llegara el domingo. Una vez terminadas las tareas, se quitaba la falda, se ponía un peto y se dirigía al bosque que había tras los árboles frutales. Allí se le henchía el corazón y se sentía libre. Kurt siempre la acompañaba. Equipados con botas de agua, dejaban atrás el cobertizo con su tractor, sus herramientas y su sala refrigerada, el huerto que les daba de comer la mayor parte del año, la pila de abono formado por restos orgánicos —que, a su vez, servía de alimento a la flora local—, hasta que llegaban al huerto en el que los viejos manzanos alzaban hacia el cielo sus nudosos brazos y la hierba crecía exuberante. Al otro lado de la valla los esperaba el bosque, misterioso, reservado y sugerente. Miki se colaba entre los hilos de alambre, mientras Kurt se subía a

uno de los postes para saltarla. Se adentraban por un sendero apenas visible, más allá de las colmenas, entre unos eucaliptos altísimos de corteza gris. A medida que el bosque los iba envolviendo, Miki notaba el cuerpo más ligero y la felicidad se adueñaba de ella. Le encantaba ver el movimiento de las hojas en lo alto, escuchar el crujido de las ramas al rozarse, el susurro del viento en las copas, el chasquido de los tallos bajo sus pies, y oler el perfume mentolado de los matorrales. La semana se desdibujaba y las normas de su padre se esfumaban. Allí era alguien. Era ella misma. Una joven que esperaba mucho del mundo.

Recorrían la ladera para dirigirse a su barranco favorito, saltaban troncos cubiertos de musgo, cruzaban un arroyo flanqueado por helechos que desplegaban sus frondas, caminaban entre grandes tocones medio podridos que se convertían en húmedas sillas en las que sentarse. Todo solía estar muy silencioso. Sólo se oía el canto del abanico gris. El tiempo y el espacio se expandían. En aquel lugar, ella y Kurt se convertían en iguales durante unas horas. Miki le hacía las mismas preguntas todas las semanas: «¿Cómo está padre?». Siempre esperaba una respuesta coherente, pero con Kurt nunca se sabía qué esperar, si sol o tormenta. Por lo general, se encogía de hombros: «Mandón como siempre —decía—. Ya sabes, como las lentejas: o las tomas o las dejas».

Miki pensaba en la carretera que pasaba por delante de la granja, imaginaba que desembocaba en otras carreteras y luego en la autovía que llegaba hasta Hobart. Sólo había estado una vez en aquella carretera, cuando tenía siete años y padre había perdido los dedos; sin embargo, siempre había pensado que algún día se marcharía de aquella granja y no volvería. Sólo que no había esperado que fuese tan pronto.

A veces habían hablado de la artritis de madre.

—Me preocupa —había dicho Miki—. Madre está cada vez más lenta. ¿Crees que necesita tratamiento?

Kurt arqueaba las cejas.

—Ya sabes cómo es. No quiere tomar ningún veneno. Prefiere vivir con el dolor.

Pero aquel dolor había sido una especie de soga para Miki. Una soga que se estrechaba más y más en torno a su futuro, que la mantenía atada a la granja.

Para Kurt las cosas siempre habían sido muy distintas. En su caso, siendo un chico, las normas siempre habían sido más flexibles. Había ido al colegio hasta los diez años, mientras que Miki había estudiado en casa desde el principio. Él siempre había tenido más libertad: conducía hasta el pueblo, compraba provisiones, se relacionaba con gente... A Miki no se le permitía salir, porque madre y padre decían que el mundo no era seguro para las mujeres. Hablaban de drogadictos y ladrones, de gente sin moral ni Dios, de hombres que forzaban a mujeres, de ricos que robaban a los pobres, de chicas que enseñaban demasiado. Y todo era pecado.

Miki, sin embargo, ya sabía que las cosas no eran así. Kurt decía que tanto los habitantes del pueblo como los turistas eran malvados, pero Miki los había observado de cerca. Ella no podía salir de la tienda, pero los demás sí podían entrar. Había aprendido escuchando a los clientes, escrutando sus rostros, memorizando sus conversaciones, observando la forma en que se movían, hablaban o interactuaban. La granja olía a hierba, barro y estiércol, y a la fragancia leñosa de los manzanos. En la tienda, en cambio, todo era más complejo, todo se superponía. Olores corporales. Perfumes. Humo de cigarrillos, comida.

Aun así, Miki ansiaba escapar. Caminar hacia donde le apeteciera. Hablar con la gente, ir al instituto. Kurt, sin embargo, se lo impedía. La encerraba en casa cada vez que él salía. Decía que las mujeres necesitaban protección y que él la mantenía a salvo. Que era lo que padre y madre hubieran querido, insistía. Y lo mismo ocurría con los estudios. Kurt decía que la educación de las niñas estaba sobrevalorada. Que era una pérdida de tiempo. ¿Cómo podía

explicarle Miki que echaba de menos las clases con madre porque le gustaba utilizar el cerebro?

Habían transcurrido dieciocho meses desde el incendio y no pasaba ni un solo día sin que Miki lo recordara. Todo había desaparecido durante una espantosa noche: sus padres, su hogar y su vida. Su familia se había esforzado mucho por servir a Dios, así que, sin duda, éste tendría que haberles lanzado algún tipo de aviso. Y, sin embargo, Miki había revivido mentalmente el día del incendio muchísimas veces y no había encontrado nada que indicara lo que estaba a punto de suceder. Kurt decía que era la prueba de que Dios no existía: si Dios fuera real, los habría protegido. Después de aquello, su hermano había abandonado la religión. Y, si bien al principio Miki se había sentido perdida sin Dios, una vocecilla en su interior le decía que estaba de acuerdo con Kurt. ¿Tantas horas rezando no habían servido para nada? Para ella no tenía el menor sentido. Si el incendio había sido una prueba para que demostrara su fe, quizá Dios le había pedido demasiado.

¿Cómo recuperarse de una pérdida tan grande que resultaba casi imposible de asimilar? El dolor la asaltaba en los momentos de tranquilidad, la arrastraba como un río en plena crecida. Echaba de menos a su madre, que siempre había sido amable y paciente, tan distinta de padre. Él siempre había sido estricto e inflexible, pero a su modo la quería, y Miki también lo echaba de menos. Algunas noches los imaginaba en el dormitorio en llamas. A padre tratando de ayudar a madre a levantarse de la cama. El techo cayéndoles encima. El camión de madre pasto de las llamas. Sus gritos de auxilio amortiguados por el rugido del fuego.

La mañana después del incendio, mientras las gallinas correteaban por el césped, Miki y Kurt se habían quedado allí esperando a que las autoridades se marcharan. Luego habían deambulado entre las ruinas de la granja, en busca de algo que se hubiera salvado de las llamas. Pero no había quedado nada. La chimenea chamuscada. Montones de chapa retorcida. Hileras de tocones de

cemento. Fragmentos de metal fundido. Cristal prácticamente derretido. Miki había encontrado entre los escombros la esfera manchada del reloj que presidía la repisa de la chimenea; la mano rota de una muñeca; unas cuantas monedas combadas y abolladas. Y con todos aquellos objetos en las manos manchadas de hollín, había llorado. Tal vez estuviera pisando los huesos de sus padres.

El fuego la había destrozado, pero la vida era insistente. Una semilla había germinado en el lecho de cenizas que el incendio había dejado tras de sí, y pronto habían empezado a desplegarse las frondas de un nuevo comienzo. Miki se había comparado a sí misma con un árbol joven que busca el camino hacia la luz. Durante aquellos primeros días, ella y su hermano habían vivido en el cobertizo: se alimentaban a base de huevos y judías de lata que calentaban en una sartén, con el mismo hornillo de gas en el que padre y Kurt derretían la cera que usaban para injertar brotes en los árboles frutales. En una o dos ocasiones, Miki había visto un coche pasando despacio por la carretera, posiblemente vecinos. Pero nadie había ido a verlos. Las visitas nunca habían sido bien recibidas en la granja.

El tercer día, Miki se había quedado acurrucada sobre una pila de mantas mientras Kurt estudiaba detenidamente los documentos de la carpeta de cuero negro que había rescatado del incendio. Miki le había dicho que ella también quería ver aquellos documentos, pero él la había ignorado y le había dicho que no debía preocuparse por esas cosas, que ya se ocuparía él. Sin embargo, Miki había seguido pensando en padre y en aquella carpeta, en lo importante que era para él, hasta el punto de que la trataba con tanto respeto como si fuera la Biblia. Jamás la dejaba por ahí. Miki no tenía ni idea de dónde la guardaba, así que... ¿por qué Kurt había sabido dónde encontrarla?

En la tienda, su hermano también guardaba la carpeta a buen recaudo, posiblemente en la habitación cerrada con llave del sótano. Era el lugar en el que almacenaban las bebidas gaseosas y también el sitio al que su hermano solía retirarse cuando buscaba un poco de paz. Kurt decía que aquella carpeta

era su billete al futuro, así que debía custodiarla. Miki no tenía ni idea de lo que podía contener: quizá talonarios de cheques y el contrato de alquiler de la tienda. ¿Qué otra cosa podía ser?

Después del incendio, Kurt había querido quedarse en la granja. Había planeado transformar el cobertizo en un hogar y pedirle a Miki que le echara una mano con el huerto. Pero cuando Kurt había ido al banco y había descubierto que la granja estaba cargada de deudas, la única solución que le había quedado había sido venderla. Después de pagar todas las deudas apenas les había quedado dinero, así que sólo habían podido permitirse el alquiler de aquella tienda. Desde entonces trabajaban cinco días a la semana, desde las siete de la mañana hasta las ocho y media de la noche. La tienda era una fuente de ingresos, que les hacían mucha falta, y estaba cerca del bosque, que les encantaba. Y, de hecho, les había ido muy bien. Kurt había comprado muebles, una tele en color enorme, una camioneta nueva, máquinas para hacer ejercicio... Decía que tenían ahorros y que pronto dispondrían del dinero suficiente para pagar la entrada de su propia granja. Miki sabía que perder la propiedad familiar había sido un mazazo para Kurt y que su hermano no veía el momento de recuperar lo que había sido suyo.

Kurt salió de la trastienda cuando llegaron los primeros clientes de la noche: Toby, el del aserradero, con sus muchos tatuajes y sus cuatro hijos. Toby era un tipo gigante, calvo y con una barba poblada que parecía un nido de líquen pegado a su barbilla. Entre semana apestaba a serrín y sudor, pero los fines de semana se echaba una loción para después del afeitado que desprendía un suave perfume a naranjas, igual que el detergente para suelos que usaba Miki. Cuando Kurt le hizo un gesto con la cabeza, Miki bajó la mirada y se apartó a un lado para que su hermano pudiera tomarle nota.

—¿Qué quieres? —le preguntó Kurt a Toby, en tono brusco.

Ella le hubiera hablado de otra manera.

Toby, sin embargo, tampoco se esforzó mucho por resultar cordial.

—Menú familiar de *fish and chips* y doce raciones de pastel de patata. —

Frunció el ceño—. ¿Cuántos trozos de pescado vienen?

—Cinco, como siempre.

—Pero somos seis. Steph, los niños y yo.

—¿Quieres otro trozo de pescado, entonces?

—¿Cuánto me vas a cobrar?

—Los precios están en la pizarra.

Miki le habría añadido otro filete de pescado sin cobrarle. Era la misma historia de todas las semanas. Los dos hombres se enzarzaron en una discusión, como si fueran dos perros callejeros, pese a que no había nada por lo que discutir. Kurt le cobró a Toby seis filetes, mientras Miki añadía el séptimo y sumergía en el aceite el cesto de la freidora. Cuando Kurt les dio la espalda, Toby le guiñó un ojo. Sabía que ella era territorio neutral.

A Miki le caía bien Toby porque, pese a su aspecto agresivo, era muy cariñoso con sus hijos. Llevaba camisetas de manga corta incluso en invierno, para lucir todos sus tatuajes. Una serpiente de tinta le reptaba desde un brazo hasta el otro, pasándole por los hombros. Miki había visto el tatuaje entero cuando un día de mucho calor Toby había entrado en la tienda a pecho descubierto. Lucía un tigre en uno de sus musculosos muslos y un demonio rojo en el otro, además de varios tatuajes más repartidos por el cuerpo. En ese momento estaba hojeando las revistas del expositor, mientras sus hijos observaban las chuches y Kurt los fulminaba con la mirada.

Disimulando una sonrisa, Miki se concentró en el pescado y las patatas de la freidora, en las burbujas que subían y en el débil siseo del aceite hirviendo. Tarareó al ritmo del zumbido de la campana extractora. Cuando el rebozado adquirió un tono dorado, Miki dejó reposar el pedido en papel absorbente, le echó una pizca de sal y lo envolvió con rapidez para que Kurt no viera el filete extra de pescado. Luego le pasó el paquete a Kurt, que se lo entregó a Toby.

A Miki le resultaba sencillo engañar a Kurt en esas pequeñeces. Cuando su hermano estaba en la tienda, él se encargaba de atender el mostrador,

anotar los pedidos y cobrarlos, de modo que su hermana no tuviera que relacionarse con los lugareños. Pero dado que casi siempre le daba la espalda, a ella le era fácil manipular los pedidos. Y lo hacía para compensar la forma en que su hermano trataba a los clientes: aquellos pequeños regalos eran, sin duda, uno de los motivos por los cuales la gente seguía volviendo a la tienda.

Luego entró Mooney, un hombre rubio, con sus dos hijas. Desprendía un fuerte olor corporal que ningún desodorante conseguía enmascarar. Miki no entendía cómo alguien podía tener un aspecto tan angelical cuando estaba claro que no lo era en absoluto. No tenía el menor sentido que aquel hombre apuesto, de rasgos suaves, piel bronceada y ojos de un azul plateado fuera capaz de pegar a su mujer, Liz, y en cambio Toby, con su aspecto de matón, fuera tan atento y considerado. Miki había oído hablar a las mujeres mientras esperaban sus cafés después de dejar a los niños en el colegio. «Mooney ha vuelto a las andadas. ¿Habéis visto a la pobre Liz? Lleva un ojo morado, se lo ha maquillado para disimular. La última vez tenía moretones en el cuello, se los vi debajo del pañuelo.» Miki jamás le regalaba nada a Mooney, reservaba los extras para cuando Liz y las niñas iban a la tienda sin él.

Apenas había introducido el pedido de Mooney en la freidora cuando entraron más clientes. Acababa de empezar la hora punta de los sábados por la noche. La gente charlaba mientras esperaba y comentaba el tiempo o el partido de fútbol. «¿Habéis visto el lanzamiento que ha atrapado Toby? Acojonante. ¿Y el gol de Mooney justo antes del descanso? Ese tío es un *crack*.»

El sábado se conocía popularmente como la Noche Libre de las Mamis, lo cual para los hombres significaba comprar comida para llevar. La mayoría pedían pescado con patatas o hamburguesas, pero algunos compraban ensaladas. De vez en cuando llegaban también algunos forasteros, casi siempre parejas o grupos vestidos con forros polares y gorras, que por lo general venían de hacer alguna excursión en el parque. Solían ser más amables que los lugareños porque no conocían a Kurt. Él los trataba igual, y

cuando se marchaban a toda prisa con sus pedidos, Miki sabía que no volverían. Y, precisamente por eso, tentaba a los habitantes del pueblo con sus regalitos. Por suerte, no había mucho donde elegir en lo que a comida rápida se refería: si la gente no compraba allí, tenía que desplazarse veinte minutos en coche hasta el siguiente pueblo. La mayoría de los hombres se bebían unas cuantas cervezas los sábados, por lo que no querían conducir y arriesgarse a que los pillaran. Miki había oído hablar a las mujeres acerca de que «las cosas se desmadraban después del partido». Unas veces empezaba en el óvalo, otras en el jardín trasero de alguien y otras en el bar. Los agentes de la policía local no eran demasiado estrictos. Todo el mundo sabía que la cosa no pasaba de alguna que otra amonestación. Al fin y al cabo, los policías también vivían en el pueblo, de modo que hacían la vista gorda muchas veces, incluso cuando Mooney le pegaba a Liz. A Miki le habría gustado que la policía tomara cartas en ese asunto, pero a Liz se le daba bien ocultar cosas. Y, por otro lado, puede que los rumores no llegaran hasta los agentes, pues en cierta manera también eran desconocidos. Como Miki.

Justo cuando estaba pensando en todo eso entró en el establecimiento uno de los policías locales, Fergus Connolly, con sus hijos, Jaden y Callum. Iba de paisano, pero aun así se hizo el silencio en la tienda. Connolly saludó en voz alta y todo el mundo se apartó para dejarlo pasar. Durante la semana olía a crema de afeitar y jabón, pero los fines de semana Miki siempre le percibía el olor de la cerveza en el aliento. Por lo general era bastante estricto con sus hijos, aunque después de unas cuantas copas dejaba de fijarse en su comportamiento y el mayor de los niños, Jaden, solía descontrolarse un poco. A Miki no le gustaba que Jaden pellizcara y fastidiara a su hermano pequeño.

Un forastero entró en la tienda durante la hora punta. Miki se fijó en él porque no era una hora habitual para los de fuera del pueblo, que por lo general llegaban a media tarde. Debía de tener veintipocos, era delgado y parecía estar bastante en forma. Tenía el pelo rojizo, la piel clara, la nariz respingona y algunas arrugas en torno a los ojos. Miki lo vio saludar con la

cabeza a Shane y a Max, que estaban esperando su menú familiar de los sábados por la noche. Max le ofreció una chuche, lo cual era raro porque no solía compartirlas. Mientras contaba patatas y rebozaba pescado, Miki oyó al forastero pedir una hamburguesa completa pero sin piña, y antes incluso de que Kurt le pasara el pedido ya había puesto la carne en la plancha. Se sabía eficiente y organizada, y estaba orgullosa de ello. Sin embargo, trabajar en la tienda era bastante aburrido. Cinco largos días a la semana cocinando y limpiando. Y sólo uno lejos de allí, los lunes, cuando ella y Kurt iban al bosque. Los martes, cuando Kurt se iba a Hobart, se quedaba en la tienda todo el día. Sin hablar con nadie.

Mientras cocinaba, envolvía y entregaba pedidos, Miki se fijó en que algunos hombres miraban de reojo al forastero pelirrojo y se apartaban discretamente de él. Se lo veía muy solo incluso en aquella tienda abarrotada. Miki sabía lo que se sentía, así que le preparó la hamburguesa con un cariño especial y le metió en la bolsa una chocolatina Freddo Frog antes de dejarla sobre el mostrador. Con un poco de suerte, el chocolate no se derretiría. Y el forastero se llevaría una agradable sorpresa cuando abriera la bolsa.

A las ocho y media, después de servir al último cliente, Kurt echó el cerrojo y procedió a contar el dinero. Aquella era la señal para que Miki empezara a limpiar. Apagó las freidoras y las campanas extractoras, tapó las ensaladas y las metió en la nevera, fregó el suelo, limpió el mostrador y repuso las bebidas en los cajones de la cocina. Luego preparó unos bocadillos de carne para cenar y se sentaron los dos a comer a una de las mesas del local.

Aquella era la rutina habitual de los sábados por la noche. Después de cenar, irían al vertedero. La basura no podía esperar hasta el martes: necesitaban espacio en los cubos, porque el domingo era el día que los turistas abarrotaban el pueblo.

Mientras Kurt sacaba la basura y la depositaba en la caja de la camioneta, Miki recogió los restos de carne que había ido apartando durante el día y los

guardó en una bolsa de plástico. Luego se puso un peto y se metió la bolsa en el bolsillo.

El vertedero estaba en un camino de grava, a las afueras del pueblo, y Kurt siempre conducía demasiado rápido hasta allí. Aquella noche cruzó la puerta, que estaba abierta, y se dirigió a toda velocidad hacia el rincón habitual, una pila enorme de basura que estaba bajo la luz fluorescente. Frenó con tanta brusquedad que Miki casi salió despedida del asiento. Kurt no dejaba de reír mientras bajaba del coche, descargaba las bolsas y las arrojaba a la pila. Algunas se abrieron y de ellas salieron restos de comida, latas, botellas y envoltorios.

—Ha sido divertido —dijo—. Tendrías que haberte visto la cara mientras intentabas agarrarte.

A Miki no le había hecho gracia, pero acabó por sonreír. Desde el incendio, los momentos en los que Kurt estaba de buen humor eran muy poco frecuentes, así que le parecía importante disfrutarlos al máximo. Eso la ayudaba a sobrevivir en épocas más oscuras.

Subió a la caja de la furgoneta con una vieja escoba de paja y se dedicó a barrer los restos de basura, mientras Kurt subía a una montaña de tierra para hacer unas cuantas llamadas. Todos los sábados era lo mismo: se pasaba casi una hora allí arriba, ocupándose de sus negocios en Hobart. A veces, Miki trataba de escuchar a escondidas, pero él hablaba en voz baja y la miraba con el ceño fruncido si se acercaba demasiado. Invertir y tomar decisiones era cosa de hombres, decía. A las mujeres les correspondía servir.

Miki aprovechaba aquel rato para explorar. Una vez barrida la camioneta, cogió una linterna y se dedicó a pasear entre la basura. El hedor de los restos putrefactos era espantoso, pero no le importaba. Estaba fuera, lejos de la tienda, y los restos de comida del vertedero atraían una numerosa fauna. Para ella, aquella visita era un momento destacado de la semana.

Mientras se alejaba de la camioneta paseando, los ojos se le fueron acostumbrando a la oscuridad y no tardó en empezar a detectar movimientos

rápidos y furtivos entre la basura. Tras oír un ruido, dirigió el haz de la linterna hacia allí y se encontró con un quol tigre que arrastraba un trozo de papel con los dientes. El animal se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos. Despacio, Miki sacó un pedazo de carne de la bolsa que llevaba en el bolsillo y se lo lanzó al quol, pero el animal salió corriendo y saltó como una sombra por encima de una pila de basura. Luego reapareció, cogió la carne, la devoró y, antes de escabullirse de nuevo, le dedicó una rápida mirada a Miki.

Los quoles solían visitar el gallinero de la granja, pero mataban a las gallinas y se comían los huevos, así que padre y Kurt les disparaban. A Miki no le gustaba que los quoles mataran a las gallinas y dejaran sus restos esparcidos por el patio, pero disparándoles no se arreglaba nada: ellos también tenían que comer. Después de que Kurt matara al cuarto quol y lo colgara de la valla, Miki había dedicado unas cuantas tardes a cubrir el gallinero con alambre. También había tapado con piedras los agujeros que había bajo la valla. No habían tenido más gallinas muertas ni más quoles.

Le gustaban los quoles, con su bonito pelaje moteado, pero sus animales favoritos eran los demonios de Tasmania. Que también solían visitar la granja. Los oía chillar y gruñir por las noches, como si fueran monstruos, cerca del cobertizo y también más lejos, en el bosque. Padre siempre se quejaba de que dejaban la pila de compostaje hecha un desastre. Por su nombre, podía pensarse que eran animales grandes y aterradores, pero en realidad eran como perros de tamaño pequeño. A Miki le gustaban porque eran muy feroces. Tenían el pelo negro, el hocico protuberante, las orejas rosadas y unos bigotes largos. Allí, en el vertedero, vivía una familia de demonios, formada por dos adultos y tres crías. Antes eran más, pero el año anterior a los otros dos adultos les habían salido heridas en la cara y poco después habían desaparecido. Miki quería pensar que sólo habían huido, pero en realidad temía que hubieran muerto.

Se acuclilló cerca de la morada de los demonios y colocó varios trozos de carne en el suelo, formando una hilera. Luego apagó la linterna y esperó. Si

los demonios salían, la emoción le duraría toda la semana.

Al cabo de un rato percibió movimiento entre las sombras y vio surgir una silueta negra en la oscuridad. Era la hembra: la reconoció por la mancha blanca, en forma de media luna, que tenía en el pecho. El demonio de Tasmania se acercó un poco y luego se detuvo, levantó un pata, olisqueó el aire y abrió mucho sus poderosas mandíbulas, dejando a la vista unos dientes muy blancos. Las tres crías, de pelo negro, corretearon hasta ella y olisquearon la carne. No tardaron en devorarla, resoplando y babeando.

Miki, sentada en el suelo de tierra con las piernas cruzadas, encendió la linterna. Los demonios se apartaron un poco; luego, la madre se tendió en el suelo y las tres crías empezaron a corretear a su alrededor, a saltarle por encima y a mordisquearle el rostro, ignorando sus advertencias. Eran como los niños que iban a la tienda, pensó Miki, siempre peleándose por las chuches, pegándose entre ellos, martirizando a sus madres... La hembra de demonio gruñía a sus crías, pero soportaba sus pellizcos, mordiscos y riñas. Su paciencia hizo pensar a Miki en su propia madre: a diferencia de los demonios, Miki y su madre siempre se habían llevado bien. Pasaban el tiempo trabajando juntas en la cocina, amasando pan, haciendo mantequilla, horneando tartas... Por las noches se sentaban junto al fuego y se dedicaban a hacer punto, mientras padre leía en voz alta fragmentos de la Biblia y Kurt tallaba trozos de madera que había encontrado en el bosque.

Miki y su madre habían sido buenas amigas, pero Kurt y padre chocaban con frecuencia y discutían sobre cualquier cosa: técnicas de labranza, decisiones que hubiera que tomar, incluso sobre intervenciones menores en el huerto. Se parecían demasiado, pensaba Miki. Los dos estaban sedientos de poder.

Un nuevo ruido entre la basura anunció la llegada del macho. Se disponía a hacer su entrada triunfal, como la mayoría de los hombres a los que conocía Miki. Bufó ruidosamente al verla, pero enseguida se envalentonó y se acercó a los otros demonios, gruñendo y refunfuñando. La hembra levantó la cabeza

y chilló, como las mujeres de la tienda cuando regañaban a sus esposos, pero el macho también le soltó un grito y asustó a los pequeños. Era igual que padre y que Kurt. Mandón y autoritario. «Como las lentejas: o las tomas o las dejas.»

La hembra desapareció con las crías por la parte posterior de la pila de basura, mientras el macho seguía olisqueando, iluminado por la linterna. Miki se fijó en que tenía arañazos en la cara y en las orejas, y una herida pequeña en el labio. Los demonios de Tasmania siempre se estaban peleando. Al cabo de un rato, el animal se alejó correteando y Miki no tardó en oír más chillidos cuando se reunió con los demás entre la basura. Le sonó a riña familiar y no pudo evitar una sonrisa. Tal vez todos los animales fueran así.

Cuando Leon abrió la puerta de casa, el domingo por la mañana, Max estaba en el escalón con una pelota debajo del brazo. Leon aún estaba muy ocupado limpiando, así que no le pareció el mejor momento. Y a juzgar por la pose desganada del niño, Max tampoco se veía especialmente entusiasmado: seguro que Wendy lo había obligado a ir. Pero ahora que el chico estaba allí, no le quedaba otro remedio que darle unas cuantas patadas a la pelota. Y más valía que se lo pasaran bien, porque al fin y al cabo era él quien se lo había propuesto al niño.

—Vale —le dijo—. ¿Patio delantero o trasero?

Max se encogió de hombros.

—Donde no nos vea mi padre.

La parcela estaba en pendiente y eso era un problema, pero Leon supuso que el patio delantero sería mejor opción porque se veía menos desde el garaje de Shane. Además, si se ponía él en el lado que hacía pendiente, podría evitar que el balón fuera a parar a la calle. Tampoco es que allí hubiera mucho tráfico: después de la casa de Leon, la calle se convertía en una pista de tierra.

Encontraron un buen sitio a un lado de la pila de leña que un camión de reparto le había dejado la tarde anterior en el camino de entrada. Leon estaba preparando el primer chute cuando le sonó el teléfono. Le dijo «perdona» al niño y sacó el móvil del bolsillo. Era su madre.

—Hola, mamá —respondió—. ¿Todo bien en casa?

La mujer dejó escapar una risita.

—Sin novedad, sin novedad.

—Genial.

Silencio.

—Bueno, en realidad..., ¿sabes si tenemos trampas para ratas? Anoche oí ratas en el tejado, así que quería poner unas cuantas trampas.

Leon se sintió mal. Él solía encargarse de aquella tarea.

—Hay una caja en el armario del garaje. ¿Crees que papá podría ayudarte?

—Está demasiado débil para levantarse de la cama.

—Siento no poder hacerlo yo.

—No te preocupes, Leon, ya me las apañaré. Tampoco soy inútil del todo, ¿sabes?

Leon sonrió.

—¿Algo más?

—No, sólo eso.

—Vale. Pues te dejo. Estoy jugando al fútbol con el niño de la casa de al lado.

Se guardó el teléfono en el bolsillo y cogió el balón.

—Bueno, de momento vamos a ver qué tal te defiendes con las manos ¹
—dijo, al tiempo que le lanzaba la pelota a Max.

El chico consiguió cogerla, pero su lenguaje corporal transmitía inseguridad, y Leon supo que le llevaría cierto tiempo reforzar la confianza del niño en sí mismo. Le lanzó otro pase fácil y, en esta ocasión, a Max se le cayó el balón al suelo y enseguida se sintió mal.

—¿Lo ves? —se lamentó—. Ya te dije que no sirvo para nada.

—Eso no es verdad. Lo único que tienes que hacer es colocar las manos de otra manera para poder atrapar la pelota. Mira, así —dijo Leon, al tiempo que se lo mostraba—. Vale, vamos a intentarlo otra vez.

Se quedó cerca de Max y le lanzó balones cortos y con efecto que eran fáciles de atrapar. Tras unos cuantos éxitos, a Max se le empezó a iluminar el rostro. Pero entonces perdió una pelota y, enfadado, le dio una patada a la hierba.

—Puto balón. Tiene una forma muy tonta.

—Sí, es cierto. Pero eso no podemos cambiarlo, así que tendremos que acostumbrarnos. Cuando el balón golpea el suelo, debes adivinar hacia dónde va a rebotar... Ahí está la gracia. Unas veces aciertas y otras no. Y cuando fallas, no te queda otra que reírte. Vale, ahora lánzame el balón tú a mí.

Max lo lanzó alto y Leon fingió fallar. Dejó que rebotara y se tiró al lado contrario, con lo cual el balón se fue rodando colina abajo. Luego se puso en pie y echó a correr tras él, lo recogió y le lanzó un globo a Max, que se estaba riendo.

—¡Ponte debajo! —le gritó Leon—. Eso es. Tú levanta los brazos y así no te harás daño.

El niño pareció muy sorprendido cuando cogió el balón y lo apretó contra el pecho.

—¿Lo ves? —le dijo Leon—. Si te colocas en la posición correcta y levantas las manos, no es tan difícil.

Siguieron practicando las recepciones con las manos durante un buen rato. Leon fue aumentando gradualmente la distancia entre ambos y la dificultad de los pases, de manera que Max los cogió casi todos. Luego se dedicaron a los chutes. Leon le chutó un balón corto, que Max recogió sin problemas. Después, el muchacho cogió el balón, frunció el ceño y le dio un patadón. El balón trazó un arco y salió muy desviado hacia un lado. Leon se puso a hacer el payaso para tratar de quitarle importancia al asunto, pero aquel chute fallido había sido un duro golpe para el orgullo del niño y Leon se dio cuenta de que quería irse a casa.

—Espera —le dijo—. No acabemos así.

Recuperó el balón y le enseñó la mejor forma de cogerlo: con los dedos extendidos y las manos en torno a las curvas.

—Me gustaría enseñarte unos cuantos trucos. Si quieres que practiquemos un poco todos los días, seguro que mejorarás.

—¿En cuánto tiempo? —preguntó Max, haciendo un puchero con el labio

inferior.

—Un par de semanas.

—¿Y si no puedo venir todos los días?

—Entonces tardaremos un poco más.

El niño asintió.

—Enséñamelo otra vez y lo vuelvo a intentar.

Leon colocó al niño en la posición correcta y Max le dio una patada al balón, lo envió al otro lado de la valla y echó a correr tras él, feliz de poder largarse.

Terminadas sus tareas de buen vecino, Leon se dio un paseo hasta la tienda para comprar comida. La hamburguesa de la noche anterior le había parecido deliciosa y, además, había encontrado una chocolatina en la bolsa. No comía chokolatinas de aquella marca desde que era un niño. El tipo del mostrador no le había parecido especialmente amable, así que debía de haber sido cosa de la chica. ¿Se habría equivocado?

El local de comida para llevar estaba en la calle principal, entre el supermercado y el banco. MULLER TAKEAWAY, podía leerse en letras amarillas en el escaparate. Y debajo: COMIDA RÁPIDA DE CALIDAD. Por dentro era un local normal y corriente. Vitrina de baño maría y mostrador alto. Barra de ensaladas. Freidoras de acero inoxidable y campanas extractoras. Unas cuantas mesas y sillas. Neveras repletas de refrescos. Y los habituales expositores llenos de bolsas de patatas, chokolatinas y chuches. Pero ahí era donde terminaba lo normal y corriente y empezaba lo inusual. Encima del expositor de revistas, dispuestos en estantes, había otros productos a la venta, como botes de miel y varias prendas tejidas a mano con el precio pulcramente anotado en una etiqueta: gorritos, fundas para teteras, calcetines, peúcos, ropita de bebé, vestiditos y jerséis, muñecos de peluche... La clase de labores de punto que tejía su abuela cuando aún vivía. Leon había visto productos artesanales como aquéllos en tiendas rurales, pero nunca en un establecimiento de comida para llevar.

Leyó la carta de la pizarra para ver si la noche anterior se le había escapado algo, pero no, tenían los típicos platos de comida para llevar: pescado con patatas, hamburguesas, sándwiches de carne, empanadillas y hojaldres de salchicha... En la vitrina de baño maría había rodajas de piña rebozada, palitos de cangrejo, pasteles de patata, rollitos de primavera... Una gran variedad de ensaladas, a seis dólares la mediana y nueve la grande. La joven del día anterior estaba tras el mostrador y lo observaba descaradamente con sus grandes ojos azules. Leon se sintió incómodo. La chica era muy joven —una adolescente— y, al parecer, no poseía grandes habilidades sociales. Y, además, llevaba una falda larga, gruesa y pasada de moda con una blusa amplia, de color rosa, metida por debajo de la cinturilla. Con su trenzas enrolladas alrededor de la cabeza, a modo de aureola, parecía sacada de otra época.

—¿Quién es la artista? —preguntó Leon, mientras señalaba los estantes repletos de prendas de lana.

—Yo —respondió ella.

A Leon le pareció extraño. La mayoría de los adolescentes se interesaban por los teléfonos, no por las agujas de hacer punto.

—¿Qué te pongo? —le preguntó ella, mientras se secaba las manos en el delantal que llevaba anudado a la minúscula cintura.

—Pescado con patatas. ¿Qué pescado tenéis?

La muchacha señaló la pizarra.

—Cazón, rufo o pez palo.

—¿Alguno fresco?

—No, pero el cazón está muy rico.

—No quiero comer tiburón. Se pescan en exceso y yo estoy en contra.

La joven abrió mucho los ojos.

—Podrías probar el pez palo. Suele quedar rico.

—Vale. Ponme de ése.

La joven midió una ración de patatas fritas y rebozó el pescado antes de

colocarlo en el cesto de la freidora.

—Estuviste aquí anoche, ¿verdad? —dijo, volviéndose hacia él.

—Sí, la hamburguesa estaba muy buena. Ah, y gracias por la chocolatina Freddo.

—¿Se derritió? —preguntó la joven, que parecía preocupada.

—No, estaba perfecta.

—Ah, me alegro.

—¿Regalas chocolatinas a todo el mundo? —le preguntó Leon.

Ella se encogió de hombros.

—A veces.

—Vale, pues dado que ya me has regalado una, será mejor que me presente. Me llamo Leon y soy nuevo en el pueblo.

—Yo soy Mikaela —dijo—, pero puedes llamarme Miki.

—Hola, Miki. Encantado de conocerte.

Ella le dedicó una breve sonrisa y se dio la vuelta para ocuparse del pescado y las patatas.

—¿Qué tal se vive por aquí? —preguntó Leon.

La joven dirigió la mirada hacia la trastienda, como si esperara que alguien apareciera.

—A mí me gusta —dijo en voz baja—. El bosque es bonito. Y dicen que la pasarela elevada es increíble.

—¿No has ido? Tengo entendido que es la mayor atracción de por aquí.

—Mi hermano aún no me ha llevado. Puede que lo haga un día de éstos —dijo.

Se volvió de nuevo hacia la freidora y sacudió un poco las patatas.

—¿El chico de ayer es tu hermano?

—Sí, se llama Kurt.

—¿Y qué haces cuando no estás trabajando? ¿Vas al instituto?

—No.

—Vaya, pues parece demasiado joven para haber terminado.

—No he terminado.

—Pero... ¿fuiste al instituto aquí?

—No. Estudiaba en casa.

Leon no lo acababa de entender.

—¿Hasta que terminaste?

—Lo dejé a los dieciséis. Cuando vinimos aquí.

Se puso colorada, y Leon se preguntó si quizá se había pasado de la raya.

—Perdona, no quería entrometerme.

La joven escurrió el aceite del cesto de la freidora y colocó el pescado y las patatas sobre papel absorbente.

—¿Sal?

—Sí, gracias.

Espolvoreó la sal, añadió unas cuantas rodajas de limón y luego envolvió el pedido con manos diestras. Se oyó un ruido en la parte de atrás y la joven lanzó una mirada inquieta hacia la puerta de la trastienda, justo en el momento en que se abría y entraba su hermano. La noche anterior, Leon no se había fijado en lo grande que era: tan alto que intimidaba, con el pelo muy corto y los ojos separados. Era musculoso —seguramente hacía pesas— y, en aquel preciso instante, no parecía de muy buen humor. Fulminó a Miki con la mirada y la joven se apresuró a bajar la vista y a coger un trapo para limpiar el banco de trabajo. Leon tuvo la sensación de que también lo inspeccionaba a él y no le cupo duda de que ya lo había juzgado y declarado culpable. Sin embargo, le sostuvo la mirada a aquel grandullón y se negó a apartarla.

—Date prisa, ¿quieres? —le gruñó Kurt a Miki—. Estás tardando muchísimo.

—No pasa nada —dijo Leon—. Hemos terminado. Yo ya me iba.

Miki le cobró, mientras su hermano la observaba como si fuera un halcón que vigila a su presa. A Leon le pareció turbador. Se guardó el cambio en el bolsillo y le sonrió a Miki como si no hubiera pasado nada.

—Gracias —le dijo—. Nos vemos otro día.

Pobre chica. Su hermano no le dejaba pasar ni una.

Leon se comió el pescado y las patatas sentado en un banco de la calle y se sorprendió al ver que Miki le había puesto dos trozos cuando él sólo había pagado uno. Ni siquiera la había visto añadirlo. Había estado observándola todo el rato mientras ella rebozaba el pescado. Y estaba convencido de haber seguido todos sus movimientos.

Mientras Leon comía, Max bajó por la calle con *Rosie*, cuya barriga parecía aún más grande que el día anterior. El niño ató a la perra delante del local de comida rápida, entró y salió con una bolsa repleta de chuches. Leon lo saludó, pero Max no lo vio: estaba demasiado ocupado rebuscando una chuche en la bolsa.

Otros dos niños llegaron justo cuando Max estaba desatando a *Rosie*: uno de ellos era tan delgado como Max, mientras que el otro se veía algo mayor y tenía la cara llena de granos. Cuando el mayor de los dos le dio un golpecito a Max en el hombro, éste le entregó un puñado de chuches. Luego, Max chocó los cinco con el otro niño y se alejó calle arriba con la perra.

A juzgar por las prisas con las que Max se había alejado de allí, Leon intuyó que el chico mayor no le caía demasiado bien. Se percató entonces de la expresión arrogante del muchacho y decidió que a él tampoco le gustaba demasiado.

La residencia de ancianos en la que vivía el abuelo estaba junto al río, a unos quince minutos en coche del nuevo hogar de Leon. Era un edificio imponente que daba a un amplio tramo de aguas plateadas, unas vistas que sin duda se perdían la mayoría de los residentes. Leon se sentía mal por no haber ido a visitar a su abuelo en varios años, pero no soportaba aquel lugar. La culpa era del olor. Y allí seguía, lo percibió nada más abrir la puerta: una mezcla hedionda a desinfectante, ropa mohosa y piel rancia, exactamente igual que la última vez. Tampoco soportaba la decoración: intentaba parecer alegre, pero resultaba falsa y deprimente, casi como la de un hospital.

Al llegar a la recepción se dio cuenta de que no recordaba por dónde se iba a la habitación de su abuelo, así que tuvo que preguntarlo. La mujer que estaba tras el mostrador, en cuya placa podía leerse MARYANNE, era regordeta y de mediana edad. Acompañó a Leon por el pasillo y le dedicó una sonrisa con sus labios pintados de rojo. Leon pasó una mano por la barandilla, cuya función era ayudar a decrepitos ancianos que ya no podían confiar en sus piernas. Las paredes eran blancas y el silencio resultaba sepulcral. ¿Quedaba alguien con vida? Tal vez estuvieran durmiendo. Sí, quizá fuera la hora de la siesta.

Maryanne le señaló la habitación de su abuelo y luego se apartó para dejarlo pasar.

—Se alegrará mucho de verte —dijo mientras se le marcaban más los hoyuelos.

Leon llamó suavemente a la puerta. No hubo respuesta. Llamó más fuerte. El abuelo estaba un poco sordo. Tampoco hubo respuesta, así que abrió y

echó un vistazo al interior. Vio a un anciano, encogido en un sillón grande con las piernas envueltas en una manta de lana a cuadros. Estaba más delgado de lo que Leon recordaba, pero se le iluminó la mirada al ver que tenía visita.

—Me había parecido oír a alguien. ¿Eres tú, Leon?

—Sí, abuelo, soy yo.

—Pasa.

La habitación era tan anodina como la de un motel. Leon deseó no tener que vivir nunca en un lugar así, pero a su abuelo no parecía importarle. Después de que muriera la abuela, ya hacía varios años, el anciano no había sido capaz de arreglárselas solo, así que se había mudado a la residencia, donde le hacían la comida, le lavaban la ropa y le procuraban asistencia si la necesitaba. Leon supuso que su abuelo se sentía más cómodo así.

El anciano movió la cabeza de un lado a otro, contento de verlo.

—Ha pasado mucho tiempo. Acércate, muchacho, deja que te vea —dijo.

Observó a Leon a través de unas gafas de cristales gruesos como el de las botellas de Coca-Cola.

—No has crecido mucho.

Leon sonrió.

—Tampoco es que tú hayas batido ningún récord de estatura.

—No, y encima me estoy encogiendo. Tú espera, que a ti también te llegará —le dijo con desdén—. Pero sigues siendo pelirrojo.

—Eso sí. Walker hasta la médula.

Terminada la inspección, el abuelo entornó los ojos.

—¿A qué has venido? ¿Se ha muerto alguien?

—No, sólo he venido a verte.

—¿Para qué? ¿Quieres hablar de mi testamento?

—Sólo estoy siendo sociable.

—¡Ja! Nadie viene sólo para *ser sociable* —farfulló el anciano.

—Yo sí. Empiezo una nueva vida. Desde hoy.

—Has venido a ver qué tal me va, ¿no? —gruñó el abuelo—. Tu madre

dice que últimamente te interesan los ancianos. Ya iba siendo hora. Ya ni me acuerdo de la última vez que te vi.

Leon se sentó en el borde de la cama.

—Ya, lo siento. Te he tenido un poco abandonado.

—Me han dicho que has conseguido un trabajo nuevo. ¿Trabajas en los bosques? Mejor que tengas cuidado, es peligroso.

—Tú lo hiciste durante años.

—Yo tuve suerte. Sobreviví por los pelos unas cuantas veces. Tu padre, sin embargo, no fue tan afortunado. Si no se hubiera hecho daño en la mano, aún seguiría trabajando. —Hizo una pausa—. ¿Te apetece una taza de té?

—Claro —dijo Leon—, ¿por qué no?

En el rostro del anciano apareció una sonrisa.

—Bien. Ve a prepararlo tú mismo. El hervidor de agua está en el baño y las bolsitas de té en la cómoda. Yo también tomaré una taza. El té siempre sabe mejor cuando te lo preparan.

El cuarto de baño apestaba a desinfectante y a ambientador. Leon llenó la jarra en el lavabo, donde habían quedado unos cuantos pelos y restos de pasta de dientes. Encendió el hervidor y luego limpió el lavabo, colocó bien la toalla y recogió el tapete de la bañera, que estaba arrugado en el suelo. No pudo evitarlo. Cuando era apenas un crío, su madre lo había machacado con el orden y la limpieza. Siempre le decía que lo estaba entrenando para ser un buen marido el día de mañana.

—Háblame de tu trabajo —le dijo el abuelo desde el sillón.

Leon regresó junto a él.

—No trabajo en los bosques. Estoy en el Servicio de Parques.

—¡Ah! ¿Y qué piensa tu padre de eso?

—Le encanta —dijo Leon mientras volvía a sentarse en la cama.

—No te creo. Más bien te habrá dicho que tendrías que estar talando árboles, no conservándolos.

—Exacto. Ése es su mantra.

—Pero el parque está en las tierras altas, ¿a él qué más le da? Allí no hay nada excepto viento y cuervos. Nada que valga la pena talar.

—Estoy rompiendo la tradición familiar, abuelo. Papá dice que debería andar por ahí con una motosierra.

El anciano movió la cabeza de un lado a otro.

—Pero si ya nadie usa motosierras. Ahora se hace todo con maquinaria.

—¿Y a ti quién te ha dicho eso?

Leon estaba sorprendido. Aquel viejo testarudo debía de llevar años sin pisar el bosque.

—Tengo un amigo que está al día de lo que ocurre. Está un poco más ágil que yo, y cada mes se da una vueltecita en coche por el bosque y luego me llama y me lo cuenta. —Negó con la cabeza—. Por mucho que me pagaran, no volvería a trabajar en la industria. Ha cambiado tanto... Vandalismo, eso es lo que hacen. Y mi amigo piensa exactamente igual. El bosque está sobreexplotado y eso es un hecho. Los jóvenes de hoy en día no tienen ni idea de cómo era, así que no se dan cuenta de lo que están haciendo. Si nos preguntaran a los viejos carcamales como nosotros, les diríamos que pararan. Que se les ha ido la mano.

—Podrían pasarse a las plantaciones.

—Podrían, pero no lo harán.

—¿Por qué no?

—Ideología.

—¿Eso no es política?

—La explotación forestal es política. Pero en mis días no era más que un trabajo.

El hervidor se calentó y empezó a escupir agua por todo el lavabo. Leon se levantó a apagarlo.

—Necesitas uno nuevo —le dijo.

—Eso cuesta dinero. Hasta que no se rompa del todo, no lo cambiarán. Sería lo que llaman *un desembolso innecesario*.

—Pues ya te compraré yo uno. La próxima vez que venga te lo traigo.
El anciano resopló.

—No volverás.

Leon vertió el agua caliente sobre las bolsitas de té.

—¿Ah, no? Pues ya te puedes ir preparando. Ahora vivo cerca y me voy a convertir en tu nuevo mejor amigo. Puede que hasta te lleve algún día a dar una vueltecita en coche por el bosque.

El hombre se animó un poco ante la perspectiva de salir de excursión.

—Eso estaría bien. No salgo casi nunca. Tu madre me llevaba a dar una vuelta de vez en cuando. No puedo decir lo mismo de tu padre.

Leon guardó silencio.

—¿Has hablado con él últimamente? —le preguntó.

A su abuelo se le ensombreció el rostro.

—No, suele ser tu madre la que llama.

—A mí también —dijo Leon, sonriendo—. A veces pienso que ojalá no lo hiciera.

—¿Aún no te ha destetado?

—No del todo. —Leon bebió un sorbo de té y cambió de tema—. ¿Cuánto tiempo hace que vives aquí?

—Pues casi una década. He visto llegar y marcharse a unos cuantos internos.

—¿Internos? Se supone que esto no es una cárcel.

—Se supone que no, pero lo es. Cierran las puertas con llave para que los viejos chochos no se escapen.

—Cuidado con lo que dices —lo advirtió Leon—. A lo mejor tú también te conviertes en un viejo chocho.

—Si eso pasa, tendrás que matarme.

—¿Y pasarme el resto de la vida en la cárcel por asesinato?

—O eso, o podrías pasar el resto de tu vida con alguna chica. ¿Alguna en perspectiva?

Leon se echó a reír.

—Sí, *Minnie*, la gata de mamá.

Se suponía que debía resultar gracioso, pero sonó más bien triste.

—Me refería a hembras de la especie humana —dijo su abuelo.

Leon negó con la cabeza.

—Pues yo ando a la caza —dijo el anciano, con un centelleo en la mirada—.
Este sitio está lleno de posibilidades.

Leon se quedó mudo de asombro.

—¿Y la abuela qué?

—Ya lleva muerta unos cuantos años, no creo que le importe.

—Pues te deseo buena suerte.

El anciano se lo quedó mirando.

—Y si no tienes intención de perseguir chicas, ¿qué vas a hacer? ¿A qué vas a dedicar el tiempo?

—Ya encontraré algo. Puede que practique el senderismo.

—¿Y qué me dices del fútbol? Podrías entrar en el equipo del pueblo y hacer unos cuantos amigos. Se te daba bastante bien. Tu padre decía que eras un buen extremo.

Leon se encogió de hombros.

—¿Cómo está tu padre? —le preguntó el anciano.

Leon no estaba muy seguro de lo que su abuelo sabía.

—Sabes que tiene el hígado inflamado, ¿no?

Su abuelo asintió.

—Una infección, me dijo tu madre. No sé qué virus.

Leon vaciló. Obviamente, su madre no le había contado la verdad.

—Eeh..., creo que es algo más que eso.

El anciano lo miró con interés.

—¿Sí?

—Lleva años empujando el codo, abuelo. Tiene cirrosis.

—Hum... Lo sospechaba. —El anciano lo observó con atención—. ¿Eso es

todo?

Leon no sabía muy bien si debía contarle el resto. Al menos, durante la primera visita.

—Más o menos.

Su abuelo, sin embargo, era astuto.

—No es todo, ¿verdad?

Leon suspiró.

—¿Conoces bien a tu hijo, abuelo?

—Últimamente, no mucho. Nunca hablamos. Debe de ser alérgico al teléfono.

—Es alérgico a mucho más que eso.

—¿A las tareas del hogar? No me sorprendería.

—No. Es alérgico a ser amable. Y a ser buena persona.

—¿Contigo o con tu madre?

—Con los dos. A mí no me importa cómo me trate, pero no me da igual que sea tan capullo con mamá. Si volví a casa fue para pararle los pies.

El anciano arqueó las cejas.

—¿Le ha hecho daño a tu madre?

Por toda respuesta, Leon guardó silencio y el anciano apretó los labios.

—Bueno, pues entonces ya no lamento que tenga mal el hígado. Por lo que dices, se lo merece. —El anciano hizo una pausa—. O sea, que por eso vivías en casa. Tendría que habérmelo imaginado, porque me parecía raro. —Negó con la cabeza—. Jamás pensé que un hijo mío pudiera hacer algo así. Pero déjame que te diga una cosa, muchacho, no lo ha heredado de mí. Yo de joven estaba muy loco y cometí unas cuantas estupideces, pero jamás le toqué un solo pelo de la cabeza a tu abuela. No sé dónde ha aprendido tu padre esa basura. Cuando era niño le pegué alguna que otra vez, pero nunca pasó de un azote en el trasero. Jamás lo maltraté.

Leon se había preguntado muchas veces de dónde venía la violencia de su padre, si era algo genético, y durante años le había preocupado la posibilidad

de haberla heredado. Una persona podía no saber que llevaba un monstruo dentro hasta que algo lo hacía saltar. Leon lo había visto: aparecía y desaparecía de repente. La mayor debilidad de su padre era no ser capaz de reconocerlo, porque eso le permitía eludir toda responsabilidad. Aunque quizá no fuera exactamente así. En el pasado, su padre le había pedido disculpas a su madre, le había suplicado que lo perdonara, le había prometido que jamás volvería a ocurrir. Pero había vuelto a pasar, y eso era lo que más miedo le daba a Leon: saltar una vez y convertirse en alguien como él. Si eso ocurría, no se lo perdonaría jamás. Y precisamente por ese motivo había tomado, años atrás, la decisión de no beber.

Sorbió el té en silencio y agradeció que su abuelo no insistiera en seguir hablando de ello. Se sentía a gusto con el anciano y decidió que volvería. Quizá pudiera pasar una vez por semana, al regresar del trabajo. Así tendrían la oportunidad de conocerse de nuevo.

En el pasillo sonó un timbre.

—La cena estará lista dentro de diez minutos —dijo su abuelo—. Debes irte. No quiero perderme la tarta de fruta.

—Suenan bien. ¿Qué tal la comida por aquí?

—Buena, si no tienes dientes. Sólo sirven bazofia, excepto por la tarta de fruta.

Leon sonrió.

—¿Aún tienes dientes?

—Sí..., incluso me quedan algunos originales —dijo, y usó la lengua para empujar hacia delante una dentadura postiza.

—Eso es asqueroso.

—A ver cuántos dientes te quedan a ti cuando tengas ochenta y seis años.

El timbre sonó otra vez y Leon se puso en pie.

—Bueno, nos vemos la semana que viene.

Su abuelo torció los labios y contrajo ligeramente la expresión.

—No es necesario que vengas, hijo.

—A lo mejor quiero venir.

Leon le dio una palmadita al anciano en el brazo, pero éste lo despidió con un gesto de la mano.

—Vete ya o me quedaré sin tarta —lo dijo en tono hosco.

Sin embargo, cuando Leon se detuvo junto a la puerta, vio lágrimas en los ojos de su abuelo.

6

El martes era el día que iban al bosque y Miki se despertó con un cosquilleo en la piel. Kurt quería echar un vistazo a las colmenas, así que salieron pronto con la camioneta. Miki llevaba el peto y Kurt vestía ropa de caza: jersey de punto en un tono verde oscuro, pantalones de color kaki, gorro negro calado hasta las orejas y rifle colgado a la espalda para ir a disparar más tarde.

Se dirigieron hacia la escuela y pasaron junto a un grupo de niños cargados con sus mochilas. Miki vio a Max entre ellos. Iba con Callum, el hijo pequeño del agente de policía. Cuando la camioneta los adelantó a toda velocidad, Max levantó la mirada y, al ver a Miki, la saludó. Tras ellos iba el hermano mayor de Callum, Jaden, que en ese momento le propinó una patada a la mochila de Max. La bolsa rebotó hacia arriba, le dio en la cabeza al chico y a punto estuvo de hacerlo caer. A Miki no le gustaba que Jaden molestara a los niños más pequeños que él. En la tienda lo hacía constantemente, siempre se aprovechaba de su tamaño para salirse con la suya. Su padre tendría que hacer algo para mantenerlo a raya.

Desde el pueblo, la carretera serpenteaba entre campos, granjas y prados verdes, y después pasaba junto al aserradero. Oyeron el chirrido de la maquinaria, percibieron el olor del serrín, que impregnaba el aire, y vieron los coches de los trabajadores alineados junto a la nave de chapa ondulada. Miki odiaba el aserradero porque se comía los árboles. Todos los días bajaban del bosque camiones cargados de troncos, en su mayoría troncos delgados que se usaban para hacer virutas, pero también muchos árboles grandes, sobre todo viejos eucaliptos de pantano que llevaban siglos allí. Miki no entendía por qué los leñadores seguían talando árboles cuando en el

aserradero tenían cantidades enormes de madera a la espera de que alguien se la llevara. A lo largo de semanas y meses, había visto cómo aquellas pilas de madera se iban volviendo oscuras primero y plateadas después.

El bosque estaba cerca del pueblo y no muy lejos del aserradero. Cuando se adentraron entre sus sombras húmedas, Miki bajó la ventanilla para que entrara un poco de aire. Los neumáticos salpicaban agua y los árboles mojados desprendían un perfume fresco y mentolado. Se alegraba de haber salido aquella mañana, porque Kurt se había levantado un tanto hosco, y a veces, cuando estaba de mal humor, la obligaba a quedarse en casa. No sabía muy bien por qué estaba enfurruñado. La noche anterior Kurt se había quedado hasta tarde haciendo papeleo y después de comer tenía que ir a Hobart por negocios, cosa que siempre lo ponía de mal humor. Pero aquel enfado no era propio de él; las excursiones al bosque solían animarlo. Estaba preocupado por algo. O se le pasaría o acabaría estallando como una tormenta de primavera. Miki sabía que era mejor mantener las distancias cuando su hermano estaba así; había aprendido a volverse casi invisible.

Kurt conducía encorvado sobre el volante, con el ceño fruncido.

—¿Quién era el tío con el que estabas hablando ayer en la tienda? —gruñó—. El pelirrojo, a mediodía.

Así que ése era el motivo de la rabia de Kurt.

—No lo sé —dijo—, creo que es nuevo en el pueblo.

—Y tú le estabas dando la bienvenida, ¿no? ¿Charlando un ratito?

Miki tensó el cuerpo.

—Era él el que hablaba. Yo sólo estaba siendo amable.

—Pues menos amabilidad. Tendrías que haberme avisado. ¿Por qué no me avisaste?

—Estabas con los libros.

La semana pasada, Miki había tenido problemas por molestarlo cuando estaba con los libros.

—No quiero que hables con esa escoria, así que no lo hagas.

La fulminó con la mirada y ella se encogió. Se le desbocó el corazón y le empezaron a sudar las palmas de las manos.

—La próxima vez te avisaré —le prometió.

Miki contuvo el aliento y esperó. Podían pasar dos cosas: que Kurt empezara a gritar o que, de repente, se acabara todo.

A medida que iban transcurriendo los segundos, Miki comprendió que Kurt había decidido dejar correr el tema.

Abandonaron la carretera principal y se adentraron por una pista de grava que serpenteaba por un bosque regenerado en el que crecían cientos de árboles jóvenes, de tronco fino y alto. El coche daba bandazos por culpa de los baches y, pese a llevar puesto el cinturón de seguridad, Miki tuvo que agarrarse para no ir de un lado a otro. Los árboles flanqueaban la pista por ambos costados. El bosque era denso, impenetrable; Miki sabía que, si se perdiera en un bosque así, tal vez jamás podría encontrar la salida.

Llegaron a un terreno en el que crecían unos árboles viejos altísimos. Allí el sotobosque escaseaba y el bosque adquiría un aspecto majestuoso, como si fuera un parque. A Miki le encantaban aquellos eucaliptos de pantano que se perdían en el cielo. Los helechos arborescentes desplegaban sus frondas. Las hojas de las hayas —los únicos árboles caducifolios del bosque— habían empezado a volverse doradas. A lo largo de las siguientes semanas se pondrían amarillas y luego se caerían. El otoño estaba a las puertas.

Cuando se adentraron más, Miki bajó la ventanilla del todo y se apoyó en la puerta para poder ver, en lo alto, el nido de las águilas cola de cuña: una plataforma irregular, sobre una rama, hecha de ramitas y trozos de corteza. Kurt decía que no quedaban muchos ejemplares de águilas cola de cuña en Tasmania, de modo que aquel nido era especial. A Miki le parecía un ave imponente, con su cabeza majestuosa y su pico ganchudo. Las vistas desde aquel nido debían de ser espectaculares: el bosque, con sus múltiples estratos, extendiéndose en todas direcciones, tan complejo como la vida misma. La primavera anterior las águilas habían tenido un polluelo. Miki había visto su

cabecita temblorosa cuando la cría se había asomado por el borde del nido para contemplar el mundo. Los adultos eran libres y valientes, pero el polluelo era como ella: oteaba la vida desde su nido y no podría volar hasta que las alas le hubieran crecido del todo.

Siguieron adentrándose en el bosque hasta llegar a otra zona de árboles viejos: los troncos, enormes, se elevaban hasta encontrarse con las nubes.

—Estos árboles deben de tener cientos de años —dijo Miki.

Kurt se rio con desdén.

—Pues sólo se tarda unos minutos en talarlos.

Miki experimentó un arrebató de pasión.

—Ojalá pudiera comprar el bosque entero; no dejaría entrar a nadie, así los árboles podrían seguir creciendo hacia la luz. Y nadie volvería a talarlos. Todo sería otra vez como antes de que llegara el hombre blanco.

—El planeta está para que lo usemos —dijo Kurt.

—Pero no para que lo destruyamos. ¡Mira todo esto!

Se habían adentrado en una zona devastada, talada no hacía mucho. Ya había transcurrido más de un año desde que los leñadores habían terminado su trabajo, pero seguía estando todo hecho un desastre. Apenas quedaba un árbol en pie. Sólo unos cuantos ejemplares de tronco alto y débil y un puñado de escuálidos helechos arborescentes. Montañas de corteza y ramas, a la espera de que alguien las quemara. Aquel lugar era como una cicatriz en el paisaje. Y en él reinaba el silencio, el silencio total. Algunas plantas habían empezado a rebrotar, pero no se veía ni un solo pájaro.

Cruzaron la zona talada y entraron de nuevo en el bosque, donde el camino se estrechaba aún más y se volvía de tierra. Miki relajó los hombros. Aquél era el lugar al que les gustaba ir a Kurt y a ella; era un lugar que le hablaba, un espacio recóndito en el que crecían árboles centenarios. Su propio bosque.

Kurt aparcó junto a una arboleda, cerca de donde había escondido las colmenas. En la granja criaban abejas para polinizar los manzanos y padre

solía ocultar las colmenas cerca del bosque. A veces dejaba a Miki recoger la miel, que luego vendían en frascos reciclados en un puesto de carretera junto a la entrada principal de la granja. En aquel bosque, la miel más dulce era la del árbol del cuero y Kurt sabía dónde encontrar los mejores bosquecillos. Decía que las abejas tenían su propio lenguaje, su propia forma de comunicarse. A veces, una abeja interpretaba una especie de danza para hacer saber a sus compañeras dónde podían encontrar comida. Lo único que tenía que hacer Kurt era colocar las colmenas cerca de las flores y las abejas se encargaban del resto. A su hermano lo fascinaba que pudieran fabricar miel a partir de néctar y polen, y también le gustaba la jerarquía de la colonia, donde cada abeja tenía una tarea específica.

A Miki le gustaban las abejas por otros motivos: porque formaban una gran familia en la que se cuidaban unas a otras, compartían las tareas y se ocupaban de las crías.

Kurt bajó de la camioneta y cogió el traje de apicultor. Sólo tenían uno, de modo que Miki solía quedarse en el coche. A veces, Kurt la dejaba ir a ella, y entonces Miki se metía en el traje e introducía las manos en los guantes. Le gustaba estar cerca de las abejas, escuchar el zumbido procedente de la colmena, sentir la energía que transmitían. Le parecía emocionante levantar la tapa y contemplar aquella actividad incesante, ver a las abejas amontonadas unas sobre otras.

—¿Puedo ir yo?

Kurt negó con la cabeza mientras se ponía el traje y se lo subía hasta los hombros.

—Hoy no. Ya estamos casi al final de la estación y puede que las abejas estén nerviosas.

—No me pasará nada con el traje.

—No quiero molestarlas. Corremos el riesgo de que se marchen.

Durante el invierno, Kurt dejaba las colmenas llenas de miel y las abejas escondidas dentro porque odiaban el frío. Miki observó a su hermano

mientras se alejaba por el bosque vestido con aquel traje, como si fuera un astronauta. Llevaba una gran caja de plástico para meter dentro los cuadros de miel. Se lo imaginó sacando uno y sacudiéndolo para apartar a las abejas. A ellas no les gustaría, claro, y empezarían a zumbar y a revolotear como ruidosos satélites minúsculos, para finalmente regresar a la colmena y seguir con su trabajo. Ya en casa, Kurt rascaría con cuidado los tapones de cera que sellaban el panal y luego introduciría los cuadros en la centrifugadora para extraer la miel. Miki la tamizaría para retirar fragmentos de cera y luego la envasaría en frascos que venderían en la tienda.

Esperó en la camioneta y deseó haber cogido algo para leer, pero sus tres libros especiales se habían quedado en la mesilla de noche de su habitación. Ella y Kurt los habían encontrado mientras revisaban algunas cajas del cobertizo de la granja, después del incendio, en busca de algo útil que sus padres pudieran haber dejado allí. En las cajas, sin embargo, no había más que viejos enseres domésticos: loza agrietada, cuberterías deslustradas, saleros y pimenteros, jarrones, sábanas de franela gastadas... Miki había abierto una caja esperando encontrar más de lo mismo, pero debajo de unas camisolas viejas dobladas, medias de seda y un par de vaqueros desteñidos había encontrado tres libros: *Jane Eyre*, *Cumbres Borrascosas* y *Tess la de los d'Urberville*. Los había cogido y había ido pasando las páginas amarillentas. En el interior de la cubierta de cada uno de aquellos volúmenes figuraba el nombre de soltera de su madre: Heather Jones. Kurt había querido tirar los libros, pero Miki le había suplicado que no lo hiciera y, al final, le había permitido quedárselos. En la granja, Miki había crecido sólo con la Biblia, por lo que aquellos títulos le parecían emocionantes. Perteneían a otra época de la vida de su madre, envuelta ahora en un halo de misterio debido a la existencia de aquellas obras. Miki se preguntaba por qué los habría guardado en el cobertizo y no en casa. ¿Y por qué los había sustituido por la Biblia? ¿Habría leído otros libros? Era obvio que había decidido

renunciar a ellos, pero... ¿por qué los había conservado? ¿Acaso los había guardado para su hija?

A Miki le encantaron los tres. Las protagonistas eran muy distintas, pero Miki las adoraba a todas y envidaba sus vidas, tan fascinantes como complicadas. Admiraba la integridad y la audacia de Jane Eyre, la dulzura de Tess, el amor que sentía Cathy por los páramos de Cumbres Borrascosas..., igual que el amor que sentía Miki por el bosque. Cada una de aquellas heroínas poseía ciertas virtudes que ella respetaba. Corrían riesgos y se aventuraban solas en el mundo. Aceptaban retos nuevos y triunfaban o fracasaban. Amaban, tenían amigos, vivían: todas las cosas que Miki ansiaba hacer. Deseaba la libertad de Jane Eyre para ir al colegio y luego buscar un trabajo como institutriz. Se moría por mantener conversaciones como las de Jane con el señor Rochester. Deseaba poder formular preguntas y obtener respuestas, formarse sus propias opiniones y tener la posibilidad de mostrarse en desacuerdo. Como Jane. Quería cometer errores, como Tess. Ansiaba ver el mundo, conocer a otras personas, tal vez encontrar el amor, como le había ocurrido a Tess con Angel. Quería vivir sus emociones con tanta pasión como Cathy... y no tener que mostrarse siempre cautelosa, como le ocurría con Kurt.

Aún estaba pensando en los libros cuando apareció su hermano con su traje blanco, cargado con la caja de plástico. Varias abejas se le habían pegado a las mangas y Kurt se las sacudió antes de quitarse el traje. La camioneta tembló cuando subió la caja a la parte trasera. En ese momento, Miki ya podía bajar. Mientras Kurt cogía el rifle de la caja cerrada con llave que estaba tras el asiento, ella salió del vehículo y se puso el abrigo.

—Lleva tú el rifle —le dijo Kurt mientras se lo pasaba.

—No, gracias —contestó ella, apartándose.

Kurt frunció el ceño.

—No me iría mal un poco de ayuda, así que hazlo y punto.

Miki cogió el rifle y lo sujetó con cautela, como si fuera a dispararse.

Pesaba; el cañón metálico estaba reluciente y frío. Esperaba que Kurt se lo cogiera, pero él se limitó a meter unas cuantas cosas en la mochila y echó a andar por la pista, de modo que ella tuvo que seguirlo mientras se colocaba el rifle a la espalda, muy despacio. Kurt sólo disparaba a los animales que dañaban el bosque, como los ualabíes, que se comían los brotes nuevos, o las aves lira, una especie introducida que ni siquiera era autóctona de Tasmania. A Miki, sin embargo, seguía sin gustarle. En la granja, Kurt disparaba a los conejos porque mordisqueaban los manzanos. A madre le gustaba el estofado de conejo y a Miki no le importaba comérselos, pero disparar a los animales para luego dejarlos allí le parecía un desperdicio.

Avanzaron pesadamente por la pista cubierta de maleza, entre la humedad del bosque. Cuando doblaron una curva, Miki vio a lo lejos su árbol preferido: un eucalipto gigantesco, de quince pasos de diámetro y noventa metros de altura. Era tan alto que la copa se perdía entre las nubes. El tronco se alzaba como si fuera una autopista inmensa de corteza y, a media altura, brotaban unas pequeñas ramas que parecían antenas. Kurt se detuvo junto a la base del árbol y encendió un cigarrillo. Dejó la mochila sobre una raíz tan grande como la pata de un elefante, se apoyó en el tronco y expulsó el humo. Miki cogió el rifle que llevaba colgado al hombro, pero le dio miedo dejarlo en el suelo, pues sabía que Kurt era muy maniático con la humedad y el óxido. En casa solía limpiar el rifle encerrado con llave en su habitación, en el sótano, pero a veces también lo hacía en la mesa de la cocina. Era en esas ocasiones cuando Miki veía el cariño con que lo trataba, como si tuviera un bebé en los brazos.

Kurt la miró en ese momento y se echó a reír.

—Dámelo, anda. No se va a disparar, ¿sabes? Ni siquiera está cargado.

Aliviada, le dio el rifle y luego rodeó el tronco inmenso. Fue pasando la mano por la suave corteza, mientras escuchaba el murmullo del viento entre las hojas. Al otro lado, la cicatriz que había dejado el fuego había abierto en la madera un boquete lo bastante grande para que pudiera entrar una persona.

El tronco le recordaba su infancia, las excursiones que ella y Kurt hacían los domingos al bosque que estaba detrás de la granja. Al otro lado de la valla trasera, entre los helechos, crecía un árbol alto que también tenía una cicatriz en el tronco. A Miki le gustaba jugar allí con Kurt: solían representar escenas de la Biblia. En una ocasión habían interpretado a Sansón y Dalila, aunque sabían que era pecado. Kurt le había seguido el juego hasta que ella había sacado unas tijeras para cortarle el pelo y le había conseguido arrancar un mechón antes de que él comprendiera qué estaba ocurriendo. Kurt se había puesto a gritar, se había soltado de las cuerdas con las que ella lo había atado toscamente y le había arrebatado las tijeras para después arrojarlas entre la vegetación. Miki aún sonreía al recordar la expresión horrorizada en el rostro de su hermano. Se habían pasado horas buscando las tijeras y habían llegado tarde a casa, rebozados de barro y hojas. Padre se había enfadado.

Miki se agarró con una mano al borde curvado de la cicatriz y se adentró en el hueco. Bajo la piel gruesa del árbol todo estaba oscuro y en silencio; percibió el olor intenso y dulzón de la madera podrida. Se le hundieron los pies en un suave lecho de restos desmenuzados y, al alzar la mirada, lo único que vio fue un círculo pequeño de luz muy arriba, donde el árbol había perdido la copa. Muy muy lejos. Cerró los ojos y oyó un murmullo débil: era el árbol, que susurraba sus secretos entrecortadamente, historias de otros tiempos, de viento y lluvia, de personas negras que avanzaban con sigilo por el bosque. Si contenía el aliento, le parecía escuchar el latido del mundo.

En el exterior, un abanico gris se posó en el suelo, tan cerca que Miki le vio las cejas blancas. El pájaro la vio y abrió la cola, moviéndola de un lado a otro y gorjeando. A Miki le encantaban los árboles y los pájaros, pero lo que más le gustaba no se veía. Lo que más le gustaba era cómo se sentía en el bosque. El olor de la vegetación tras la lluvia. El sonido de la corteza al crujir. El chasquido de las ramas. La sensación de paciencia y eternidad, de crecimiento y renovación. El aura de los árboles. La sensación de que todo estaba conectado. De que cada cosa tenía su sitio. Podría haberse quedado allí

todo el día, respirando con el árbol, dejando que su vida le llenara los pulmones.

Pero entonces oyó la voz amortiguada de Kurt, que la llamaba. Cuando se reunió con él, su hermano aún estaba apoyado en el árbol.

—¿Qué hacías?

—Nada, estaba dentro del árbol.

Kurt negó despacio con la cabeza, como si creyera que estaba loca, pero Miki sabía que él también sentía esa afinidad con el bosque. Era lo que los unía: no las largas horas que pasaban en la tienda, ni las interminables noches delante de la tele, ni siquiera la cocina casera de ella, ni las habitaciones limpias y acogedoras de la trastienda. No, era aquello, el tiempo que pasaban en aquel mundo debajo de los árboles. Mientras permanecían allí juntos, en un silencio agradable, una ráfaga de viento sopló entre las copas y las hojas se movieron al unísono, como bancos de peces centelleando en el cielo. Los dos levantaron la vista y contemplaron las nubes que la brisa empujaba.

—Precioso, ¿verdad? —dijo Miki.

Por el largo suspiro que soltó Kurt, supo que su hermano al fin se estaba relajando.

—Vale —soltó—. Ya estoy de buen humor. Hazme alguna pregunta.

De vez en cuando, si Kurt se sentía generoso, se avenía a compartir con ella algunos de sus recuerdos. Aquellas oportunidades eran escasas, así que Miki se pasaba semanas acumulando preguntas. Era la única forma que tenía de saber cómo era la vida antes de que ella naciera, descubrir quién era, de dónde venían sus padres. Ansiaba aquella información, pero Kurt ejercía un control asfixiante sobre ella. Debía formular las preguntas con cuidado, pues la línea que separaba la generosidad de la rabia era muy fina.

—Háblame de cómo ibas al colegio —dijo.

Kurt le dio una calada a su cigarrillo y sonrió.

—Tiene gracia que quieras saber todas esas cosas. Pero supongo que es agradable volver la vista atrás... Me llevaba papá.

Miki trató de imaginar el colegio de Kurt y tuvo la sensación de que el bosque se iba desdibujando a su alrededor. Imaginó un edificio pequeño y blanco, con molduras verdes, un patio sombreado y unos cuantos eucaliptos al fondo.

—¿Qué te llevabas para comer? —preguntó, ansiosa por conocer más detalles.

—Bocadillos de queso con pan casero.

—¿Quiénes eran tus amigos?

Kurt expulsó una nube de humo y levantó la mirada hacia los árboles.

—Un niño que se llamaba Chris y una niña que se llamaba Cherry. Eran gemelos.

—¿A qué jugabais?

—Excavábamos agujeros en la tierra y hacíamos carreteras y canales para que pasara el agua cuando llovía.

—¿Qué hacíais en clase?

—Leíamos libros, cantábamos canciones, aprendíamos a escribir.

—¿Cómo se llamaban tus profesores?

Miki se sabía los nombres de memoria, pero le gustaba escucharlos. La única profesora que ella había tenido era madre. Le habría gustado ir al colegio. Le gustaría ir ahora, si pudiera.

Vaciló antes de formular la última pregunta, porque nunca antes se la había hecho. ¿Cómo reaccionaría Kurt? Si se pasaba de la raya, estropearía el día entero. Notó la respiración del bosque a su alrededor y eso le infundió valor.

—¿Por qué dejaste de ir a la escuela?

—Porque naciste tú.

—¿Y eso qué cambió?

—Fue entonces cuando padre y madre decidieron recluirse en la granja. Estaban hartos de la iglesia. Querían ir por su cuenta. Hacer las cosas a su manera. Crear sus propias reglas.

Miki se sintió confusa. ¿Acaso no habían vivido siempre según las reglas de Dios? No tenía ni idea de que pudieran reinterpretarse.

—No entiendo qué tenía que ver eso conmigo.

—Casualidad, supongo.

—¿Por qué yo no podía ir al colegio?

—Porque eres una chica y querían protegerte.

Aplastó la colilla del cigarrillo en el tronco del árbol y la lanzó a un charco trazando una curva en el aire. Luego se incorporó y recogió la mochila. Miki tenía la sensación de que estaba a punto de averiguar algo importante, de modo que prosiguió.

—¿Por qué nunca recibíamos visitas? ¿Y por qué no tenemos ningún pariente? ¿Están todos muertos?

Kurt desvió la mirada y se cargó la mochila al hombro.

—Se acabaron las preguntas.

Miki se sintió frustrada. ¿Por qué no quería decírselo?

—Por favor.

A Kurt se le ensombreció el rostro y dio media vuelta.

—Me voy. Asegúrate de no alejarte del árbol.

Empezó a subir por la pista, pero se detuvo para lanzarle las llaves del coche.

—Si llueve, métete en la camioneta. Volveré dentro de una hora.

Miki lo vio desaparecer en el bosque. Oyó el ruido de sus pasos en el camino, los susurros y chasquidos mientras se adentraba en la vegetación. Sabía que su hermano podía volverse a mirarla, así que permaneció inmóvil por fuera, pero por dentro las preguntas la sacudían y la zarandeaban como ráfagas de viento.

Se quedó junto al árbol durante un rato, dando vueltas a todas aquellas cuestiones que le rondaban la cabeza. Entonces las nubes se arremolinaron, el día se oscureció y empezaron a caer gotas de agua del cielo. Regresó a la camioneta, pensando todavía en las preguntas, preparándose para el día

soñado —por lejano que pareciera— en que Kurt la trataría como a una adulta y le hablaría con sinceridad.

¿Por qué su familia nunca recibía visitas de amigos? ¿Dónde estaban sus familiares? ¿Tenían abuelos? ¿Tenían padre y madre hermanos o hermanas? ¿Qué había en la carpeta de cuero negro de padre? ¿Por qué Kurt no quería que lo supiera? ¿Por qué no le permitía bajar al almacén de la tienda? ¿Por qué no se fiaba de dejarla salir sola? ¿Cuánto tiempo faltaba hasta que pudieran comprarse su propia granja?

Todas aquellas preguntas le provocaban una especie de cosquilleo y se dio cuenta de que tanto pensar en ellas le había estropeado la alegría de aquel día. Para distraerse, abrió la guantera con la esperanza de encontrar algo que leer. A veces Kurt dejaba allí recortes de periódico con anuncios de algún todoterreno nuevo o de máquinas de gimnasio. Pero sólo encontró los manuales del coche. Se sintió decepcionada: hasta un listín telefónico le habría parecido interesante.

Echó un vistazo a su alrededor y abrió el cenicero pensando que estaría vacío, pero dentro encontró varias llaves plateadas. Nunca lo había abierto porque Kurt no lo usaba. Cuando fumaba siempre sacudía la ceniza por la ventanilla y arrojaba las colillas a la carretera. Se preguntó en ese momento si aquellas llaves habrían estado siempre allí. Cogió una, la sopesó en la mano y luego la comparó con otra, alineando los dientes. Eran exactamente iguales. Cogió las otras llaves. Eran todas idénticas, pero no se parecían a las del coche. ¿Para qué quería Kurt tantos duplicados? ¿Los había hecho por algún motivo? ¿Temía perder las llaves? Pensó en las cerraduras de casa y las fue repasando mentalmente: puerta delantera, puerta trasera, archivador de Kurt, habitación del sótano, caja del rifle en la camioneta, caja de munición, caja metálica donde guardaban el dinero... Hizo tintinear las llaves en la mano. Dado que eran todas iguales... ¿se daría cuenta Kurt si cogía una?

El corazón le dio un vuelco al pensar en la posibilidad de engañar a su hermano. ¿Debía hacerlo o estaba mal? Durante un buen rato se quedó allí

sentada contemplando las llaves. Y entonces se preguntó qué habría hecho Jane Eyre. Jane era audaz, pero también lista, y tenía valor y vivía de acuerdo a sus principios. Miki imaginó a Jane en Thornfield Hall, investigando los extraños sonidos que oía por la noche. La señora Fairfax le había dicho que nunca saliera de la habitación, pero si Jane no se hubiera arriesgado, el señor Rochester habría muerto en el incendio de su estancia. Kurt encerraba a Miki en casa cuando él se iba, pero tal vez en algún momento ella también tuviera que arriesgarse a salir.

Allí había muchas llaves. Seguro que Kurt no las necesitaba todas.

Antes de tener tiempo de cambiar de idea, se guardó una en el bolsillo del peto y cerró la cremallera. Luego dejó las otras en el cenicero y volvió a cerrarlo.

La sede regional del Servicio de Parques estaba a unos veinte minutos en coche desde el pueblo. La oficina se hallaba en la calle principal, entre la peluquería y la agencia inmobiliaria. Leon aparcó delante y se quedó sentado tras el volante, contemplando la lluvia que resbalaba por el parabrisas. Estaba nervioso. Le llevaría algún tiempo adaptarse al nuevo empleo, pero tenía muchas ganas de trabajar en equipo y conocer a personas que compartieran su pasión por los lugares vírgenes y la naturaleza. Consultó el reloj. Las nueve menos diez. Hora de entrar.

Sonó un timbre cuando cruzó la puerta, pero no vio a nadie. Oyó un murmullo de voces y el golpeteo de un teclado al otro lado de una gran mampara opaca, al fondo del local. Durante unos segundos se dedicó a inspeccionar el lugar: estantes llenos de libros y mapas a la venta, un expositor de postales, muñecos de peluche... Luego se acercó al mostrador, cuya superficie de cristal permitía ver el mapa expuesto en el interior. Tocó una campanilla y enseguida apareció tras la mampara un hombre alto y desgarbado. Tenía el pelo oscuro y corto, la nariz larga, barba de un día y una mirada interrogante en sus ojos marrones.

—Hola, ¿qué tal? ¿En qué puedo ayudarte?

Leon se inclinó hacia delante y le tendió la mano.

—Soy Leon Walker. Empiezo hoy a trabajar aquí.

El hombre sonrió y le estrechó la mano.

—Buenos días, yo soy Terry. Encantado de conocerte.

Terry guio a Leon al otro lado de la mampara y le presentó a Brian, el jefe: era un tipo grandote que estaba encorvado sobre un escritorio pequeño, en un

despacho angosto situado al fondo. Brian contemplaba la pantalla de un ordenador con el ceño fruncido, entre una montaña de papeles y varias tazas vacías de café. Por su voluminoso estómago y su doble papada, Leon supuso que no visitaba los parques demasiado a menudo. Seguramente era una tarea que delegaba en novatos como Leon. Cuando le estrechó la mano, sin embargo, lo hizo con firmeza, que era lo que cabía esperar de un jefe.

—Siéntate —dijo Brian al tiempo que señalaba una silla.

Leon se sentó.

—Así que vienes de Bruny Island. ¿Mucho trabajo por allí?

—Sí. Estaba yo solo, así que era frenético.

—¿Estás acostumbrado a trabajar solo, pues?

—Sí. Cuando el otro guarda forestal se jubiló no contrataron a nadie para sustituirlo. No había presupuesto.

—Entiendo. Aquí también vamos muy justos. No hay recursos. Para serte sincero, el personal que tenemos es insuficiente, así que estarás tan ocupado como en Bruny.

—No pasa nada. Soy una persona trabajadora.

—Bien. Admiro el entusiasmo. Tendrás mucho que hacer y no todo al aire libre. Últimamente sólo subimos al parque tres días por semana y, por lo general, enviamos a un solo guarda forestal porque tenemos mucho trabajo en la oficina: atender el mostrador, responder a las preguntas de los turistas y esas cosas. ¿Qué crees que puedes aportar a este trabajo?

—Me gusta hablar con la gente, así que si surge la oportunidad me encantaría organizar visitas guiadas y gestionar el centro de interpretación de la naturaleza. O las visitas escolares. En Bruny Island me encargaba de las visitas de los *boy scouts*.

—Suenas muy bien, pero para empezar te encargarás de limpiar los lavabos, vaciar las papeleras y del mantenimiento de las pistas. Lo siento, pero es lo que hay. Cuando ya te hayas adaptado, volveremos a hablar.

Leon ocultó su decepción. Después de años ocupándose de los lavabos y

las pistas, esperaba algo diferente.

Brian se había vuelto a concentrar en su ordenador. Le lanzó una mirada a Leon por debajo de sus pobladas cejas.

—Terry te proporcionará un ordenador y un uniforme, y luego te acompañará al parque.

La conversación había terminado.

Estaban saliendo del pueblo en un Toyota Land Cruiser blanco cuando a Leon le sonó el teléfono. No quedaba demasiado bien atender llamadas personales el primer día, pero pensó que era mejor responder.

—Lo siento —le dijo a Terry—, es mi madre... A lo mejor necesita algo. —Se acercó el teléfono a la oreja y habló en voz baja—. Hola, mamá. ¿Qué pasa? No puedo hablar, estoy con otro guarda.

—Ha venido Stan —susurró su madre, en tono apremiante.

Stan era el compañero de juergas de su padre, el que lo llevaba de copas pese a saber que tenía el hígado destrozado. Stan jamás se había atrevido a ir a verlo mientras Leon permanecía en la casa de sus padres, por lo que debía de haber empezado a correr la voz de que se había marchado.

—¿Qué hace? —le preguntó a su madre.

—Está en la puerta.

—No lo dejes entrar.

—El coche está en el garaje, no puedo fingir que no hay nadie en casa.

Parecía aterrorizada. Incluso a través del teléfono, Leon oyó los golpes en la puerta. ¿Qué estaba haciendo Stan? ¿Tratando de echarla abajo?

—Dile que se largue —le dijo a su madre.

Y entonces oyó la voz de su padre, débil y lejana.

—¡Están llamando a la puerta, Sylvia!

—No abras —le suplicó Leon.

—Tengo que hacerlo, tu padre me está gritando.

—No lo hagas. Ya sabes lo que pasará.

La línea se cortó. Su madre había colgado.

Leon se sintió al borde de un abismo. Creía que su padre estaba demasiado débil como para intentar nada y ésa era, precisamente, su estrategia para mantener a su madre a salvo. Pero quizá aquel plan no fuera tan perfecto como creía. Si Stan conseguía emborracharlo, podía ocurrir cualquier cosa.

—¿Va todo bien? —le preguntó Terry.

—Sí, sí. Todo bien.

Terry negó con la cabeza en un gesto de solidaridad.

—Ah, la familia...

Avanzaban junto al río, que parecía una línea plateada, serpenteando entre granjas y huertos aletargados. Leon trataba de no pensar en su casa. Desde allí no podía hacer nada, así que era inútil malgastar energía pensando en ello. Aun así, algunas imágenes seguían hostigándolo. Su padre entrando tambaleándose en la cocina y golpeando a su madre con una zarpa peluda. Su madre con un ojo morado, como el día en que Leon había descubierto que su padre le pegaba. Jamás olvidaría la expresión triste en el rostro de su madre cuando había intentado convencerla de que se separara de él. Ella, sin embargo, le había dicho que lo amaba y que no podía irse sin más. Leon no lo había entendido, no comprendía aquella devoción ciega. ¿Era ésa la razón de que tantas mujeres terminaran atrapadas en situaciones insostenibles? Odiaba a su padre por el poder que ejercía sobre su madre.

Terry estaba intentando entablar conversación con él, de modo que Leon hizo un esfuerzo por escucharlo.

—No he podido evitar escuchar tu conversación con el jefe —le estaba diciendo—. La situación no es fácil en el Servicio de Parques. No hay demasiadas oportunidades. Pero estoy contigo en que tendríamos que tratar de llegar más a la gente. Me gustaría que hiciéramos más cosas. Lo que pasa es que el jefe está preocupado por el dinero..., demasiados recortes.

—Es lo mismo en todas partes —dijo Leon—. Todo un problema.

—Pero también hay iniciativas interesantes en el mundo natural, si sabes

sacarles provecho —dijo Terry—. Si te apetece, puedo ponerte en contacto con algunos científicos que están haciendo trabajo de campo por aquí cerca. Hay un tipo de Canberra que busca periquitos migradores en los bosques. Y un tío de la universidad que está estudiando los demonios de Tasmania. Vale, no vas a sacar pasta, pero tal vez encuentres lo que buscas, o sea, algo más estimulante que el trabajo cotidiano.

Leon se sintió agradecido. A veces pensaba que a él también le habría gustado ser científico, pero el trabajo de guarda forestal encajaba más con su carácter porque disfrutaba estando al aire libre. No se imaginaba a sí mismo encadenado a un mesa.

En el desvío que llevaba al parque, la carretera se convertía en un camino de grava lleno de baches y Terry aminoró la marcha para avanzar por unas roderas ya marcadas.

—Sólo la nivelan un par de veces al año —refunfuñó—. No se pueden permitir tapar los baches. No es una carretera lo bastante transitada como para que el gasto esté justificado.

El camino ascendía gradualmente y, poco después, el bosque dio paso a un brezal salpicado de árboles retorcidos y picos abruptos. Las montañas estaban cubiertas de niebla y la luz era de una tonalidad gris. Era un paisaje hermoso pero inquietante.

Llegaron al final de la carretera y Terry detuvo el todoterreno en un aparcamiento circular del que partían las distintas rutas. Leon estaba entusiasmado. La luz era tenue y sobre el brezo flotaba una especie de neblina azul.

—¿Podemos ir hasta el paso de montaña? —preguntó—. Me gustaría ver el paisaje.

—Otro día. Hoy hace un frío de narices. No tardará en levantarse un vendaval aquí arriba.

Terry lo guio por una corta pasarela entarimada hasta llegar a un amplio refugio para turistas. Una vez dentro, le mostró a Leon el libro en el que los

excursionistas anotaban adónde se dirigían.

—Cuando estés de guardia, tienes que consultar este libro para asegurarte de que nadie se haya perdido. Algunos idiotas se van de excursión en plena tormenta de nieve y se salen de la pista. Y luego nos toca a nosotros ir a buscarlos. Hacer una búsqueda y un rescate a gran escala. Algunos incluso salen a caminar en camiseta y chanclas. Es una vergüenza que tengamos que socorrer a esos estúpidos.

Cuando estaba en Bruny Island, Leon también había participado en misiones de rescate. A veces encontraban a las personas que se habían perdido, pero otras su desaparición se convertía en un misterio. En una ocasión, una joven había salido hacia Fluted Cape y no había regresado. Tras una semana de búsqueda se había concluido que probablemente había caído por algún acantilado. A Leon no le gustaba la idea de imaginar a la joven estrellándose contra las rocas del fondo del precipicio. Él se había pasado la infancia explorando aquellos acantilados; había perdido la virginidad allí arriba, con una chica que pasaba el verano en el camping; había dado de comer a los ualabíes blancos que pastaban en la zona de hierba del final de la pista. Bruny Island era parte de él. Tal vez aquel lugar también llegara a convertirse en parte de él.

Después de limpiar los lavabos y reponer el papel higiénico, Terry se dispuso a volver a la oficina.

—No tiene ningún sentido quedarse aquí con este tiempo —dijo—. No hay nadie más que nosotros y, por otro lado, aquí no pintamos nada.

Avanzaban serpenteando por el bosque, de vuelta al pueblo, cuando Leon vio un perro en la calzada: era una hembra de pastor ganadero a la que le colgaban las tetillas. Debía de ser *Rosie*, la perra de sus vecinos. Le dijo a Terry que parara.

—Conozco a esa perra. Es de mis vecinos. Deberíamos llevarla a casa.

Cuando Terry detuvo el coche, Leon se fijó en que *Rosie* tenía un corte en un costado. Se preguntó cómo habría llegado hasta allí ella sola. ¿Se habría

escapado o se habría caído de la caja de la camioneta de Shane? Leon recordó haberla visto gruñirle a Shane en casa y cabía la posibilidad de que intentara atacarlo si se acercaba a ella, pero no podía dejarla allí sin más. La herida chorreaba sangre.

Leon empezó a hablarle en voz baja mientras se aproximaba. El pobre animal jadeaba y seguramente sentía mucho dolor.

—¿Tienes alguna cuerda en el coche? —le preguntó a Terry—. ¿Algo que pueda atarle al collar?

Terry le lanzó un trozo de cuerda que Leon ató al collar de *Rosie*. La perra se mostró dócil, quizá porque comprendió que Leon intentaba ayudarla. La convenció para llegar hasta el Land Cruiser y subir al asiento trasero. *Rosie* trató de saltar, pero se encogió de dolor, de modo que Leon la rodeó con los brazos y la ayudó a subir. Notó junto al cuerpo las tetillas colgantes y la humedad que supuraba la herida. Lástima de uniforme nuevo: tenía las manos y la ropa cubiertas de sangre.

Cuando llegaron a casa de Leon, los vecinos no estaban.

—Pues tendremos que llevarla al veterinario —dijo Terry—. El más cercano está junto a la oficina del Servicio de Parques.

En la clínica veterinaria sonó un timbre cuando Leon cruzó la puerta con *Rosie*. Lo asaltó de golpe el olor a desinfectante y oyó el eco de sus propios pasos en el pasillo. Tiró de la perra hasta una silla de plástico, junto a la ventana que daba a la calle, y se sentó a esperar. No había nadie en recepción, pero sin duda alguien debía de haber escuchado el timbre, porque era bastante ruidoso. Un cartel, sobre el mostrador, informaba en negrita y mayúsculas de que no se fiaba y de que las visitas se abonaban al momento. Leon supuso que le tocaría pagar a él, porque no tenía garantías de que Wendy y Shane lo hicieran.

Una mujer de mediana edad, con el pelo castaño y corto, salió de una sala situada al fondo y observó a Leon y a *Rosie*. Según decía su placa, se llamaba

Frances.

—Hum... —dijo—. Esa herida no tiene buena pinta.

—¿Es usted la veterinaria? —preguntó Leon.

—Enfermera y recepcionista. Aquí estamos pluriempleadas... ¿Ya habías venido antes?

—No. He encontrado a esta perra en el bosque.

—¿No es tuya?

—No, pero pagaré lo que haya que pagar. Creo que necesita ayuda.

—De eso puedes estar seguro. Voy a buscar a la veterinaria. —Frances se dirigió de nuevo al fondo del establecimiento y dijo a voz en cuello—: ¡Eh, Kate! ¿Tienes un segundo? ¿Te importaría echarle un vistazo a esta perra?

Apareció entonces una mujer vestida con vaqueros, botas Blundstone, bata de color cerceta y guantes médicos. Era delgada, de mirada radiante, y llevaba el pelo rubio recogido en una cola de caballo. Echó un vistazo por encima del mostrador y Leon giró a *Rosie* para que la veterinaria viera la herida.

—Vamos a tener que darle unos cuantos puntos —dijo—. ¿Qué ha ocurrido?

—Justo estaba contándole que la he encontrado en el bosque. Es de mis vecinos, pero no están en casa. He pensado que no podía dejarla así. No me importa pagar..., me temo que mis vecinos no se lo pueden permitir.

La veterinaria le dedicó una sonrisa cálida.

—Es un detalle por tu parte.

—Y ya puestos..., ¿podrías esterilizarla?

Kate frunció el ceño al fijarse en las tetillas colgantes de *Rosie* y en su vientre enorme.

—No le iría mal, pero no podemos hacerlo sin el consentimiento de los dueños, sobre todo en un estado de gestación tan avanzado.

—Es una lástima. El hijo de los vecinos me contó que la última vez se comió a los cachorros.

Kate abrió mucho los ojos.

—¿En serio?

—Yo creo más bien que el padre los ahogó.

—Eso es horrible.

Frances estaba claramente escandalizada.

—Las personas así no deberían tener animales.

Leon se mostró de acuerdo.

—Mira, lo siento, pero... ¿te importa si te doy mis datos y vuelvo al trabajo? Es mi primer día y, como no me presente pronto, me van a echar. Y entonces no podré pagarte.

Al terminar la jornada, Leon recogió a *Rosie* en la clínica. Le habían cosido la herida y tenía un aspecto bastante lamentable con los puntos en el costado y el cono isabelino que llevaba en torno a la cabeza, sujeto al collar.

—El cono de la vergüenza —dijo Frances, al tiempo que le tendía la cuerda de la perra—. Si se arranca los puntos, tendremos que volver a ponérselos. Y estoy segura de que no quieres pagar dos veces.

Leon no sabía si los vecinos le dejarían el cono puesto o no, pero si *Rosie* se arrancaba los puntos, la próxima vez tendrían que pagar ellos.

Llevó a la perra hasta el coche y la ayudó a subir al asiento trasero, pero ella se escabulló hasta el asiento de delante, golpeándose con el cono al abrirse paso. Cuando Leon intentó devolverla al asiento de atrás, *Rosie* se encogió y clavó las uñas en el asiento. ¿Lo estaba poniendo a prueba o es que estaba acostumbrada a salirse con la suya? No creía que Shane le diera mucha libertad a la perra, pero uno no puede saber cómo tratan los amos a sus mascotas. Tal vez Shane fuera un machote en público y un blandengue en privado.

Leon arrancó el motor, y estaba a punto de marcharse cuando se dio cuenta de que tenía un mensaje sin leer de su madre. «¿Puedes pasar a ver al abuelo cuando vuelvas a casa? Tiene que darte algo.» Leon experimentó una

oleada de alivio: su madre estaba bien. No mencionaba a Stan ni a su padre, así que el problema debía de haberse solucionado. Pensó que sin duda el abuelo podía esperar hasta el día siguiente. Ya llegaba tarde a casa y, además, lo había ido a ver el día anterior. Aun así no quiso decepcionar al anciano, de modo que decidió dejar a la perra unos minutos en el coche y hacerle una visita rápida.

Sin embargo, cuando detuvo el vehículo en el aparcamiento de la residencia de ancianos, *Rosie* pareció decidida a acompañarlo. Le saltó al regazo, le golpeó en la cara con el cono y le arañó los muslos con las uñas. Leon trató de calmarla, pero la perra ladraba desesperadamente y no consiguió quitársela de encima. Cuando abrió la puerta, el animal salió disparado y trabajo le costó sujetarlo. Estaba claro que el cono le molestaba, así que Leon se lo quitó y se enrolló la cuerda en torno a la muñeca para que *Rosie* no pudiera escapar. Intentó convencerla para que subiera de nuevo al coche, pero la perra lo esquivaba, corría en zigzag y se acurrucaba en el suelo. Leon no se atrevía a obligarla a subir de nuevo al vehículo, pues temía hacerle daño en la herida. Pero se le presentaba un problema: ¿dónde iba a dejarla mientras entraba en la residencia? Pensó en atarla, pero le daba miedo que se arrancara el collar. Sólo faltaba que acabara atropellándola un coche. Se preguntó entonces si la recepcionista estaría dispuesta a salir unos minutos para sujetarla, pero no había nadie en recepción.

Desesperado, se quedó junto a las puertas correderas, esperando a que saliera alguien. Transcurrieron cinco minutos. La perra estaba sentada y lo miraba contenta, jadeando. Ahora que le había quitado el cono, parecía un animal distinto. Al final, Leon decidió entrar con ella. El vestíbulo y el mostrador de recepción estaban desiertos, probablemente porque era la hora de cenar, así que pensó que a lo mejor le daría tiempo de ir corriendo hasta la habitación del abuelo y recoger lo que fuera que el anciano necesitaba entregarle con tanta urgencia. Sí, quizá lo lograra.

Todo fue bien hasta que encontró vacía la habitación. Sólo le quedaban

dos opciones: buscar al anciano o rendirse. Pero ya que había llegado hasta allí, se sentía lo bastante audaz como para seguir adelante. Mientras *Rosie* trotaba a su lado, se dirigió sigilosamente hacia el salón, donde varios ancianos dormitaban sentados en unos sillones enormes. Bastó con que uno de ellos viera a *Rosie* para que todos los demás se despertaran.

—Eh, ¿habéis visto eso? —dijo una voz chirriante—. Es un perro.

Leon estaba pensando ya en cómo huir de allí, pero empezó a ver a su alrededor rostros iluminados y sonrisas desdentadas. Huir, pues, no era una opción. *Rosie* se había convertido en la estrella.

—¿Por qué no me la acercas un poco, hijito? —le dijo una mujer de rostro arrugado.

Leon acortó un poco la cuerda y tiró de *Rosie* por la moqueta. Rezó para que no mordiera a nadie. La perrita lo siguió y acercó la cabeza a la mano de la anciana. Leon observó aquellos dedos huesudos que palpaban con movimientos rígidos la cabeza del animal, en una especie de caricia tosca. Se fijó en la mirada radiante y arrobada de la anciana y, en el caso de *Rosie*, en el equivalente perruno de una sonrisa. A la mujer le brillaron los ojos.

—Ay, qué perrita tan bonita, ¿verdad, hijito? Tiene las orejas de terciopelo.

A Leon le sorprendió que aquella mujer pudiera notar algo con aquellas manos nudosas.

—¿Cómo se llama? —preguntó la anciana.

—*Rosie*.

—Hola, *Rosie*, eres una perrita muy buena, ¿verdad? Me has alegrado el día.

—¡Eh, ¿y nosotros qué?! —exclamó en aquel momento un hombre.

No era más que un minúsculo trocito de humanidad con una joroba de dromedario, sentado en una silla de ruedas en la otra punta de la sala.

—Nosotros también queremos acariciarla. No es justo que te diviertas sólo tú, Glenys —añadió.

La anciana se echó a reír.

—Pues os vais a tener que esperar. *Rosie* y yo nos hemos hecho buenas amigas.

—Tú lo has querido —dijo el hombre de la silla de ruedas—. Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma.

Tiró del freno y empezó a impulsarse por la sala.

—Por el amor de Dios, Duncan —le dijo alguien—, ¿qué estás haciendo? Ya sabes que tienes que esperar a una enfermera.

—Pues mala suerte —respondió Duncan—. Quiero acariciar a esa perrita.

Leon vio acercarse la silla de ruedas y comprendió que el anciano no la controlaba demasiado bien. El hombre apoyaba los delgados brazos en los aros impulsores de forma irregular, por lo que la silla giraba a lo loco de aquí para allá. Para evitar que acabara chocando, Leon sujetó la silla por un reposabrazos y consiguió pararla, pero tuvo que sujetar al anciano con un brazo para que no se precipitara al suelo. Faltó poco, aunque ni Glenys ni Duncan parecieron darse cuenta. Estaban diciéndole cosas a *Rosie*, ambos con expresiones radiantes y sonrisas con apenas dientes en aquellas bocas que parecían cavernas.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo una voz airada, mucho más joven y autoritaria.

El alboroto se interrumpió unos instantes y Leon levantó la mirada. La voz era la de Maryanne, la enfermera de recepción, que en ese momento apretaba sus rojos labios.

—Lo siento —dijo Leon avergonzado—. Estoy buscando a mi abuelo.

Maryanne era experta en altanería y en ese momento lo demostró con creces.

—¿Qué hace ese perro aquí dentro? ¿Está limpio? ¿Está desparasitado? ¿Está registrado como perro de asistencia?

—Sí a todo —mintió Leon. Era la forma más fácil de salir del lío—. Y mire cuánta felicidad está repartiendo. ¡Aquí parece haber resucitado todo el

mundo!

Maryanne escudriñó la sala, como si dispusiera de un radar, y relajó la expresión. Los ancianos ya no eran vainas inertes; todos se habían acercado para acariciar a la perrita. Por suerte, *Rosie* se mostraba muy cooperativa. Mientras Maryanne supervisaba sus movimientos, Leon la paseó por toda la sala para que saludara uno por uno a todos los ancianos.

—No te olvides de Héctor —dijo Glenys, mientras señalaba una figura retorcida en un rincón.

El pobre hombre estaba tan encorvado que ni siquiera podía levantar la cabeza.

Leon se dirigió hacia allí con *Rosie*, que parecía estar disfrutando de su papel protagonista: se acercó a Héctor y le apoyó la cabeza en el regazo. Leon esperó a que el anciano dijera algo, pero lo único que salió de su boca torcida fue un hilillo de baba. Durante un segundo, no ocurrió nada: aquel cuerpo deformado no se movió. Entonces *Rosie* dirigió su mirada de ojos amarillos hacia el anciano y el hombre le acarició despacio la cabeza con una mano temblorosa, cubierta de manchas moradas. La sala entera guardó silencio y todo el mundo observó a Héctor conectar con *Rosie*. Sólo Leon vio las gotitas de humedad que cayeron sobre el hocico de *Rosie*. Al fijarse mejor, sin embargo, comprendió que no eran gotas de saliva, sino las lágrimas de Héctor.

Tras asegurarse de que todo el mundo le hubiera dicho primero hola y luego adiós a *Rosie*, Leon preguntó por su abuelo.

—Está en la biblioteca —le dijo Maryanne—. ¿Crees que podrías volver a traer a *Rosie* algún día? Ha resultado ser muy buena medicina para todos.

Leon acababa de meterse en un buen lío.

—Ah, sí, supongo. Llamaré más tarde y os propondré un día.

—Perfecto. Y la próxima vez que vengas, ¿puedes traer por favor la documentación de perro de asistencia? Tengo que hacer copias.

—Claro —dijo Leon, mientras saludaba con la mano y se alejaba por el

pasillo.

Le preocupaba haber contado tantas mentiras, pero la sinceridad tenía un momento y un lugar, y no era allí ni entonces.

Encontró a su abuelo en la biblioteca, solo, encorvado sobre un libro en una larga mesa de madera. Leon carraspeó para anunciar su presencia y el anciano levantó la cabeza. En sus ojos apareció una mirada de sorpresa.

—Otra vez tú.

—Mamá me ha dicho que querías verme. Y aquí estoy. Me he traído a alguien.

El abuelo observó a *Rosie* con el ceño fruncido y luego sonrió.

—No sabía que tuvieras perro.

—No es mío. Es de mis vecinos.

—Parece que está a punto de dar a luz. ¿Qué tiene en el costado? ¿Puntos?

—Eres el primero que se fija. Debes de ser el único que aún tiene buena vista.

—Tengo los ojos bastante bien para mi edad —dijo el abuelo, mientras se subía las gafas—. ¿Cómo has conseguido entrar aquí con un perro? ¿Maryanne te lo ha permitido?

—No estaba en recepción.

El abuelo se echó a reír.

—Me alegra saber que es posible esquivarla. Ese dato puede resultar muy útil. —Le hizo una seña a Leon para que se acercara—. Quería enseñarte este libro. Habla de la historia maderera de la región. Lo escribió un amigo mío de Bruny Island y creo que te resultará interesante.

Leon se acercó a echar un vistazo. En la portada aparecía la foto de un tronco enorme en un viejo remolque para madera. Encima del tronco se veía a dos hombres sentados. El abuelo abrió el libro y le mostró una foto en blanco y negro en la que aparecían cuatro leñadores, de pie en unos tablones clavados en la base de un árbol gigantesco.

—Esto es Bruny Island a finales del siglo diecinueve —dijo el anciano—.

Y este de aquí es mi tatarabuelo, William Walker.

Señaló un hombre barbudo que apenas se veía tras el enorme tronco. El hombre llevaba un basto sombrero de fieltro que le dejaba el rostro medio en sombras, pero Leon no tuvo problemas en identificar la típica nariz de los Walker. Era inconfundible. El abuelo se humedeció el índice y fue pasando las páginas.

—He pensado que a lo mejor te gustaría llevarte el libro a casa para leerlo. Contiene muchos datos históricos... Tu madre dice que te gustan esas cosas. Hay un capítulo que habla de Bruny Island y otro de los incendios forestales. Puede que descubras algo interesante, si sabes leer entre líneas.

Buscó el capítulo que hablaba de los incendios y le dio unos golpecitos a la página.

Leon no sabía de qué estaba hablando su abuelo. ¿Se refería a un secreto o algo así?

—Muy bien, leeré ese capítulo —dijo.

—Si tienes alguna pregunta, puedes hacérmela cuando lo hayas acabado —añadió el anciano.

De repente, parecía agitado e inquieto.

—¿Es que este libro habla sobre ti? —le preguntó Leon.

El abuelo rehuyó su mirada. Se inclinó hacia *Rosie* y ella se acercó para que la acariciara.

—Yo tenía un perro como éste —cambió de tema el anciano—. Un pastor ganadero que se llamaba *Fred*. Lo atropellaron en la carretera de Adventure Bay. Increíble, ¿no? Pasa un coche cada hora y el pobre animal tiene la mala suerte de que lo pillen. El mejor perro que he tenido en mi vida, y eso que he tenido unos cuantos. ¿Estás seguro de que ésta no es tuya? Los perros hacen mucha compañía.

—No, y ahora tengo que llevarla a su casa. Sus dueños se estarán preguntando dónde se ha metido.

—Pues andando —le dijo el abuelo.

Cerró el libro y se lo dio.

Cuando Leon aparcó delante de su casa, ya eran más de las seis y media. Le colocó a *Rosie* el cono alrededor del cuello y la dejó salir del coche. La perra lo arrastró por el jardín y ladró entusiasmada cuando Leon llamó a la puerta de sus vecinos. Leon oyó pasos rápidos en el pasillo, luego la puerta se abrió de golpe y apareció Max. Al ver a la perra se le iluminó el rostro.

—¡Eh, mamá! —exclamó—. ¡Es *Rosie*! ¡Y lleva una cosa muy rara en la cabeza!

Se dejó caer de rodillas al suelo y rodeó el cuello del animal con ambos brazos, al tiempo que se fijaba en los puntos.

Leon detectó una mirada de fastidio y sorpresa en el rostro de Wendy cuando ésta se acercó sin la menor prisa por el pasillo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

—He encontrado a *Rosie* en la carretera, en el parque. Tenía un corte en el costado, así que la he llevado al veterinario.

Wendy frunció el ceño.

—¿Y por qué no has venido antes aquí?

—Lo he hecho, pero no había nadie.

Wendy contempló a *Rosie* y a Max.

—Tiene un montón de puntos —dijo el niño—. Veintidós.

Leon percibió en el aire la pregunta de Wendy.

—Lo del veterinario ya está arreglado —murmuró—. Era lo mínimo que podía hacer.

—¿Qué es esto que lleva en la cabeza? —preguntó Max.

—Un cono para que no se arranque los puntos.

—Mola —dijo Max—. Parece una extraterrestre.

En aquel momento, se oyó en la calle el rugido de la camioneta de Shane. Las luces barrieron el jardín y los iluminaron a todos. Leon se quedó allí, sin

saber qué hacer, mientras Shane se acercaba por sendero y le echaba un vistazo a *Rosie*.

—Pero ¿qué coño...?

—Se ha vuelto a caer de la camioneta, Shane —dijo Wendy—. Y mira qué ha pasado.

—Ahora está bien —dijo Leon, sin poder contenerse.

Shane lo miró con los ojos entornados.

—¿Tú tienes algo que ver con esto?

Era una acusación, no una muestra de agradecimiento, pero Max intervino antes de que Leon pudiera responder.

—¡Leon ha salvado a *Rosie*, papá! —exclamó el niño—. Mira qué corte tan grande tenía. Y Leon la ha llevado a que la curen. Se podría haber muerto, pero él la ha salvado.

Qué fácil resultaba ser un héroe a ojos de un niño.

—Pues se tendría que haber muerto —murmuró Shane—. Me habría salido más barato.

—No te preocupes —dijo Leon—. Eso ya está arreglado. La veterinaria quería coserla de inmediato, así que lo he pagado yo. No podía dejarla con ese corte enorme en el costado.

Leon retrocedió y aprovechó aquel momento de confusión para marcharse.

Shane tenía el ceño fruncido, pero Max estaba loco de contento. Wendy se limitó a asentir. Por lo menos, ella entendía que Leon lo había hecho por compasión, aunque Shane ni siquiera apreciara el gesto.

Algo más tarde aquella misma noche, Leon se sentó en el suelo, delante de la chimenea, con el libro del abuelo en el regazo. Era un volumen en tapa dura, un documento histórico que describía la historia de los principales aserraderos del sur de Tasmania. Fue pasando las páginas. El texto era muy detallado y recogía muchas anécdotas y datos sobre la industria maderera desde mediados del siglo XIX. Pero lo que más le llamó la atención a Leon

fueron las fotografías: parecían estar vivas y contaban, mucho mejor que las palabras, la historia de los leñadores y las antiguas vías de tren para el transporte de madera.

La mayoría de las fotos eran en blanco y negro. Algunas estaban borrosas y se habían ido deteriorando con el tiempo. Otras, en cambio, eran tan nítidas que parecían tomadas el día anterior..., hasta que uno se fijaba en los protagonistas y en la ropa que llevaban, en las actividades que estaban realizando, en los coches y camiones que conducían. Había fotografías de vías de tren hechas de madera. De caballos que esperaban pacientemente para empezar a arrastrar un tronco por la vía. De locomotoras de vapor que transportaban troncos. De antiguos pueblos madereros. De barcos de vapor que transportaban tablones de madera ya cortados a los mercados del extranjero. De leñadores con sus esposas y familias. De aserraderos y puentes en construcción.

Leon observó con detenimiento los rostros de los trabajadores y le pareció que todos aquellos hombres estaban muy serios. Nadie sonreía a la cámara; tal vez fuera ésa la costumbre de la época, o tal vez llevaran una vida demasiado dura. La mayoría de aquellos hombres lucían bigote y vestían sombrero, pantalón y chaqueta oscura sobre camisa clara. Leon se fijó en sus posturas: con los brazos cruzados o apoyados en las caderas, como si hubieran posado cuidadosamente para la cámara. Leon supuso que en aquella época se hacían muy pocas fotos, por lo que cada disparo era importante.

Leyó acerca de la industria maderera de Adventure Bay, en Bruny Island, donde él se había criado. El libro contaba la historia del descubrimiento y la colonización de la isla, que Leon conocía de memoria tras haber crecido entre libros de historia y de exploradores. Le pareció interesante leer acerca de los aserraderos, aunque se mencionaban pocos nombres y apenas había nada que estuviera directamente relacionado con su familia.

Por último, se sumergió en el capítulo que el abuelo le había recomendado, el que hablaba de los incendios forestales, de los incendios en

aserraderos y del impacto que habían tenido en la industria. Pero no consiguió entender qué era lo que, según él, debía deducir a partir de toda aquella información. La inquietud del anciano seguía siendo un misterio. Leon supuso que la verdad saldría a la luz a su debido tiempo y decidió esperar el momento adecuado para preguntar. La relación con su abuelo le provocaba buenas vibraciones. Sin duda, las visitas semanales a la residencia iban a resultar muy interesantes.

Para Miki, el martes era el día más solitario de la semana. El martes era cuando Kurt la encerraba en casa y se iba a Hobart. Por lo general, se marchaba el lunes por la tarde, lo cual no le molestaba porque se pasaba la noche haciendo punto o leyendo. Pero los martes se le hacían interminables. Y allí estaba otra vez, sentada en una silla en la tienda vacía, contemplando la calle, viendo el paso de la vida.

Kurt se había marchado enfadado. Había algo en aquellos viajes a la ciudad que lo ponía nervioso. Por lo general, Miki no se preocupaba mucho por el humor de su hermano cuando éste se iba, pero desde que le había cogido la llave, el lunes por la mañana, estaba tensa. Se preguntaba si Kurt se habría dado cuenta de que faltaba una y si la castigaría cuando supiera que había sido ella. Pero no había dicho nada, así que de momento parecía que su secreto estaba a salvo.

Esa mañana, Miki se había levantado temprano y había ido completando sus tareas: pasar la aspiradora por las habitaciones, hacer la colada, fregar los suelos, limpiar las freidoras... Cambiar el aceite era un trabajo que por lo general realizaban entre los dos. Miki odiaba tener que hacerlo sola: verter todo el aceite usado en latas metálicas, rascar los restos de rebozado, eliminar la suciedad y, por último, fregar el fondo de las freidoras. Después de llenarlas de aceite nuevo, se había duchado para quitarse toda la grasa. Y allí estaba, observando a los niños que iban al colegio. Vio pasar a los hijos del policía: Jaden empujaba a Callum y le pellizcaba el brazo. Luego a Max, que caminaba absorto en su teléfono. Al pasar frente a la tienda, sin embargo,

levantó la cabeza y saludó a Miki. Max era el único que la había visto en toda la mañana. Para todos los demás, era invisible.

Un camión de troncos llegó en ese momento con gran estruendo. Los cristales de la tienda vibraron cuando el vehículo se detuvo en el otro lado de la calle, entre el resoplido de los frenos neumáticos. Era Robbo, con su viejo Kenworth azul. Su nombre figuraba en la puerta, en unas recargadas letras plateadas. Seguramente llevaba aquellos finos troncos a la planta de celulosa. Casi todas las pilas de troncos se destinaban a celulosa: demasiados árboles delgados, demasiado jóvenes para el aserradero.

Robbo bajó de la cabina, se subió los vaqueros y cruzó la calle en dirección a la panadería. Supuestamente no podía aparcar el camión en la calle principal, pero Robbo pasaba de las leyes. Su esposa, Trudi, trabajaba media jornada en la panadería, lo cual debía de parecerle a Robbo una buena excusa para aparcar allí. Trudi era agradable. Miki la atendía muchas veces y Trudi siempre sonreía y le daba las gracias. Miki había oído decir que Trudi sólo trabajaba media jornada porque quería ayudar a la comunidad, por ejemplo llevando la comida a los ancianos que ya no podían cocinar. Trudi también ayudaba en el colegio a que los más pequeños aprendieran a leer, porque le gustaba estar rodeada de niños. Según se decía, no podía tener hijos, y algunas mujeres del pueblo afirmaban que había tenido problemas de depresión. Miki no sabía mucho acerca de la depresión, pero sí se daba cuenta de que había algo triste en la mirada de Trudi. Por suerte, tenía a Robbo: por la dulzura con que Robbo miraba a su mujer, Miki sabía que la amaba. No como otros hombres del pueblo. Cuando Mooney miraba a su mujer, siempre lo hacía con dureza.

Robbo salió de la panadería con un bollo de crema y un café para llevar. No era precisamente lo que más le convenía comer, pues era bajito y de cintura bastante ancha. La gente se burlaba de él y decía que llevaba allí la rueda de recambio del camión.

A Miki le caía bien; siempre la saludaba cuando Kurt no miraba. Ese día,

sin embargo, no se fijó en ella. Cuando la tienda estaba cerrada era como si Miki no existiera.

Tres muchachas adolescentes pasaron frente al local, charlando y riendo. Eran altas, elegantes, y el pelo largo les caía sobre los hombros como si fuera niebla. Miki consultó el reloj: las nueve en punto. Las chicas llegaban tarde al instituto, pero no parecía que les importara. Iban cogidas del brazo, con las cabezas muy juntas. Miki deseó tener amigas y poder ir al instituto. Ya tenía casi dieciocho años. Kurt tendría que empezar a confiar en ella.

La calle se quedó en silencio cuando las chicas se alejaron. Las hojas del otoño revoloteaban cerca de la alcantarilla y la brisa empujaba unos cuantos envoltorios usados. Miki cogió *Jane Eyre* y leyó la escena en que la cruel tía de Jane encerraba a la niña en la habitación roja y no la dejaba salir, ni siquiera cuando gritaba aterrorizada. La pobre Jane había sufrido demasiadas persecuciones. El director del colegio, el señor Brocklehurst, le había colgado el cartel de mentirosa, pero Jane había soportado el insulto con una entereza admirable. Si Jane había podido vencer la opresión y la injusticia y encontrar su propio camino en la vida, Miki también podía hacerlo. En aquel momento, sin embargo, se sentía cautiva, como Jane en la habitación roja.

Pensó en la llave que había cogido de la camioneta el día anterior. Tal vez hubiera llegado el momento de probarla. Por la noche se había levantado sigilosamente de la cama y había ido a cogerla del bolsillo del peto. Luego había buscado un cuchillo afilado en la cocina, había practicado un pequeño corte en la parte inferior del colchón y había escondido la llave entre el relleno, donde Kurt no pudiera encontrarla. Fue a buscarla y la apretó en la mano. El metal se calentó con rapidez cuando entró en contacto con la piel ardiente de la palma. Nerviosa, introdujo la llave en la cerradura de la puerta delantera y la giró con mano temblorosa. ¿Y si no funcionaba? La cerradura, sin embargo, se abrió suavemente y Miki se quedó allí, con la puerta entornada.

Permaneció inmóvil, respirando el aire fresco. No sabía qué hacer, ni

siquiera lo había pensado. Podía salir y pasear, pero hasta entonces nadie la había visto sola. ¿Y si alguien le hablaba? ¿Y si luego le decían algo a Kurt? «Ayer vi a tu hermana en la calle.» ¿Qué haría entonces?

Se preguntó qué habría hecho Jane Eyre en su lugar, pero esta vez no le sirvió de ayuda. Tendría que decidirlo por sí misma.

Temblando, cogió del cuarto de la lavadora lo necesario para limpiar los cristales. Luego, tímidamente, abrió la puerta de la calle y lo dejó todo en la acera. El corazón le martilleaba en el pecho y las manos le temblaban tanto que apenas podía sujetar la esponja. Respiró hondo y trató de concentrarse en las ventanas: si seguía adelante con la tarea, nadie se fijaría en ella.

Los cristales estaban más que sucios. Durante la semana, los niños apoyaban en ellos sus deditos pegajosos y hacían muecas a sus amigos. Empezó por un lado de la tienda y procedió a humedecer el cristal con la esponja. Le parecía extraño estar allí fuera cuando no le estaba permitido. Tenía los nervios a flor de piel, como si el mundo entero la estuviera mirando, pese a que no había nadie por allí.

Ya había terminado de limpiar uno de los cristales y estaba desplazando la escalera cuando vio a Wendy, que se acercaba por la acera con su hija, Suzie. Wendy siempre parecía cansada y siempre llevaba un cigarrillo en la mano. ¿Es que no le preocupaba que sus hijos respiraran todo aquel humo? Era una mujer guapa y ese día llevaba unos vaqueros ajustados y una chaqueta también vaquera sobre una camiseta ceñida. Los hombres la miraban cuando entraba en la tienda y, por la forma en que ella echaba los hombros hacia atrás y adelantaba el busto, Miki estaba convencida de que lo sabía. Wendy se detuvo un momento, con una sonrisa irónica en el rostro, para ver qué hacía Miki. La joven olió el perfume de Wendy, fresco y dulce como las fresias, mezclado con el olor rancio del tabaco.

Wendy sonrió.

—Cuando acabes, puedes limpiar los míos, si quieres.

Wendy llevaba a su hija de la mano y la pequeña Suzie estaba observando

a Miki con unos ojos grandes y marrones, idénticos en la forma a los de su madre.

—¿Puedo probar yo? —le preguntó la niña a Miki.

—Claro.

Miki sumergió el trapo en el agua, lo escurrió y se lo dio a Suzie, que empezó a fregar torpemente el trozo que Miki acababa de limpiar.

—¿Kurt te ha dejado salir? —le preguntó Wendy como quien no quiere la cosa, al tiempo que arqueaba una ceja—. Si yo estuviera en tu lugar, echaba a correr. Echaba a correr y no paraba. Tu hermano es un cabrón controlador. Te tiene metida en un puño.

Miki se sintió incómoda. Sabía que la gente hablaba de ella y de Kurt, pero nadie se había encarado con ella de aquella forma y no supo qué decir. Se limitó a esquivar la mirada de Wendy.

—Perdona, soy demasiado directa —dijo Wendy—. Siempre he sido así. Digo las cosas como me salen.

Suzie estaba limpiando el cristal con entusiasmo. El agua le goteaba por el rechoncho bracito y le caía sobre la ropa.

—¿Dónde está hoy Kurt? —preguntó Wendy.

—En la trastienda, con los libros.

Wendy le dio una calada a su cigarrillo y expulsó una nubecilla de humo.

—Frotándose las manos por todo el dinero que gana, seguro. Tendrías que decirle que te comprara ropa nueva y tirar de una vez esa falda vieja. Se lo puede permitir. Para ser un local de comida para llevar, funciona muy bien. Demasiado bien, si quieres que te diga la verdad.

Miki no entendió a qué se refería exactamente. ¿Estaba insinuando Wendy que sus precios eran demasiado altos?

—Suzie se está empapando —dijo, para distraer la atención de Wendy.

—Ah, da igual. Se cambia de ropa cuatro veces al día. Típico de las niñas, ¿no? Todas hemos sido así alguna vez.

Wendy sonrió a Suzie con indulgencia, como si el hecho de ser una niña lo

explicara todo. Pero Miki nunca se había cambiado de ropa cuatro veces al día. Ni siquiera había tenido cuatro mudas de ropa, y, aunque las hubiera tenido, su madre jamás se lo habría permitido. Wendy observó a Miki como si la estuviera juzgando.

—¿Cuántos años tienes, guapa?

—Casi dieciocho.

—Ya eres casi adulta, ¿eh? ¡Jesús! Yo a tu edad ya estaba embarazada. En cuanto cumplas dieciocho, Kurt ya no podrá retenerte. Entonces podrás marcharte, ¿sabes?

Aquello era una novedad para Miki. Kurt le había dicho que tenían que seguir trabajando juntos hasta que ella cumpliera veintiún años. Y, además, ¿no estaban ahorrando para comprarse una granja? Eso era algo que debían hacer en familia.

—Tendrías que asegurarte de que el negocio esté también a tu nombre — le estaba diciendo Wendy—. Porque, de lo contrario, no te pertenece. No me extrañaría que tu hermano pretendiera quedárselo todo. Siento decírtelo, pero no me fío ni un pelo de él.

Miki se sentía incómoda y deseaba que Wendy se marchara. Era evidente que aquella mujer no conocía a Kurt. Sí, su hermano era bastante imprevisible y a Miki no le gustaba que le impusiera tantas restricciones, pero a veces también era muy considerado.

Se salvó gracias a Suzie. La niña se agachó para meter el trapo en el cubo, pero tropezó, volcó el cubo al caer y convirtió la acera en un pequeño riachuelo. El cubo salió rodando. Miki se disponía a ir a buscarlo cuando Suzie hizo un mohín y soltó un grito inhumano, acompañado de una buena dosis de lágrimas. Wendy suspiró, exasperada, y luego ayudó a Suzie a ponerse en pie y le devolvió el trapo mojado a Miki.

—Lo siento —dijo Miki—, sólo era un juego.

Wendy se encogió de hombros.

—Siempre es un juego, hasta que alguien se hace daño.

A Miki no le parecía que Suzie se hubiera hecho daño.

—¿Le ha pasado algo?

Wendy se echó a reír.

—No, sólo es una forma de hablar, no lo decía literalmente.

Wendy le secó las mejillas a la niña con un pañuelo y la ayudó a sonarse la nariz.

—Me he rascado las rodillas —dijo la niña, haciendo un puchero—. Y se me han roto las medias.

Wendy echó un vistazo a las rodillas de su hija y luego le dio un beso en la mata de pelo castaño. Por último, cogió a la niña de la mano.

—¿Qué te parece si vamos a la panadería a comprar una rosquilla? ¿Así se te pasa?

La niña asintió.

Wendy le guiñó un ojo a Miki y se alejó con su hija acera arriba. Miki las siguió con la mirada y se fijó en que caminaban con el mismo paso, que colocaban los hombros y movían las caderas exactamente igual. Había deseado que se marcharan, pero ahora se sentía sola. Lo que la conmovía era la familiaridad entre madre e hija: la delicadeza con que Wendy trataba a la niña, las pequeñas cosas que las madres compartían con sus hijos... Miki echaba de menos a su madre.

Se volvió hacia los cristales y se dedicó a limpiar lo que Suzie había embadurnado de jabón.

Cuando terminó de limpiar, Miki cerró la puerta con llave y colgó los trapos en el cuarto de la lavadora para que se secaran. Tenía por delante el resto del día y pocas opciones de entretenimiento. Kurt había desconectado la tele y había escondido el mando a distancia, para que ella no pudiera verla sin él. Lo único que podía hacer era tejer y leer. Pero ahora que había estado fuera y había saboreado la libertad, quería hacerlo de nuevo.

Esta vez salió por la puerta de atrás, pero no la cerró con llave. No tardaría

en volver.

Ya en los escalones traseros, con la llave en la mano, dudó. ¿Y si probaba a abrir el candado del almacén del sótano? Contuvo el aliento mientras trataba de introducir la llave, pero no encajaba. Kurt debía de tener otras llaves para su escondrijo privado.

Se detuvo al llegar a la calle, pues no sabía qué hacer. Vio su reflejo en la ventana y percibió un brillo salvaje en su propia mirada. Allí fuera se convertía en otra persona, en una joven audaz y fascinante. Apenas se reconocía a sí misma. Sin embargo, no podía quedarse allí todo el día, revoloteando delante de su propia tienda, porque sólo conseguiría llamar la atención. Así pues, se armó de valor y descendió la cuesta. Sus botas resonaban sobre el cemento.

No estaba sola en la acera: un hombre vestido con un chaleco reflectante se acercaba en dirección contraria. En un intento de evitarlo, giró al llegar a la oficina de turismo y empujó la puerta doble.

Jamás había estado allí, de modo que se detuvo junto a la puerta y echó un vistazo a su alrededor. Todo lo que veía le parecía nuevo y abrumador. Una ráfaga de viento arremolinó unas cuantas hojas entre sus piernas, de modo que entró para que las puertas pudieran cerrarse. Se hallaba en una sala amplia y resonante; a un lado vio un mostrador de información, hecho de madera, y toda clase de expositores. Allí dentro se estaba calentito. Una estufa de hierro fundido irradiaba calor en el centro de la sala. Al fondo vio la cabina plateada de un camión de troncos, puesta allí para los más pequeños. Un niño y una niña estaban jugando en ese momento: el niño se había colgado de la puerta del camión y llamaba a su madre para que lo mirara, mientras que la niña saltaba en el asiento.

Miki deambuló por la sala y trató de mantener la calma mientras contemplaba los expositores, pero estaba tan nerviosa que sólo pudo hacerse una idea general. Había mucho que ver: carteles y fotos, láminas de paisajes pintados, el gigantesco corte transversal de un viejo tronco, sierras de través

oxidadas, mapas antiguos, botellas de cristal y cajas de madera viejas... Cerca del mostrador, dispuestos en varios estantes, vio libros a la venta, piezas pulidas de madera tallada, postales, muñecos... Estaba todo muy ordenado. Miki imaginó que allí, lo mismo que en la tienda, debían de tener momentos de tranquilidad. Y que durante esos momentos ordenaban las cosas una y otra vez para no sucumbir al sueño.

Vio a una mujer sentada al otro lado del mostrador. De aspecto afable, mediana edad, con una especie de champiñón de pelo gris en lo alto de la cabeza. La mujer le sonrió: sus ojos se convirtieron en medias lunas y las comisuras de los labios se le curvaron hacia arriba. Parecía cordial, pero Miki estaba demasiado nerviosa como para hablar con ella, de modo que se escabulló tras una cortina de terciopelo azul y entró en una pequeña sala en la que se proyectaba un vídeo ante varias hileras de sillas de plástico amarillo, todas vacías. Miki se sentó. Se sentía más segura detrás de la cortina, donde nadie pudiera verla.

En la pantalla, un hombre de vientre abultado y barba poblada estaba hablando acerca de los demonios de Tasmania. Mostró un cartel y procedió a explicar el proyecto de reproducción que se estaba llevando a cabo en su parque privado de fauna salvaje. Habló de una enfermedad que afectaba a los demonios y que se llamaba *enfermedad del tumor facial*. Mientras hablaba, aparecieron en la pantalla las imágenes de unos demonios con heridas y bultos en la cara. En algunos casos, los tumores les habían devorado la mitad del rostro, por lo que aquellas pobres criaturas parecían monstruos. Miki sintió náuseas. El hombre estaba hablando de lo mucho que amaba a los demonios y de su deseo de salvarlos. Dijo que los tumores los causaba una enfermedad que se transmitía a través de las heridas que provocaban los mordiscos. Los demonios siempre se estaban mordiendo unos a otros; Miki sabía muy bien que una disputa por la comida podía derivar fácilmente en una pelea. Sintió una punzada de pánico y se preguntó si sería esa enfermedad lo que había matado el año pasado a los otros dos demonios

adultos del vertedero. Les había visto heridas en la cara. El hombre decía que los demonios se estaban muriendo, que ya había desaparecido casi un noventa por ciento de la población. Hablaba de la posibilidad de que se extinguieran para siempre. Miki se angustió tanto que no pudo seguir escuchando. Regresó tambaleándose a la sala principal y deambuló aturdida entre las piezas expuestas, camino de la puerta.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó la mujer del mostrador—. No tienes buen aspecto.

Miki vaciló. ¿Podía confiar en ella?

—He visto el vídeo sobre los demonios —dijo con tristeza—. No sabía nada de la enfermedad.

La mujer chasqueó la lengua en un gesto de empatía.

—Sí, lo sé. Es espantoso, ¿verdad?

Miki se acercó al mostrador. La mujer tenía una sonrisa amable y arrugas en torno a los ojos. En la placa que lucía sobre el generoso busto podía leerse su nombre: GERALDINE. Delante de ella, en el mostrador, había un grueso libro abierto por la mitad.

—Creo que he visto algunos demonios con esa enfermedad —dijo Miki.

Geraldine pareció preocupada.

—¿Por aquí?

—Sí, en el vertedero. Algunos de ellos han desaparecido.

En el rostro de Geraldine se instaló una expresión de inquietud.

—Habrás que decírselo a alguien. Los demonios son el símbolo de Tasmania. Tememos que se acaben extinguiendo, como los tigres. —Hizo una pausa—. Me llamo Geraldine, por cierto.

—Lo sé —dijo Miki, señalando la placa con el nombre.

Geraldine sonrió.

—Y tú eres Miki, ¿no? De la tienda de comida para llevar.

A Miki le sorprendió que aquella mujer la conociera. ¿Era posible que en aquel pueblo todo el mundo conociera a todo el mundo excepto ella? ¿Qué

más no sabía?

—Lo siento, pero no voy mucho a vuestra tienda —estaba diciendo Geraldine, al tiempo que se daba una palmadita en el prominente estómago—. Tengo que vigilar el peso.

Abrió el portátil que tenía sobre el mostrador y tecleó algo.

—En Hobart hay un científico que estudia esa enfermedad —prosiguió—. Se llama Dale y ha estado preguntando si alguien había visto demonios cerca del pueblo. ¿Te apetecería hablar con él?

—Bueno, quizá podría encontrarlos él mismo —propuso Miki.

Kurt no quería que hablara con desconocidos. Geraldine negó con la cabeza.

—Estoy segura de que querrá hablar contigo. Querrá que le cuentes todo lo que has visto, especialmente lo de los demonios que han desaparecido. ¿Qué te parece si averiguo cuándo tiene previsto pasar por aquí? A lo mejor hasta viene expresamente.

Miki fingió estar muy interesada en las postales mientras Geraldine escribía. Quería marcharse, pero hubiera sido de mala educación. No tendría que haber entrado allí. Las cosas se le estaban escapando de las manos.

—Pues ya está —dijo Geraldine—. Le he enviado un correo.

A Miki se le doblaron las rodillas, de modo que apoyó una mano en el mostrador para no caer. Justo al lado tenía el libro que Geraldine estaba leyendo y Miki desvió la mirada hacia la portada. *Las luminarias*, de Eleanor Catton.

—¿Qué tal es el libro? —preguntó.

—Muy bueno. Ha ganado el Booker, ¿sabes?

—¿El Booker?

—Un premio literario internacional.

—Ah, ya —dijo Miki, tratando de disimular su bochorno.

—¿Te gusta leer? —le preguntó Geraldine.

—Me encanta.

Geraldine sonrió aún más.

—Estupendo. A mí también. ¿Qué libros lees?

—Me gustan los clásicos —dijo Miki, sintiéndose algo más segura.

—Y a mí. —A Geraldine se le iluminó el rostro—. Qué bien, así podremos hablar de libros... No es que tenga muchas oportunidades por aquí.

Miki señaló *Las luminarias*.

—Tu libro es casi tan gordo como la Biblia.

—La Biblia es un libro gordísimo, sí —admitió Geraldine.

—Yo la he leído casi entera —afirmó Miki.

—¿En serio? —dijo la mujer, arqueando tanto las cejas que casi le desaparecieron bajo el flequillo—. Eso sí que tiene mérito.

—Era el único libro que teníamos de pequeños.

Geraldine chasqueó la lengua.

—Todos los niños deberían crecer en una casa llena de libros. ¿Ahora tienes muchos?

—Sólo unos pocos, pero los leo una y otra vez.

—Tendrías que hacerte el carné de la biblioteca —dijo Geraldine—. Puedes pedir en préstamo hasta diez libros a la vez, y si no tienen lo que quieres, lo pides y te lo traen de otra biblioteca.

—Creo que eso no es para mí —dijo Miki, sabiendo que su hermano no lo aprobaría.

Geraldine frunció el ceño.

—¿Qué libros tienes?

—*Jane Eyre*, *Cumbres Borrascosas* y *Tess la de los d'Urberville*.

—Tienes buen gusto, son unos libros maravillosos. Yo daba literatura en el instituto y me encantaba enseñar los clásicos románticos. Hoy en día, en clase sólo leen literatura moderna. Es una lástima. —Suspiró—. En fin, tuve que dejar de ser profe cuando me mudé aquí. En el instituto no hay puestos vacantes y no me gusta conducir, así que ahora hago algo más sencillo..., o sea, trabajar aquí. Aunque algunos días me lo replanteo, sobre todo cuando

los niños gritan o llega gente con ganas de crear problemas. —Sonrió—. Me salvan los libros. Leo siempre que puedo.

A Miki también la habían salvado los libros.

—Lo que más me gusta —prosiguió Geraldine— es que te enseñan cómo es la vida. Te enamoras de los personajes y ves el mundo a través de sus ojos. Y luego entiendes que, en algunos aspectos, su vida es como la tuya. En un sitio y en una época distintos, sí, pero los problemas son los mismos. Sólo hay que ser lo bastante listo como para darse cuenta. ¿A ti también te pasa?

—Sí —dijo Miki.

¿Acaso no había estado pensando en Jane Eyre aquella misma mañana?

Geraldine cogió *Las luminarias* y le colocó el punto de libro.

—Me da pena que sólo tengas tres, no son muchos. La cuestión es que yo tengo demasiados en casa, así que la próxima vez que vengas podría prestarte uno. ¿Qué te parece?

Miki no supo qué decir. Tener un libro nuevo sería maravilloso, pero... ¿cómo se lo iba a ocultar a Kurt?

—¿Qué clase de libro te gustaría? —le preguntó Geraldine—. ¿Por dónde empezamos? ¿Otro clásico, quizá?

Miki asintió. Eso sería lo más seguro con Kurt.

—Bien, pues te traeré algo mañana... Ah, mira, Dale ya ha contestado y dice que puede venir dentro de dos semanas. ¿Qué día te va bien? Puedes elegir.

Miki se quedó paralizada. Era imposible que Kurt le permitiera hacer algo así. Por otro lado, ¿qué pasaría si descubriera lo de la llave? Entonces Miki no conseguiría salir de casa.

—¿Qué te parece el lunes a las siete de la tarde? —propuso Geraldine—. ¿Te va bien?

—No lo sé —dijo Miki.

Geraldine la observó con una mirada dulce.

—¿Va todo bien?

Miki tragó saliva.

—De acuerdo, el lunes. Si no estoy aquí a las siete, tendréis que ir vosotros.

Geraldine sonrió.

—Seguro que vendrás. Dale traerá un montón de trampas y luego puedes enseñarle el vertedero. —Su sonrisa se ensanchó—. Me parece que yo también me apuntaré, será divertido. Me encantaría ver a un demonio de Tasmania en plena acción.

SEGUNDA PARTE

GERMINACIÓN

Max esperaba con impaciencia a que *Rosie* tuviera cachorros. Cada vez tenía el vientre más abultado y hacía unos días incluso le había visto una gotita de leche en una de las tetillas. Desde que Leon la había llevado al veterinario, casi dos semanas atrás, Max la había estado cuidando. Le había preparado una cama dentro del garaje y todas las noches le ponía la comida: dos tazas de croquetas secas. No podía faltar mucho para que nacieran los cachorros y, en esta ocasión, Max no pensaba perderse.

—Mamá —dijo—, ¿podemos comprarle un bozal a *Rosie* para que no se coma a los cachorros?

Era justo antes de cenar. Mamá, que estaba en la isla de la cocina cortando patatas, frunció el ceño.

—Yo no me preocuparía por eso.

—Pero la otra vez se los comió. Papá dijo que se los había comido.

Mamá dejó de cortar patatas y miró por la ventana. Ya había oscurecido, así que Max no entendía qué era lo que estaba mirando. Mamá suspiró, pero no dijo nada.

—Por favor, mamá. Esta vez quiero ver a los cachorros.

Introdujo los dados de patata en un cazo, lo llenó de agua hasta la mitad y lo puso sobre un fogón.

—¿Y si tiene los cachorros cuando se encuentre en el bosque? —preguntó Max.

—Sí —dijo mamá—. Eso sería un problema.

—Quiero que los tenga en casa.

Mamá suspiró de nuevo.

—Le diré a papá que la deje aquí en lugar de llevársela al trabajo.

Pero aquella misma noche, algo más tarde, papá se enfadó cuando mamá sugirió que era mejor que *Rosie* se quedara en casa.

—La perra vigila la camioneta —gruñó—. Siempre viene conmigo al trabajo.

—Pues quizá no debería —dijo mamá—. Tampoco es que lleves nada que valga la pena robar. Y mira lo que le ocurrió la última vez.

—No fue culpa mía.

—Desde luego que sí. Si la hubieras atado bien, no se habría caído y no se habría hecho daño.

Papá no pudo rebatírsele. Max sabía que aún estaba enfadado con Leon por haber llevado a *Rosie* a que la cosieran.

—Si la dejas en casa, yo la cuidaré —se ofreció Max.

Papá frunció el ceño.

—¿Es que os habéis confabulado los dos contra mí?

—Ni se me ocurriría —se echó a reír mamá.

—¿Cuándo le quitan los puntos? —gruñó papá—. Yo no pienso pagarlo.

—Leon dijo que estaba todo cubierto —dijo mamá.

—¿Tenemos que llevarla al veterinario? —preguntó papá.

—La llevará Leon —dijo Max—. Pero no podrá si *Rosie* está en el bosque.

Fue entonces cuando papá se enfadó. Empezó a dar golpes por la casa y a gritarle a Max.

—¡Si quisiera que llevara a mi perra al veterinario, yo mismo se lo habría pedido!

—Tú jamás llevarías a un perro al veterinario —señaló mamá.

—No quiero deberle nada.

—Eso tiene fácil solución —dijo mamá—. Me ha preguntado si conocemos a alguien en el equipo de fútbol. Dice que le gustaría jugar. A lo mejor podrías hablar con Robbo para que le dejen probar.

Papá la fulminó con la mirada.

—¿Por qué has hablado con él?

—Estaba practicando unos pases con Max.

—O sea que te has buscado un entrenador nuevo, ¿no?

Papá observó fijamente a Max y éste no pudo evitar encogerse.

—Tiene más paciencia que tú —dijo mamá.

—Pero no es ni la mitad de bueno —se apresuró a añadir Max.

Mamá lo estaba estropeando todo. Sólo estaba consiguiendo que papá se enfadara aún más. Papá le dedicó a Max una sonrisa de satisfacción y le pasó una mano por la cabeza.

—Así me gusta, hijo.

—Entonces, ¿hablarás con Robbo? —preguntó mamá.

—¿Y puede *Rosie* quedarse en casa? —intervino Max.

—Me lo pensaré —dijo papá, mientras abría una cerveza.

Al día siguiente, cuando papá se fue a trabajar, *Rosie* se quedó en casa. Max corrió a casa de Leon y llamó a la puerta.

—Hoy ya se le pueden quitar los puntos a *Rosie* —le dijo.

Leon se rascó la cabeza.

—Ah, sí. Ya no me acordaba.

—¿Puedes llevarla?

Leon no parecía convencido.

—No estoy seguro. No puedo dejarla en el coche todo el día. ¿Qué te parece si llamo a la clínica y pregunto si se pueden quedar con ella mientras yo estoy en el trabajo?

—¿Y si los cachorros nacen mientras está allí? —preguntó Max—. ¿Se los quedará el veterinario?

—No. Los cachorros son tuyos.

Max se sentó en el escalón de la entrada mientras Leon hacía la llamada y hablaba con alguien.

—¿Quién era? —le preguntó Max a Leon cuando éste colgó.

—La enfermera de la clínica. Fue muy amable con *Rosie*.

—¿Y el veterinario también? ¿Es buen tío?

—No es un tío —dijo Leon—. Es una señora que se llama Kate. Y es muy buena.

Cuando Leon volvió del veterinario aquella tarde con *Rosie*, Max le inspeccionó la herida para asegurarse de que le habían quitado todos los puntos.

—¿Te han hecho pagar? —le preguntó, porque mamá no había dejado de hablar de eso desde que él había regresado del colegio.

Leon le dijo que no, pero tenía en la cara esa expresión de los mayores cuando dicen mentiras.

Max se llevó a *Rosie* a casa y le puso la comida en el garaje. Después de comer parecía inquieta, no hacía más que escarbar entre las mantas y deambular por el jardín, olisqueando aquí y allá como si buscara un hueso. A lo mejor estaba nerviosa porque se había pasado todo el día metida en una jaula. Max lo entendía; era como pasarse el día metido en clase.

Papá volvió a casa cuando anocheceía y mamá llamó a Max para cenar. Otra vez carne con tres verduras: chuletas asadas con patatas hervidas, zanahorias y guisantes. Suzie picoteaba los guisantes como si estuvieran envenenados, pero mamá y papá no le hacían ni caso. Si él hubiese jugueteado así con la comida, se habría ganado una buena bronca. Nadie hablaba mucho, así que se le ocurrió decir algo para llenar el silencio. No le gustaba que papá y mamá estuvieran tan callados, porque eso significaba que se avecinaba una discusión.

—A *Rosie* ya le han quitado los puntos —dijo.

Golpeó el plato con el tenedor sin querer y papá levantó de golpe la vista.

—¿Por qué tienes el tenedor en la otra mano? —le preguntó—. Si vas a comer como un animal, ya te puedes ir con la perra.

No era mala idea. A Max no le habría importado cenar fuera con *Rosie*. Por lo menos allí estaría tranquilo. Nadie discutiría. Y nadie le diría lo que tenía que hacer. Cogió el plato y el tenedor para retirarse, pero su padre le gritó que se sentara. Max negó con la cabeza. No había quien lo entendiera.

—¿Ha costado dinero quitarle los puntos? —dijo papá, con el ceño fruncido.

—No. Leon ha dicho que ha sido gratis.

—Sólo faltaría que no lo fuera. Sobre todo porque yo ni siquiera quería que se los pusieran.

—La cicatriz ha quedado bien. O eso dice Leon.

Papá fulminó a Max con la mirada.

—¿Y qué sabrá él? No es más que puto guardaparques.

—¿Qué es eso? —preguntó Max.

—Una persona que trabaja en el Parque Nacional —dijo mamá—. Un guarda forestal.

—Un guardaparques es una persona que se dedica a proteger los árboles y les quita el trabajo a los demás —gruñó papá, inclinándose hacia Max por encima de la mesa—. Más te vale no olvidarlo.

—¿Eso es lo que hace Leon? —le preguntó Max a su madre.

A veces, papá se enfadaba por cosas que no eran verdad.

—Sólo vacía papeleras y se encarga del mantenimiento de las pistas —dijo mamá.

—Es un puñetero verde, eso es lo que es —insistió papá.

—Viene de una familia de leñadores —dijo mamá.

—A mí eso me suena a cuento chino. ¿Tú te lo crees?

—Sí.

—Entonces es que eres tan tonta como él.

Max bajó la cabeza y siguió comiendo. Cuanto antes terminara, antes podría salir de allí.

Después de cenar, encontró a *Rosie* en el garaje, sentada en una posición

extraña y empujando con la barriga. Max se preguntó si se le habría quedado atascado un hueso, pero entonces comprendió que a lo mejor estaba expulsando un cachorro. Corrió a casa y cogió la linterna para poder verlo bien. Cuando regresó, la perra había dejado caer algo sobre las mantas y estaba comiendo un trozo de carne roja y correosa. ¿Se estaba comiendo a su cachorro?

Max le gritó y se le acercó para quitarle de la boca aquella cosa rosada, pero era resbaladiza y *Rosie* le gruñó. Se tragó el último trozo y luego se volvió hacia las mantas y olisqueó lo que había dejado allí. Sacó la lengua y tocó aquella cosa. Al principio, Max pensó que se iba a comer también a aquel cachorro, pero entonces se fijó mejor y casi estalló de alegría. *Rosie* estaba lavando a un cachorrito blanco. Después de todo, no era una mala madre.

Se agachó y observó a la perra, muy ocupada lamiendo a su pequeño. Lo movía empujándolo suavemente y al pobre se le iba la cabeza de un lado a otro. Tenía los ojos cerrados y las orejas eran como dos aletas de pelo negro muy graciosas.

Rosie se colocó de nuevo en la misma postura y expulsó otro cachorro. Lo lavó y entonces salió otro. Después se tumbó de lado y los pequeños reptaron hasta su vientre y trataron de aferrarse a las tetillas. Dos de ellos lo consiguieron enseguida, pero el tercero se equivocó de camino y terminó debajo del hocico de su madre.

Sin poder contenerse, Max se puso a cuatro patas en el suelo, cogió delicadamente al cachorro y lo acercó a una de las tetillas de *Rosie*. Por suerte, a la mamá no pareció importarle y se quedó tendida mientras Max ayudaba al cachorro a engancharse. Se sintió feliz al ver a todos aquellos perritos mamando. *Rosie* estaba tranquila, como si ya lo hubiera hecho antes.

Mamá llegó cuando la perra ya había expulsado los seis cachorros. Sonriendo, se sentó junto a Max para observarla.

—Se le da muy bien cuidarlos —susurró Max—. Llevo aquí todo el rato y

no ha tenido ni un solo problema.

La sonrisa de mamá se desdibujó un poco.

—Mira cómo los lame —dijo Max en voz baja—. Los está lavando. ¿Verdad que es lista? ¿Qué pasó las otras veces? ¿No sabía lo que tenía que hacer?

—No lo sé, Max —dijo su madre, con el ceño fruncido.

—¿Qué es esa cosa rosa que sale con los cachorros?

—La placenta.

—Es asquerosa. ¿Por qué se la come?

—Para eliminar restos, supongo. Como todas las madres.

Max se horrorizó.

—Tú no te comerías la placenta, ¿verdad?

A mamá le entró tal ataque de risa que tuvo que tenderse junto a la cama de *Rosie*.

—Ay, Max —dijo, resoplando—, qué cosas tienes. Claro que no me comí la placenta. Eso sólo lo hacen los animales.

Max la miró, sorprendido. ¿Acaso no sabía que los seres humanos también eran animales?

—Bueno, algunas mujeres se la comen —dijo mamá—. He oído decir que preparan con ella una especie de lasaña. —Se reía tanto que casi no podía respirar—. ¿Te lo imaginas? Seguro que ya no quieres comer lasaña nunca más.

Max jamás la había visto reírse de aquella forma. Por un lado quería que parara, pero por otro le resultaba curioso verla tan feliz.

—Me alegro de que tú no te la comieras —dijo—. Y, por favor, esta semana no hagas lasaña.

Se rieron tanto los dos que *Rosie* empezó a gruñir y Max tuvo que decirle a mamá que guardara silencio. A veces, los padres se dejaban llevar y se les olvidaba ser respetuosos.

El jueves por la noche, Leon llegó al óvalo para su primer entrenamiento de fútbol y aparcó bajo los eucaliptos. Shane le había dicho que el entrenador estaba dispuesto a hacerle una prueba, pero de repente ya no le parecía tan buena idea. Hacía un tiempo espantoso y el campo era un auténtico barrizal. Pero, en fin, el fútbol era así, ¿no? Con lluvia o con sol, había que salir a jugar.

En las inmediaciones del campo, los demás miembros del equipo también empezaban a bajar de los coches: la mayoría eran camionetas todoterreno, con cabina doble y unas antenas largas. Al parecer, era lo que se llevaba en el pueblo. Leon procedió a ponerse las botas que había comprado aquella misma tarde. La zapatería del pueblo era bastante limitada, por lo que había sido una suerte que tuvieran botas más o menos de su número. Mientras él se agachaba para atarse los cordones, algunos de los jugadores empezaron a calentar por el campo. Leon se recordó que aquél era un pueblo pequeño y que no tendría problemas para defenderse. De niño no había jugado con los juveniles porque Bruny Island era demasiado pequeña y no tenía su propia liga, pero había jugado en el instituto y en la universidad, y era un extremo bastante bueno. Rápido y con técnica. Sintió una oleada de emoción. En realidad, tenía ganas de volver a darle al balón. No le importaba recibir unos cuantos golpes. Y, además, lo de ponerse a prueba hasta le parecía terapéutico. Se agachó, pasó por debajo de la valla y cruzó el campo para unirse a los demás.

Shane estaba solo, dándole caladas a su cigarrillo. Vestía un pantalón de chándal y un impermeable negro, pero no iba equipado para entrenar. Cuando

vio a Leon le dio la espalda. Leon, sin embargo, dependía de él para que hiciera las presentaciones, así que se acercó y le tendió la mano. Shane la contempló durante unos segundos antes de estrechársela.

—Gracias por tu ayuda, te lo agradezco —le dijo Leon, ignorando el desaire.

Shane resopló y Leon dedujo que Wendy debía de haberlo obligado a hacer las presentaciones.

—¿Tú no juegas? —le preguntó Leon.

—No. Me fastidié la rodilla hace años. Ahora soy el utilero. Y ayudo en los entrenos.

—Vaya, qué mala suerte. ¿Y no pueden operarte?

—No puedo pagar nada que no sean las pastillas.

—Yo he sido más afortunado con las lesiones —dijo Leon—. Unos cuantos golpes en la cabeza, pero nada grave.

Shane le dedicó una sonrisa torva.

—Conmoción cerebral, ¿eh? Eso explica muchas cosas.

Leon también sonrió.

—¿Qué tal va el equipo? —preguntó—. ¿En qué puesto de la clasificación estáis?

—Casi en el último. La liga es muy dura este año.

—Ojalá pueda ayudar.

Shane lo miró y luego escupió al suelo.

—Te crees una estrella, ¿eh?

—No. Pero me dejaré la piel en el campo. A lo mejor hasta marco algún gol.

—Sí, a lo mejor —dijo Shane, negando con la cabeza—. En fin, acabemos de una vez con la historia esta de las presentaciones y así podremos empezar a entrenar.

El entrenador era un tipo rechoncho, de barriga enorme, barba abundante y voz poderosa.

—¡Vamos, tíos! —estaba gritando—. ¡Empezad a mover el culo! ¿Vais a calentar o qué?

—Eh, Robbo —dijo Shane—. Éste es el tipo del que te he hablado, Leon Walker. Quiere hacer una prueba para entrar en el equipo.

Robbo contempló a Leon como si no fuera más que un trozo de carne.

—No pareces muy fuerte.

—No, pero soy muy rápido.

—Más te vale, si no quieres que te aplasten.

Leon casi se echó a reír. Robbo era como una bola de bolos metida en el agujero de un donut, ¿qué podía saber él de correr? Shane le había dicho que Robbo conducía el enorme camión que Leon había visto varias veces en la calle, un Kenworth azul. Ése era el resultado de pasar tanto tiempo al volante: una barriga que hasta el mismísimo Humpty Dumpty envidiaría.

Robbo convocó al equipo y todos observaron a Leon. Formaban un grupo variado: un par de veteranos de treinta y tantos que se resistían a colgar las botas y el resto veinteañeros como él. Abundaban las barbas y los tatuajes. Al lado de aquellos tipos, Leon parecía un animal sin marcar.

—Muy bien, equipo —dijo Robbo—, ahora escuchadme. Walker va a hacer una prueba, y si es medianamente bueno lo dejaremos entrar. Esta temporada hemos tenido unas cuantas bajas, así que no nos irá mal tener otro jugador en el banquillo.

Los tipos lo observaron con miradas duras y Leon oyó a alguien murmurar *guardaparques*. Se preguntó si serían todos leñadores. Robbo no hizo nada para detener los murmullos y Shane no abrió la boca, así que Leon comprendió que tendría que demostrarles que era lo bastante bueno en el campo.

Y entonces empezó a llover a cántaros. Leon estaba acostumbrado al mal tiempo, pero aun así no iba a resultar fácil.

Robbo les ordenó que dieran una vuelta de calentamiento y todos los jugadores empezaron a correr, empujándose unos a otros, escupiendo y

haciendo bromas, mientras la lluvia les empapaba el rostro. Leon trató de quedarse al final del grupo, para no interponerse en su camino, pero no se iba a salvar tan fácilmente. Un tipo enorme y calvo llamado Toby chocó con él y casi lo envió al suelo.

—Vaya, perdona, chaval. No te había visto. —Los brazos y las piernas de Toby formaban un auténtico tapiz de tatuajes—. ¿De qué equipo eres?

—Del Carlton.

Desde niño, Leon era seguidor de los Blues, pese a que la mayoría de sus amigos eran del Hawthorn. No sabía por qué había elegido a los Blues, quizá sólo para ser diferente. Toby soltó una carcajada y Leon supo que estaba sentenciado.

—¿Lo habéis oído?! —gritó Toby—. ¡Es un puto seguidor de los Blues! ¡Pijos de mierda!

El equipo al completo lo abucheó. Aquello marcó la pauta del entrenamiento y no hubo concesiones. Leon se esforzó mucho, pero nadie le pasaba el balón. Lo empujaban, le daban codazos, chocaban contra él y no le lanzaban pases de mano ni siquiera cuando estaba al lado. Un tipo rubio llamado Mooney le cogió antipatía desde el primer momento y aprovechó todas las oportunidades que se le presentaron para arrojarlo al barro. La actitud de Mooney resultaba contagiosa y, al terminar el entrenamiento, Leon no sólo estaba lleno de moretones, sino también muy cabreado. Uno de los jugadores propuso ir a tomar algo al bar, pero todos evitaron mirar a Leon, por lo que comprendió que no estaba invitado. Mejor, porque tener que admitir que no bebía habría sido un suicidio.

Cuando se marcharon, Leon se quedó un momento para hablar con Robbo, que lo observó muy serio con sus ojillos de cerdo.

—¿Estoy dentro? —le preguntó Leon.

Robbo se encogió de hombros.

—Supongo. Te necesitamos porque vamos justos de jugadores.

No era exactamente un cumplido, pero Leon decidió que le bastaba.

Demostraría su talento en el campo.

—¿Qué tal estás de forma? —le preguntó Robbo.

—Bastante bien. He estado cargando traviesas en el parque. Pesan mucho.

—Supongo que entiendes que los otros jugadores tienen prioridad. Llevan toda la temporada entrenando, así que tú pasarás bastante tiempo en el banquillo. Y otra cosa, a los chicos les gusta ganar. Cuando alguien pierde el balón, no se lo toman demasiado bien.

El comentario le pareció un poco cruel, teniendo en cuenta que nadie le había pasado la pelota aquella noche.

—Claro, lo entiendo —dijo Leon—, pero espero que me des una oportunidad.

Robbo no estaba dispuesto a prometerle nada.

—Ya veremos cómo van las cosas. ¿Puedes venir el sábado al partido?

—Allí estaré.

Leon le estrechó la mano y se marchó. Sin embargo, en el aparcamiento le esperaba una sorpresa. Mientras él hablaba con Robbo, los demás le habían deshinchado los neumáticos. Por suerte llevaba una bomba de pie en el maletero y pudo arreglarlo. Supuso que tendría que acostumbrarse a apañárselas solo.

Su madre llamó cuando estaba hinchando las ruedas.

—¿Qué tal te ha ido el fútbol? —le preguntó.

—Genial —gruñó Leon, sin dejar de bombear con el pie.

—Estupendo, Leon. Estoy orgullosa de ti, me alegra que intentes encajar.

A Leon casi le pareció escuchar su sonrisa.

—¿Alguna otra visita de Stan? —le preguntó.

Estaba preocupado por la influencia que el compañero de juergas de su padre pudiera tener de nuevo en él. Su madre guardó silencio y la inquietud invadió a Leon como si fuera la rápida subida de la marea.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Papá ha vuelto a las andadas?

—No —le respondió—. Todo va bien.

Leon creyó percibir cierta tensión en su voz. Sólo se convencería de que todo iba bien cuando la viera en persona.

—Me alegro, mamá —le dijo—. Te dejo, está lloviendo y aún tengo que ir a ducharme.

El sábado, cuando Leon se presentó en el campo de fútbol para jugar su primer partido, los espectadores estaban colocando sillas plegables alrededor de la valla que delimitaba el terreno de juego para seguir de cerca la acción. Se quedó unos momentos sentado en el coche, mentalizándose. El tipo enorme y calvo de los tatuajes —Toby— cruzaba en ese instante el óvalo con una mujer, probablemente su esposa, mientras cuatro críos correteaban a su alrededor como si fueran un pequeño rebaño de cabras. Mooney también estaba allí, discutiendo con una mujer rubia y delgada delante de dos niñas pequeñas. Por la forma en que aquel hombre la amenazaba, Leon comprendió que el trato que había recibido de Mooney durante el entrenamiento no era ninguna excepción. Aquel tío era un cerdo. Leon decidió que haría todo lo posible por mantenerse alejado de él. No le tenía miedo: sencillamente, no quería problemas.

Ver la actitud de Mooney fastidió tanto a Leon que su nerviosismo pronto dejó paso a una determinación férrea. Pero cuando se reunió con el resto del equipo, los demás le dedicaron miradas inexpresivas y supo que no lo querían allí. Durante un microsegundo consideró la posibilidad de largarse, pero no estaba dispuesto a rendirse. Aquél era su nuevo comienzo, no pensaba abandonar pasara lo que pasase. Si lo hacía, su padre le soltaría el consabido *ya te lo dije* y no estaba dispuesto a permitirlo.

El calentamiento consistió en una vuelta alrededor del campo y los estiramientos y las carreras habituales. Robbo era un entrenador muy estricto. Gritaba, daba palmadas e insultaba, especialmente a Leon. Pero a medida que él daba vueltas al campo con los demás, fue comprendiendo que era puro teatro. Se hacía el duro para impresionar a los espectadores que estaban más

allá del terreno de juego. Allí vio a Wendy, apoyada en la valla con Max y Suzie. La niña arrastraba su muñeca por el suelo y Max estaba absorto en su teléfono. Cuando el equipo pasó corriendo por delante de ellos, Max levantó la cabeza y saludó a Leon con la mano.

—¡*Rosie* ya ha tenido a los cachorros! —le gritó—. ¡Los vi nacer!

Leon levantó ambos pulgares.

—¿Cuántos?

—Seis. Y no se ha comido a ninguno. —El crío aún no había entendido que *Rosie* siempre había sido una buena madre—. ¡Ven a verlos esta tarde! —le gritó Max.

—¡Vale! —le respondió Leon.

Justo antes del bote inicial, los hombres realizaron los últimos estiramientos. Luego, el árbitro salió al campo. Leon, cómo no, tuvo que exiliarse al banquillo. Por lo general, había dieciocho jugadores en el terreno de juego y cuatro en el banquillo, y el entrenador iba efectuando sustituciones para que todos pudieran descansar. Ese día, sin embargo, Leon era el único en el banquillo de su equipo, así que iban muy justos de jugadores y lo necesitaban más de lo que estaban dispuestos a admitir. Se quedó allí solo, pues, sentado en una silla de plástico, mientras se repetía que la mejor forma de integrarse en un pueblo como aquél era a través del deporte. El problema era que seguramente se iba a pasar allí todo el partido. Intuía que Robbo sólo lo sacaría al campo en el caso de que estuvieran desesperados. Y si lo dejaban salir, tendría que hacer algo espectacular, como caminar sobre el agua. Pero se sentía preparado. Sólo tenía que aguantar mecha.

Sonó la sirena, el árbitro hizo el bote inicial y empezó el partido. Fue brutal desde el primer momento, pues ninguno de los dos bandos estaba dispuesto a hacer concesiones. Robbo gritaba y maldecía desde la banda, amenazaba con el puño a los oponentes, al árbitro y hasta a sus propios jugadores. Los hombres se empujaban y chocaban unos contra otros, sudaban y soltaban tacos, y todo el mundo corría tras aquel balón resbaladizo y

cubierto de barro. Pese a que aquello parecía una guerra, Leon no veía el momento de salir a jugar. Sin embargo, a medida que iban pasando los minutos y se le enfriaba un poco la sangre, se dio cuenta de que no era más que otro espectador. Trató de convencerse a sí mismo de que el partido no era nada del otro mundo, que parecía rugby más que fútbol australiano o, lo que es lo mismo, una forma de asesinato legal. No quería que lo mataran, ni acabar en una silla de ruedas o hecho picadillo. Las excusas, no obstante, no hacían que se sintiera mejor. En el banquillo no triunfaría.

En el descanso entre el primer y el segundo cuarto, su equipo se reunió en el campo y todos se inclinaron hacia delante con las manos apoyadas en las rodillas, mientras Robbo les gritaba. Bebieron agua de las botellas que les iba pasando Shane, se colocaron bien los protectores bucales y escupieron al suelo. Leon se acercó a ellos y empezó a calentar, pero se sentía demasiado limpio. Los demás lucían sus magulladuras y salpicaduras de barro como si fueran medallas.

El segundo cuarto fue aún más violento, y cuando el otro equipo se adelantó en el marcador, empezaron los silbidos y abucheos entre el público. Cuando entraron en el vestuario durante la media parte, Robbo les gritó que más les valía anotar algún tanto. Leon, con sus pantalones azules immaculados, encajó miradas de odio y pensó que sus compañeros no entendían lo mucho que daría por ensuciarse.

Poco después de la media parte, Mooney sufrió un placaje tremendo. Leon, desde la banda, lo oyó soltar el aire de golpe y desplomarse en el suelo. Los jugadores locales se indignaron y empezaron a insultar al árbitro y a exigirle justicia. Leon pensó que estaba a punto de armarse una tangana... o quizá dos, una en el terreno de juego y otra entre los espectadores. Finalmente, el árbitro interrumpió el partido y se llevaron a Mooney, que sangraba por la nariz y gritaba como si estuviera de parto.

Fue entonces cuando Robbo miró a Leon y le dijo:

—Entra.

Leon tuvo que salir en frío al terreno de juego, pero no estaba dispuesto a desperdiciar aquella oportunidad. Saltó un par o tres de veces, hizo unos cuantos estiramientos rápidos y entró corriendo en el campo. Por la forma en que los hombres lo miraban, no supo cuál de los dos equipos se lo iba a poner más difícil.

Aquello era un auténtico campo de batalla, nada que ver con los partidos que había jugado de niño. Y nada que ver con los que había jugado en Hobart. Los dos equipos se habían propuesto ir a por él. Todos chocaban contra él y cada golpe le dolía. Nadie lo buscaba. Nadie le pasaba el balón, ni con el pie ni con la mano.

Maltrecho y amoratado, Leon echó a correr por el campo, decidido a hacer algo útil. Cuando el balón le pasó cerca, aceleró y se lanzó a por él, sin dejar de correr, luchando desesperadamente por cogerlo. Pero no pasaba nada. Estaba solo. El balón era suyo.

Cuando ya casi lo tenía, oyó una respiración agitada justo detrás. Sin apartar los ojos del balón, lo agarró con ambas manos, levantó la mirada buscando un pase y trató de chutarlo con un pie. Y entonces algo se estrelló contra él y Leon se fue de bruces al barro. Se quedó un instante sin respiración y notó un intenso dolor cuando un jugador le pasó ruidosamente por encima y lo revolcó en el barro. Terco, Leon apoyó los pies en el suelo y siguió corriendo. Debía ser fuerte, porque todo el mundo lo estaría juzgando. Pero al hundir los pies en el barro para darse impulso, vio un rostro que lo observaba con el ceño fruncido y, de golpe, se dio cuenta de que había sido Toby quien lo había derribado. Indignado, Leon fue a por él. Estaba tan enfadado que no había quien lo parara. Pero entonces, antes de que Leon pudiera alcanzarlo, un jugador del otro equipo placó a Toby a la altura del cuello y lo mandó al suelo. El equipo oponente recuperó el balón y, por un momento, dio la sensación de que iban a anotar otro tanto..., hasta que Leon se lanzó a lo bruto y recuperó la pelota.

De pronto, milagrosamente, estaba solo. Corrió por el campo, botando el

balón cada pocos pasos. Los demás jugadores lo seguían, pero resbalaban una y otra vez en el barro. Leon estaba en posesión del balón. Calculó el disparo, mantuvo el equilibrio y echó un pie hacia atrás. En el momento crítico, el instante en que la bota entraba en contacto con la pelota, el pie de apoyo le resbaló un poco, pero disponía de cierto margen de error. El balón surcó el aire en su trayectoria hacia el gol.

Y entonces una ráfaga de viento lo desvió ligeramente y se estrelló contra el poste de gol, perdiendo así el tanto.

Leon se llevó una decepción y lo mismo su equipo. Ahora sí que irían a por él. Había estado a punto de conseguirlo.

—Joder, eso sí que es mala suerte —dijo Toby—. No nos hubiera ido mal ese gol. —Se puso en pie, escupió al suelo y luego sonrió—. En fin, ¿qué se puede esperar de un guardaparques?

La tarde que habían fijado para la caza de demonios, Miki cogió su llave justo antes de las siete y abrió la puerta trasera con manos temblorosas. Estaba emocionada. Cuando cerró la puerta tras ella y se sumergió en la luz azulada de la noche, la dulce alegría de la libertad le provocó un cosquilleo.

Tenía la sensación de llevar mucho tiempo esperando aquel día: era como una ventana de luz en su anodina semana. Hasta última hora no había sabido si se escaparía o no. Kurt y ella habían ido al bosque aquella mañana, como de costumbre, pero al volver a casa su hermano se había retirado al almacén del sótano y se había pasado horas allí mientras Miki buscaba algo que hacer en la cocina, como alinear las tazas en el armario, organizar las latas en la despensa y escuchar a su hermano dar golpes, deseando que se marchara de una vez. Había estado todo el día angustiada ante la posibilidad de que Kurt decidiera no ir a Hobart y le estropeará los planes. Tal vez hubiera descubierto lo de la llave y pensara enfrentarse a ella. Pero Kurt no le dijo nada.

Cuando su hermano finalmente se marchó y la encerró en casa, Miki sintió un gran alivio. Desde entonces había estado esperando sentada en la cocina, con el peto puesto y el corazón desbocado.

En ese momento, ya en el callejón, se guardó la llave en el bolsillo y respiró hondo. Estaba oscuro, hacía frío y en el aire flotaba el olor del humo de leña. Por encima de las montañas, en el cielo de color añil, titilaban las estrellas plateadas. Se deslizó con sigilo por el callejón y vio un gato agazapado que la observó con sus verdes ojos antes de saltar al otro lado de

una valla. La calle principal estaba desierta, no se veía ni un alma: todo el mundo debía de estar en casa, cenando y viendo la tele.

Siguió avanzando por la acera, rebotando de entusiasmo. La oficina de turismo, sin embargo, parecía vacía. La puerta delantera estaba cerrada con llave y a través de las ventanas sólo se veía el resplandor de las luces de emergencia. Se llevó una gran decepción; tal vez se hubiera aplazado todo. Vio un Toyota Land Cruiser blanco en el aparcamiento de atrás, pero la puerta trasera de la oficina también estaba cerrada con llave. Sin saber muy bien qué hacer, esperó unos minutos.

Estaba a punto de olvidarlo y volver a casa cuando la puerta trasera se abrió. Geraldine se asomó y, al ver a Miki, se le iluminó el rostro.

—Ah, qué bien. Pensábamos que no habías podido venir. Dale ya está aquí y también ha venido un guarda forestal del Servicio de Parques. Se llama Leon. —Se volvió hacia el interior del edificio y dijo—: Miki ya está aquí.

Dale, el científico, le recordó a Miki un árbol joven replantado: alto y delgado, con las mejillas hundidas y una mata alborotada de pelo gris. Llevaba un peto y asintió satisfecho al ver el atuendo de Miki, quien por una vez tuvo la sensación de ir vestida adecuadamente para la ocasión. Miki le estrechó la mano al hombre, aunque estaba segura de que Kurt no lo habría aprobado.

Leon sonrió cuando Geraldine lo presentó.

—Ya nos conocemos —dijo—. Miki prepara unas hamburguesas buenísimas.

Miki vio que Leon tenía arañazos en la cara y un chichón encima de un ojo. Tal vez se hubiera metido en alguna pelea, pensó. Pero entonces recordó que los sábados jugaba al fútbol. Todas las semanas, los heridos vivientes presumían en la tienda de sus cortes y moretones. Y, al parecer, Leon se había convertido en uno de ellos.

Dale y Leon subieron a los asientos delanteros del Toyota mientras que

Miki y Geraldine ocuparon los traseros. La incomodaba estar con desconocidos y estaba tan nerviosa que prácticamente se le olvidó abrocharse el cinturón de seguridad. El coche olía a plástico y desinfectante. Detrás de la reja de seguridad había una montaña de material: tubos blancos, cajas de plástico y cartones de leche.

Cuando llegaron al vertedero, bajaron del coche. Todo estaba en silencio, hacía frío y la basura apeataba. Los hombres se quedaron bajo la luz fluorescente, con las manos en los bolsillos, e inspeccionaron el terreno.

—Jamás hubiera pensado que los demonios pudieran frecuentar un sitio así —dijo Leon—. ¿Cuál es su hábitat natural?

—Bosque seco y zonas costeras de vegetación, pero los vertederos son una buena opción. Hay mucha comida.

—Y refugio —dijo Miki—. Sitios en los que esconderse.

Dale la observó mientras ella sacaba del bolsillo una bolsa de carne.

—¿Les das de comer?

—Sí. A veces hasta comen de mi mano.

Dale sonrió.

—¡Mujer del demonio!

—¿Eso no es un canción de Cliff Richard? —dijo Geraldine.

Leon se puso a tararear una melodía y Miki no entendió de qué estaban hablando.

Dale seguía sonriendo cuando cogió un foco de la parte trasera del Toyota.

—Muy bien, Miki. ¿Puedes enseñarnos dónde sueles ver a esos demonios para que podamos colocar las trampas?

Miki los guio por el vertedero. Ahora que estaban allí, se sentía un poco inquieta. Quería ayudar a los demonios, pero no quería que les hicieran daño. Esos animales confiaban en ella y había tardado mucho tiempo en establecer con ellos aquella conexión tan especial. Era muy frágil. Si capturaban a los demonios, se podría romper el vínculo. Después volverían a dejarlos en libertad, claro, pero ellos no lo sabrían cuando entraran en las trampas.

Se oyó ruido cuando dos quoles salieron disparados de una pila de basura.
—¡Eh! —exclamó Dale—. ¡Quoles!

Movió el foco de un lado a otro, buscándolos, pero Miki sabía que ya se habían marchado. Eran criaturas muy sensibles.

Miki avanzó entre los montículos de basura y se dirigió al fondo del vertedero.

—Si esperáis aquí, al lado de la excavadora, a lo mejor consigo que los demonios salgan —le dijo a Dale.

A él le pareció buena idea. La joven colocó un pedazo de carne en el extremo más alejado del recinto y, tras alejarse un poco, se sentó a esperar.

Durante un rato, no ocurrió nada. El viento arrastraba trozos de plástico y fragmentos sueltos de chapa. Las pilas de basura crujían y gemían. Miki empezaba a pensar que esa noche no verían nada cuando, de entre las sombras, surgió una figura oscura. Era el macho y parecía receloso. Se detuvo y olisqueó el aire; luego se encorvó, bufó y gruñó, y aquellos sonidos le subieron y bajaron por la garganta como si fuera el ruido de una máquina expendedora de café. Debía de haber intuido que había desconocidos por allí, pero el olor de la carne era tentador, de modo que finalmente se acercó a hurtadillas y la cogió.

En ese momento, Dale encendió el foco. El demonio dejó de masticar y entornó los ojos, deslumbrado. La herida del labio le había crecido considerablemente: la tenía en carne viva y era del tamaño de una moneda de cincuenta céntimos. Dale le hizo gestos a Miki para que se acercara y ella regresó con sigilo junto a él.

—Diría que ese demonio está afectado por la enfermedad —susurró.

Miki notó una piedra en el estómago.

—¿No podría ser otra cosa?

—No creo. A veces se hieren unos a otros durante las peleas, pero eso parece más bien un tumor. Tenemos que atraparlo para tomar una muestra.

Dale se dirigió al Toyota, pero Miki se quedó donde estaba. Le

preocupaba el asunto de las trampas. Los demonios no lo entenderían, les resultaría aterrador.

Leon esperó para volver con ella y con Geraldine.

—¿Estás de acuerdo con lo que vamos a hacer? —le preguntó.

Miki no estaba acostumbrada a que le pidieran su opinión, pero si no defendía ella a los demonios..., ¿quién iba a hacerlo?

—Preferiría que los dejáramos en paz.

—Dale ha atrapado a muchísimos demonios. Sabe muy bien lo que hace.

Miki se imaginó al demonio en una trampa, golpeando frenéticamente los laterales. Ella conocía a la perfección lo que era estar encerrada y el demonio se sentiría confuso. Deseó no haber llevado a aquellas personas al vertedero.

Geraldine le dio una palmadita en el brazo y le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Estoy segura de que a tu demonio no le va a pasar nada. Es un animal muy batallador. ¡Menudo carácter para ser tan pequeño!

Ya en el coche, Dale abrió una mesa plegable y la fue desplazando hasta encontrar un terreno llano. Se lo veía bastante entusiasmado mientras iba preparando todo el material, pero Miki aún notaba un nudo de angustia en el estómago. Dale les mostró cómo instalar las trampas de tubo de polietileno colocando como cebo un ala de pollo que después se ataba a una cuerda que estaba sujeta a un resorte de la puerta. Si el animal entraba y tiraba del cebo, se activaba el resorte y la puerta se cerraba. Tal y como Dale lo explicaba parecía muy sencillo, pero Miki pensó que aquel tubo era oscuro y angosto, lo cual sólo intensificó sus temores.

—Si lo cogemos, ¿podrás curarlo? —preguntó.

Dale la observó fijamente.

—Ojalá pudiera —dijo muy despacio, como si estuviera buscando las palabras adecuadas—. Pero si tiene la enfermedad, es cuestión de tiempo.

A Miki se le formó un nudo en la garganta.

—¿Hasta que muera?

Leon también la estaba observando. Algo le dijo a Miki que Leon sabía cómo se sentía.

—Lo siento muchísimo, pero sí —dijo Dale—. La enfermedad no tiene tratamiento. Se está trabajando en una vacuna, pero aún falta para que sea efectiva.

—Entonces, si no puedes curarlo, ¿qué sentido tiene atraparlo?

Dale la observó en silencio y bajó la trampa al suelo. En sus ojos grises apareció una mirada solemne.

—Sé que esto no es fácil, así que intentaré explicártelo. La enfermedad de los tumores faciales es una amenaza grave para los demonios y podría llevar a su extinción. Tenemos a varios científicos trabajando en distintos aspectos de la enfermedad y mi tarea consiste en trazar un mapa de la distribución del trastorno y la forma en que se propaga, porque eso nos permitirá aprender más cosas. No puedo salvar a tu demonio, pero la información que obtengamos de él podría modificar nuestros conocimientos y planes y ayudar a otros demonios. No sabremos a qué nos enfrentamos a menos que podamos recoger muestras.

Miki desvió la mirada, porque no quería mostrar lo afligida que se sentía.

—No le haré daño —prosiguió Dale—. Trabajar con la fauna salvaje es un privilegio y estudio a estos animales porque me preocupan. Cuando están en las trampas, se quedan muy quietos, ya lo verás. ¿Qué te parece si lo intentamos? Las alas de pollo están en la nevera portátil. A los demonios les encantan.

Le pasó una trampa a Miki, y Leon la ayudó a enganchar el ala de pollo. Después distribuyeron las trampas por el vertedero. Una vez colocadas, Miki se sentó dentro del Toyota mientras los hombres se quedaban fuera charlando. Geraldine desplegó una manta de lana a cuadros y se la colocó sobre el regazo. Luego se acercó a Miki y le tapó también las rodillas, al tiempo que decía:

—Qué frío hace ahí fuera, ¿verdad?

Aquel gesto amable hizo que Miki pensara en su madre, en cuando entraba en su habitación por las noches y la arropaba con las mantas para que estuviera calentita. Esa preocupación por los demás era algo muy maternal. Padre nunca la había demostrado. Ni Kurt. Tal vez Geraldine también fuera madre. Miki se dio en cuenta de que sabía muy poco acerca de la mujer que estaba sentada a su lado.

Geraldine, que había estado hurgando en su bolso, sacó en ese momento un libro y se lo tendió a Miki.

—Prometí que te traería un libro, ¿te acuerdas?

Era *Lejos del mundanal ruido*, de Thomas Hardy, el mismo autor que había escrito *Tess la de los d'Urberville*. A Miki se le aceleró el pulso y durante un momento se olvidó de los demonios. Examinó la portada: en ella aparecía la imagen de un pequeño rebaño de ovejas, todas de rostro negro, que cruzaban la puerta de una valla de madera en un camino nevado. Tras ellas, un border collie y la figura de un hombre. Las ramas de los árboles formaban una especie de bóveda sobre el sendero, igual que en el bosque. La granja estaba cubierta de nieve.

—Me encanta compartir libros —le decía Geraldine—. Y sé que te encanta Tess, pero creo que esta historia también te gustará. Cuando lo hayas leído tienes que venir a verme. Quiero saber qué te ha parecido.

Miki pasó un dedo por la portada. Le costaba creer que pudiera adentrarse en aquel libro, descubrir la historia que aguardaba entre sus páginas.

—No sé cuándo podré ir —dijo.

Sus escapadas se acabarían si Kurt descubría que le había quitado la llave.

—No pasa nada, preciosa —dijo Geraldine—. Ven cuando puedas.

Una hora más tarde fueron a comprobar las trampas y encontraron una cerrada en el rincón más alejado del recinto. Cuando Leon la movió, un chillido agudo les confirmó que habían atrapado un ejemplar. Miki se imaginó al animal encerrado y aterrorizado. Dale, sin embargo, no parecía

preocupado. Con gestos mecánicos, cubrió uno de los extremos de la trampa con un saco de arpillera y luego, tras abrir la puerta, hizo entrar al demonio en el saco. Después se lo pasó a Miki con una sonrisa triunfal.

—Aquí tienes a tu demonio. Puedes llevarlo al coche.

Miki aceptó tímidamente el saco; pesaba bastante.

—¿Me morderá?

—No te lo acerques al cuerpo —la advirtió Dale—. Esperemos que no tenga mucha hambre.

El demonio permanecía inmóvil en el interior del saco.

—Está muy quieto —dijo Miki—. ¿Estará muerto?

—Te aseguro que está muy vivo. No lo toques con las manos.

Cuando llegaron al coche, Dale le cogió el saco a Miki y lo depositó sobre la mesa. Con una báscula especial, registró el peso y luego le enseñó a Leon cómo inmovilizar al demonio dentro del saco para que no mordiera. Leon se arrodilló en el suelo, se colocó el saco entre las rodillas y luego, con mucho cuidado, lo palpó hasta localizar la cabeza del animal y sujetarlo con firmeza por el hocico. Dale abrió entonces el saco y, por gestos, les indicó a Miki y a Geraldine que se acercaran. Cuando retiró el saco, Miki vio el lomo negro del demonio. Dale le acarició el pelo con una mano.

—Parece bastante sano. Costillas bien cubiertas. Buenos músculos. ¿Queréis tocarlo?

Geraldine se mantuvo apartada y arrugó la nariz.

—Huele un poco mal.

—Eso es porque está nervioso —explicó Dale.

—A mí me gusta cómo huele —dijo Miki.

—A mí también —admitió Leon.

Lo de sujetar al demonio se le daba muy bien. Tenía buenas manos: firmes y delicadas al mismo tiempo. Miki comprendió entonces que Leon amaba a los animales tanto como ella. Nerviosa, acercó una mano al saco y acarició el pelaje del animal, que le pareció áspero y suave a la vez. Dale estaba tan

entusiasmado que le brillaban los ojos. Evidentemente, para él era un privilegio tocar de aquel modo a un demonio, aunque la criatura no tuviera posibilidad de escapar. Pero Miki ya lo había acariciado antes, cuando no había nadie cerca. Cuando aquel animal era salvaje y estaba en libertad, cuando él había decidido acercarse a ella. Cuando nadie le había impuesto aquel contacto.

Mientras Leon seguía sujetándole el hocico, Dale le midió la cabeza y las patas traseras y luego fue girando la tela del saco hasta que el animal quedó sentado en un rincón. Le dijo a Leon que introdujera una mano en el saco y le cogiera el hocico directamente. Procurando en todo momento que el animal tuviera los ojos tapados, Dale retiró el saco hasta dejar a la vista el hocico. Al demonio le temblaban los orificios nasales y tenía los bigotes erizados.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Leon.

—No demasiado bueno —admitió Dale.

Midió el tumor, sacó algunas fotos e hizo unos bocetos. No habría hecho falta que Dale dijera que era grave, porque resultaba evidente: la herida era horrenda.

—Tengo que hacerle la biopsia ahora —dijo Dale despacio—. No debería dolerle. La mayoría de estos tumores tienen pocas terminaciones nerviosas. —Le hizo un gesto a Leon con la cabeza—. Sujétalo con fuerza para que no se mueva.

Dale sacó del bolsillo una jeringuilla larga con la punta circular y la clavó en el bulto. Antes de extraerla, la giró. Salió un poco de sangre y a Miki le dio un vuelco el corazón, pero la muestra ya estaba tomada, la operación ya casi había terminado.

Dale pasó la muestra a un vial mientras Leon cerraba el saco.

—¿Cuándo podremos soltarlo? —preguntó Miki.

—Ahora mismo —dijo Dale—. ¿Quieres hacerlo tú?

Miki cruzó el vertedero con el saco y se dirigió exactamente al mismo lugar en el que habían atrapado al demonio. Se agachó, alejó el saco de su

cuerpo todo lo que pudo y lo abrió tirando de la tela. Esperaba que el demonio saliera de un salto, pero no se movió. Miki se dio cuenta de que estaba temblando dentro y pensó que debía de estar tremendamente asustado. Poco a poco, fue enrollando el saco hacia atrás hasta que apareció la cabeza del animal y pudo verle la herida de color rojo oscuro, las orejas rosadas y los relucientes ojillos negros. Era precioso.

—Dale un empujoncito —propuso Dale.

Miki le tocó el lomo con suavidad mientras le tarareaba una melodía. Era un himno que su madre solía cantarle cuando era pequeña y no podía dormir. El demonio giró las orejas, como si la estuviera escuchando. Durante lo que pareció una eternidad, se quedó allí sentado mientras Miki tarareaba en mitad de la noche. Entonces se oyó un ruido entre la basura: el demonio salió del saco de un salto y se alejó rápidamente.

Miki se reunió con los demás. Todos sonreían.

—El demonio está bien —les dijo.

—Le gustas —dijo Leon.

Dale lanzó un ala de pollo hacia la basura, y el demonio llegó corriendo y la cogió. Al parecer, había salido indemne de la experiencia.

—Así es como se llega al corazón de un hombre —dijo Geraldine—. Por el estómago.

Max veía crecer a los cachorros y todo iba muy rápido. A los once días abrieron los ojos y las orejas, y a las cuatro semanas ya se habían transformado en unos perritos diminutos. Cuanto más crecían, más divertidos resultaban. Se ladraban, se mordían con sus afilados diente-cillos, se tocaban unos a otros la cara con las patitas, se mordían la cola. Eran lo más. Mucho mejor que su iPhone. Mucho mejor incluso que la PlayStation.

Pero papá no pensaba lo mismo. Cada vez que veía a los cachorros fruncía el ceño y decía que alimentarlos salía muy caro. Lo cual no era cierto, porque lo único que comían era la leche de *Rosie*.

Eran cuatro machos y dos hembras, y Max ya les había puesto nombre a todos: *Bruiser*, *Footy*, *Diesel*, *Patch*, *Bonnie* y *Rosie Junior*. Durante las primeras semanas vivieron en el garaje, en una caja que mamá había fabricado con unos cuantos tablones de madera. Dijo que era mejor que no se cruzaran en el camino de papá y Max estuvo de acuerdo. Cuando los dejaba salir, lo seguían por el jardín y él intentaba no pisarlos, pero tal vez su padre no fuera tan cuidadoso.

Max adoraba a todos los cachorros, pero su preferida era *Bonnie*. Cuando volvía a casa, la perrita siempre salía corriendo a recibirlo y le gustaba ladrarle y jugar a tirarle de la sudadera. A *Bonnie* no le importaba que Max la metiera en la mochila del colegio y se la colgara del pecho, así que el niño empezó a llevarla consigo a todas partes. El sábado por la noche, cuando fue con papá a la tienda de Miki para comprar pescado y patatas, se la llevó.

Miki la vio enseguida y dijo:

—¡Vaya! Es un cachorro precioso.

Papá frunció el ceño y negó con la cabeza, pero Miki se emocionó tanto al ver a *Bonnie* que incluso salió de detrás del mostrador para acariciarla. Max nunca había visto a Miki en ese lado de la tienda. Era alta y delgada como un galgo, y llevaba un vestido largo y suelto que parecía sacado de una peli antigua.

—¿Qué tiempo tiene? —preguntó.

—Cuatro semanas.

—Es una monada.

—Sí, lo sé. Es la mejor de todos.

—¿Cuántos cachorros ha tenido?

—Seis.

—¿Te la vas a quedar?

—¡Y una mierda! —gruñó papá.

Miki le lanzó una mirada y luego le habló en voz baja a Max:

—Será mejor que empieces a buscarles casa. Podrías llevarlos al colegio. Si quieres, puedes poner un cartel en la ventana de la tienda para venderlos.

—¿Tú quieres uno? —le preguntó Max, esperanzado.

—Me encantaría, pero no puedo. No tengo jardín.

—Podrías tenerlo en casa.

Miki sonrió y Max vio un destello de tristeza en sus grandes ojos azules.

—Kurt no me dejaría tener un perro. Puede que dentro de unos años, cuando tengamos nuestra propia granja.

Se oyó un portazo en la trastienda y Miki se apresuró a volver detrás del mostrador. Se estaba lavando las manos en el fregadero justo cuando entró Kurt. El padre de Max y él se miraron fijamente.

—¿Cuánto hay que esperar en este local para que te sirvan? —dijo entonces papá—. Llevo horas aquí.

Kurt miró a Miki con el ceño fruncido y Max se enfadó con su padre por haberle causado problemas. Kurt no dijo nada, pero Max sabía que a Miki le iba a caer una buena. Había oído a papá y a mamá hablar de Kurt en casa. No

les caía bien. «Creo que la encierra —había dicho mamá—. La trata como a una esclava.» Papá había dicho que quizá él también tendría que comprar unas cuantas cerraduras y luego se había echado a reír, como si hubiera contado un chiste gracioso. Pero a Max no le hizo ninguna gracia: Miki era simpática y siempre le ponía en la bolsa chuches de más.

De vuelta a casa, papá estaba de mal humor.

—Quiero esos cachorros fuera de aquí dentro de dos semanas.

—Pero si son muy pequeños... —protestó Max, mientras pasaba un dedo por la cabecita redonda de *Bonnie*.

—Ya tendrán seis semanas, estarán listos.

El lunes, Max convenció a mamá para que lo dejara llevar los cachorros a clase y así poder buscarles un hogar. Los puso en el cochecito, pero Suzie se enfadó y gritó *no* muy alto. Después intentó sacarlos, pero Max la apartó de un empujón.

—Tienes que ir andando, Suzie —le dijo mamá—. Para eso tienes piernas.

Ya en la calle, Max preguntó si podía llevar él el cochecito. Mamá arqueó las cejas.

—Pensaba que no te gustaba empujar el cochecito.

Pero aquello era distinto: Max se sentía importante mientras lo empujaba. Los demás niños se acercaban corriendo para ver qué llevaba y todos querían acariciar a los cachorros. Menos mal que el cochecito tenía los lados altos, porque los cachorros no hacían más que ponerse de pie sobre las patas traseras y apoyar las delanteras en el borde. Max tenía que sacudir el cochecito todo el rato para que se cayeran hacia atrás y no pudieran saltar. Cuando finalmente llegaron al colegio, Max iba acompañado de unos diez niños que no hacían más que decirle la suerte que tenía. Hasta Lily Moon se acercó.

—Molan —le dijo—. Ojalá pudiera quedarme uno.

—Son gratis —le dijo Max, al tiempo que se fijaba en los destellos

dorados que el sol matutino le arrancaba al pelo de Lily—. Puedes quedarte uno, si quieres.

—Se lo tengo que preguntar a mi padre.

—¿Le gustan los perros? —preguntó Max.

No estaba muy convencido de que fuera buena idea dejar a uno de los cachorros cerca de Mooney, porque había visto al padre de Lily tratar mal a su mujer y a sus hijas.

—No lo sé —dijo Lily Moon—, pero a mí sí.

En clase, la profesora de Max —la señorita Myrtle, *Cara de Tortuga*— estaba escribiendo en la pizarra. No parecía muy contenta de tener a los cachorros en el aula, hasta que mamá le prometió que se los llevaría a casa después de que Max se los hubiera enseñado a los otros niños y les hubiera hablado de ellos. Cuando sonó el timbre, todos los alumnos entraron corriendo y la señorita Myrtle los hizo sentarse en círculo en el suelo. Max fue sacando a los cachorros del cochecito, uno a uno, y los dejó en el suelo.

—Háblanos de tus cachorros, Max —dijo la señorita Myrtle—. ¿Qué edad tienen? ¿Y qué les das de comer?

Max se lo contó todo a la clase. Que los había visto nacer, que *Rosie* se había comido la placenta. Que seguramente el padre era el perro de Robbo. Y que su papá había dicho que al cabo de dos semanas tenían que irse de casa.

—A un nuevo hogar, gratis —añadió su madre.

La señorita Myrtle sonrió.

—¿A quién le gustaría tener uno?

Todos los niños levantaron la mano y Max se sintió muy feliz. En clase eran veinticuatro. Eso significaba cuatro posibles hogares para cada cachorro. Sí, la tabla del seis se la sabía muy bien.

Callum, el amigo de Max, no había podido ver a los cachorros porque había llegado tarde al colegio, así que al terminar las clases se pasó por casa de su amigo. Pero había un problema: que llevó consigo a su hermano. A Max no

le caía bien Jaden, pero... ¿qué podía hacer él, si se habían presentado los dos? No podía decirle a Jaden que se marchara, así que los hizo pasar y fue a la despensa a buscar bolsas de patatas fritas. Mamá se había ido de compras con Suzie, así que no vio a Jaden cuando éste cogió otra bolsa sin pedir permiso y luego bebió leche directamente de la botella de la nevera, ensuciándola con sus labios rosados y húmedos.

—Bueno, ¿dónde están los cachorros? —preguntó Jaden, mientras se secaba la boca con la manga y volvía a meter la leche en la nevera.

—Viven en el garaje.

Max no quería enseñárselos. A lo mejor lo convencía para que jugaran a *Call of Duty*. Jaden, sin embargo, ya se dirigía hacia la puerta de atrás. A Max no le gustaba la forma en que aquel abusón se pavoneaba por la casa, como si fuera suya. Por una vez, le hubiera gustado que papá estuviera allí, él habría puesto a Jaden en su sitio. Pero papá estaba en el bosque talando árboles, así que a Max no le quedaba más remedio que encargarse de todo.

Adelantó a Jaden y entró en el garaje. Se sentó junto a los cachorros y se colocó a *Bonnie* en el regazo.

—Aquí están —dijo—. Los podéis coger, pero con cuidado.

Callum sonrió y se fue directamente hacia *Rosie Junior*. Se la apoyó en la mejilla y se echó a reír.

—Cómo mola —dijo—. Es supersuave.

Jaden cogió a *Bruiser* y a Max no le extrañó, porque Jaden y *Bruiser* eran exactamente iguales. *Bruiser* era más grande que los demás cachorros porque los apartaba para mamar hasta hartarse.

—¿Nos llevamos éste a casa, Callum? —preguntó Jaden.

—No podéis —dijo Max—, aún toma leche de *Rosie*. Pero dentro de dos semanas necesitará un nuevo hogar.

—Yo no quiero darle un hogar —dijo Jaden—. Quiero dárselo para desayunar a *Prince*.

Prince era el perro de Jaden y Callum, un pastor alemán huesudo que se

dedicaba a perseguir a los perros pequeños y a morder a los niños. Cuando *Bruiser* creciera, seguro que podría plantarle cara a *Prince*, pero de momento era demasiado pequeño. Jaden zarandeó a *Bruiser* y lo hizo llorar; luego empezó a jugar a lanzarlo al aire y cogerlo.

—Para —le dijo Max—, le estás haciendo daño.

—No le hago daño. Soy buen receptor —dijo Jaden, al tiempo que lo lanzaba más alto.

—¡Para! —le gritó Callum a su hermano—. No es un balón de fútbol.

—Os da rabia porque los dos sois muy malos jugando al fútbol.

Jaden siguió lanzando al cachorro hasta que a Max prácticamente se le saltaron las lágrimas.

—Llorica —le dijo Jaden, mientras dejaba al cachorro en el suelo.

Rosie le enseñó los dientes y le gruñó. Tenía buen ojo para la gente.

—Dile a tu perra que me deje en paz —dijo Jaden— o le doy una patada.

—Sólo te gruñe porque le has hecho daño a su cachorro —replicó Max—. Es una buena madre.

—Chorradas. No es más que un chucho callejero.

Jaden salió al jardín, chutó el balón de Max y lo envió al otro lado de la valla, al jardín de Leon. Luego también lanzó la bici. Se disponía a hacer lo mismo con el patinete cuando mamá entró con el coche. Max le vio la cara a través del parabrisas: estaba fulminando a Jaden con la mirada. El abusón se la quedó mirando un momento y acabó dejando el patinete en el suelo. Mamá y Suzie se acercaron de inmediato.

—Sólo les estaba enseñando los cachorros a Callum y a Jaden —dijo Max, con la esperanza de que su madre se diera cuenta de que quería que Jaden se marchara.

Su madre lo observó con una mirada perspicaz, encendió un cigarrillo y se volvió hacia Jaden. Estaba apoyado en la valla, con las manos en los bolsillos. El flequillo le caía sobre los ojos.

—Se acabó la fiesta, chicos —dijo—. Max tiene cosas que hacer. Es hora

de volver a casa.

A Max le entraron ganas de abrazarla. Había comprendido exactamente lo que necesitaba. Callum dejó con cuidado a *Rosie Junior* y luego le susurró a Max:

—Los cachorros molan mucho. Qué suerte tienes.

A Max le hubiera gustado invitar a Callum otro día, pero no quería que Jaden volviera a acercarse a los cachorros. Acompañó a su amigo hasta la puerta y se despidió con la mano. Jaden ya había empezado a alejarse calle abajo, arrastrando los pies. Cuando Callum alcanzó a su hermano, Jaden se volvió y le sacó el dedo a Max.

El domingo por la noche, después de la hora de cierre, Kurt anunció que se iba a Hobart. Miki se quedó perpleja. No era muy normal que Kurt alterara sus costumbres: por lo general se marchaba el lunes, después de la excursión al bosque.

—¿Por qué no esperas hasta mañana? —le preguntó Miki.

Kurt respondió con evasivas.

—Mañana por la mañana tengo una reunión de negocios. Y luego volveré a casa con una sorpresa.

Miki no supo muy bien cómo interpretar aquellas palabras. Desde que había cogido la llave, se sentía incómoda y extraña cuando estaba con él, atenta siempre a descubrir si su hermano sabía que había salido. Cuando Kurt estaba callado, ella se ponía nerviosa; cuando estaba de mal humor, se convencía de que no tardaría en explotar. Se quedó allí en el pasillo, observándolo mientras él metía un pijama y una muda de ropa en su petate. Abrió el archivador que cerraba con llave y cogió la carpeta de cuero negro, que después metió también en la bolsa, encima de unos vaqueros. ¿Por qué se la llevaba?

—¿Y no puedes decirme ahora cuál es la sorpresa?

Kurt la miró con los ojos entornados.

—No tardarás en descubrirla.

Por lo general, las sorpresas de Kurt no le resultaban muy útiles a Miki. La última vez había sido una máquina para hacer ejercicio. Y la anterior, un televisor digital enorme que Kurt controlaba. Elegía siempre programas que a ella no le interesaban, como retransmisiones deportivas, reportajes de

negocios, planes para hacerse rico de la noche a la mañana... En alguna que otra ocasión, cuando Kurt estaba de buen humor, le permitía ver algo que él mismo había elegido para ella, como *La casa de la pradera* o *Ahí va ese bólido*. Pero solía ser él quien se quedaba delante de la tele viendo programas que terminaban muy tarde. A veces Miki intentaba entreabrir la puerta de su habitación para ver la pantalla, pero Kurt poseía una especie de sexto sentido y siempre la pillaba. Otras veces trataba de escuchar desde el otro lado de la puerta cerrada, pero Kurt ponía el volumen muy bajo para que ella no pudiera oír nada.

Después de que su hermano se marchara, pisando a fondo el acelerador de la camioneta, Miki se quedó sentada en la tienda, contemplando las farolas en la oscuridad. Una gran quietud se adueñó de la casa. Oía el ronroneo de la nevera, el zumbido de las luces fluorescentes, el tictac del reloj de la pared... La tienda era grande y estaba vacía, pero le parecía que todo estaba cerca y que el espacio era reducido. En la oscuridad, se sentía como un demonio de Tasmania atrapado en una trampa de tubo. Notaba un cosquilleo en la piel, así que decidió salir. Caminar en la oscuridad no era lo ideal, pero ahora que había descubierto el sabor de la libertad, nunca tenía suficiente.

Cogió su llave y se adentró en la humedad de la noche. Había estado lloviendo buena parte del día y por los desagües aún bajaba agua; el aire era fresco y olía intensamente a hierba mojada. Deambuló por las calles, esquivando charcos y espiando a través de las ventanas. Había empezado a descubrir dónde vivían los demás. El camión de troncos de Robbo era inconfundible y la familia de Max vivía en la misma calle, un poco más arriba: lo confirmaban la camioneta oxidada de Shane y la perra de Max, *Rosie*. Leon vivía en la casa de al lado: lo supo porque el Toyota que había aparcado justo delante lucía en la puerta el logotipo del Servicio de Parques.

Se adentró por otro callejón y se detuvo ante la ventana de alguien a ver la tele, hasta que se dio cuenta de que estar fuera mirando al interior de una casa era tan triste como estar dentro mirando hacia fuera. Seguiría estando muy

sola, a menos que se relacionara con alguien. Aquella certeza la hizo regresar. Lo que deseaba no era libertad: lo que deseaba era compañía.

En el pequeño salón de la trastienda, ahuecó unos cuantos cojines y barrió unas cuantas astillas que había dejado Kurt en el suelo al entrar la leña. Luego encendió el fuego. Cuando las brasas empezaron a brillar y la habitación se calentó, sacó del armario el ejemplar de *Lejos del mundanal ruido*, que había ocultado bajo una pila de jerséis de punto que ella misma había tejido. Ya hacía más de una semana que Geraldine se lo había prestado, pero no se había atrevido a leerlo con Kurt en casa. Ahora era un buen momento.

Cuando se acomodó en el sofá, con el libro entre las manos, notó una oleada de nerviosismo. Se sintió como la primera vez que había abierto *Jane Eyre* y percibió la emoción de estar a punto de sumergirse en un mundo nuevo. Miki recordó lo mucho que se había enfadado cuando Jane había sufrido el maltrato de sus familiares y del director del internado. Recordó la alegría al ver cómo se afianzaba la amistad entre Jane y Helen. La tristeza tras la muerte de la pobre Helen. El placer de viajar hasta Thornfield Hall con Jane para incorporarse a su nuevo empleo como institutriz. De conocer al señor Rochester. De enamorarse de él a medida que sus conversaciones con Jane se volvían más y más profundas. La fuerza de Jane, su forma de hacerse valer, su dignidad, la integridad de sus principios..., todo eso era una fuente de inspiración para Miki. Página tras página, Miki había seguido el desarrollo de la relación de Jane con el señor Rochester, el despertar de su pasión, su horror al descubrir el secreto que él ocultaba, su trágica huida por los páramos...

Y ahora estaba a punto de sumergirse en una nueva historia repleta de personajes nuevos. De ideas nuevas. El corazón le dio un vuelco. Kurt podía mantenerla encerrada en la tienda la mayor parte del tiempo, pero no podía controlarla cuando se refugiaba en su mente.

Abrió el libro y pasó la introducción.

Capítulo uno, primera línea: «Cuando el hacendado Oak sonreía...».

Las paredes de la habitación se fueron desdibujando a medida que la historia cobraba vida.

Más tarde, Miki se preguntó qué había sucedido con las horas: habían transcurrido muy deprisa. Ésa era la magia de los libros: que ocultaban entre sus páginas los secretos de muchas historias. Tal y como Geraldine había dicho, *Lejos del mundanal ruido* era un libro maravilloso. A Miki le había gustado Gabriel Oak desde el principio. Admiraba su seriedad, su generosidad y su lealtad, y se había entristecido mucho cuando su perro había conducido al rebaño hacia el acantilado. Al perderlo todo, Oak había perdido también su poder. Miki conocía esa sensación.

Al principio, no sabía muy bien qué pensar sobre Bathsheba: parecía demasiado audaz e independiente para ser tan joven. Miki se había llevado una decepción cuando había rechazado la propuesta de matrimonio de Gabriel. Bathsheba había sido muy brusca e insensible, y Miki había sentido pena por él. Sin embargo, también sabía que era demasiado pronto: Bathsheba no estaba preparada para el matrimonio. Era una joven indómita y libre, y no quería que las expectativas de la sociedad la limitaran. A Miki le costaba identificarse con ella, no se parecían demasiado. Pero a medida que avanzaba el libro, había empezado a darse cuenta de que, si bien sus ambiciones y las de Bathsheba no coincidían, en ciertos aspectos se parecían mucho. Bathsheba deseaba más de lo que tenía, lo mismo que Miki. Entendía, pues, el deseo de la protagonista de obtener más libertad. Y admiraba la forma en que obligaba a los hombres a considerarla su igual. Cuando Bathsheba había heredado fortuna y propiedades, se había propuesto demostrar que era lo bastante inteligente como para llevar la granja, algo que ninguna mujer hacía en aquella época. Miki admiraba la astucia con que había convencido a los hombres para que la ayudaran sin tener que agachar la cabeza ante ellos, sin someterse jamás. Era exactamente lo contrario de lo que

ella había vivido. A lo largo de su vida —tanto en la granja como en la tienda—, los hombres siempre la habían dominado. Y Bathsheba era la prueba de que no tenía por qué ser así. Por otro lado, las mujeres de aquel pueblo también plantaban cara a sus maridos —Miki lo había visto cuando acudían a la tienda—, y ella también sabía que la mayoría de los hombres las respetaban. En casa de Miki, sin embargo, las cosas no eran así: Kurt se aseguraba de que ella supiera cuál era su sitio.

Y luego estaba el sargento Troy, el amante de Bathsheba. Recordó la escena del bosque en la que él blandía su espada alrededor de la joven, mientras ella permanecía inmóvil. Miki había percibido la fuerza y la tensión de sus sentimientos. Había notado la brisa cuando la espada hendía el aire, tan cerca de la piel de Bathsheba. Y había experimentado su violenta reacción cuando el sargento Troy le había cortado un mechón de pelo con una espada que, según él mismo le había dicho, no estaba afilada. Aquél había sido el despertar de Bathsheba como mujer, y si por un lado había emocionado a Miki, también la había inquietado. Ella también era mujer, pero sus sentimientos estaban atrapados en su interior. Y a veces le martilleaban el pecho.

Mientras leía, Miki había aprendido a querer a Bathsheba y había deseado ser como ella. Había leído hasta sentirse exhausta, hasta que la cabeza había empezado a darle vueltas. Había leído hasta saberse rebotante de palabras e ideas que se atropellaban unas a otras.

Al final, había comprendido que ella y Bathsheba tenían mucho en común. Miki también quería salir al mundo y encontrar a otras personas. Quería conocerlas. Ser independiente. Enamorarse. Cometer errores. Pero no tenía ni idea de cuándo ocurriría eso. De momento, tendría que conformarse con los libros.

Por la mañana, Kurt se presentó en casa con un coche nuevo, una camioneta todoterreno de cabina doble. Lo aparcó en el callejón que estaba detrás de la

tienda; la pintura plateada resplandecía bajo el sol. Miki se quedó atónita. No necesitaban un coche nuevo; la otra camioneta tenía menos de dos años y estaba en buenas condiciones. «¿No estábamos ahorrando para una granja?», quiso preguntarle, pero temía los arranques de ira de su hermano. Desde la ventana, lo vio retirar, molesto, unos cuantos insectos que se habían estrellado contra el parabrisas. La camioneta nueva tenía faros antiniebla amarillos y una defensa delantera casi tan grande como la de un camión. ¿Contra qué pensaba Kurt que podía chocar? ¿Y cuánto le había costado aquella camioneta? ¿Lo bastante como para dar la entrada de una granja?

Kurt estaba deseoso de ir al bosque para probarla en las pistas de tierra y Miki estaba invitada porque si no... ¿ante quién iba a presumir? Condujo rápido, probando la dirección y el agarre de los neumáticos en las curvas, mientras ella permanecía inmóvil y en silencio en el asiento del pasajero. Cada vez que él gritaba, aullaba o le daba una palmada entusiasta al volante, ella sonreía para complacerlo, pero por dentro se sentía mal. Su hermano no debería haberse gastado todo el dinero que tenían.

Kurt giró hacia la carretera secundaria por la que solían adentrarse, pero apenas habían recorrido unos pocos metros cuando se encontraron con un cartel: TRABAJOS DE TALA. A Miki le dio un vuelco el corazón. Un poco más allá vio un espacio despejado y varias camionetas todoterreno aparcadas en el arcén.

Kurt condujo hasta el cartel y se detuvo.

—Pero ¿qué coño...?

Miki no se lo podía creer. Más allá del cartel, el paisaje resultaba irreconocible. Como si hubiera caído una bomba en el lugar en el que hasta hacía poco había un bosque. Los altos árboles y los frondosos helechos habían desaparecido, y ahora sólo quedaba un espacio abierto y un cielo blanco. El suelo parecía un vertedero de fragmentos de corteza y ramas quebradas, de hojas que se pudrían en unas pilas enormes. El aire olía a eucaliptos aplastados y tierra recién removida.

Miki estaba anonadada. La semana anterior todo parecía normal, pero ahora los pacíficos árboles de su paraíso se habían convertido en ruinas. Un poco más arriba, en la colina, vio a los responsables: dos máquinas enormes que gruñían sin descanso, reptando por el bosque y derribando árboles. Mientras las observaba, la máquina taladora asió el tronco de un árbol con su garra mecánica y lo cortó en dos con la misma facilidad que un cuchillo corta el queso. Miki tuvo la sensación de que a ella también la habían cortado por la mitad. Se estremeció cuando el árbol se precipitó al suelo con un golpe sordo. La taladora cortó entonces la parte superior e inferior del tronco, como si fuera una zanahoria, antes de que la máquina arrastradora siguiera con la tarea, pelara las ramas laterales y arrastrara el tronco colina abajo, haciéndolo rebotar con gran estrépito entre las pilas de restos. Todo sucedió a una velocidad asombrosa: en cuestión de minutos, un árbol se había convertido en un tronco pelado. Las máquinas seguirían devorando el bosque hasta que no quedara nada.

Un poco más adelante, en la carretera, Miki vio el camión de Robbo aparcado en una zona recientemente desbrozada. Estaba supervisando el trabajo de la grúa que cargaba los troncos en la plataforma del camión. En lo alto de la colina, donde el terreno era más escarpado, el bosque permanecía intacto. Miki deseó que las máquinas no llegaran hasta allí arriba.

Tras el volante, Kurt contemplaba toda aquella destrucción con una mirada adusta.

—Cabrones —murmuró.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Miki con un nudo en la garganta.

—Algún imbécil en un despacho traza una equis en un mapa y allí van ellos.

—Pero aquí había muchos árboles viejos. ¿Cómo han podido hacer algo así?

Miki quiso volver atrás en el tiempo y recuperar el bosque. Aquello era vandalismo. Había mucho bosque en otras partes, ¿por qué los leñadores no

se iban a otro lado? Pensó en las águilas: el árbol que albergaba su nido no estaba muy lejos. ¿También lo talarían las máquinas?

Kurt rodeó el cartel y maniobró para pasar entre los coches de los trabajadores. Entre los vehículos vio también la camioneta oxidada de Shane. Y allí estaba él, con el casco y el chaleco de seguridad, haciéndole ajustes a una motosierra en la caja de su camioneta, con un cigarrillo entre los labios. Miró a Kurt con el ceño fruncido cuando pasaron por delante —no era ningún secreto que Kurt y Shane no se caían bien— y Kurt le devolvió el gesto al tiempo que soltaba un *capullo* entre dientes. Mientras Miki lo observaba, Shane cogió la motosierra y echó a andar colina arriba, avanzando entre el caos de ramas caídas. Miki había oído decir que Shane talaba los árboles de las laderas escarpadas y pensó que los árboles de lo alto de la colina no estaban a salvo. En cuestión de pocas semanas todo aquel bosque quedaría devastado.

Kurt siguió conduciendo en silencio, con la mandíbula apretada, y se adentró por la pista que cruzaba el claro. Aquel espacio abierto se había convertido en un vacío inmenso: cielo, restos de tala y tierra. Algo más abajo, en un barranco, el esqueleto de un solitario helecho arborescente agitaba sus maltrechas frondas; tres árboles raquíuticos, expuestos al viento, formaban un triste grupo. Miki vio un verdugo que salía disparado de la linde del bosque y se dirigía hacia el cielo. Por lo menos quedaba algo con vida, aunque eso no le dio muchas esperanzas.

A medida que se alejaban de la zona de tala, el estruendo de las máquinas se fue atenuando, pero Miki se sentía dolida. Sólo empezó a relajarse un poco cuando se adentraron de nuevo en el bosque. Pasaron junto al nido de las águilas y, poco después, ya estaban en su amado bosque, donde los árboles eran más abundantes y la maleza rozaba los laterales del coche al pasar. Kurt seguía rabioso. Cuando se detuvieron, bajó de un salto y cerró su puerta violentamente. Luego cogió el rifle y lo cargó con la munición.

—Cabrones —escupió—. Ojalá se fueran a la mierda de una vez. Seguro

que seguirán talando hasta llegar aquí.

La ansiedad de Miki iba en aumento. Si los leñadores llegaban hasta allí, ¿qué le ocurriría a su árbol preferido? Para aquellos hombres, un bosque no era más que un montón de troncos que podían llevarse en un camión. Dinero en el banco. Comida para llenar el estómago. La cuota de una tele de pantalla gigante. Gasolina en el depósito. Pero el árbol de Miki no valía nada porque estaba podrido por dentro. Era inútil talarlo.

—¿Y qué podemos hacer? —le preguntó a Kurt—. ¿Tenemos que trasladar las colmenas?

—De momento no hace falta que nos preocupemos. Los leñadores tardarán semanas en llegar hasta aquí.

—¿No hay forma de que podamos pararlos?

Kurt se apoyó la culata del rifle en el hombro y giró el cañón hacia el camino por el que habían llegado, mientras ladeaba la cabeza para apuntar por la mira.

—Podría dispararles —dijo.

—No lo harás.

Kurt bajó el arma y lanzó a su hermana una mirada glacial.

—Pues claro que no lo haré. Después de todo lo que hemos trabajado, sería una estupidez.

¿Y la camioneta nueva qué?, pensó Miki. ¿Comprarla no había sido una estupidez?

Kurt pasó mucho rato en el bosque aquella mañana, mientras Miki se quedaba en el coche y pensaba angustiada en sus árboles. A su alrededor, el bosque se movía y susurraba, como si nada hubiera cambiado. No tenía sentido que allí todo pareciera normal cuando desde luego no lo era.

De vuelta en casa, Kurt guardó un inquietante silencio y se negó a seguir hablando sobre los leñadores. Se encerró en su habitación del sótano durante una hora y luego se marchó a Hobart de un humor de perros.

En cuanto se hubo marchado, a Miki se le aflojó la opresión que notaba en el pecho. Aún se sentía muy triste, pero sabía cómo animarse un poco. Fue a buscar la llave y salió. Mientras cerraba la puerta tras ella, respiró una bocanada de aire fresco. El hecho de estar en la calle le relajaba la mente. Tenía que decidir qué hacer respecto a los trabajos de tala y la mejor forma de pensar era caminando.

Sus pasos la llevaron hasta la escuela de primaria y, luego, hasta la carretera del bosque. Aceleraba el ritmo a medida que notaba la insistente llamada de la libertad. Caminar le sentaba bien. Los coches pasaban a toda velocidad y el viento que levantaban la azotaba, pero no le importaba. Le gustaba el sonido que hacían sus botas en el suelo, el calor que la iba invadiendo a pesar del frío y la humedad, el hecho de que Kurt no supiera dónde estaba... Pasó frente a unas pequeñas granjas rodeadas de unos campos verdes y dejó atrás unas casas de cuya chimenea salía humo. Los perros se acercaban a ladrarle con el pelo erizado. Miki evitaba mirarlos y seguía andando.

Al llegar a lo alto de una colina oyó el motor de un coche que se aproximaba y, tras volverse a mirar, vio un todoterreno blanco, bastante grande, que se le acercaba desde el pueblo. En lugar de pasar de largo, el vehículo aminoró la marcha y se detuvo junto a ella. Miki se fijó en el logotipo del Servicio de Parques que lucía en la puerta.

Leon bajó la ventanilla.

—Hola. ¿Adónde vas?

—A ningún sitio en particular, sólo estaba dando un paseo.

—Voy al parque a descargar material. ¿Quieres que te lleve?

—No pensaba ir tan lejos.

—No pasa nada, te dejo donde tú me digas.

Miki negó con la cabeza. Si Kurt se enteraba de que alguien la había llevado en coche, se subiría por las paredes.

—No te preocupes —le dijo—. ¿Has tenido noticias de Dale? ¿Ya tiene

los resultados de las pruebas del demonio?

La sonrisa de Leon desapareció.

—Espera un momento, voy a aparcar.

Leon pasó de largo, dejó el coche en la cuneta y luego retrocedió a pie hacia donde estaba ella. Iba con las manos metidas en los bolsillos y el ceño fruncido.

Por la expresión de su rostro, Miki supo que el demonio debía de tener la enfermedad. Se desesperó. Aquella noticia aún le estropeaba más el día. Leon pareció bastante incómodo mientras le contaba lo que sabía.

—Dale envió un correo el otro día... Los resultados no son buenos...

Miki desvió la mirada hacia las montañas para armarse de valor, pero entonces recordó lo que estaba ocurriendo allí arriba —los camiones y las máquinas— y el corazón le dio un vuelco.

—Cuando os dejamos a Geraldine y a ti, volvimos al vertedero y conseguimos ver a la hembra —dijo Leon—. No parece que tenga ninguna herida.

Era un alivio, pero lo único que pudo hacer Miki fue asentir.

—Dale dice que tendríamos que trasladar a la hembra y a las crías a un lugar más seguro, para evitar que cojan la enfermedad.

¿Significaba eso que el macho se quedaría en el vertedero? Miki no soportaba la idea de que estuviera solo. La soledad era algo que ella conocía muy bien.

—¿Y el macho?

—Tendrá que quedarse. Dale no puede hacer gran cosa...

Miki eludió la mirada de Leon, porque en sus ojos veía demasiada bondad. Sabía que si lo miraba se echaría a llorar.

—¿Y adónde los llevará? —preguntó.

—Quiere trasladarlos a una reserva en la que crían demonios en cautividad. Formarán parte de un programa cuyo objetivo es liberar ejemplares sanos en plena naturaleza.

Miki había imaginado a los demonios en un bosque de la franja costera con otros animales sanos, una tribu con la que pudieran interactuar. Sorprendida ante aquella solución, miró a Leon.

—O sea, que estarán en un zoo...

Leon guardó silencio antes de contestar.

—Más o menos. Pero Dale dice que los recintos son muy amplios y que los demonios estarán bien cuidados. Tendrán comida, compañía y espacio. Sin enfermedades.

—Ni libertad.

Miki no quería que encerraran a sus demonios. Si los metían en un zoo, ella se sentiría como si los hubiera traicionado. Su carácter salvaje era lo que más amaba de ellos. Eran fuertes y decididos. La libertad era importante. Sin vallas. Ni cerraduras.

—Si cogen la enfermedad, no serán libres —dijo Leon—. Y sólo hace falta un mordisco para contagiarla a otros demonios.

Visto desde la perspectiva de Leon, la reserva era necesaria, pero Miki aún se sentía atrapada. ¿Cómo iban a acostumbrarse los demonios a estar encerrados? Era algo que Miki no le deseaba a nadie.

—¿Cuándo puede trasladarlos Dale?

—No lo sé, tengo que preguntárselo. Podrías venir y ayudarnos a atraparlos. ¿Te sigue yendo bien los lunes?

Miki vaciló. ¿Podría escaparse una segunda vez para poner trampas sin que Kurt se enterara?

—Sí, los lunes.

—¿Qué te parece si te paso una nota por encima del mostrador?

A Miki no se le ocurrió otra opción.

—Vale. Pero asegúrate de que Kurt no te vea...

Por la mirada que le dedicó Leon, comprendió que su hermano no le caía precisamente bien. Miki, sin embargo, ya estaba acostumbrada: nadie apreciaba a Kurt, excepto ella. Se dijo que los demás no lo conocían, pero

algo en su interior le decía también que era difícil apreciarlo, incluso para una hermana.

—Puede que no sea pronto —dijo Leon—. Dale se va unas cuantas semanas al Tarkine, a colocar trampas. En cuanto tenga noticias tuyas te aviso.

Un coche pasó en ese momento a toda velocidad y Leon desvió la mirada hacia el Toyota, que estaba mal aparcado en el arcén.

—Será mejor que vaya tirando.

Miki se había concentrado en los demonios, pero en ese momento se acordó de los árboles.

—Espera —dijo—, tengo que preguntarte algo.

Leon se volvió con las cejas arqueadas.

—Kurt y yo hemos ido hoy al bosque y nos hemos encontrado con unos leñadores que estaban cortando árboles viejos. Creo que no deberían estar allí. Hay un nido de águilas cola de cuña.

—Estoy seguro de que tienen los permisos necesarios para cortar árboles viejos —dijo Leon—, pero lo del nido cambia las cosas. El águila cola de cuña es una especie protegida. ¿Dónde están talando?

Miki le dio las indicaciones y Leon las anotó en un cuaderno.

—Me iría bien verlo. ¿Podrías acompañarme ahora?

Parecía lo lógico, pero Kurt se pondría furioso si alguien la veía con Leon.

—Los leñadores estarán trabajando allí —dijo—. No quiero que me vean. Leon asintió.

—Tampoco es buena idea que me vean a mí allí arriba. Las cosas ya están lo bastante complicadas. —Hizo una pausa—. ¿Qué te parece si vamos esta tarde, cuando termine de trabajar? Sobre las seis y media.

—Ya habrá oscurecido.

—Tengo un foco.

Miki vaciló.

—A Kurt no le hará gracia.

Ahora que ya había sacado el tema, Leon sin duda lo entendería.

—Claro —dijo—. Puedo pedirle a Geraldine que nos acompañe. Parece que le gustan las aventuras.

—Bueno.

Miki se dio cuenta de que se quedaba sin excusas.

—Si hoy no puedes, ¿prefieres que vayamos mañana?

—No, mejor los lunes.

—Pues decidido. Vuelvo zumbando al pueblo y me pongo de acuerdo con Geraldine. ¿Qué te parece si te recojo detrás de la oficina de turismo, como el otro día? Todo irá bien. Nos vemos luego —le sonrió Leon.

La madre de Leon tenía un talento especial para llamar en el peor momento. A veces se trataba de algo importante, como por ejemplo informarlo acerca de las visitas de Stan. Leon había intentado tomar medidas: había llamado a Stan con la intención de advertirlo, pero el esquivo compañero de juergas de su padre no le había cogido el teléfono. La mayoría de las veces, sin embargo, se trataba de algún asunto trivial, como por ejemplo decirle que la luz del horno no funcionaba o que un autocar de turistas había atropellado al perro de los vecinos. «¿Quieres que vuelva a casa?», le había preguntado Leon en una o dos ocasiones. Ella, sin embargo, se había negado, diciendo: «Te lo agradezco, Leon, pero estás demasiado lejos». Una vez había llamado para decirle que nadie había vaciado los cubos de la basura. «Quizá deberías llamar al ayuntamiento —le había dicho Leon—. Ellos sabrán decirte qué ha ocurrido.» Sabía que su madre ya no podía hablar de las cosas cotidianas con su padre, pero a veces deseaba que él se esforzara un poco por participar.

Su madre llamó cuando Leon estaba en el Toyota del Servicio de Parques con Miki y Geraldine, conduciendo a la luz de los faros del coche por la sinuosa carretera que llevaba al bosque. Tenía prohibido usar el teléfono mientras conducía, pero en ese momento no le importaba mucho. También tenía prohibido llevar pasajeros, pero era poco probable que alguien los viera de noche.

—Hola, mamá, ¿va todo bien? —dijo en voz baja, consciente de que Miki y Geraldine estaban en el asiento trasero.

—Tu padre está vomitando —dijo su madre—. ¿Crees que debería llevarlo al hospital?

No era la primera vez que el padre de Leon tenía una crisis. Había sufrido episodios intermitentes de vómitos desde que había enfermado y se había puesto amarillo. Era de esperar: su hígado se rebelaba contra una vida de abusos.

—Puede —dijo Leon—, pero me resulta difícil decirte algo desde aquí. Supongo que tú lo sabes mejor que nadie. El último ferri sale a las siete y cuarto. Si te vas ahora, llegas a tiempo.

—Tengo que vestirlo.

—No creo que a los médicos les importe, llévalo como está.

—De acuerdo. Pues me voy.

Leon colgó y se concentró en la carretera oscura, en las curvas sinuosas y en la posibilidad de que apareciera algún ualabí o uómbat con tendencias suicidas. De noche, no era raro que acabaran bajo las ruedas de algún vehículo.

—¿Va todo bien? —le preguntó Geraldine.

—Sí, no es nada grave.

—¿Alguien se ha puesto enfermo?

—El gato de mi madre.

No dudaba de que Miki y Geraldine debían de saber que no había estado hablando de un gato, pero tenía la sensación, por algún motivo, de que debía ser discreto. No quería compartir los problemas de su hogar.

Siguiendo las indicaciones de Miki, se adentraron por una carretera secundaria y, tras haber recorrido varios cientos de metros, apareció ante ellos la zona de tala. Los faros tenían un alcance limitado, pero aun así Leon vio el bosque devastado y el terreno desbrozado. Troncos cortados. Montañas de ramas y corteza. Copas de árboles abandonadas. Helechos arborescentes derribados. Y una abrupta pared de árboles oscuros allí donde acababa la zona de tala.

—Caray, ¡lo han destrozado todo! —dijo.

—Es espantoso —admitió Geraldine—. No me extraña que estés

disgustada, Miki.

—Me preocupan las águilas —dijo Miki—. No estamos muy lejos de su árbol.

Leon siguió conduciendo y tuvo la sensación de que la zona desbrozada se extendía hasta el infinito. Los paisajes como aquél no le resultaban desconocidos, pues su familia llevaba décadas talando árboles. Pero si se había apartado de la tradición familiar era, precisamente, por aquella clase de destrucción. Años atrás parecía posible creer que el ser humano llegaría a sobreexplotar los bosques, pero ahora las cosas habían ido demasiado lejos. Tasmania seguía teniendo árboles inmensos, pero las zonas de bosque viejo eran cada vez más escasas. Leon no entendía qué necesidad había de cortar árboles ancianos. Aquellos árboles enormes estaban huecos por dentro o se rompían al caer, de manera que no servían para producir madera. ¿Qué sentido tenía? ¿Por qué no los dejaban en pie? A los leñadores, sin embargo, les gustaba desbrozar el terreno porque era como cortar el césped, más sencillo y seguro que la tala selectiva, y además se ahorraban tener que bajar de los vehículos. Tasmania poseía algunos de los bosques más antiguos de Australia. En un país civilizado tendrían que parar de inmediato la tala. En Bruny, ya sólo cortaban árboles para pulpa de papel, porque no quedaban bosques viejos. Y lo mismo ocurriría allí si las cosas no cambiaban.

Leon sintió alivio cuando dejaron atrás la zona y se adentraron en un bosque virgen. Si la zona de tala quedaba oculta, casi podía fingir que no existía. En la oscuridad, los árboles parecían cerrar filas alrededor del vehículo, misteriosamente iluminados por los faros. Así era como debía ser: bosques que, como un manto, cubrieran la tierra.

Un poco más adelante, Miki señaló el nido de las águilas y Leon aparcó justo debajo. Cuando salieron del coche, en mitad de aquella fría noche, tuvieron la sensación de que el bosque, denso y enigmático, se cernía sobre ellos. Los árboles extendían las ramas como si fueran brazos y las hojas susurraban, dotadas de una vida invisible. Leon pensó en las historias que le

habían contado de pequeño, en las leyendas que convertían los bosques en lugares siniestros: Blancanieves perseguida por los cazadores, Caperucita Roja acechada por el lobo, los bosques hostiles de *El señor de los anillos* y *El Hobbit*... Aquellas historias perpetuaban la idea de que el mal acechaba entre los árboles, pero en realidad allí no había fuerzas malignas que quisieran destruir a las personas. Las criaturas del bosque estaban ocupadas en sus cosas: las ratas de arbusto y los ratones marsupiales hurgaban en el sotobosque, los pósums mordisqueaban las hojas, las lechuzas buscaban presas... Si la gente aprendiese a amar el bosque, en lugar de a tenerle miedo, tal vez querría salvarlo.

Leon cogió el foco, lo encendió y dirigió la luz hacia lo alto del tronco. Allí estaba el nido: una intrincada maraña de ramitas y palos encima de una rama.

—No son precisamente unos artistas, ¿verdad? —dijo Geraldine.

—Lleva ahí arriba más de dos años y aún no se ha caído —dijo Miki—. A mí me parece que son muy inteligentes. El viento sopla con fuerza en lo alto de los árboles.

Iluminados por el resplandor del foco, los brazos blancos de los árboles parecían huesos. Las hojas plateadas temblaban. Leon se preguntó si las águilas estarían cerca. Iluminó las copas con el foco, para ver si estaban posadas en las ramas, pero no había ni rastro de ellas.

—A lo mejor se han asustado y se han marchado —dijo Miki en la oscuridad, con expresión triste.

Leon pensó que aquella pasión por las águilas era poco habitual. La mayoría de los observadores de pájaros eran amantes de la naturaleza, como él, o pajareros de alguna asociación de ornitólogos. Pero en Miki había algo inusual. Era joven y vieja al mismo tiempo, tímida pero directa, sorprendentemente observadora. Había estudiado en casa y tal vez por eso resultaba un poco extraña. Quizá hubiera dedicado mucho tiempo a observar pájaros porque no tenía otros niños con los que jugar. Leon trató de imaginar

la vida de Miki en la tienda con Kurt. Era evidente que aquella noche había tenido miedo de salir, igual que la noche en que habían ido a poner las trampas para demonios. Leon intuyó que Kurt no siempre la trataba bien. Desde fuera resultaba difícil saberlo, pero Leon tenía la sensación de que Miki necesitaba un amigo, alguien con quien hablar.

—Lo siento, pero no encuentro las águilas —le dijo—. Deben de estar camufladas entre las hojas.

Miki pareció decepcionada.

—A lo mejor están durmiendo.

—Son una especie en peligro, ¿verdad? —dijo Geraldine—. ¿Por qué hay tan pocos ejemplares?

—Los granjeros creen que atacan a las ovejas —le explicó Leon—, así que las matan a tiros o las envenenan. Y a veces se electrocutan al chocar con los cables eléctricos.

—¡Qué horror! ¿Cuántas quedan?

—Unas trescientas parejas.

Geraldine movió la cabeza de un lado a otro.

—Son tan grandes que parecen invencibles, pero en realidad nadie lo es.

—Ya que estamos aquí —dijo Miki—, ¿puedo enseñaros otro árbol? Hay que seguir la pista. Tenemos que ir con el todoterreno y luego caminar un poco.

Subieron al Toyota y siguieron avanzando. La pista se estrechaba, medio oculta entre la vegetación, que arañaba los laterales del coche. Leon confió en encontrar algún sitio para dar la vuelta cuando llegara el momento de regresar. Tuvo la sensación de que por allí no pasaba nadie, excepto Kurt y Miki.

Miki le mostró dónde podía aparcar, cerca de un bosquecillo de hayas cuyas hojas se estaban volviendo doradas. Luego bajaron del coche y la joven abrió la marcha por la pista. Caminaba despacio para que Geraldine pudiera seguirlos.

Un árbol altísimo se alzaba en la oscuridad: era el eucalipto de pantano más grande que Leon había visto en su vida. Asombrado, se quedó en silencio junto a aquella base que parecía hecha de contrafuertes y deslizó la mirada por el tronco hasta llegar a la oscura copa, que parecía rozar el cielo, tachonado de estrellas.

—¿Puedes apagar el foco? —preguntó Miki—. Me gusta escuchar el bosque de noche.

Leon así lo hizo y, a medida que los ojos se le acostumbraban a la oscuridad, distinguió en lo alto la silueta vaga de las ramas. En la noche todos los sonidos parecían amplificarse. El zumbido de los mosquitos. El ir y venir de las criaturas en el sotobosque. El croar de las ranas y el chirrido de los grillos.

Cuando algo crujió entre el follaje, Leon encendió de nuevo el foco y dirigió el haz de luz hacia el sonido. Y allí, posado en una rama pequeña y gruesa, vieron un pósum de pelaje gris y esponjoso, orejas puntiagudas y cola larga. El animal miró hacia abajo y los observó con atención mientras la cola le colgaba como un gancho. A la luz del foco, sus ojos parecían rojos. Y entonces empezó a moverse: clavó sus garras afiladas en la corteza, separó las patas, descendió aferrándose al tronco y, por último, saltó al sotobosque y se escabulló entre los árboles y los arbustos como si fuera un trapecista.

A Miki se le iluminó el rostro.

—¿Verdad que los pósiums son maravillosos?

Era evidente que adoraba a todas las criaturas del bosque. Leon pensó que era bonito ver que alguien sentía tanta pasión por los animales.

Geraldine se echó a reír.

—En casa los odio porque se comen las rosas y las verduras del huerto. Pero aquí me parecen fascinantes. ¿Vienes a menudo a este sitio? —le preguntó a Miki.

—Todas las semanas. Me siento bajo este árbol mientras Kurt se va al bosque. Me da paz.

—¿Qué hace Kurt en el bosque? —preguntó Leon, por curiosidad.

—Va a cazar.

—¿Todas las semanas? —preguntó Leon, sin poder ocultar su sorpresa.

Kurt no debía de ser muy buen cazador si siempre volvía al mismo sitio.

—No siempre caza —dijo Miki, frunciendo el ceño.

A Leon lo sorprendió que Miki se pusiera de parte de su hermano. Era obvio que no se podía defender a aquel tipo, pero también era cierto que Leon habría defendido a su padre aunque no se lo mereciera. La sangre siempre tira.

Miki lo miraba con expectación.

—Es un árbol precioso, ¿verdad? —dijo—. ¿Crees que podremos salvarlo y salvar también el del nido de las águilas, cuando consigamos detener la tala?

Leon suspiró. Él no era más que un humilde guarda forestal, pero le prometió que haría todo lo que pudiera.

El jueves, en el cole, Callum se acercó corriendo a Max durante la hora de comer y le dijo que Jaden quería verlo detrás de los lavabos cuando acabaran las clases. Desde que Jaden había lanzado a *Bruiser* al aire, a Max aún le caía peor. Un niño podía huir de las gamberradas de Jaden, pero los cachorros estaban indefensos.

Cuando sonó el timbre del colegio, al final del día, Max cogió la mochila y consideró la posibilidad de irse directamente a casa. Si corría muy rápido, tal vez llegara antes de que Jaden se diera cuenta de que no se iba a presentar. Pero... ¿y si Jaden aparecía otra vez en su casa y le decía que quería jugar con los cachorros? Si se enfadaba con Max, a lo mejor dejaba caer el cachorro al suelo y lo mataba. Max no tenía opción, así que se escabulló hacia los lavabos, donde Jaden y Callum ya lo estaban esperando.

Jaden tenía un brillo muy desagradable en los ojos.

—¿Cómo están tus cachorros? ¿Cómo está *Bruiser*?

—Están bien.

—¿Ya ha crecido lo bastante como para dárselo de desayuno a mi perro? *Prince* está muy hambriento.

Max trató de no parecer horrorizado.

—Son demasiado pequeños. Si quieres, puedo llevarle pienso. Seguro que lo llena más.

Jaden se rio con desdén.

—Déjate de pienso y tráeme otra cosa. Tráeme cigarrillos. Tu madre y tu padre fuman. Róbales unos cuantos.

A Max le entró el pánico. ¿Cómo iba a hacer algo así? Si su padre lo

pillaba robando cigarrillos, lo mataría.

—Lo intentaré, pero no sé si voy a poder.

—Sólo tienes que abrir el paquete y coger unos cuantos. Los quiero mañana.

—¿Mañana?

—Sí. Y si no me los traes, iré a tu casa y me llevaré a uno de los cachorros.

Cuando llegó a casa, Max corrió al garaje y sintió alivio al ver que todos los cachorros seguían allí. *Rosie* saltó de la caja y apoyó las patas en las piernas de Max, así que fue a llenarle el cuenco. Luego llevó un poco de pienso a la cocina y lo empapó en leche para que se lo comieran los cachorrillos. Cuando volvió, todos empezaron a ladrar entusiasmados y se pusieron a saltar, desesperados de hambre. Normalmente le parecía divertido verlos saltar, pero esa noche no tenía ganas de reír. Dejó el cuenco en el suelo y se apoyó en la puerta para verlos comer. Cuando ya no quedó nada, los dejó salir al jardín: los cachorros empezaron a correr de un lado para otro, deteniéndose de vez en cuando para mordisquear la hierba o pelearse entre sí. No tardaron mucho en cansarse, de modo que Max los metió de nuevo en el garaje y entró en casa. Por lo general se quedaba horas en el garaje, pero como estaba triste se fue a jugar a *Call of Duty*, que era su juego favorito antes de que nacieran los cachorros. En el colegio, los demás niños hablaban siempre de ese videojuego, pero a Max ahora le parecía aburrido.

Aún estaba matando zombis cuando su padre llegó a casa. Después de haberse pasado cuatro semanas sin jugar, Max tenía muy pocos puntos y no le apetecía ir a cenar. Pero su madre le dijo: «Apaga ese trasto ahora mismo», y su padre lo observó con el ceño fruncido, así que no le quedó más remedio que sentarse a la mesa. Otra vez chuletas con tres verduras. Y, encima, a su madre se le había olvidado comprar salsa de tomate y tuvo que ponerse salsa barbacoa, que estaba asquerosa. Lo riñeron por comer demasiado despacio y

luego por coger mal los cubiertos y luego por no repelar bien los huesos. ¿Por qué no lo dejaban en paz de una vez?

Durante la comida, trató en varias ocasiones de ver dónde había puesto su padre los cigarrillos. A veces los dejaba en la isla de la cocina o en el garaje, pero por lo general los llevaba en el bolsillo. Mamá estaba de mal humor, de modo que le pidió a Max que fregara los platos.

—¿Y Suzie qué? —protestó Max—. Ella nunca hace nada.

—Hazlo y punto —le ordenó su padre—, o te doy una torta que vuelas.

Papá no le pegaba mucho, pero cuando lo hacía le dolía, por eso Max se puso los guantes de plástico rosa de mamá y echó un poco de lavavajillas en el fregadero. Tardaba horas en fregar los platos porque jugar con las burbujas era divertido, y a veces su madre se cansaba tanto de esperar que acababa haciéndolo ella. Pero esa noche no. Su madre metió a Suzie en la bañera y luego, en el salón, papá y ella empezaron a discutir. Papá estaba viendo las noticias y bebiendo cerveza y mamá estaba doblando la ropa.

—Estamos otra vez sin dinero —dijo—. ¿Cómo es eso posible, Shane?

—Pues ni idea. Te lo habrás gastado.

—Ya, claro. ¿Y tu cerveza qué? Eso sí que es tirarlo a la basura.

—Me parto la espalda trabajando durante toda la semana. Tengo que relajarme.

—¿Y cómo quieres que pague las facturas?

Max no entendía de qué estaban hablando. Decían que no tenían dinero, pero siempre estaban comprando cigarrillos. Los móviles también costaban un pastón y tanto papá como mamá tenían uno, así que no podían estar arruinados.

—¿Adónde ha ido a parar todo el dinero? —preguntó mamá—. Aún no me lo has dicho.

—Esta semana he comprado unos cuantos rasca y gana. Tenía una corazonada.

—¿Te lo has fundido en lotería? Qué manera de derrochar.

—También aposté cien a un caballo. Toby me pasó el soplo.

—¿Y ganaste algo? Seguro que el puto caballo llegó el último.

Papá guardó silencio.

—Había tenido un día de mierda, cariño, y sólo intentaba animarme un poco.

Mamá no se lo creyó.

—¿Qué significa *un día de mierda*, Shane?

—¿Es que no te has enterado? Los verdes han hecho fotos del sitio en el que estamos trabajando y deben de haber pasado un informe. Han encontrado un nido de águilas cola de cuña y el departamento nos impide seguir talando hasta que decidan qué hacer. El departamento la ha cagado. Tendrían que haber sabido lo del nido.

A Max le gustaban las águilas cola de cuña. Molaban mucho. Tal vez papá lo llevara a ver el nido.

—¿Y tú sabías lo del nido? —le preguntó mamá.

—Sí, lo vi en cuanto empezamos a talar la zona. No tendríamos que haber estado allí. Pensé en informar, pero no es mi trabajo. Que lo hagan los cabrones del Gobierno, que para eso cobran.

—¿Y adónde os mandarán ahora? ¿Tienen ya otra zona preparada?

—No lo sé.

—Pues espero que os sigan pagando. Tenemos que comer y en el banco no hay nada.

Max se había dado cuenta de que la comida para perros que tenían en el garaje también se estaba acabando.

—Es hora de librarse de esos cachorros —dijo papá.

Max se puso tenso. Aún no les había encontrado un hogar. Mamá guardó silencio.

—No creo que debamos darlos aún, Shane —dijo al fin en un tono más suave—. Los niños se divierten tanto con ellos...

—No nos los podemos quedar para siempre.

Max se sintió mal. Había dejado de fregar los platos.

—¿Ya has terminado, Max? —lo llamó su madre.

—Casi —dijo.

Les pasó un poco de agua a los últimos platos y los dejó en el escurridor. Tenía que ir otra vez a ver cómo estaban los cachorros.

Estaban bien. Seguían siendo seis, todos acurrucados junto a *Rosie*.

Cuando Max entró de nuevo en casa, mamá estaba secando a Suzie en el baño y papá había desaparecido. Vio en el salón el paquete de cigarrillos, sobre la mesita de café. Oyó a papá en el váter. Conteniendo la respiración, abrió el paquete, cogió tres y se los guardó en el bolsillo. Tenía el corazón desbocado, pero afortunadamente el paquete estaba casi lleno, así que con suerte su padre no se daría cuenta.

¡Lo había conseguido! Al día siguiente podría darle los cigarrillos a Jaden y se lo quitaría de encima.

Por la mañana, a la hora del patio, Max estaba sacando el almuerzo de la mochila cuando Jaden lo agarró por el brazo, lo empujó contra las taquillas y le gruñó:

—¿Los tienes?

Aquel incidente le estropeó el resto del día: estaba tan asustado que ni siquiera pudo prestar atención en clase. No hacía más que pensar en lo que ocurriría si lo pillaban dándole los cigarrillos a Jaden. Pero tenía que hacerlo, porque si no Jaden le daría una paliza.

Al terminar las clases, fue otra vez detrás de los lavabos, donde Jaden y Callum ya lo estaban esperando.

—Bueno —dijo Jaden, con desdén—, ¿has traído cerillas?

—Sí.

Por suerte se le había ocurrido cogerlas. Le pasó a Jaden una caja de cerillas Redheads que había encontrado en la chimenea de casa y luego sacó del bolsillo los cigarrillos.

—Uno para cada uno —dijo, mientras los repartía.

Estaban un poco arrugados, pero Callum miró a Max como si éste fuese un héroe.

Jaden cogió el cigarrillo que estaba mejor y se lo puso entre los labios. Luego intentó encender una cerilla, pero partió seis antes de conseguir prender la llama.

—Mierda de cerillas... —dijo—. La próxima vez trae unas mejores.

Max sabía que a las cerillas no les pasaba nada, que era Jaden el que no era capaz de encenderlas.

—Se hace así —dijo Jaden—. Tenéis que aspirar cuando acerquéis la llama para que el cigarrillo se encienda.

Jaden aspiró como si tuviera mucha práctica y la punta del cigarrillo se volvió roja. Pero entonces se atragantó. Max estuvo a punto de echarse a reír, pero se contuvo justo a tiempo.

Luego le tocó a Max. Tenía miedo de atragantarse él también. Sin embargo, pensó que no podía ser demasiado difícil: se lo había visto hacer mil veces a sus padres. Cogió el segundo cigarrillo que estaba menos arrugado, se lo colocó entre los labios y encendió una cerilla. Se le daba bien porque su madre le dejaba encender el fuego de casa muchas veces. Delante de Jaden, entornó los ojos y trató de parecer muy seguro. Luego acercó la llama al cigarrillo y se concentró para que no le temblara la mano. Estaba nervioso. El cigarrillo siseó y Max aspiró un poco, pero conservó el humo en la boca, sin tragárselo hasta los pulmones. La punta del cigarrillo se puso roja y Max empezó a expulsar humo entre los labios. Se sentía como si estuviera ardiendo por dentro.

Jaden lo estaba observando.

—Eh, ¿y tú por qué no toses?

—Le sale perfecto —dijo Callum, entusiasmado.

Jaden estaba cabreado. No hacía más que mirar a Max, esperando que se atragantara.

—No lo haces bien.

—Sí que lo hace bien —dijo Callum—. Mira cuánto humo le sale por la nariz.

Max se lo tomó con calma. Cuando terminó el cigarrillo, lo arrojó al suelo y lo aplastó en la tierra con la punta del zapato, como hacían papá y mamá. Luego recogió la colilla.

—¿Qué haces? —le preguntó Jaden.

Max lo miró y dijo:

—La voy a tirar a la papelera. Si la encuentran los profes, nos matan.

Ya se disponía a marcharse a casa, pensando que todo había acabado, cuando Jaden le dedicó una sonrisa torva y dijo:

—Más.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Max.

—Que quiero más cigarrillos.

—¿Y si no puedo?

Jaden hizo una mueca.

—Podrás.

Max sintió náuseas. Cuanto más intentara robar cigarrillos, más difícil le resultaría. Y si no los conseguía, Jaden haría daño a los cachorros. Tenía que buscarles un hogar enseguida. Pero... ¿y si Jaden seguía acosándolo cuando ya no tuviera a los perritos? ¿Qué haría entonces?

Los hombres hablaban de la clausura de la zona de tala como de un *puto desastre*. Miki los había oído comentar el tema en la tienda. Al principio lo hacían en murmullos y susurros, pero las cosas llegaron a su punto álgido el viernes, cuando Robbo entró en el local después del trabajo. Los viernes solía irse directamente a casa para cenar con Trudi y luego bajaba al bar. Esa tarde, sin embargo, aparcó el camión en la calle, desafiando las leyes, y entró con paso decidido en la tienda, donde ya lo estaban esperando Toby, Mooney y Shane. Pidieron una ración grande de patatas fritas y se sentaron a una mesa, claramente dispuestos a mantener una charla. Kurt murmuró entre dientes que no los quería allí, pero después de cobrarles se fue a la parte de atrás a ocuparse del papeleo. Sabia decisión, pensó Miki. Kurt no siempre tomaba decisiones sabias a la hora de evitar conflictos con los clientes.

Mientras Miki preparaba el pedido, intentó escuchar lo que decían, lo cual no era fácil debido al zumbido de las campanas extractoras y al chisporroteo del aceite. A quien mejor se oía era a Robbo, pues tenía una voz grave que retumbaba.

—Empieza otra vez la guerra del bosque —dijo—. Y todo por culpa de unos putos pájaros.

—La guerra nunca acabó —dijo Toby—. Esa peña siempre va a por nosotros.

Llevaba una camiseta de manga corta, como de costumbre, y los músculos de los brazos se le marcaban tanto que la serpiente parecía estar reptando.

—Conque águilas cola de cuña, ¿eh? —se burló Mooney—. Lo que tendríamos que hacer es ir a pegarles un tiro.

—Es una especie protegida —dijo Robbo—. Si les disparamos, el departamento se nos echará encima.

—Pues talemos el árbol —dijo Mooney—. Adiós al nido, problema resuelto. Shane, tú tienes una motosierra.

Pero Robbo no estaba de acuerdo.

—Tío, sabrán que hemos sido nosotros. Tenemos que esperar, no queda otra.

—¿Y adónde nos van a mandar ahora? —preguntó Shane—. Yo no puedo esperar seis semanas hasta que tomen una decisión. Tengo una familia a la que dar de comer.

—¿Y quién coño lo sabe?

—Tendrán que pagarnos una compensación, pero puede que pasen meses hasta que la cobremos.

—Hay que convocar una reunión —dijo Robbo—. Debemos ir a una.

—Ya vamos a una —dijo Mooney.

—Sí, pero necesitamos un plan. Tenemos que hacer ruido. Lo del nido saldrá en internet y en los periódicos, pero sólo hablarán desde el punto de vista de los ecologistas. Debemos exponer nuestros argumentos. Defendernos. Conseguir que rueden unas cuantas cabezas. Es el departamento el que la ha cagado.

—¿Y qué hacemos? ¿Abrir una página en Facebook? ¿Enviar correos electrónicos a la prensa?

—Sí, estaría bien. Pero... ¿quién se encarga? Yo soy un negado para la tecnología.

—Se lo pediré a Steph —dijo Toby—. A ella se le dan mejor estas cosas que a mí.

—Yo no puedo hacerlo —dijo Shane.

—¿Por qué no?

—No se me da bien expresarme.

—Sabes hablar, ¿no? —le dijo Robbo—. Eso también es expresarse.

Se echaron todos a reír.

—¿Y los políticos? —preguntó Toby—. A ellos también podríamos escribirles.

—Buena idea —contestó Robbo—. Yo pensaré en lo de la reunión. Podemos organizar una concentración en la calle principal y cortar el tráfico. Llevar un megáfono. Avisar a la prensa y conseguir que lo cubran.

—«¡Los leñadores atacan de nuevo!» —dijo Shane—. Ya veo los titulares. Nos daremos a conocer a todo el mundo.

Los hombres se echaron a reír, pero se desanimaron pronto.

Miki perdió el hilo de la conversación mientras controlaba cómo iban las patatas en la freidora. Cuando se volvió de nuevo a mirar, se dio cuenta de que los tres hombres estaban muy silenciosos. Y entonces habló Mooney, en un tono ligeramente amenazador.

—¿Quién creéis que nos ha denunciado?

El silencio se alargó y Miki cruzó accidentalmente una mirada con Robbo. Los tres hombres la estaban observando. ¿Pensaban que había sido ella, o creían que el culpable era Kurt? Se puso tensa.

Mooney echó su silla hacia atrás.

—Si creéis que ha sido él, nos las tendremos ahora mismo. Me cargo a ese capullo en su propio territorio.

Miki se acercó a la puerta trasera, por si tenía que alertar a Kurt, pero Robbo le había puesto una mano a Mooney en el brazo, dispuesto a detenerlo.

—¿Estás loco? Cálmate, imbécil. No sabemos quién ha sido.

—¿Y quién más sube hasta allí? —preguntó Toby—. ¿No has dicho que hace unos días los viste a los dos pasar por allí con el coche?

—Sí, pero no estoy seguro de que hayan sido ellos. La chica no es conflictiva y él tampoco. Será un capullo, vale, pero... ¿hemos tenido algún problema con él durante el último año? No.

—Entonces, ¿quién? —preguntó Shane—. ¿El guardaparques?

Miki temió haber metido a Leon en un lío, pero Robbo estaba diciendo

que no con la cabeza.

—No. Por lo que he oído, ése lo único que hace es encargarse del mantenimiento de las pistas y de limpiar los lavabos. Nadie lo ha visto cotilleando por ahí. Seguro que habrán sido los verdes o algún turista que estaba curioseando lejos de la carretera. O puede que los observadores de pájaros.

—Así pues, ¿qué hacemos?

—De momento, nada.

—Podríamos seguir talando el bosque —propuso Shane.

—No, los verdes se nos echarían encima y nos montarían una puta manifestación delante mismo de casa —señaló Robbo.

—¿Y desde cuándo eso nos ha detenido? —dijo Mooney.

—Nunca —admitió Robbo—. Pero yo creo que de momento es mejor no remover el asunto. Es cosa del departamento buscarnos otro sitio para talar y tienen que hacerlo rápido. A lo mejor delimitan una zona alrededor del árbol y nos dejan volver a entrar.

—No lo creo —dijo Shane en tono hosco—. Hay un montón de árboles viejos en esa zona. En cuanto miren un poco mejor, nos echan fijo.

—¿Estás diciendo que talar allí es ilegal?

—Podría ser.

—Pero ¿por qué no podéis cortar los árboles y punto? —dijo Mooney—. Ya habéis cortado montones de árboles, nadie sabrá lo que había allí.

Robbo se rio con desdén.

—Excepto por los tocones enormes que sobresaldrían del suelo. ¿Has oído hablar de la fotografía por satélite? Los verdes podrían buscar la zona en internet y contar los árboles a partir de las fotos.

—Entonces estamos jodidos, ¿no? —dijo Shane.

Miki sacó el pedido de la freidora, escurrió la cesta y echó las patatas sobre papel absorbente. Había estado ocupada escuchando a los hombres y las patatas se le habían dorado más de la cuenta, pero esperó que no lo

notaran. Nerviosa, les echó un poco de sal y las envolvió. Luego llevó el pedido a la mesa. Aquel día no añadió extras porque no quería llamar la atención. Un regalo podría considerarse una oferta de paz e interpretarse como una prueba de su culpabilidad.

—Gracias, guapa —dijo Toby, mientras le dedicaba una gran sonrisa y se pasaba tímidamente una de sus enormes manos por la calva—. Las mejores patatas del pueblo.

—Las únicas patatas del pueblo —dijo ella.

Toby se echó a reír mientras Miki rodeaba de nuevo el mostrador, y Robbo siguió hablando como si ella no estuviera allí. Mejor así, pensó Miki, porque era evidente que no sospechaban nada.

—He oído decir que igual nos envían al sur, hacia la zona de Cockle Creek, o al norte, cerca de Maydena —estaba diciendo Robbo en ese momento.

—¿Y quién pagará el traslado del material?

—Supongo que eso lo solucionarán más tarde.

—A Wendy no le va a gustar —dijo Shane—. Son muchos kilómetros.

—Yo sigo pensando que deberíamos hacer algo —intervino Mooney—. No me gusta quedarme sentado sin más.

—A ti no te afecta —señaló Robbo—. Tienes mucho trabajo en el aserradero. Ni que sea por una vez, cálmate. Todo se solucionará.

En ese momento sonó el teléfono de Mooney. Contestó, soltó un taco y colgó.

—Liz quiere que pase por el supermercado a comprar unas cosas. Me tengo que ir.

Robbo lo amenazó con un dedo.

—Ni se te ocurra acercarte al nido, ¿estamos?

A Miki también le preocupaba. No le extrañaría que Mooney disparara a las águilas o le hiciera algo al árbol.

—Ya me están viniendo unas cuantas ideas a la cabeza —dijo Mooney,

sonriendo.

—No dispaes a esos pájaros —repitió Robbo, negando con la cabeza—. Te quiero lejos del nido.

El sábado por la mañana, Liz se pasó por la tienda para comprar hojaldres de salchicha para las niñas, a las que llevaba al partido de baloncesto. Leon también estaba allí, esperando sus patatas calientes. Cuando Liz pidió, Miki captó el olor dulzón y ligeramente penetrante de su perfume. Liz tenía un rasguño en la frente y evitaba mirar a Miki a los ojos. Por la ternura con que observó a Liz y el gesto que hizo de apartarse para dejarle espacio en el mostrador, Leon también debió de darse cuenta.

Mientras Miki introducía los hojaldres de salchicha en bolsas, vio a Liz tratando de disimular el rasguño con su alborotado flequillo rubio. Le temblaban los dedos. Con un gorro de punto no se le vería, pensó Miki, pero regalarle uno hubiera resultado demasiado obvio. En lugar de eso, metió tres chocolatinas Caramello Koala en otra bolsa y se la entregó junto con los hojaldres. Deseaba que tuviera un momento de felicidad a lo largo del día. Se lo merecía por tener que soportar a Mooney.

El martes el pueblo se cubrió de nubarrones grises cargados de lluvia. Sola de nuevo, Miki estaba en la tienda, contemplando las gotas que resbalaban por los cristales. No había casi nadie en la calle y las pocas personas que habían salido caminaban encogidas bajo los paraguas, con la cabeza agachada para protegerse del aguacero y de las ráfagas de viento. A pesar del tiempo, a Miki le apetecía salir a tomar un poco el aire, de modo que fue a buscar su llave y abrió la puerta trasera. Habían transcurrido varias semanas, y como Kurt no le había hecho comentario alguno sobre la llave, Miki había empezado a relajarse.

Antes de salir, cogió *Lejos del mundanal ruido* de su escondrijo en el dormitorio. Llovía demasiado para pasear, de modo que Miki decidió ir a la oficina de turismo. Si Geraldine estaba allí, podrían hablar de libros.

Geraldine estaba en cuclillas junto al fuego, metiendo troncos en el vientre de la estufa. Al ver a Miki se puso en pie con una mueca y se sacudió de los pantalones los restos de serrín.

—Estas rodillas ya no son lo que eran.

La estufa de hierro rugió cuando el aire expulsó el humo por la chimenea. Geraldine acercó el trasero al fuego y movió el cuerpo hacia atrás y hacia delante para calentarse.

—Hace frío aquí dentro —señaló—, es malo para los huesos.

Miki recordaba lo rígidas que se le ponían las articulaciones a su madre durante el invierno. Le preparaba bolsas de agua caliente y le tejía calcetines gruesos y larguísimos, pero su artritis estaba tan avanzada que nada le hacía efecto. De la opción de operarse nunca habían hablado, pero Miki ahora

sabía, por los comentarios que había oído en la tienda, que la artroplastia de rodilla podría haberle resultado útil. Sin embargo entonces vivían aislados en la granja y ni siquiera contemplaban las posibilidades del mundo exterior.

—En cuanto el fuego prenda bien, empezará a calentar —dijo Geraldine.

—Deja la puerta de la estufa un poco abierta —sugirió Miki—, eso hace que tire mejor.

—El fuego no es lo mío —dijo Geraldine—. En casa tengo calefacción de gas, funciona con un depósito enorme que está en la parte trasera. El gas es más eficiente que la madera, pero la madera es más barata. —Se acercó cojeando a su escritorio y se sentó—. Vaya tiempesito, ¿verdad? Espanta a los turistas. Con esta lluvia todos se esconden, cosa que entiendo. Yo tampoco saldría de excursión con un día así, preferiría quedarme en casa con un libro.

Miki dejó sobre el escritorio *Lejos del mundanal ruido*.

—Ah —dijo Geraldine. Sonrió y se le marcaron más las arrugas en torno a la boca—. ¿Lo has leído?

—Sí. Me ha encantado.

—Lo sabía. ¿Qué es lo que más te ha gustado?

—Que estuviera ambientado en una granja en el campo.

—El Wessex de Hardy. Es como el invierno de aquí, muy lluvioso. Pero en primavera el paisaje es muy verde y exuberante. ¿Te gustaría vivir en una granja?

—Mi familia tenía un huerto de manzanos.

—Debía de ser precioso. Yo nunca he vivido de la tierra, pero creo que debe de ser un estilo de vida fascinante. El ritmo de las estaciones y las cosechas...

Miki asintió.

—Padre solía decir que cada cosa tiene su momento. Podar e injertar en invierno. Atar y fumigar en primavera y verano. Cosechar en invierno.

—¿Teníais ovejas, como Gabriel Oak?

—Durante un tiempo sí, pastaban en el huerto. Pero los perros las atacaban y mamá se disgustó.

—Lógico. ¿Criaste a algún cordero?

—Sólo a uno. Le daba leche de vaca.

Miki recordaba a la corderita blanca en la cocina, acurrucada en una caja cerca de la estufa. La había llamado *Mary* y la había alimentado con el mismo biberón que había usado su madre con ella cuando era niña. La experiencia le había resultado satisfactoria: el ciclo de la vida, las muchas posibilidades que ofrecía reutilizar las cosas en lugar de tirarlas... Era algo que a su familia se le daba muy bien, pues disponían de tan poco dinero que tenían que ser muy creativos.

—Entonces, ¿te identificas con la vida que lleva Bathsheba en la granja? —preguntó Geraldine.

Miki sonrió.

—No exactamente. Bathsheba es rica y nosotros éramos muy pobres.

—La vida de los granjeros es dura, ¿verdad? —dijo Geraldine, mientras cogía el libro y lo hojeaba—. ¿Alguna parte que no te haya gustado?

—Sí, el incendio en la granja... Yo perdí a mis padres cuando nuestra casa se quemó.

Era la primera vez que Miki le hablaba a alguien de su familia y notó, de repente, una oleada de emociones bajo la piel. Desvió la mirada. No quería que le dieran el pésame, eso no le serviría de ayuda.

—Lo siento —dijo Geraldine.

Miki no se atrevió a levantar la mirada.

—Bathsheba también pierde a sus padres. Como tú.

—Su caso no es real —dijo Miki, con una aspereza que incluso la sorprendió a ella—. *Lejos del mundanal ruido* es una historia. Thomas Hardy se la inventó. Bathsheba sólo es un personaje. No es lo mismo.

—Lo sé —dijo Geraldine, como si buscara las palabras adecuadas—. Pero a veces la ficción nos ayuda a explorar la vida. Podemos imaginar cómo son

las cosas en determinadas situaciones.

—No quiero que la gente se imagine cómo fue perder a mis padres en un incendio —dijo Miki—. Es demasiado triste.

Geraldine asintió.

—Sí, tienes razón..., no quería sonar insensible. Ni que parezca que pretendo trivializar lo que tú padeciste, Miki..., debió de ser espantoso. Lo que intento decir es que los libros pueden ayudarnos a empatizar con otras experiencias. ¿Entiendes adónde quiero llegar?

Miki asintió, aunque en realidad no lo entendía. ¿Por qué iba alguien a querer recrear el sufrimiento?

—Es una forma de analizar la vida y el mundo —prosiguió Geraldine—. Los libros nos muestran las vidas de otras personas, porque no podemos vivirlas todas..., sólo podemos vivir la nuestra. Los libros pueden transportarnos al pasado o al futuro. Ampliar nuestra perspectiva. Mostrarnos mundos nuevos. Eso es la literatura, ésa es su misión. Tiene un gran poder.

Miki sonrió con aire vacilante, un poco confusa aún. Pero Geraldine tenía razón. Miki había aprendido leyendo libros.

—Creo que a Bathsheba no le habría ido mal el consejo de una madre —añadió Geraldine—. Yo podría haberla ayudado a evitar unos cuantos errores.

—Bathsheba tenía que cometer esos errores —comentó Miki.

—Todos tenemos que cometerlos —admitió Geraldine—. Pero para una jovencita la vida no es fácil sin una madre, ¿verdad? ¿Tú cómo lo llevas?

—La echo de menos —reconoció Miki—. Era mi amiga.

—Me refería a otros aspectos en los que las madres son importantes. Por ejemplo, estar ahí para hablar y responder a preguntas sobre el mundo. Para enseñar a las hijas cómo ser unas señoritas. Para compartir con ellas información sobre temas íntimos femeninos.

Miki se ruborizó: no estaba acostumbrada a hablar tan abiertamente. Su madre le había enseñado que su cuerpo era sagrado y que la pureza era importante, pero todo lo demás había quedado envuelto en silencio. Cuando

Miki había tenido la primera menstruación, a los catorce años, su madre le había dado un montón de paños. Miki había creído que se estaba muriendo, hasta que su madre le había explicado que no era más que el ciclo mensual de fertilidad. «Llevas en tu interior unos óvulos sagrados que pueden convertirse en bebés y, cuando crezcan, en siervos de Dios como tú.» Eso era lo único que le había dicho. El resto, Miki lo había aprendido en la tienda, escuchando a las mujeres. Ahora ya sabía que sus óvulos no eran en absoluto sagrados, porque todas los tenían. También había oído hablar de sexo, condones, diafragmas, la píldora del día después... Las mujeres hablaban de todo. Había aprendido escuchando a escondidas, pero no era necesario que Geraldine lo supiera.

—Me las apaño —dijo Miki.

Geraldine arqueó las cejas, pero decidió no insistir y Miki se lo agradeció.

—Bathsheba es un personaje fascinante, ¿no lo crees? —prosiguió Geraldine—. Distinta de Tess, pero trágica a su manera. Sus decisiones no siempre son acertadas.

—Por ejemplo, no casarse con Gabriel Oak la primera vez que se lo pide —dijo Miki.

Geraldine sonrió.

—¿Crees que están preparados el uno para el otro al principio? Bathsheba desde luego no, porque es joven y rebelde. ¿Crees que Gabriel es lo bastante maduro como para tratar con alguien como ella?

Miki pensó sobre esa cuestión.

—Gabriel también tiene que aprender más sobre sí mismo. Es orgulloso. No tendría que haber asumido que Bathsheba le diría que sí a la primera.

—No, eso nunca hay que asumirlo. ¿Cómo crees que lleva Bathsheba lo de heredar una fortuna? Desde luego, eso cambia mucho sus circunstancias, ¿no?

—Bathsheba es fuerte —dijo Miki—, aunque cometa algunos errores. Se esfuerza y eso hay que tenerlo en cuenta. Intentarlo es importante, así es

como se aprende.

Miki pensó en lo mucho que daría por vivir y cometer errores en lugar de quedarse sentada en la tienda. Tal vez estuviera cometiendo un error en ese preciso instante, por el solo hecho de estar allí con Geraldine, pero se sentía bien. Conversar la hacía sentir más importante y más sabia.

—¿Y qué me dices de los intereses románticos de Bathsheba? —le preguntó Geraldine—. ¿Crees que maneja bien ese tema?

—No.

—Un poco ingenua, quizá.

—Sí. El sargento Troy es malo y ella no se da cuenta.

—El amor es ciego, o eso dicen. ¿Y la forma en la que trata al pobre Boldwood? Le arruina la vida, ¿no crees? El pobre Boldwood es muy vulnerable.

—No debería haberlo animado.

—Estoy de acuerdo. Pero... ¿podía salvarse alguien como él?

—Es quien es —dijo Miki.

—¿Estás diciendo que no podía salvarse?

—Puede.

—A lo mejor es que todos debemos correr riesgos, porque de lo contrario terminaríamos quedándonos en casa sin experimentar nada. —Geraldine le lanzó a Miki una mirada significativa—. El señor Boldwood era un poco impetuoso y demasiado apasionado, pero supongo que Thomas Hardy tenía que librarse de alguna manera de él, porque si no Bathsheba no hubiera terminado con Gabriel. Aunque meterlo en la cárcel es un poco excesivo, ¿no crees?

—Pero, al final, Bathsheba se casa con el hombre adecuado —dijo Miki—. Gabriel me gusta.

—¿El final es mejor que el de *Tess*?

—Más feliz.

—Y a todo el mundo le gustan los finales felices. —Geraldine empujó el

libro por encima de la mesa, hacia Miki—. Es para que te lo quedes, ¿recuerdas? Te lo regalé.

Miki no sabía cómo explicarle que no podía quedárselo.

—Es que en casa no tenemos sitio.

—Qué lástima —dijo Geraldine, pero Miki vio en lo más profundo de sus ojos que lo había entendido—. Pero, bueno, tengo otro libro para ti.

Geraldine sacó del bolso un volumen pequeño y delgado y se lo dio a Miki: *El principito*.

—Gracias —dijo Miki, aunque no supo muy bien qué pensar: el dibujo de la portada le parecía un poco infantil.

Geraldine sonrió al ver sus reticencias.

—No te dejes engañar. Este libro es mágico. Es uno de mis preferidos. Para ser tan breve, contiene muchísima sabiduría. —Desvió entonces la mirada hacia un grupo de turistas que deambulaban al otro lado de la puerta—. Tengo que volver al trabajo —murmuró. Luego le sonrió a Miki y añadió—: No te mojes mucho ahí fuera o te convertirás en un champiñón.

Ya en casa, Miki se acomodó en el sofá, delante del fuego, con *El principito*. Cuando lo abrió, experimentó la conocida emoción de sumergirse en una historia. «Cuando yo tenía seis años vi una vez una lámina magnífica en un libro sobre el bosque virgen que se llamaba *Historias vividas*.» Le pareció un principio maravilloso: Geraldine sabía que amaba los bosques y la había atrapado con la primera línea. En ese momento se le ocurrió que tal vez su amiga no estuviera eligiendo los libros al azar.

Devoró la historia en un par de horas y se enamoró del principito y de su forma fresca y poco corriente de ver el mundo. Se imaginó su minúsculo planeta, tan ordenado y predecible como la tienda de Miki. El príncipe amaba su hogar y lo cuidaba con esmero, igual que Miki el suyo. Pero el principito quería más. Su mejor amiga, la rosa, era una compañera muy exigente y el príncipe se sentía abrumado por sus incesantes peticiones. Amaba a la rosa. Y

amaba la belleza de los amaneceres que contemplaba desde su planeta. Pero siempre eran iguales, del mismo modo que para Miki la vida en la tienda era lo mismo día tras día: siempre dentro mirando hacia fuera.

Con el paso del tiempo, el principito decidió dejar su planeta para poder descubrir el universo. Dejó atrás todo lo que conocía, dispuesto a encontrar lo que necesitaba y descubrir quién era. En ese momento era cuando el libro se volvía fascinante: el príncipe viajaba a otros mundos y conocía a personas extrañas, y de todas ellas aprendía algo. Hacía preguntas, buscaba respuestas, cometía errores, albergaba reproches. Pero lo conseguía. Y aquello era, precisamente, lo que más admiraba Miki. Para descubrir su propia verdad, el príncipe había abandonado el comfortable mundo que conocía. Hacer algo así requería un gran valor y Miki lo respetaba por ello. Había temido por él durante el viaje, la había inquietado su vulnerabilidad. Y había llorado cuando, al final, el príncipe se enfrentaba a la muerte para poder volver a casa con su rosa.

Miki ansiaba lo mismo. No morir, sino salir al mundo para poder vivir. Lo deseaba aunque al final, como le había ocurrido al príncipe, descubriera que ya tenía todo lo que necesitaba. El príncipe había tenido que recorrer el universo para averiguarlo y Miki sabía que para ella también era vital. Si alguien le hubiera entregado al príncipe una caja con toda la sabiduría de la vida, tal vez la hubiera aceptado, pero no la habría entendido sin haberla experimentado. No habría vivido en su propia piel aquellos conocimientos.

Miki también los ansiaba. Quería dejar atrás las paredes y las ventanas de la tienda. La llave que le había cogido a Kurt le había otorgado libertad, pero quería más. Quería tomar decisiones y probar cosas nuevas: ir al instituto, seguir estudiando, hacer amigos.

Aunque fracasara, necesitaba hacerlo. Y, como el príncipe, quería hacerlo ella sola.

—¡Sigue, Max! ¡Coge el balón! ¡Métete! ¡Chuta fuerte! ¡Chuta fuerte!

Max estaba jugando al fútbol con los Demonios y las cosas no iban demasiado bien. Había mejorado desde que practicaba con Leon, pero tenía un mal día. Y no ayudaba mucho que su padre estuviera de pie en la banda, gritándole de aquella manera. Resbaló en el barro y cayó al suelo. Dos chicos pasaron por encima de él y le clavaron los tacos en la pierna.

—¡Levántate! —gritó papá—. ¡En el suelo no le sirves a nadie!

«¡Cállate! —quiso chillarle Max—, ¡cállate de una puñetera vez!» Pero no podía decírselo, porque Leon también había ido a ver el partido y no quería quedar como un idiota delante de él. Se puso en pie, se quitó el barro de la camiseta y la sacudió. Puaj.

—Vamos, Max —lo animó su madre—. Sigue corriendo. Ya te daremos un manguerazo después del partido.

Max miró a Leon, que le sonrió y levantó ambos pulgares. ¿Qué era lo que le había dicho cuando estaban practicando unos pases en su casa el otro día? «A veces todo se va a la mierda, da igual lo que hagas.» Sí, Max estaba teniendo uno de esos días.

Para entonces, los demás niños ya habían llegado a la otra punta del campo y Max avanzó dando traspiés para unirse a ellos. Estaba a punto de alcanzarlos cuando el balón surcó el aire y cayó en el barro, a sus pies. Max no se lo podía creer: estaba solo, no había nadie cerca. Cogió la pelota y corrió con ella hacia los postes de gol.

—¡Bótalo! —le gritó su padre—. ¡Bota el puñetero balón!

Max no pensaba botar el balón, porque sabía que se quedaría pegado al

barro y entonces llegaría alguien y se lo quitaría. Corrió lo más rápido que pudo por aquel suelo embarrado hasta que oyó que los otros niños le iban ganando terreno, y entonces chutó a gol. No fue un lanzamiento magistral, pero al menos se acordó de sujetar el balón como Leon le había enseñado y de clavarle la bota. Se detuvo a mirar la pelota, que giraba en el aire, y supo que no llegaría hasta los postes de gol, pero la había chutado recta y eso ya era mucho.

Y entonces oyó a su padre gritar y celebrarlo, porque después de chocar contra el suelo, el balón siguió rodando y cruzó los postes de gol. Max acababa de anotar en el marcador sus primeros puntos. Levantó las manos en el aire, como hacían los jugadores de fútbol en la tele, y empezó a correr por el óvalo, chocando los cinco con sus compañeros de equipo. Callum lo abrazó, mientras los otros Demonios daban saltos de alegría porque el gol de Max los había puesto por delante en el marcador. Iban ganando.

De vuelta al centro del campo, mientras esperaban a que el árbitro hiciera el bote inicial, Max miró a Leon y vio una gran sonrisa en su rostro. Leon no estaba con sus padres; estaba solo, en el otro lado del campo. A Max no le extrañaba: hasta él sentía vergüenza ajena de su padre. A Max le habría gustado que Leon y sus padres fueran amigos, que lo invitaran a cenar a casa de vez en cuando, pero papá siempre estaba hablando con desdén del «guardaparques», por lo que Max sabía que Leon no le caía bien. Pero a él sí: Leon era el adulto más guay que conocía.

Max seguía pensando en Leon cuando alguien chutó el balón en el terreno de juego y él volvió a quedarse rezagado. A veces odiaba el fútbol. Tanto correr era un palo. Arriba y abajo, de aquí para allá. Y en ese momento, al quedarse sin aliento, lo odió. Deseó que el partido terminara pronto para no tener que seguir corriendo. A lo mejor papá le compraba un bocadillo de salchicha para celebrar que era una superestrella del fútbol. Se lo merecía, ¿no? ¡Su primer gol de la temporada!

Ahora que había empezado a marcar, ya se veía jugando en el Hawthorn o

en el Esendon cuando fuera mayor. Una vez había oído decir a Robbo que papá tenía «un gran potencial» y que podría haber llegado «a lo más alto» si no se hubiera roto la rodilla. Fuera lo que fuera lo que le había ocurrido en la rodilla a papá, debía de haber sido grave para impedirle jugar en uno de los grandes equipos de Melbourne. Tal vez Max también pudiera llegar «a lo más alto». Y entonces ganaría montones de dinero y les compraría comida a *Rosie* y a los cachorros y se los quedaría para siempre. También podría comprarse cigarrillos y así no tendría que robarlos para Jaden. Sí, la vida sería mucho más fácil. Qué ganas tenía de ser mayor.

La suerte no le sonrió durante el resto del partido, pero no pasaba nada porque él ya había contribuido con un gol y su equipo seguía por delante en el marcador. De todos modos, tampoco quedaba mucho tiempo. Minutos más tarde, el árbitro tocó el silbato y dio por terminado el encuentro. ¡Habían ganado!

Max se alegró de dejar de correr. Se acercó a Leon y le estrechó la mano porque le parecía que era lo correcto, como los héroes del fútbol que ganaban la Medalla Brownlow cada año.

—Buen trabajo —le dijo Leon—. ¡Has marcado el gol de la victoria!

Max estaba tan contento de haber marcado su primer gol que ni siquiera se le había ocurrido pensarlo.

Su padre también lo estaba mirando, así que se acercó a estrecharle la mano para que no se pusiera celoso. Al ver su sonrisa, Max supo que, por una vez, estaba orgulloso de él.

—Bien jugado, chaval —le dijo.

Max también se sentía orgulloso. Estaba tan contento de haber marcado un gol que ni siquiera quiso quitarse la camiseta, aunque la llevara cubierta de barro. Se sentía como los mayores, cuando jugaban y se rebozaban en el lodo. Cuanto más sucia quedaba la camiseta, mejor habían jugado. O eso decía su padre. Leon siempre acababa cubierto de barro después de un partido, porque no hacía más que revolcarse por el suelo. Y también marcaba muchos goles y

nunca dejaba de correr. Sin embargo, ninguno de sus compañeros de equipo le decía cosas agradables, pero eso daba igual. Siempre sería mejor que los insultos: Max lo sabía por sus experiencias con Jaden y en el patio del colegio.

Papá estaba tan contento por el gol que lo llevó a la cantina.

—¿Qué quieres? —le dijo.

Normalmente después del partido papá se alejaba sin dirigirle la palabra porque estaba furioso. Mamá decía que papá se enfadaba tanto porque «se emocionaba demasiado». Y papá decía que lo único que quería era que Max jugara bien y que «tampoco era tanto pedir».

Hasta que llegó Leon, el fútbol había sido una pesadilla para Max, pero ahora las cosas habían cambiado. Tal vez papá se pondría más contento ahora que era una estrella del fútbol.

En la cantina, Max tardó horas en decidir qué quería comer. Finalmente eligió un bocadillo de salchicha, una lata de limonada Solo y una serpiente de gominola. Era un poco egoísta pedir tantas cosas, pero... ¿cuántas semanas se había quedado Max sin nada mientras a los demás niños les compraban chuches? Se guardó la serpiente en los calzoncillos, porque no podía llevarlo todo en las manos. Aguantaría bien hasta más tarde y no ocupaba mucho espacio.

Mientras papá compraba la comida, mamá y Suzie se habían acercado a Leon y en ese momento estaban charlando con él. Leon se estaba riendo y su madre también parecía muy contenta. Max se preguntó si sería por el gol que él había marcado, pero entonces se angustió un poco porque no sabía si podría volver a hacerlo. A lo mejor nunca llegaba a ser una verdadera estrella del fútbol y a lo mejor decepcionaba a papá en el próximo partido y a lo mejor se rompía la rodilla en el barro y entonces sí que se acabaría su espléndida carrera como futbolista profesional.

Como papá estaba hablando con otro padre, Max se acercó a mamá y a Leon. Cuando su madre le dio un beso en la cabeza, se apartó. Leon se echó a

reír y le dio una palmadita en la espalda.

—Hoy te he visto en buena forma. Sabía que podías hacerlo.

Mamá frunció el ceño.

—¿Le has dado las gracias a Leon por entrenarte?

—No hace falta —dijo Leon—. Aprende muy rápido.

—Gracias, Leon —dijo Max, con el mismo sonsonete que usaba en el colegio para darle los buenos días a la señorita Myrtle.

Su madre le dio un manotazo en la cabeza, justo donde poco antes le había dado un beso.

—¡Serás descarado!

—No pasa nada.

Leon llevaba las manos en los bolsillos y parecía incómodo. Max no se había dado cuenta de que su madre hacía sentir a Leon de aquella manera y lo compadeció. Con un poco de suerte, Leon marcaría algún gol con el equipo de los adultos y él también recibiría algún elogio.

En el trayecto de vuelta a casa, mamá paró en la tienda de comida para llevar y compró unas patatas calientes para la hora de comer.

—Hola, Max —le dijo Miki—. ¿Cómo te ha ido hoy?

—Hemos ganado. Y he marcado un gol.

Max tuvo la sensación de haber crecido unos cuantos centímetros.

—Bien hecho.

—Leon lo ha estado entrenando —explicó mamá—. Tiene buena mano con los niños.

—Sí, parece muy agradable —dijo Miki.

Max se dio cuenta de que Kurt la estaba observando con cara de pocos amigos. Mamá también se fijó; Max lo supo porque dejó de sonreír y frunció el ceño.

—Pues tu hermano podría seguir su ejemplo —le dijo mamá a Miki, en voz baja—. Parece que se haya comido un limón.

Max sabía que mamá sólo intentaba resultar graciosa, pero Miki entornó los ojos y no se rio.

—Pobrecilla —murmuró su madre—. Tienes que quitarte a Kurt de encima.

Ya en casa, la madre de Max quiso meter la camiseta de fútbol en la lavadora, pero él se negó porque quería llevarla al partido de los mayores.

Mamá se encogió de hombros.

—Estás empapado y cogerás frío con el viento.

A Max le daba igual. Ese día había anotado seis puntos para su equipo y había ayudado a sus compañeros a conseguir su primera victoria.

Pero cuando estaba en el óvalo, viendo el partido de los mayores, Max deseó haber hecho caso a mamá. El viento soplaba con la fuerza de un tornado y se le metía en los huesos. Mamá lo miró, movió la cabeza de un lado a otro y sacó ropa seca de su bolsa. Max se puso una sudadera, una chaqueta y un gorro y enseguida se sintió mejor. Luego se colgó de la barandilla y empezó a dar volteretas mientras los hombres calentaban en el terreno de juego. Después de tanto correr por la mañana tenía mucha sed, así que cogió una lata de Coca-Cola de la nevera portátil de su padre. Suzie también quería algo y Max le dio una Fanta porque su color preferido era el naranja. No se dio cuenta de que su hermana estaba agitando la lata, así que cuando Suzie le pidió que se la abriera salpicó en todas direcciones. Y, encima, mamá lo regañó. ¿Es que no se daba cuenta de que sólo quería ayudarla?

Cuando los hombres pasaron corriendo por delante de ellos, Max saludó a Leon con la mano y él le guiñó un ojo. Oyó que Toby le decía a Leon:

—¿Sabes algo sobre águilas, guardaparques?

—Sí —se limitó a decir Leon—. Son un equipo de fútbol de Perth.

—No te hablo de los Águilas de la Costa Oeste, guardaparques. Te hablo de las águilas cola de cuña.

Y el resto del equipo se echó a reír.

Max se preguntó qué tenía eso de gracioso. Había oído a sus padres hablar de águilas unos días antes. Y ahora parecía que todo el mundo hablaba de lo mismo. Los hombres ya estaban lejos y no oía lo que decían, pero vio a Mooney empujando a Leon para abrirse paso. En lugar de devolverle el empujón, Leon apartó el hombro para esquivarlo. A Max le habría gustado que Leon pegara a Mooney, porque Mooney no era buena persona. Max lo había visto muchas veces gritar a su mujer y a sus hijas. Alguien tendría que hacer algo con ese abusón. Pero quizá fuera mejor que Leon no se metiera en problemas. Si le pegara a Mooney, los demás se le echarían encima. Parecía que Leon era más inteligente que ellos.

Papá estaba cerca de los vestuarios, preparando las botellas de agua para los jugadores. La semana anterior, Max se había quedado cerca de los postes de gol, charlando con el árbitro asistente, pero ese día no pudo porque Jaden estaba allí. Max quería mantenerse alejado de él, porque estaba seguro de que le pediría que robara algo más. Jaden no dejaba de mirarlo y de señalar en dirección a los vestuarios del club, y Max comprendió que quería que fuera hacia allí. Sin embargo, se sentía seguro junto a mamá, de modo que se hizo el tonto y fingió que no lo entendía. Sintió alivio cuando sonó la sirena y empezó el partido.

Durante la primera parte, Max trató de concentrarse en el juego, pero la mirada de Jaden lo incomodaba. Como trató de distraerse bebiendo Coca-Cola, cuando llegó el descanso se estaba haciendo pis. No quería ir al lavabo porque sabía que Jaden lo seguiría, pero le dolía el estómago y tenía la vejiga llena.

Los lavabos estaban vacíos y Max hizo pis, apuntando a las bolas amarillas del urinario y a las moscas muertas. De repente, Jaden estaba a su lado, también haciendo pis.

—Consigue más cigarrillos y tráemelos el lunes, después del cole —le dijo.

Max pensó a toda velocidad.

—Mi madre me ha dicho que vuelva enseguida a casa porque tenemos que ir al médico.

—Mala suerte.

—¿Y si viene a buscarme en coche para llevarme al médico?

—Entonces te robaré uno de los cachorros y se lo daré a *Prince* para que se lo coma —dijo Jaden haciendo una mueca.

Luego se inclinó hacia delante y salpicó de pis los zapatos de Max. Después se subió la cremallera de los pantalones y le dijo:

—Nos vemos el lunes.

Cuando Max salió de los lavabos, Robbo le estaba echando la bronca al equipo. Papá lo llamaba *la charla de Robbo durante el descanso*, lo cual era bastante raro porque Robbo no hablaba, más bien gritaba. Max se fijó en que Leon estaba un poco apartado y en que nadie hablaba con él. Max no lo entendía, porque últimamente Leon marcaba casi tantos goles como Mooney. Cada vez que éste marcaba un gol, sus compañeros se volvían locos de alegría, se le echaban encima, lo abrazaban, le daban palmadas en la espalda. Sin embargo, cuando era Leon quien marcaba, se limitaban a asentir y a decirle «buen trabajo», como si lo hubiera hecho bien pero no tan bien como Mooney. En los primeros partidos, Max había visto a los otros hombres quitarle el balón a Leon. Ahora, por lo menos, se lo pasaban con el pie o con la mano, cosa que antes no hacían. Max sabía lo mal que se sentía uno cuando lo ignoraban, porque a él siempre le pasaba.

Su padre volvió del terreno de juego con la caja de botellas de agua y llamó a Max.

—Eh, Max, ¿nos echas una mano?

Eso significaba que papá quería que llenara de nuevo las botellas mientras él veía el partido. Max quiso decirle que no, pero entonces papá se pondría furioso. Llevar las botellas hasta las instalaciones del club era fácil, pero regresar cargado con ellas no tanto, porque llenas pesaban mucho. Max entró

en la cocina, donde las mujeres preparaban café y té y lo vendían por la ventana. La esposa de Robbo, Trudi, le sonrió y lo dejó llenar las botellas en el fregadero de la cocina.

—Me han contado que esta mañana has marcado un gol —dijo—. Me alegro por ti.

Max se hinchió de orgullo. Se estaba empezando a correr la voz. Ya era medio famoso, pues.

Le costaba bastante cargar con la caja hasta el campo, así que Trudi lo ayudó. Ella cogió la caja por un lado y Max por el otro. Trudi era mayor que su madre, tenía el pelo negro y una mirada triste. Max no sabía por qué lo pensaba, pero era cierto. Cuando Trudi miraba a alguien, era como si tuviera encerrada en su interior toda la tristeza del mundo y no pudiera dejarla salir. Sin embargo, Max también sabía que él le caía bien. Si pasaba por la calle y ella estaba en el jardín, regando las rosas, siempre lo saludaba con la mano.

—¿Qué tal los cachorros? —le preguntó Trudi.

—Bien.

—¿Ya les has encontrado un hogar?

—No.

Los niños de su clase se habían entusiasmado enseguida con la idea, pero sus padres no estaban tan convencidos.

—Vaya, eso sí que es mala suerte —dijo Trudi, con una mirada aún más triste.

—¿Qué hora es? —preguntó Max mientras dejaban la caja de botellas en el suelo, cerca del banquillo.

—Las cuatro.

—Pues será mejor que me vaya a darles de comer.

Trudi le apoyó una cálida mano en el hombro.

—Sí, ve —dijo—. Y dales un achuchón de mi parte.

Aquella noche, papá volvió a casa a las nueve porque después del partido

habían ido todos al bar. El aliento le olía a cerveza. Max estaba en el garaje cuando su padre entró a coger de la nevera una lata de cola y whisky Southern Comfort. Era una lata blanca, con unas letras negras recargadas. A Max no le gustaba que papá bebiera esas cosas, porque a veces se volvía malo. Esa noche se tambaleaba y se le trababan las palabras, como si le costara mover la lengua en la boca.

Mamá llamó a papá para que fuera a darle a Suzie un beso de buenas noches y papá salió del garaje refunfuñando. Dejó la lata y el paquete de cigarrillos sobre el banco de trabajo. En cuanto se marchó, Max vio su oportunidad e intentó coger unos cuantos cigarrillos para Jaden. Pero papá volvió cuando aún tenía el paquete abierto y le gritó tan alto que Max dio un brinco.

—¿Qué coño estás haciendo, hijo de puta?!

A Max le sorprendió tanto que papá hubiera utilizado aquella palabra que dejó caer el paquete y se salieron todos los cigarrillos, lo cual hizo que se enfureciera aún más. Papá le dio un tortazo en la cabeza y lo obligó a recoger todos los cigarrillos.

—¿Cuánto tiempo hace que me robas cigarrillos, imbécil?

—Es la primera vez —dijo Max.

Pero papá le pegó de nuevo, en esta ocasión le dio un golpe en la espalda que sin duda le dejaría marcas.

—Y una mierda.

—De verdad, papá. Yo no fumo. Ni siquiera me gusta.

—¡O sea que lo has probado!

—No, no lo he probado, papá. Te lo prometo. Nunca.

Papá lo cogió por el brazo y lo hizo entrar en casa.

—¿Lo has oído, Wendy? Este gilipollas me ha estado robando cigarrillos.

Mamá se apoyó las manos en las caderas y frunció el ceño en un gesto de preocupación.

—¿Es verdad, Max? ¿Has estado fumando?

Bajó la mirada y negó con la cabeza con tristeza. Adiós a aquel día tan especial.

—No —dijo—. De verdad que no.

Papá lo agarró por las mejillas y lo obligó a mirar a mamá.

—Ahora repítelo mirando a tu madre a los ojos.

Max fue incapaz, por lo que mamá dijo:

—Dame el teléfono y vete a la cama.

Max le dio el móvil y se fue corriendo a su habitación. Y entonces empezó la discusión, una especie de competición entre papá y mamá por ver quién gritaba más alto. Y la culpa la tenía él.

—A lo mejor ha sido la primera vez —dijo mamá, tratando de defenderlo.

—Y una mierda, Wendy. Es culpable, te lo digo yo.

—¿Y si hablo yo con él por la mañana?

—¡Que no! Lo que se merece ese crío es una buena paliza.

—¿Desde cuándo ha aprendido algo a base de golpes?

—Me da igual. Me sentiré mejor si le zurro el trasero.

—No quiero que le pegues, Shane. Y menos después de haber estado bebiendo.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que pierda el control?

—Tal vez.

—Joder, Wendy, que no soy un maltratador. Sólo quiero darle una lección.

—¿Y si alguien lo ha obligado a hacerlo?

—Lo dudo mucho. Sabía lo que hacía. Me ha dicho que no le gusta fumar.

¿Eso no es admitir que lo ha hecho?

—Puede que lo haya probado una vez, ¿y qué? ¿Qué edad tenías tú cuando empezaste?

—Era un crío y mi padre me dio tal paliza que estuve una semana sin poder sentarme.

—¿Y eso te impidió fumar?

—Durante un tiempo.

—Esta noche no, Shane. Es lo único que te pido.

—Pues yo digo que ahora es el momento. Vamos, Wendy, quítate de en medio.

—¡Antes muerta!

Max escuchó una especie de forcejeo en la cocina y deseó que mamá no tuviera problemas por su culpa. Entreabrió la puerta de su habitación para echar un vistazo y vio a sus padres enzarzados en una especie de pelea. Entonces su padre lanzó contra la pared la lata de Southern Comfort y salpicó hacia todas partes.

—Mira lo que has hecho —dijo mamá—. Ahora voy a tener que limpiarlo.

Papá salió hecho una furia y volvió con otra lata. Se sentó en el sofá, delante de la tele, con una expresión feroz en el rostro, y Max supo que le correspondía a él arreglar las cosas. Salió sigilosamente de la habitación y se acercó a su padre, avergonzado.

—Lo siento mucho, papá. No volveré a cogerte cigarrillos.

Pero la expresión de su padre era gélida y ni siquiera lo miró.

—¿Tenemos alguna caja de cartón por ahí? —dijo—. Voy a ocuparme de esos cachorros.

A Max le entró el pánico porque no sabía qué se proponía hacer con ellos. Papá dejó la lata, se puso en pie, y Max empezó a gritar.

—¡No!

Papá trató de pegarle, pero Max lo esquivó y salió corriendo. Llorando, se dirigió a toda velocidad hacia el garaje.

Los cachorros lo observaron con las orejas de punta y una mirada de terror en sus ojillos negros. Max entró en la caja y trató de cogerlos, pero se le escurrían una y otra vez. Atrapó a *Bruiser* y luego intentó coger también a *Patch*, pero los cachorros eran demasiado grandes para sujetar a dos a la vez, así que se le cayeron y empezaron a llorar. *Rosie* también se había puesto de pie y le enseñaba los dientes, porque no sabía que Max estaba intentando

salvar a sus crías. Oyó el golpe de la puerta trasera al cerrarse y supo que papá se acercaba. Tenía que hacer algo, pero... ¿qué?

—Shane, no, por favor —estaba diciendo mamá—. Hablemos, te lo ruego.

Max se dejó caer de rodillas y trató de coger a los cachorros, pero no hacían más que retorcerse. Se abalanzó sobre ellos, agarró uno al azar y lo sujetó como si fuera un balón de fútbol. Era *Bonnie*.

Y entonces oyó a su padre.

—Deja a ese cachorro.

Pero Max no estaba dispuesto a soltarlo. Esquivó el brazo de papá cuando éste trató de agarrarlo y echó a correr lo más rápido que pudo por el camino de entrada, hasta llegar a la puerta y adentrarse en la oscuridad de la calle. Corrió por la acera, llorando. No sabía adónde ir, pero las piernas lo llevaron hasta la puerta de la casa de Robbo. Llamó con la cabeza, pues entre las manos tenía un cachorro que no paraba de escurrirse y no podía usarlas.

Se encendió la luz exterior y abrió la puerta Trudi, que lo miró con expresión preocupada.

—¿Qué pasa?

—Papá quiere llevarse a los cachorros —dijo Max, entre hipidos.

Le acercó el perro a Trudi.

—¿Puedes cuidar de éste mientras voy a buscar a los otros? —le preguntó.

Trudi cogió al animal, que lloriqueaba sin parar, y Max no esperó a que dijera que sí. Regresó de nuevo a la calle y echó a correr acera arriba.

Pero debió de tardar más de lo que él pensaba en ir corriendo hasta la casa de Robbo y volver, porque su padre ya estaba saliendo del garaje. Llevaba una gran caja de cartón, por cuyo borde asomaban las cabecitas de los cachorros.

—¡No, papá, no! —gritó Max, mientras trataba de coger la caja.

Papá la levantó y empujó a Max con la cadera para apartarlo.

Rosie también lo seguía y saltaba para intentar llegar a la caja.

—Lárgate, chucho —dijo papá, mientras le daba una patada a la perra—.

Y tú también, Max. Entra en casa.

—¿Adónde los llevas?

—Adonde tendría que haberlos llevado desde el principio —dijo papá con una mirada gélida—. ¿Dónde está el otro cachorro, Max?

—No lo sé —sollozó Max.

—Ve a buscarlo.

—No sé dónde está.

Mamá estaba en el escalón, con su cárdigan rosa sobre los hombros y los brazos cruzados a la altura del pecho.

—Si te llevas a esos cachorros, Shane, no hace falta que vuelvas esta noche —dijo con la voz teñida de rabia y entre lágrimas.

Pero papá no la estaba escuchando. Arrojó la caja a la parte trasera de la camioneta y Max vio a los cachorros tambalearse y aullar de miedo. No sabían por qué se los llevaba, ni adónde los llevaba. Max tampoco. Trató de subir a la caja de la camioneta, pero papá lo empujó y lo hizo caer al suelo.

Entonces, papá se metió en el coche y dio marcha atrás para salir a la calle.

Llorando, Max echó a correr tras él. Quizá consiguiera coger la caja de cartón mientras él daba la vuelta. El llanto de los aterrorizados cachorros se oía por encima del rugido del motor. *Rosie* ladraba.

Max consiguió cogerse al portón trasero, pero la camioneta giró tan rápido que tuvo que soltarse para que no lo atropellara. Entonces papá aceleró a fondo y se alejó a toda velocidad calle abajo, en la oscuridad.

Max se dejó caer sobre el asfalto. Y allí se quedó, hecho un ovillo, hasta que mamá se acercó, le pasó un brazo por los hombros y, tras ayudarlo a ponerse en pie, lo llevó a casa en silencio.

El domingo por la mañana, Leon estaba disfrutando de su café y de su tostada cuando oyó que alguien llamaba a la puerta. Cuando abrió, se encontró a Max con un cachorro entre las manos.

—¿Aún sigues llevándolos a todas partes? —le preguntó Leon.

El niño contrajo el rostro y, de repente, se echó a llorar.

—Papá se llevó anoche a los cachorros y no ha vuelto. *Bonnie* es la única que queda. Conseguí salvarla.

Leon se sintió triste por Max: era obvio lo que Shane había hecho con los perros.

—Puede que los haya llevado a Hobart para venderlos —sugirió, tratando de animar al crío.

Max negó con la cabeza.

—Mamá cree que los ha matado.

Leon le acarició la cabeza al cachorro.

—¿Cómo has conseguido salvar a ésta?

—La llevé a casa de Robbo y Trudi y la han cuidado.

Max se dejó caer en el porche de Leon, enterró la cara en el pelo del cachorro y continuó llorando. Le caían lagrimones por las mejillas.

Leon jamás había visto a nadie llorar con tanto sentimiento. Se sentó junto a Max y le pasó un brazo por los huesudos hombros, que le temblaban.

—Eh, eh —le susurró—. Al menos aún tienes a éste...

—Pero no me la puedo quedar. Cuando papá vuelva también se la llevará.

Leon dejó que el niño se apoyara en él. Hacía mucho tiempo que no abrazaba a nadie. Concretamente, desde que se había despedido de su madre

con un abrazo, en Bruny Island. Leon compadeció a Max. Llevaba semanas viéndolo ocuparse de aquellos cachorros y, aunque sólo tenía diez años, nadie podría haberlo hecho mejor que él. La noche anterior, Leon había oído gritos en la casa de al lado, pero no era raro tratándose de Shane y Wendy, así que se había limitado a subir el volumen de la tele para no oírlos. Era lo mismo que hacía en su casa cuando su padre perdía el control. Su padre solía irse de copas y luego volvía a casa tambaleándose, dando golpes y buscando pelea. Leon había tardado un poco en darse cuenta de lo que ocurría. Al principio vivía en Hobart y no entendía por qué su madre se mostraba evasiva por teléfono. Y entonces, un fin de semana, Leon se dejó caer por casa y se sorprendió al ver que las cortinas estaban cerradas y que no se veía a nadie. Buscó la llave que solían dejar escondida en el seto, pero no estaba allí, de modo que se fue a dar un paseo por la playa. Al volver vio a su madre medio escondida detrás de las cortinas del comedor y le gritó que le abriera, por el amor de Dios, que había ido a verla, que por qué no lo dejaba entrar. La mujer abrió tímidamente la puerta y Leon comprendió enseguida lo que estaba ocurriendo: las pruebas eran muy claras. Después de aquello, Leon decidió instalarse en casa de sus padres y aceptar un trabajo en la isla en lugar de solicitar un empleo en uno de los parques grandes.

Y ahora, mientras respiraba el aire húmedo de la mañana, estaba allí sentado con Max, esperando a que el niño se tranquilizara. El cachorro, sin embargo, ya empezaba a cansarse y no hacía más que lloriquear y retorcerse entre los brazos del niño.

—¿Por qué no la dejas un poco en el suelo? —le propuso Leon—. Así podrá corretear un rato mientras yo preparo chocolate caliente.

Max le lanzó una mirada cargada de miedo y angustia.

—¿Puedo entrar contigo? Si papá vuelve a casa y ve a *Bonnie*, querrá llevársela también.

Era evidente que el niño estaba traumatizado, pues se aferraba a aquel cachorro como si fuera una tabla de salvación. Y aunque Leon no estaba muy

convencido de querer que Max entrara en casa con el perro, ¿qué otra cosa podía hacer? El chico estaba tan triste...

—Llévala a la parte de atrás y espérame delante de la puerta —dijo—. Allí tu padre no la verá. No tardo nada.

Una vez en la cocina, calentó leche en el microondas y le echó el chocolate que había estado reservando para tomárselo en el parque un día que hiciera frío. En fin, aquél era un momento de necesidad. Y para eso estaba el chocolate.

Max esperaba en los escalones traseros, como Leon le había pedido, tan abatido que tenía los hombros hundidos. *Bonnie* estaba sobre su regazo y le lamía la cara con su lengua rosada, pero el muchacho estaba tan triste que ni siquiera parecía darse cuenta. La verdad era que el cachorro resultaba una monada, pensó Leon, con aquel pelaje de manchas rojizas y grises, sus orejas desiguales y sus patitas larguiruchas. Se sentó junto a Max y le ofreció una taza.

—Toma. Bébetelo.

Max dejó al cachorro en el suelo y cogió la taza con desgana.

—¿Qué tiempo tiene? —le preguntó Leon, tratando de hacerlo hablar un poco.

—Siete semanas. —El muchacho miró a Leon con los ojos bañados en lágrimas—. ¿No podrías quedártela tú? —le preguntó con voz temblorosa—. Necesitas un amigo.

Aquella verdad lo golpeó como un placaje en el campo de fútbol. Ya llevaba bastantes semanas viviendo en aquel pueblo y... ¿a quién podía considerar amigo, aparte de a su abuelo y a aquel crío de diez años? No se había convertido precisamente en una celebridad... Pero algo sí había avanzado, se dijo a sí mismo. Había conocido a unas cuantas personas. No había recibido aún ninguna invitación para cenar, pero los tíos del equipo de fútbol empezaban a acostumbrarse a él. Y Wendy lo saludaba cuando salía al jardín a cortar leña. Dale, el científico, también era muy simpático. Y

Geraldine, la mujer de la oficina de turismo, era muy amable. Leon había charlado con ella varias veces. Y podía decirse que Miki y él se habían hecho más o menos amigos gracias a los demonios de Tasmania y al nido de águilas. Y aprovechando los mercadillos de segunda mano, había convertido su deprimente casa en algo parecido a un hogar. Se había comprado una tele, un sofá, dos viejos sillones y unas cuantas sillas para la cocina. Tener muebles y amigos lo convertía casi en uno más del pueblo. No estaba mal para empezar.

Max lo seguía mirando, esperanzado.

—¿Qué me dices?

—No lo sé, colega. No entiendo de perros.

De repente, Max desbordaba entusiasmo.

—Puedo ayudarte a adiestrarla —dijo—. Y venir todas las noches para darle de comer y jugar con ella.

Se puso en pie de un salto, volcó su taza de chocolate y sin querer le pisó una patita a *Bonnie*, que aulló de dolor.

—¡Ay, *Bonnie*! —exclamó Max, mientras la cogía y enterraba la cara en el cuello del animal—. Ha sido sin querer.

A Leon se le formó un nudo en el estómago. La perrita correteaba por el jardín, olisqueándolo todo y sacudiendo la cola. No tenía ni idea de que se estaba decidiendo su futuro. Pero... ¿qué iba a hacer él con un perro? No necesitaba un perro, por mucho que aquel cachorro necesitara un hogar. Estaba todo el día fuera de casa, trabajando. Y a los perros les gustaba tener compañía, ¿no?

—No tengo valla —señaló.

—Te ayudaré a construir una —dijo Max—. O a lo mejor *Bonnie* puede quedarse dentro de casa.

—No está adiestrada, se hará pis y caca por todas partes.

—Eso da igual. Total, la casa tampoco es tuya. Y la señora Westbury está muerta, a ella no le importará.

Pero a Leon sí.

Max suspiró y lo miró, muy serio.

—Vale. Recogeré yo las cacas.

Leon se echó a reír porque, a juzgar por la expresión de Max, comprendió que aquella era una concesión importante de verdad.

—¿En serio?

El niño asintió.

—En serio. Y el fin de semana que viene construiremos una valla. Mamá nos ayudará. Se le dan muy bien esas cosas, porque antes vivía en una granja.

Leon empezó a ablandarse. ¿Qué otra cosa podía hacer? Ojalá no fuera tan solidario.

—Vale, lo intentaré. Pero si no funciona, tendré que dársela a alguien. Y recuerda que has prometido recoger sus cacas y ayudarme a adiestrarla.

El niño dio un salto y lanzó un puñetazo al aire, más feliz incluso que el día anterior, cuando había marcado el gol. Estaba claro que aquello era más importante para él. Leon, sin embargo, sentía una especie de vértigo. ¡Un cachorro! ¿Cómo narices se las iba a apañar?

—Ah, te he traído esto —dijo Max, mientras sacaba un papel del bolsillo—. Mamá me ha dicho que te lo dé. Es para la feria del bosque. Por si quieres ir.

Leon cogió el folleto y vio, en la portada, la imagen de un camión de troncos.

—¿Vosotros iréis?

Max se encogió de hombros.

—Tenemos que ir.

—¿Es chula?

—No está mal.

—Vale. Pues iré.

El niño le dedicó una sonrisa inmensa como el cielo.

—Voy a buscar la comida de *Bonnie*. Mamá ha dicho que te diera un

poco.

—¿Y el collar?

—No tenemos ninguno tan pequeño. Pero mamá ha dicho que en el supermercado los venden.

Leon tuvo la clara sensación de haber caído en una emboscada. Aquel crío tenía respuestas para todo.

Cuando Max se fue, Leon se dio cuenta del grave error que había cometido. Nada más meter a *Bonnie* en casa, ésta se hizo pis en el suelo sin que al parecer le preocupara lo más mínimo. Por suerte, Leon no tenía alfombras, pero aun así se le encogió el corazón. Secó el pis con servilletas de papel y se dio cuenta de que aquella situación lo incomodaba. ¿Era así como se sentían los padres cuando volvían a casa con un recién nacido? ¿Con una cosita pequeña que crecería y crecería, sabiendo que la vida les había cambiado y que ya nunca volvería a ser igual?

Puso en un cuenco un poco de la comida para perros que Max le había dado y luego lo dejó en el suelo con un cazo de agua. Mientras preparaba café, *Bonnie* dio buena cuenta de las croquetas, que iba triturando con sus dientecillos afilados. A continuación bebió agua y lo salpicó todo. Leon secó el suelo y le puso una alfombrilla para dormir.

En el salón, encendió la tele para ver la redifusión del partido de fútbol de la noche anterior. Estaba empezando a relajarse y a olvidarse de la perrita cuando *Bonnie* comenzó a lloriquear. ¿Es que no tenía ya todo lo que necesitaba? Los quejidos aumentaron de volumen, así que la volvió a sacar al jardín y la perrita hizo pis. Tal vez ése fuera el problema, que a los perros les gusta estar fuera.

La ató a la puerta trasera con un trozo de cuerda y entró en casa, pero *Bonnie* empezó a lloriquear de nuevo y a rascar la puerta. Leon intentó no hacerle caso, pero los quejidos se convirtieron en aullidos, así que la dejó entrar otra vez. *Bonnie* se sentó a sus pies y se dedicó a observarlo y a

lamerle los vaqueros mientras él miraba la tele. Leon la apartó suavemente con el pie, pero ella volvió al instante y le apoyó en la mano el hocico húmedo. Un segundo después, se le había encaramado a las piernas y trataba de trepar, pero Leon no tenía intención de dejarla subir al sofá. La apartó de nuevo, pero ella no le hizo caso y volvió a intentarlo, lloriqueando aún. Leon subió el volumen de la tele, decidido a ignorarla. La perrita, inquieta, empezó a pasear por la estancia y, de repente, cogió carrerilla, subió al sofá de un salto y se le sentó en el regazo. Leon la apartó otra vez. Nada de perros en el sofá. Arriba, abajo, arriba, abajo. Y así hasta que *Bonnie* se rindió y se acurrucó en el suelo hecha un ovillo.

Leon la miró. No tenía ni idea de perros, pero le había prometido a Max que lo intentaría. Suspiró. Podía entrar en internet y buscar consejos para dueños primerizos, pero ya empezaba a estar cansado.

Y entonces se le ocurrió una idea. Tal vez su madre, que conocía a todo el mundo, supiera de alguien que quisiera un perro. A lo mejor hasta se la quedaba ella, ya que su padre no era una gran compañía. Sí, un perro sería perfecto. Leon buscó las llaves del coche, cogió a *Bonnie* y la metió en el asiento delantero, dentro de una caja de cartón.

Bonnie dormía cuando Leon aparcó delante de la casa de sus padres en Adventure Bay, Bruny Island. Había sido un viaje complicado. La perra se había pasado la primera hora aullando y tratando de salir de la caja, hasta el punto de crisparle los nervios a Leon. Finalmente, se había quedado dormida. Estaba claro que no había salido a *Rosie*, que había resultado ser una pasajera mucho más tranquila.

En el ferri que iba a la isla, Leon había dejado a *Bonnie* en el coche para poder ir a la parte delantera de la embarcación y contemplar cómo cambiaba la luz sobre las aguas plateadas, algo que siempre le gustaba hacer durante aquella travesía. Todo había ido muy bien hasta que alguien le había dado un golpecito en el hombro y le había dicho que su cachorro estaba llorando.

Cuando Max había vuelto al coche, *Bonnie* se le había subido al regazo de un salto y había insistido en quedarse allí. No había sido nada fácil conducir por las carreteras llenas de baches de la isla con un perro tumbado sobre las piernas.

No había llamado a sus padres para avisarlos de que iba, pero suponía que estarían en casa. Últimamente no salían nunca debido a la enfermedad de su padre. El pequeño coche blanco de su madre se hallaba en el garaje, las cortinas estaban abiertas y la gata, *Minnie*, contemplaba el mundo desde la ventana. Leon dudó. No había pensado en la gata. Tal vez a su madre no le hiciera gracia la idea de que ésta tuviera una compañera canina. Pero ya estaba allí, por lo menos tenía que darle la oportunidad de decir que no.

Colocó a la perrita dormida en el asiento del pasajero y, tras salir del coche, cerró la puerta lo más despacio que pudo para no despertarla. Respiró en el aire el olor salobre del mar y oyó, al otro lado de la carretera, el débil murmullo de las olas. El gorjeo de un mielero alirrufo entre los árboles. Estaba todo tan silencioso que casi se oía crecer la hierba. Había olvidado el ritmo adormilado y tranquilo de la isla, el silencio que se imponía nada más llegar.

Su madre abrió la puerta con el ceño fruncido, tal vez porque esperaba encontrar a Stan, pero sus arrugas se convirtieron en una sonrisa al ver a Leon.

—¡Qué agradable sorpresa!

Le dio un abrazo y él percibió el olor que siempre desprendía su madre, a café, harina y perfume.

—Pasa —le dijo—. Acabo de hacer una tarta. Voy a encender el hervidor y tomaremos el té con tu padre.

La casa estaba igual, como si Leon se hubiera marchado el día anterior. Sin embargo, la cocina le pareció más pequeña y oscura. Se le había olvidado que a media mañana los pinos le tapaban la luz.

Minnie llegó correteando por el pasillo, con la cola tiesa. Se acercó a él,

confiada, y estaba a punto de restregarle la cabeza contra la pierna cuando se detuvo y le olisqueó los pantalones. Probablemente había olido a *Bonnie*. Aun así, acabó frotándole la pantorrilla con la cabeza. Quizá no le molestaran los perros. Leon había oído decir que algunos gatos se llevaban bien con ellos. Retiró una silla y se sentó.

—¿Cómo va todo? —le preguntó a su madre.

Ella le sonrió, cansada.

—Vamos tirando. Tu padre tiene días buenos y días malos, pero la enfermedad sigue avanzando.

Leon se estaba precipitando a un agujero. Se había tomado un descanso de sus padres y de la lucha diaria de éstos contra la enfermedad, pero nada más poner los pies en aquella casa ya se sentía exhausto. Durante los últimos años le había ofrecido tanto apoyo a su madre que ya no le quedaba nada.

—¿Alguna visita más al hospital? —dijo, por hablar de algo.

Ella se echó a reír sin ganas.

—Esta semana no. Le hicieron unos cuantos controles hace unas semanas para ver qué tal va el hígado, aquella vez que te llamé porque estaba vomitando, pero más o menos sigue todo igual.

—¿Y Stan? ¿Continúa viniendo por aquí?

—A veces.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Papá le ha vuelto a dar a la bebida?

Su madre eludió la pregunta, cogió un cuchillo del cajón y empezó a cortar la tarta. Era de chocolate, se fijó Leon, y tenía una capa gruesa de glaseado.

—¿Mamá? —la tanteó Leon—. ¿Te ha vuelto a pegar?

Ella le lanzó una breve mirada, pero enseguida se volvió.

—No, está demasiado débil.

Cerró la boca y apretó los labios.

—Pero ¿lo ha intentado?

Su madre cogió una ración de tarta con el cuchillo, la puso en un plato y lo empujó hacia Leon.

—Toma, pruébala.

—Mamá, ¿te ha hecho daño? Tengo que saberlo.

Lo miró abiertamente a los ojos.

—Ya sé que te preocupas, Leon, pero va todo bien. No hace falta que vengas a vivir otra vez conmigo. No es necesario. Me paso casi toda la semana en el trabajo, y cuando tu padre se descontrola me voy a dar un paseo. Ya no puede perseguirme..., está demasiado débil.

—Quiero que por la noche cierres tu habitación con llave —dijo Leon—. ¿Aún tienes el candado que te instalé?

Su madre asintió y lo observó en silencio mientras él atacaba la tarta. Cuando el agua hirvió, su madre sirvió el té.

—¿Por qué no vas a ver a tu padre? —le propuso—. Yo voy dentro de un momento.

Leon no quería verlo después de lo que su madre acababa de contarle.

—Por favor, Leon —dijo ella—. Hazlo por mí. Quiero que os llevéis bien.

¿Qué otra opción le quedaba si se lo pedía así? Resignado, se dirigió al pasillo y, por el camino, recogió a la gata.

Olió a su padre antes incluso de verlo, y lo mismo hizo la gata. Justo antes de entrar en la habitación, *Minnie* se puso tensa, pero Leon la sujetó.

—Lo siento, gatita —le susurró—, pero tenemos que hacer esto juntos.

Minnie le lanzó una mirada asesina con sus ojos salvajes y trató de escaparse, pero él le puso una mano en el pescuezo y la sujetó con fuerza.

Su padre estaba delgado y amarillo. Miró un segundo a Leon antes de concentrarse nuevamente en la tele.

—Hola, papá —dijo Leon, tratando de aparentar más optimismo del que sentía.

Su padre sonrió con amargura.

—Vaya, vaya. Mira qué me ha traído la gata.

—Es al revés.

Leon se apartó al animal del cuerpo. *Minnie* se le había aferrado a una

manga con las garras y le costó un poco conseguir que se soltara; en cuanto la dejó en la cama, trató de saltar. El padre de Leon le acercó una mano para acariciarla, pero la gata le bufó. En cuanto Leon la soltó, salió disparada hacia el pasillo. Leon se sentó en una silla y esperó a que su padre empezara a hablar, cosa que por supuesto no hizo. Como de costumbre, tendría que ser él quien tomara la iniciativa.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien.

—Mamá dice que te han hecho unos cuantos controles.

—Sí. La misma mierda de siempre. No hay curas milagrosas.

—Dejar la bebida ayudaría.

—Lo he hecho.

—Según mamá, los análisis de sangre no dicen lo mismo.

Su padre guardó silencio.

—¿Y Stan qué? —prosiguió Leon—. ¿Qué te ha estado dando? Supongo que no será agua.

Su padre lo miró con rabia.

—¿Por qué has venido?

Leon suspiró. Bien, pues si eso era lo que quería...

—No te alegras mucho de verme, ¿verdad? Se me ha ocurrido que sería bonito haceros una visita.

—¿Y qué esperas que haga? —dijo su padre con desdén—. ¿Ponerme a bailar? Ya sabes que apenas puedo moverme de la cama.

A Leon le producía tristeza y satisfacción al mismo tiempo saber que su padre estaba prostrado en la cama, porque así su madre estaba a salvo.

—Voy a visitar al abuelo todas las semanas —dijo—. No es mal tío. Nos estamos conociendo otra vez.

—Se está haciendo el interesante, ¿eh? —gruñó su padre.

—Me cae bien. Me gusta hablar con él.

—Un alborotador, eso es lo que es. ¿Te ha contado alguna vez qué hacía

en verano para calentarse las manos?

—En verano no hace falta calentarse las manos.

—Exactamente. Dile que yo te he pedido que se lo preguntes.

—Vale. Puede que vaya a verlo de vuelta a casa.

—Dale recuerdos de mi parte —dijo su padre.

Leon pasó por alto el tono sarcástico.

—Tendrías que llamarlo de vez en cuando. Le gustaría saber de ti.

—Y una mierda —resopló su padre.

—Es buena persona —añadió Leon—. Y tú eras como él antes de darte a la bebida.

Su padre frunció el ceño; era evidente que no lo consideraba un cumplido.

—¿Qué tal el trabajo? ¿Has convertido alguna alma en pena al ecologismo?

—Más bien predico para los conversos.

Su padre sonrió con desdén.

—Así es la vida. Igual que la religión.

En ese momento entró de puntillas su madre, cargada con una bandeja en la que había colocado con esmero su mejor tetera y sus mejores tazas y platillos: era su juego de té Wedgwood, de diseño floral y detalles en oro.

—¿Qué tal se llevan mis dos hombres favoritos? —preguntó, al tiempo que sonreía tímidamente.

—De maravilla —dijo el padre de Leon—. Como cabría esperar.

La madre de Leon sirvió el té con el colador en forma de hoja de eucalipto que él le había regalado un año en Navidad. Le parecía entrañable que siempre sacara las cosas que él le regalaba para demostrarle que se acordaba. Se obsesionaba con los objetos, como si lo importante fueran las cosas y no la forma en que se comportaban las personas. El juego de té y el colador eran la prueba de lo mucho que deseaba que Leon se llevara bien con su padre. «Lo estoy intentando», trató de decirle él con la mirada.

Los tres hicieron un esfuerzo considerable por comportarse

civilizadamente... hasta que Leon les presentó al cachorro. Fue entonces cuando todo se complicó.

Antes de dejar a *Bonnie* suelta en el pasillo, Leon había encerrado a la gata en la cocina. Pero *Minnie* había aprendido un truco nuevo desde que Leon se había marchado de casa: había descubierto cómo abrir la puerta. En ese momento, con el lomo arqueado, escupía y bufaba mientras *Bonnie* correteaba hacia ella por el pasillo, resbalando y ladrando alegremente. La reacción de la gata fue echar a correr hacia la habitación del padre de Leon y subir de un salto a la cama. Golpeó sin querer la taza de té, que salió volando por los aires y aterrizó sobre la moqueta. La taza habría sobrevivido de no ser porque, justo entonces, *Bonnie* entró corriendo en la habitación y la pisó por accidente en un intento desesperado de trepar a la cama para alcanzar a *Minnie*. La taza se hizo añicos. Leon no habría sabido decir quién chillaba más, si su madre o la gata. Cogió a *Bonnie*, pero al hacerlo volcó su propia taza, que también se hizo añicos contra el suelo. Entonces fue su padre el que empezó a gritar, pues *Minnie* le había clavado las uñas en el estómago al saltar hacia las cortinas. El cachorro lanzaba ladridos agudos. Leon soltaba un taco tras otro. Y su madre lloraba mientras contaba los fragmentos de loza que había esparcidos en el suelo.

—¿De dónde coño ha salido este perro? —resolló su padre, mientras se sujetaba el abdomen arañado.

Para entonces, Leon ya había cogido al cachorro y estaba intentando que dejara de patalear frenéticamente.

—Pensaba que podía ser un buen regalo para desearte que te recuperaras pronto —dijo Leon, buscando la forma de apaciguar a su padre—. Quería darte una bonita sorpresa.

—Pues menuda sorpresa, joder —le escupió su padre—. Mira lo que le ha hecho a tu madre.

Leon se acercó al cachorro al pecho y trató de calmar a su madre, que no dejaba de llorar.

—Mamá... Lo siento. No te preocupes, te compraré otras tazas.

Pero su madre se limitó a recoger la bandeja y a salir apresuradamente de la habitación.

—¡Deshazte de ese perro! —le gritó su padre—. ¡Y lárgate de aquí!

Leon se sintió a punto de estallar.

—Relájate, papá. Ya me la llevo.

—No, relájate tú. Te permites venir aquí a complicarnos la vida...

—Eres tú el que se dedica a destrozarle la vida a los demás, papá.

Su padre cogió una taza de café de la mesilla de noche y se la lanzó a Leon, pero éste la esquivó con agilidad y la taza se estrelló contra la pared. Leon quiso quedarse y decirle a su padre lo que pensaba —aún no había terminado con él—, pero *Bonnie* lloriqueaba, los gritos la habían asustado, así que se la llevó de allí y la dejó en el coche. Cuando volvió a la casa, su madre había salido, lo cual era bueno: así tendría carta blanca con su padre.

Recorrer el pasillo y entrar hecho una furia en la habitación en la que éste estaba cautivo le provocó cierta satisfacción. Cualquiera con mejor salud se habría largado corriendo o se habría levantado para enfrentarse a él. Leon sabía que a su madre no le haría gracia saber que habían discutido de aquella manera, pero había ciertas cosas que Leon ya no pensaba callarse. ¿Cómo podía su madre compadecer a aquel cabrón? ¿Cómo podía tolerar que siguiera bebiendo, pese a tener el hígado hecho fosfatina?

Ya en la puerta de la habitación, Leon perdió el control.

—Deja en paz a mamá, ¿me oyes? Si la vuelves a tocar, te mato.

Su padre empezó a gimotear, con una mirada cargada de rabia e impotencia.

—Y se acabó Stan —prosiguió Leon—. Si me entero de que ha vuelto por aquí, me encargaré personalmente de pedir una orden de alejamiento.

Se pasó una mano por el pelo y su rabia se transformó de repente en otra cosa, en una especie de tristeza.

—Es increíble que tengamos que pasar por esto otra vez. Tres años

pegando a mamá por culpa de la bebida y sigues sin poder dejarlo, aunque tengas el hígado destrozado. ¿Es que quieres morir?

Su padre sacó la mandíbula en un gesto de rabia.

—Si no puedo beber, lo mismo me da estar muerto.

—Eso no es lo que decías antes —dijo Leon—. Antes tenías principios.

Su padre se hundió en la cama, con la boca torcida en un gesto de amargura.

—Como te he dicho, lo mismo me da estar muerto. Ya no soy el de antes.

—Yo sólo quería darle un hogar al cachorro —dijo Leon—. Por eso he venido. A los otros cachorros de la camada los han ahogado y pensaba que a ti y a mamá os iría bien un poco de compañía. A ella sí, desde luego.

—¿Intentas hacer que me sienta mal? —graznó su padre—. Pues déjame que te diga una cosa, es imposible sentirse peor de lo que ya me siento.

—Un perro podría hacer que te sintieras mejor. Se les da muy bien.

—¿Y qué vas a saber tú? Ha sido una idea estúpida. Coge a tu perra y lárgate. No es bienvenida aquí. Y tú tampoco.

Leon se irguió. Su padre tenía razón. Había sido una idea absurda, basada en su deseo egoísta de eludir su responsabilidad con el cachorro. Un perro era demasiado trabajo para su madre, que ya tenía bastante que hacer cuidando a su marido enfermo.

Leon se marchó con la desagradable sensación de que su padre había vuelto a ganar. Nada había cambiado.

Mientras Leon volvía a casa, lo invadió la tristeza. No tendría que haberse presentado de aquella manera en casa de sus padres, ni alborotar su tranquila vida. Se sentía culpable por todo lo ocurrido, así que paró en la residencia de ancianos para ver a su abuelo. ¿Quién mejor para hablar que alguien que conocía a su padre desde el día en que había nacido, alguien que había seguido su trayectoria vital en lo bueno, en lo malo y en lo feo?

Anne *la Irlandesa*, la recepcionista del fin de semana, estaba en el

mostrador. Era una mujer corpulenta de «busto generoso», como a su abuelo le gustaba decir. Y, al parecer, también era bastante pasota y se podía introducir en la residencia casi cualquier cosa delante de sus narices.

—Vengo un momento a ver a mi abuelo —dijo Leon, pasando rápidamente por delante del mostrador con la esperanza de que Anne no se diera cuenta de que llevaba a *Bonnie* en la mochila.

Anne le dedicó una sonrisa de dientes torcidos.

—Se alegrará de verte. Cuando un nieto viene de visita, siempre es un gran día.

La puerta de la habitación de su abuelo estaba cerrada y Leon pensó primero en abrirla de un empujón y entrar sin llamar, como las enfermeras, para darle una sorpresa al anciano. Pero por algún motivo se contuvo, tal vez por miedo a provocarle un infarto. Llamó y oyó en el interior una especie de roce de telas apresurado y, luego, la voz de su abuelo, que decía en tono airado:

—¿Quién es? ¿Es que uno no puede estar nunca tranquilo?

—Soy yo, abuelo. Leon.

Pasaron unos segundos antes de que el anciano abriera la puerta, completamente desnudo excepto por la toalla que llevaba anudada a la cintura. Leon se horrorizó al ver toda aquella piel fofa que le colgaba. Y la cosa no quedó ahí: detrás de su abuelo, metida en la cama y con un salto de cama de cuadros verdes subido hasta los hombros, había una anciana que lucía una permanente de tono gris azulado. Era obvio que, bajo la bata, ella también estaba desnuda.

Leon trató de retroceder.

—Parece que he interrumpido algo. Ya volveré en otro momento.

Su abuelo torció los labios en una especie de mueca.

—No, muchacho, pasa. Quiero que conozcas a Glenys, mi nueva mejor amiga.

Leon entró en la habitación y miró hacia todos los lados excepto a Glenys,

que se esforzaba por seguir sujetando la bata con sus manos artríticas para ocultar su desnudez.

—Me acuerdo de ti —dijo, animándose—. Tú eres el que vino a vernos con la perrita.

Leon asintió. A aquellas alturas, *Bonnie* ya se había cansado de estar apretujada en la mochila y empezó a lloriquear.

—¿Qué llevas ahí dentro? —preguntó Glenys, entusiasmada.

—Transporte de animales vivos —dijo Leon, mientras dejaba la mochila en el suelo y sacaba al cachorro—. Ésta es *Bonnie*.

La dejó en el suelo y la perra empezó a dar brincos para encaramarse a los pantalones de Leon. Luego hizo lo mismo con el abuelo y le arañó las huesudas piernas con sus zarpas afiladas.

—Cuidado, te ha arañado —dijo Leon, al ver unas gotitas de sangre.

—Da igual —contestó su abuelo, mientras cogía al cachorro.

Glenys empezó a dar grititos, entusiasmada, y quiso acariciar a *Bonnie*.

—¿Qué ha pasado con la otra perrita? —le preguntó a Leon.

—*Rosie* no es mía, es de mis vecinos. Éste es uno de sus cachorros. La he salvado de morir ahogada.

Su abuelo asintió, satisfecho.

—Buena decisión. Todo hombre necesita un perro. Y ella es justo lo que necesitas, ya que no quieres tener novia.

—Ah, seguro que ahora la encuentra —dijo Glenys—. A las mujeres nos encantan los hombres que tratan bien a los perros. ¿Puedo cogerla?

El abuelo de Leon dejó a *Bonnie* en el regazo de Glenys, que cogió al cachorro con las manos y se lo acercó a la cara.

—Ay, qué bien huele. Justo como deben oler los cachorros. La traerás otro día de visita, ¿verdad? A todos nos encantan los perros. —Se volvió hacia el abuelo de Leon—. Jamás imaginé que las cosas serían tan emocionantes cuando entraste en mi vida.

—Ah, sí, estoy lleno de emociones —dijo el anciano, guiñando un ojo.

Leon se palpó el bolsillo posterior, en busca de un pañuelo para limpiarle la sangre de la pierna a su abuelo, pero en lugar de eso encontró el folleto de Max. Debía de habérselo guardado allí mientras debatían si se quedaba o no a *Bonnie*. Se lo tendió a su abuelo.

—¿Qué te parece? Es dentro de un par de semanas.

El hombre hojeó el folleto con sus manos nudosas.

—¿Feria del bosque?

—¿Te apetece ir? Es una excusa para pasar el día fuera. Y Glenys también puede venir. Podemos ir a echar un vistazo y luego dar una vuelta en coche por el bosque. O subir hasta el parque y ver un poco el paisaje, que es muy bonito.

El abuelo miró el folleto con ojos de miope y luego se lo pasó a Glenys, que estaba estirando el cuello para ver mejor.

—¿Y qué son todas esas actividades? —preguntó el abuelo—. «Arrima el hombro» y «Arrastre de camiones». Nunca lo he oído.

—Ni yo. Pero podría ser divertido.

A su abuelo se le iluminó la mirada.

—Creo que podríamos ir —dijo, pero enseguida se puso serio—. ¿Dónde lo hacen? ¿En un prado? Yo no puedo caminar mucho rato.

—Nos llevaremos sillas plegables para que tú y Glenys podáis sentaros a descansar. Y cuando estéis hartos, os traigo otra vez aquí.

Su abuelo no parecía muy convencido.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro. Pensadlo un poco y decidme algo. —Leon cogió al cachorro—. Tengo que llevar a *Bonnie* a casa para darle de comer. Ha sido un día intenso y tiene hambre. Nos vemos, Glenys, encantado de conocerte.

El abuelo lo acompañó hasta el pasillo.

—¿Dónde has estado?

—He ido a casa, a Bruny.

—¿Y qué tal?

Leon vio un brillo en los ojos de su abuelo, como si ya lo hubiera adivinado.

—He tenido un encontronazo con papá y no me he mordido la lengua.

—Seguro que le ha servido de lección.

Leon se encogió de hombros.

—No es que tenga demasiadas esperanzas. Creo que ya no tiene remedio... En fin, me alegro de haber conocido a Glenys. Y perdona que me haya presentado así.

—Una interrupción de nada. Podemos retomarlo donde lo hemos dejado.

—A estas horas del día, ¿no es más apropiado hacer crucigramas? Y no sé yo si está permitido acostarse con otros internos...

El abuelo sonrió.

—Tú también tendrías que buscarte una chica.

Leon hizo un gesto de impaciencia.

—Ahora mismo, *Bonnie* es mi chica preferida.

Acarició al cachorro, que había sacado la cabecita de la mochila.

—Ah —dijo Leon, recordando algo de repente—, papá me ha dicho que te pregunte cómo te calentabas las manos en verano.

La sonrisa del abuelo desapareció y vaciló.

—Supongo que se refería al verano del sesenta y siete, cuando un incendio destruyó el aserradero de la isla.

—¿Un incendio forestal, quieres decir?

—Aquel año hubo muchos incendios forestales en el sureste, pero no, no me refiero a eso. Fue un incendio provocado. El último gran aserradero de la isla quedó reducido a cenizas y no se reconstruyó. Fue un gran golpe para la industria local y para la familia que lo dirigía.

Leon pensó en el libro de historia que su abuelo le había prestado y recordó haber leído algo acerca de un incendio en un aserradero de Bruny Island. ¿Se refería a ese incendio?

—¿Y detuvieron a la persona que lo provocó? —preguntó.

—No, quedó impune.

Leon percibió un destello en los ojos del anciano y empezó a entenderlo.

—¿Conoces a quien lo hizo?

—Sí, lo conozco bastante bien —dijo su abuelo, apretando los labios—. El jefe estaba molestando a tu abuela y tenía que pararle los pies. El honor de una mujer es muy importante. Y un hombre no debe aprovecharse de ello sólo porque tenga un cargo. Por eso lo hice. Para dejarle claro lo que pensaba.

—Pero tú ni siquiera trabajabas en el aserradero —dijo Leon, tratando de disimular la sorpresa en su voz.

—No, pero tu madre no había sido la única a lo largo de los años. Aquel tipo era un depredador. Yo lo veía como una amenaza para la comunidad.

Si el abuelo se había mostrado tan protector con su esposa, pensó Leon, debía de haber sido especialmente duro para él enterarse de que su hijo era un maltratador.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Leon.

—Por la noche, cuando no había nadie. Eché un poco de gasolina en una pila de madera y encendí una cerilla.

—¿Y cómo es que papá lo sabe?

—Tu abuela se lo contó.

—¿Ella también lo sabía?

—Un hombre no debería tener secretos para su esposa.

—¿Y se enfadó?

—Desde luego, pero me perdonó y se quedó conmigo. Eso es compromiso. Eso es el matrimonio. Por aquella época, yo era un poco cabra loca, pero ella me comprendía.

—Y ahora... ¿cómo te sientes?

Su abuelo apretó los labios.

—Hay ciertas cosas en la vida que, al volver la vista atrás, provocan remordimientos, y ésta es una de ellas. Hice lo que tenía que hacer, pero perjudiqué a todo el pueblo. Tendría que haberme ocupado de las cosas de

otra manera y haberme enfrentado a él. Con eso habría bastado. Le habría parado los pies.

Se instaló un silencio incómodo entre ambos. El cachorro pareció percibirlo y empezó a retorcerse.

—Gracias por contármelo, abuelo —dijo Leon.

Su abuelo asintió.

—Espero que no me juzgues con demasiada dureza.

—No. Todos cometemos errores.

—Y lo importante es aprender de ellos. Y practicar el arte del perdón, como tu abuela. Es un acto de generosidad. Tú también podrías practicarlo con tu padre.

Aquel comentario cogió desprevenido a Leon.

—¿Perdonarlo por pegar a mamá? Creo que no puedo.

—¿Sigue haciéndolo?

—Mamá dice que no.

—¿Y ella lo ha perdonado?

—Sigue viviendo con él.

—Supongo que eso es el perdón. Quizá deberías olvidarlo.

Leon no estaba preparado para perdonar.

—Lo pensaré —dijo, al tiempo que señalaba con la cabeza la puerta de la habitación—. Será mejor que vuelvas o Glenys te dará por muerto.

Una vez más, vislumbró un centelleo en la mirada de su abuelo.

—Lo dudo. Aún nos queda una hora antes de que sirvan la cena.

Después de que se paralizara la tala, empezaron a llegar forasteros a la ciudad. La mayoría entraban en la tienda de comida para llevar: gente de ciudad, con ropa de color caqui y prismáticos colgados al cuello. Miki los oía hablar del nido de las águilas. Debía de haber empezado a correr el rumor y los *chiflados de los pájaros*, como los llamaba Kurt, venían a verlas.

A Kurt no le gustaba la idea de que un montón de extraños curiosearan por el bosque. Lo ponía nervioso. Quería asegurarse de que nadie hubiera tocado las colmenas, de modo que el lunes se abrigaron con chaquetas y gorros y subieron a la camioneta nueva, con la esperanza de que el tiempo mejorara durante el trayecto.

La zona de tala estaba envuelta en niebla y desierta cuando la atravesaron. Las cortinas de agua barrían, una tras otra, aquel espacio despejado. A Miki le seguía pareciendo un lugar muerto. No podía dejar de pensar en todos los animales que antes vivían allí: pájaros y pósums que se ocultaban en los huecos de los árboles viejos. ¿Adónde habrían ido tras la llegada de las máquinas? La mayoría de los pájaros seguramente habían volado a otros lugares, pero... ¿y las criaturas nocturnas? Lo más probable era que hubieran muerto aplastadas al caer al suelo sus árboles. Sólo de pensarlo, Miki se ponía enferma.

La camioneta avanzaba pesadamente por el terreno mojado, chapoteando entre surcos y charcos. Las máquinas seguían allí, ladera arriba. Miki las vio a través de la lluvia. Estaban a mitad de la colina, empapadas y silenciosas, como unos esqueletos metálicos y descomunales que esperaban a que los conductores las devolvieran a la vida. Miki deseaba que se las llevaran de una

vez: mientras siguieran allí, existía la posibilidad de que reanudaran el trabajo.

Al llegar al árbol de las águilas, Kurt le indicó unas marcas de neumáticos en el barro y unas huellas de pies en torno a la base del árbol. A partir de allí no vieron más rastro de ruedas, así que al parecer nadie se había adentrado más en el bosque. Miki rezó para que su viejo árbol siguiera sano y salvo.

Aparcaron en el lugar de siempre y Kurt accedió a echarle un vistazo al enorme árbol antes de ir a inspeccionar las colmenas. Se encaminaron hacia él por el bosque empapado. Y allí estaba, alzándose intacto hacia las nubes. Pero a sus pies vieron algo pequeño y plateado que brillaba. El envoltorio de una chocolatina Turkish Delight. A Miki se le formó un nudo en el estómago.

En silencio y con una expresión adusta, Kurt recogió el papel, se lo guardó en el bolsillo y volvió al coche. Miki correteó inquieta tras él. Kurt se sentó bruscamente al volante.

—Sube —le dijo—. Vamos a ver las colmenas.

Bajó marcha atrás por la pista abandonada y cubierta de hierba que llevaba al escondrijo de las abejas y, entonces, frenó tan de repente que Miki se fue contra el salpicadero.

—Pero ¿qué coño...?! —exclamó Kurt.

Bajó de un salto, presa del pánico, y Miki lo siguió.

Las colmenas estaban hechas pedazos en el suelo. Las cajas y los cuadros, esparcidos por todas partes. No había abejas.

Kurt contempló las colmenas destrozadas, con las manos en las caderas y las aletas de la nariz dilatadas. Estaba temblando, y Miki tuvo la sensación de que en su interior hervía toda la energía rabiosa de las abejas que habían vivido allí. Y de que, en cualquier momento, Kurt estallararía y saldrían de él miles de ejemplares.

Le dio una patada a los restos de madera con la puntera reforzada de acero de sus botas.

—¡Cabrones de mierda! —gritó—. ¡Perros asquerosos!

Descargó unas cuantas patadas más y luego cogió un trozo de madera y lo estrelló contra un árbol cercano. Miki se encogió de miedo. Kurt le recordó a su padre cuando se enfadaba. A veces, cuando ocurría algo en la granja, su padre estallaba, igual que Kurt en ese momento. Una bomba atascada. Un coche o tractor que no arrancaba. En una ocasión, se había pasado horas desmontando minuciosamente el cortacésped y volviéndolo a montar y, aun así, no había conseguido que funcionara. Miki lo había observado mientras trataba de ponerlo en marcha, tirando una y otra vez del cordón de arranque, poniéndose cada vez más nervioso y violento hasta que cogió el cortacésped y lo lanzó a la otra punta del jardín. Menos mal que había caído sobre la hierba y no se había roto, porque jamás hubieran podido comprarse uno nuevo.

En ese momento, Kurt cogió un segundo trozo de madera y lo lanzó con fuerza hacia el bosque, y luego otro, con la intención de estrellarlo contra el suelo. Pero entonces ahogó un grito en la garganta y, de repente, se dobló sobre sí mismo. Tenía la mano llena de abejas. La sacudió para tratar de alejarlas, aullando de dolor. Las abejas debían de estar escondidas entre los fragmentos de madera; probablemente se habían quedado atrás cuando el resto del enjambre se había marchado. Kurt se frotó la mano, angustiado. Ya le habían picado en otras ocasiones, pero nunca tantas a la vez.

—Voy a matar a los cabrones que le han hecho esto a mis abejas —dijo jadeando.

Miki sintió alivio al ver que no estaba enfadado con las abejas, pero le preocupaba la mano de Kurt, que ya se estaba empezando a hinchar.

—Tenemos que ir al médico —le dijo.

Kurt dejó que Miki lo condujera hasta el coche. Tenía el rostro contraído por el dolor y los ojos dilatados y oscuros. Subió al asiento del conductor, con la mano derecha curvada como una garra.

—Mete la llave en el arranque —jadeó.

Miki lo intentó, pero no encontraba la llave adecuada.

—Es una grande y plateada, con la parte de arriba cuadrada —dijo—. Vale, ahora gírala.

Miki hizo lo que su hermano decía y se sobresaltó cuando el motor cobró vida con un rugido.

—Vale, vámonos. Joder, cómo duele.

Kurt condujo inclinado hacia delante y usando sólo la mano izquierda. La derecha, muy hinchada, la llevaba pegada al pecho. Era una suerte que hubiera bajado marcha atrás por la pista, porque eso significaba que no tenían que dar la vuelta. Las ruedas traseras patinaron en la hierba húmeda y, poco después, empezaron a avanzar dando tumbos por el bosque.

Tardaron una eternidad en llegar a la carretera principal. Kurt se detuvo en el arcén. Tenía la cara hinchada.

—Tendrás que conducir tú —dijo—. Veo borroso.

A Miki le entró el pánico. Jamás había conducido un coche.

—No sé lo que tengo que hacer.

—Ponte al volante.

Miki se sentó en el asiento del conductor, pero apenas llegaba a los pedales.

—Hay una palanca al lado del asiento. Tira de ella y empújate hacia delante.

Miki forcejeó con la palanca, hasta que al final consiguió acercar el asiento a los pedales.

—Ahora, el embrague.

Cuando la camioneta empezó a avanzar, dando bandazos por la carretera, Miki tuvo miedo de cambiar de marcha, pero Kurt la obligó a hacerlo. Estaba tan nerviosa que empezó a llorar. El pánico le atenazaba el pecho. Le daba miedo la lividez que había adquirido el rostro abotargado de su hermano y la hinchazón de la mano.

Un coche los adelantó y tocó el claxon porque Miki iba de un lado a otro de la carretera. Sus nervios se transformaron en rabia. Podría haber aprendido

a conducir muchos años atrás, en la granja. A su padre y a Kurt no les hubiera costado nada enseñarle con el tractor. Pero no, la habían confinado al huerto, la vaca y la cocina.

Sin cambiar de marcha, y con el motor revolucionado, Miki entró en el pueblo. Giró bruscamente al llegar al centro médico, casi sin reducir la velocidad, y se subió al bordillo. No tenía ni idea de dónde estaba el freno, así que la camioneta se le caló en mitad del camino de acceso. Kurt ya no se enteraba de nada. Estaba medio desmayado y respiraba agitadamente. Miki bajó de un salto y le tiró del brazo.

—Vamos, tenemos que entrar.

Kurt tenía los labios hinchados y los ojos inyectados en sangre. Apenas los abrió mientras Miki lo arrastraba hacia la puerta.

La recepcionista contuvo una exclamación cuando entraron los dos tambaleándose.

—¡Dios mío! ¡Que venga un médico ahora mismo! —gritó.

Se llevaron a Kurt a la parte de atrás mientras Miki se desplomaba en una silla de la sala de espera. Oyó voces agitadas tras la puerta cerrada, voces que pedían oxígeno, adrenalina, antihistamínicos, bolsas de hielo... ¿Se iba a morir? ¿Cómo se las arreglaría ella sola? ¿Qué pasaría con la tienda?

—Sería mejor llevarlo al hospital —dijo una voz femenina.

Oyó entonces otra voz, ésta más grave.

—No hay tiempo para eso. Ponle otra dosis de EpiPen.

—Escucha la respiración. ¿Hay que entubarlo?

—No estamos preparados para eso, tendremos que arreglárnoslas con oxígeno.

—¿Lo evacuamos en helicóptero?

—Baja la voz.

Miki quería que alguien le dijera que Kurt estaba bien. Tal vez su hermano fuera difícil, pero sólo lo tenía a él.

Mientras seguía allí sentada, esperando ansiosamente, entró una mujer

rubia y se quedó de pie junto al mostrador de recepción, tamborileando con sus uñas pintadas de color rosa. Miki estaba tan angustiada que tardó unos momentos en reconocer a Liz, la mujer de Mooney.

—¿No hay nadie?

Liz miró con timidez a Miki y ésta se dio cuenta de que el rasguño de la frente había desaparecido.

—Están ahí detrás, atendiendo a mi hermano.

—¿Qué le ha pasado?

—Le han picado las abejas.

—¡Uf! ¿Un shock anafiláctico? ¿Es alérgico?

—No lo sé.

—Ya sé que da mucho miedo —dijo Liz—, pero seguro que se pone bien. Una de mis niñas es alérgica a los cacahuets. El médico de aquí ya la atendió una vez. Estaba muy hinchada y casi no podía respirar, pero se puso bien. Y tu hermano también se pondrá bien.

—Eso espero —dijo Miki, aunque no estaba muy convencida.

Liz sonrió.

—Gracias por las chocolatinas del otro día. A las niñas y a mí nos hizo mucha ilusión.

—No es nada.

—Ya nos habías regalado cosas antes, ¿verdad? Es un detalle —dijo Liz, mientras se colocaba tras la oreja un mechón de pelo rubio.

En ese momento salió una enfermera con la cara roja y bañada en sudor, y condujo a Miki a un consultorio porque el médico tenía que hablar con ella. Era un hombre alto y enjuto, de sienes plateadas y ojos claros de mirada grave. Le dijo que Kurt se iba a poner bien, pero que tenía que quedarse en observación durante el resto del día. Estaba adormilado, dijo el doctor, lo cual era normal después del tratamiento para episodios de múltiples picaduras. Lo habían dejado en una cama para poder vigilarlo y administrarle más adrenalina y antihistamínicos si era necesario. El médico le dijo que podía

irse a casa, pero Miki no soportaba la idea de quedarse sola en la tienda, esperando y mirando por la ventana. Así que se quedó allí, viendo el ir y venir de la gente. Los médicos no volvieron a mencionar el hospital.

Apoyada en la pared, Miki recordó aquella vez, ya hacía años, en que había ido al hospital de Hobart. Había sido su primer contacto con el mundo exterior y conservaba un recuerdo nítido. Cerró los ojos, se imaginó una versión más joven de sí misma y se sumergió en el pasado.

Allí estaba: siete años, delgada como un palillo, con sus largas trenzas oscuras, su peto gris y su jersey rojo. Caminaba pesadamente por el huerto de invierno, calzada con unas botas de goma rosas y cubiertas de barro. Llevaba en la mano una sartén llena de cera de abejas ablandada y seguía a su padre a lo largo de una hilera de manzanos. Su padre dejó en el suelo la caja de herramientas y, con la punta de la bota, despejó un poco el terreno blando. Entonces colocó el hornillo en el suelo, abrió el gas, encendió la llama y la puso al mínimo. Miki colocó la sartén encima antes de seguir a su padre hasta un árbol.

Su padre sacó del bolsillo las tijeras de podar y se puso a trabajar. Fue cortando ramitas de los últimos brotes del año anterior, más o menos del largo de un lápiz. Cuando ya tenía unas cuantas, se las pasó a Miki y ella las aferró con su manita pegajosa. Le gustaba que su padre la dejara ayudar en el huerto, porque la mayoría de los días se los pasaba en la cocina, ocupada con las clases. Ya era lo bastante mayor para ir al colegio, pero sus padres la estaban educando en el camino de Dios y eso se hacía mejor en casa. Las clases tenían lugar en la mesa de la cocina con la antigua Biblia encuadernada en cuero negro, muy gastada ya por el uso. La esquina doblada de las páginas indicaban una parte importante y eso hacía que la Biblia abultara aún más, porque todas las páginas lo eran.

La pequeña Miki aprendía sobre Dios sentada en la cocina de su casa, pero sabía que Él también estaba fuera. Madre decía que estaba en todas partes, que era una presencia en su interior, más próxima aún que la respiración.

Pero Miki no sentía la presencia de Dios en su interior; sólo sentía la suya. Estaba convencida de que odiaba tanto como ella aquella cocina abarrotada y que prefería estar fuera, donde las almas podían elevarse hasta el cielo. Intuía que Dios estaba en los árboles y en el viento, en las flores, en los pájaros que volaban alto. Dios debía de ser más feliz fuera que viviendo entre las páginas dobladas de un libro viejo y larguísimo, lleno de palabras difíciles.

A Miki le encantaba estar al aire libre, entre los viejos árboles de tronco nudoso. Le encantaba ver a padre trabajar con el cuchillo y practicar aquellos cortes tan precisos. Padre cogió una sierra de la caja de herramientas, cortó una rama del árbol y la dejó caer al suelo. Con su cuchillo afilado a la piedra, practicó una hendidura en el tocón recién cortado. Miki le pasó entonces un brote y él talló la punta hasta dejarla afilada. Después la introdujo en la hendidura y tapó el injerto con cinta adhesiva. Cuando serró una rama, Miki le pasó los dos últimos brotes.

Había llegado el momento de ir a buscar la sartén de cera derretida, de manera que padre pudiera pintar los injertos para protegerlos del agua. Miki cerró el gas, cogió la sartén y, asegurándose de no derramar ni una gota de cera, se la llevó a su padre. Mientras caminaba, la cera giraba dentro de la sartén y dibujaba formas curiosas. Sujetaba con ambas manos el mango y trató de permanecer inmóvil mientras padre mojaba el pincel. Mojaba y pintaba, mojaba y pintaba, trazando unos pulcros collares blancos alrededor de los injertos. Miki se esforzaba por ser fuerte, pero la sartén pesaba mucho y le empezaron a temblar las manos. Le pidió ayuda a Dios porque madre siempre decía que Dios ayudaba a los débiles y a los necesitados. «¡Dios, hazme fuerte!», le gritaba Miki mentalmente.

Y entonces Kurt cantó al estilo tirolés para que supieran que estaba cerca. Miki no quería distraerse, pero levantó la cabeza de golpe al oír la llamada de su hermano. Al mismo tiempo, dejó caer la sartén y salpicó de cera caliente a padre justo cuando él tenía el cuchillo en la mano y se disponía a practicar un nuevo corte. Miki oyó su grito desgarrador y vio el chorro de sangre rojo rubí

que le brotaba de la mano como si fuera una fuente. Tenía uno de los dedos colgando. En el suelo había otro, una cosa blanca y gruesa, y la mano le seguía sangrando. Vio a su padre coger el dedo medio suelto y tratar de colocárselo en su sitio, como si presionando pudiera conseguir que volviera a unirse al resto de la mano. La sangre salía a borbotones, trazando un arco. Vio la mueca de dolor de padre, escuchó sus alaridos, el gruñido ronco de su respiración, que se superponía al ritmo irregular de su propio aliento entrecortado.

El mundo se desdibujó y la hierba empezó a ondularse. Contempló de nuevo el dedo del suelo, recostado en su lecho de hierba. Era raro, estaba muy blanco y muy solo. Extraño. Carnoso. Un manto negro cubrió a Miki, el tiempo se dilató y, de repente, desapareció.

Lo siguiente que vio fueron las ramas nudosas de los adormecidos manzanos que se alzaban hacia el cielo. Estaba en los brazos de Kurt. La lana basta de su jersey le acariciaba la mejilla. Kurt la estrechaba contra su pecho mientras caminaba a grandes zancadas, siguiendo la hilera de árboles. Se sentía cansada, pero si cerraba los ojos veía de nuevo el dedo cortado de padre —no podía apartar de su mente esa imagen—, de modo que mantuvo los ojos abiertos y contempló las ramas bajo las que iban pasando.

Al llegar a casa vio a padre sentado en una silla en el camino de entrada, junto al viejo pino. Tenía el rostro gris como las nubes. Madre estaba inclinada sobre él, envolviéndole la mano en un trapo. La sangre lo iba tiñendo como una mancha de tinta que se extiende. Kurt dejó a Miki sobre la grava y ella permaneció allí, observando en silencio. Pero las manchas de sangre reseca del peto de padre hicieron que el mundo le empezara a dar vueltas otra vez. Kurt la tendió en el suelo y allí se quedó, mientras los demás hablaban. Padre estaba pálido y tenso. Kurt se quedó de pie, algo apartado pero escuchando atentamente. Intentaban decidir cómo llegar al hospital. Padre no podía conducir con un dedo cortado y madre nunca había aprendido, porque conducir era cosa de hombres. Kurt era demasiado joven para tener

carné, pero llevaba años conduciendo la vieja camioneta y el tractor por el huerto. Así pues, tendría que llevar él el coche. Hobart estaba muy lejos, pero no había otra solución.

Subieron los cuatro al viejo Commodore marrón: padre y Kurt delante, Miki y su madre detrás. Madre llevaba en el regazo una nevera portátil con el dedo. Miki aún estaba mareada por el olor de la sangre, de modo que se apoyó en su madre mientras padre, en el asiento del pasajero, mantenía la mano en alto. La llevaba envuelta en un paño de cocina que se había teñido de rojo oscuro, completamente empapado. Madre se inclinó hacia él con otro paño y lo enrolló sobre el primero, al tiempo que le decía: «Aprieta un poco». Miki se preguntó por qué Dios no hacía que dejara de sangrar. ¿Es que sus padres no rezaban lo bastante? Madre tenía los labios apretados, formando una fina línea, y Miki supo que estaba enfadada: sintió entonces la punzada aguda de los remordimientos, porque sabía que la culpa era suya. Ella era la responsable de aquel desastre, como si hubiera cortado aquellos dedos con sus propias manos. Pese a la vergüenza, sin embargo, notó que su entusiasmo iba en aumento, porque aquélla era la primera vez en su vida que salía de la granja.

En el asiento del conductor, Kurt arrancó el coche y consiguió meter la primera. El coche empezó a avanzar a sacudidas por el camino de entrada, entre baches, charcos y surcos. Padre gemía de dolor cada vez que el vehículo daba un bandazo o Kurt cambiaba torpemente de marcha. Y entonces cruzaron la puerta y llegaron a la carretera de grava: se adentraron en un territorio desconocido para Miki y pasaron por prados y huertos, por casas medio escondidas con buzones, caminos de acceso, verjas y cobertizos.

Llegaron a un cruce en el que padre ladró unas instrucciones, y Kurt aminoró la marcha y giró hacia otra carretera que era lisa y negra, sin baches. El coche iba tan rápido que Miki pensó que despegarían y empezarían a volar. Daba miedo, pero también era emocionante.

Giraron de nuevo y Miki se desorientó. Llegaron a un sitio con muchas

casas y edificios muy cerca unos de otros, alineados en una calle. Vio coches aparcados de culo en batería, gente, letreros, papeleras, aceras, niños en bicicleta... «¿Qué es este sitio?», preguntó. «El pueblo», respondió su madre. Así que allí era adonde iban a comprar los padres de Miki; siempre se había preguntado cómo sería. Deseó poder ver el interior de las tiendas a través de los escaparates. Sabía que sus padres compraban harina y azúcar, escobas, jabón, ropa y lana para tejer jerséis, pero seguro que había también otras cosas. Se inclinó hacia delante para ver mejor, pero madre le dijo de malos modos que se sentara bien y se estuviera quieta. Miki sabía que debía concentrarse en su culpa y en los dedos amputados y pedirle a Dios que la perdonara, pero no le resultaba fácil. Estaba viendo muchas cosas nuevas y todas pasaban demasiado rápido: un colegio, un parque, niños que jugaban en los columpios, una señora que paseaba a su perro... El corazón le latía desbocado porque quería recordarlo todo. Tenía que grabarlo en su mente hambrienta. El mundo era mucho mayor de lo que jamás había imaginado, estaba lleno de campos y granjas, de vallas, coches, personas y edificios. Hasta entonces, creía que estaba hecho de manzanos y bosques, porque eso era todo lo que veía desde la copa del manzano más alto de la loma más alta de la granja.

Dejaron atrás el pueblo y siguieron avanzando por las colinas. La carretera se hizo más ancha. En el coche reinaba el silencio. Madre permanecía inmóvil como una piedra y padre iba callado en el asiento delantero, con la mano envuelta en el paño de cocina teñido de sangre. Kurt estaba concentrado en la conducción y Miki miraba por la ventana, tratando de asimilar todo lo que veía. Los coches circulaban ya en ambas direcciones. Camiones enormes y ruidosos, autocares llenos de turistas que se dirigían a las colinas. Pasaron frente a un molino gigantesco para manzanas. Junto a la carretera crecían álamos de hojas marrones. Vio montañas a lo lejos. Y letreros verdes con letras blancas.

Era un trayecto largo, casi de una hora, y Miki estaba agotada de tanto

mirar, ver y grabar cosas en su memoria. Su cerebro era en aquel momento como un cazo de agua que hervía y se derramaba sobre el fogón, silbando y burbujeando.

Y cuando creía que ya no podía asimilar nada más, rodearon la ladera sombreada de una montaña oscura y entonces todo se volvió caótico: coches que pasaban muy cerca y muy rápido, intersecciones ruidosas, casas apiñadas, edificios altos, luces con ojos rojos y verdes, aceras llenas de gente, mujeres con trajes elegantes y botas de tacón alto, hombres con abrigos negros... Empezó a llover y por todas partes surgieron, como si fueran setas, paraguas que se elevaban hacia el cielo.

La sombra de la montaña se alzaba sobre todo lo demás. Las nubes bajas se posaban en su cima negra y adusta.

Al llegar al hospital, cruzaron unas puertas mágicas de cristal que se abrían sin que nadie las tocara. Madre habló con una mujer que estaba detrás de un mostrador blanco y entonces se llevaron a padre a otra sala para que lo viera una enfermera. Volvió con una expresión seria en el rostro, silencioso, y se dirigieron entonces a una sala llena de personas que esperaban sentadas en sillas de plástico. Todas se veían inexpresivas, rígidas. Varios niños se revolcaban por el suelo, inquietos. Miki se preguntó cuánto tiempo debían de llevar allí, esperando quién sabía qué. Hasta aquel día no había visto a ningún otro niño, excepto al muchacho que cada pocos meses llegaba con el camión que les traía la leña. Siempre iba sentado delante y la miraba fijamente desde allí arriba. En la sala de espera de aquel hospital, en cambio, los niños se mostraban inquietos y alborotados, discutían entre ellos y contestaban a sus padres. Un niño pequeño arrastró a su madre hasta una caja metálica con una gran ventana, en uno de los rincones de la estancia. La mujer introdujo unas monedas, pulsó unos botones y entonces cayó algo. El niño metió la mano por una especie de trampilla, sacó un paquete crujiente y, al abrirlo, un aroma a aceite y sal impregnó la atmósfera.

—¿Qué es eso que tiene? —le preguntó Miki a Kurt.

—Patatas.

—¿Están buenas? Huelen bien.

—Chist.

Miki siguió observando a su alrededor. De la pared colgaba una pantalla en la cual iban apareciendo distintas imágenes. Se quedó fascinada; le cogió la mano a Kurt y devoró la pantalla con los ojos. Se preguntó quién creaba aquellas imágenes y cómo se movían en la pantalla. Estaba tan concentrada observándolas que casi se olvidó de la nevera que tenía Kurt en el regazo, con el dedo de padre dentro.

Un hombre que vestía un uniforme verde pronunció el nombre de padre y lo siguieron por una puerta hasta una sala amplia llena de camas blancas y de personas de rostro gris y mirada triste. Les indicó una cama vacía y, después de que padre se sentara en ella, alguien corrió en torno a la cama una cortina azul. El hombre del uniforme llevaba una cosa rara, hecha de tubos negros, colgada del cuello. Dijo que era médico y padre le explicó lo que le había ocurrido en los dedos. El doctor abrió la nevera y echó un vistazo al contenido, luego retiró el paño que envolvía la mano de padre y tensó el rostro. Acercó unas tijeras a la mano ensangrentada de padre y, de repente, apareció otro dedo en la palma de su mano.

Miki tuvo de nuevo la sensación de que flotaba. La sala se movía. Oyó ruido de zapatos y ruedas sobre el suelo de linóleo y todo se empezó a apagar. Pero no había tiempo para desmayos. El doctor pidió ayuda a gritos y tras la cortina apareció otro hombre con uniforme que se llevó a padre en una silla de ruedas.

Se sentaron de nuevo en la sala de espera. Durante un largo rato, Miki se mantuvo alerta: observaba a su alrededor y pensaba en lo que había ocurrido. ¿Y si no podían arreglarle los dedos? ¿Se había metido en un lío? ¿Había sido culpa suya? ¿Y todo lo que tenía a su alrededor en aquel instante? ¿Cómo podía encontrarle sentido a todo aquello?

Pese a la agitación de su mente, debió de quedarse dormida con la cabeza

apoyada en el regazo de Kurt, porque más tarde madre la zarandó un poco para despertarla. El doctor había regresado para hablar con ellos. Miki estaba tan cansada que a duras penas lo escuchó cuando el hombre dijo que la operación para reimplantarle los dedos a padre no había ido bien. Mientras madre lloraba y Kurt guardaba silencio, Miki echó un vistazo a su alrededor y se fijó en las nuevas personas que esperaban en la sala. Un hombre gordo que olía a tabaco y con aspecto de rana. Una niña con la nariz llena de mocos y una muñeca que parecía un bebé de verdad. Un niño con un juguete muy ruidoso que hablaba y emitía música.

Miki sabía que debía sentirse culpable y triste por los dedos que su padre había perdido. Sabía que debía pedirle perdón a Dios. Pero, en lugar de eso, estaba absorta en el mundo.

Sus sentidos trabajaban a toda marcha. Una desgracia se extendía ante ella. Y en la cresta de la ola de aquella desgracia, una oportunidad. Un cosquilleo en su mente al pensar en todo lo que tenía por delante.

Allí estaba: entonces y ahora. Una persona joven a la espera del mundo.

TERCERA PARTE

BROTOS

Max no sabía cómo habían descubierto los niños del cole lo de los cachorros, pero a principios de semana no hablaban de otra cosa.

—¿Qué ha pasado? ¿Tu padre los ha matado?

—Lily Moon dice que tu padre los ha ahogado.

—¿Por qué vive tu padre en casa de Mooney?

—¿Por qué duerme en el sofá de casa de Lily Moon?

—¡Porque mamá quiere matarlo! —gritó Max—. ¡Y yo también!

Max se hacía el duro por fuera, pero por dentro lloraba. No quería pensar en los cachorros. No quería imaginar sus caritas ni la expresión que debían de tener cuando papá los había sumergido en el agua.

Max sabía que *Rosie* nunca había sido una mala madre. Papá debía de haber ahogado también a los otros cachorros nada más nacer y por eso Max nunca los había llegado a ver. Se fue a los lavabos del colegio y lloró hasta que se le acabaron las lágrimas. Esperaba que papá se quedara para siempre en casa de Mooney, porque Max no pensaba perdonarlo jamás.

Todo el mundo lo compadecía..., excepto Jaden, que lo miraba con una mueca burlona en el rostro, como si desde el principio hubiera estado deseando que los cachorros se murieran.

—Pobrecito Maxie, no puede dejar de lloriquear por sus perritos. Llorica, que eres un llorica. Ya están muertos.

«Todos no», pensó Max.

No quería que Jaden se enterara de lo de *Bonnie*. Vivía con Leon y eso era lo mejor para ella, ya que Max no podía quedársela. Todos los días, antes de ir al cole, se acercaba a casa de Leon para ver cómo estaba la perrita. Por las

tardes iba a darle de comer y jugaba con ella hasta que Leon volvía a casa. Lo de adiestrarla no iba demasiado bien, pero mamá decía que tenía que seguir trabajando en ello. Lo malo era que *Bonnie* se concentraba menos que Max en clase. Supuso que en el fondo se parecían mucho.

En casa estaba todo muy tranquilo sin papá. Nada de gritos. Nada de discusiones. Max había oído a mamá hablar por teléfono con Trudi.

—¿Cómo lo soporta Liz?... ¿Te imaginas a Shane y a Mooney en la misma casa?... Tienes razón. A la pobre Liz no le queda otra... Imagínate la de cerveza que se estarán bebiendo entre los dos. Tanta cerveza y charla de machos... ¿Qué? ¿Cómo que te preguntó si podía quedarse en tu casa?... Menuda jeta... No, no quiero que vuelva. Déjalo que sufra.

Sin embargo, Max se daba cuenta de que mamá iba mucho más cansada sin papá en casa. Y a él también le tocaba encargarse de más tareas, como cortar la leña y meterla en casa, o sacar la basura.

El domingo por la noche, cuando se levantó para ir a hacer pis, vio que la habitación de Suzie estaba vacía. Cogió su linterna, fue buscar a su hermana y la encontró en la cama de mamá. Cuando papá volviera no tendría sitio, así que le tocaría irse a dormir al garaje con *Rosie*. Eso era lo que le había dicho mamá a Trudi en unas cuantas ocasiones.

A Max no le importaría dormir con *Rosie*. Se llevaría su saco y su almohada, y, si no llovía, podrían dormir al raso, bajo las estrellas. *Rosie* era mucho mejor que una bolsa de agua caliente y era bonito estar fuera por la noche. Cuando no había nubes, el cielo se veía tachonado de estrellas y se podía contemplar el universo, que era infinito, y entonces la tristeza se disipaba y ya no se era nada ni nadie y los problemas desaparecían. Imaginar esas cosas ayudaba a Max a soportar el colegio. Y lo ayudaba a olvidarse de Jaden, que seguía siendo su mayor problema. Los cachorros ya no estaban, así que a Max ya no le preocupaba que Jaden pudiera hacerles daño, pero seguía teniéndole miedo. Jaden era fuerte y lo amenazaba una y otra vez con darle una paliza.

Durante la hora de la comida, Max trataba de evitarlo escondiéndose, pero Jaden siempre daba con él. El jueves se había pasado la hora de la comida sentado en el váter, con la esperanza de que Jaden se cansara de esperarlo por ahí y se marchara. Y, finalmente, se había marchado. Pero por la tarde, cuando sonó el timbre al terminar las clases, Max trató de escabullirse e ir corriendo a buscar su mochila.

Jaden, sin embargo, lo estaba esperando, y le clavó un dedo en las costillas.

—¿Me has traído más cigarrillos?

—No. Mi padre me pilló y por eso mató a los cachorros.

Max quería que Jaden se sintiera culpable, pero por su mirada supo que no le importaba.

—Tienes que traerme los cigarrillos igualmente.

—No puedo.

—Vamos detrás de los lavabos, entonces.

Max tuvo que seguir a Jaden, y Callum también los acompañó.

—Si no puedes conseguirme los cigarrillos, tendrás que robar otra cosa —dijo Jaden—. Total, robar tabaco es demasiado fácil.

Max notó un escalofrío.

—¿Como qué?

El tonto de Callum parecía entusiasmado con la idea. Y eso que se suponía que era amigo de Max.

—Algo de las tiendas —dijo Jaden—. Una bolsa de patatas.

—Ni hablar —dijo Max—. Hacen demasiado ruido. Me pillarían enseguida.

—Pues chokolatinas. O chuches.

Callum observó a Max con los ojos muy abiertos, como si temiera por él. Max también estaba asustado.

—Robaré algo en el supermercado —dijo, aliviado cuando se le ocurrió la idea.

No le resultaría muy difícil, estaba tirado. Pero Jaden le dedicó una mirada maliciosa.

—No, tienes que robarlo en la tienda de comida para llevar.

A Max le entró el pánico. Si Kurt lo pillaba, estaba muerto. Y no quería robarle nada a Miki porque ella siempre le sonreía y le preguntaba qué tal iba todo.

—En el supermercado —repitió.

Pero sabía que estaba atrapado: no le iba a quedar más remedio que hacerlo

—El fin de semana que viene —añadió, intentando ganar tiempo.

Jaden escupió al suelo e hizo crujir los nudillos con un gesto amenazador.

—No. Ahora en la tienda de comida para llevar o te machaco.

No tenía escapatoria.

Cogieron las mochilas y se dirigieron a las tiendas. Max se entretenía y buscaba excusas, como atarse los zapatos, para parar cada dos por tres, pero Jaden le daba una patada para obligarlo a seguir andando.

Se detuvieron frente a la tienda de comida para llevar, al otro lado de la calle, y Max se sintió fatal. ¿Cómo iba a hacerlo sin que lo pillaran? Si tuviese dinero, podría comprar unas cuantas chuches y luego aprovechar para robar algo mientras le cobraban.

—¿Tenéis cincuenta centavos? —dijo—. Si no llevo dinero, se darán cuenta enseguida de que he entrado a robar.

Callum asintió.

—Tiene razón. Kurt lo matará. Va en serio.

Jaden se rio con desdén.

—Mala suerte. —Empujó a Max hacia la calzada y añadió—: Ya se te ocurrirá algo.

Max entró en la tienda. No había nadie, sólo Miki detrás del mostrador. Mejor ella que Kurt.

—Hola —dijo Miki.

—Hola.

Max se dedicó a dar vueltas por el local. Miró dentro de la nevera y en los estantes y luego echó un vistazo a las chuches, a las chokolatinas y a las bolsas de patatas. ¿Cómo lo iba a hacer?

—¿Estás bien? —le preguntó Miki—. Qué triste lo de los cachorros.

Max desvió la mirada.

—Sí, ya.

—Siento no haber podido ofrecerles un hogar. Pero me han dicho que Leon se ha quedado una perrita. Me alegro. ¿Vas a verla?

—Sí, todos los días. Lo estoy ayudando a adiestrarla.

—Seguro que no es fácil.

—No, porque sólo quiere jugar. Echa de menos a los otros.

—Seguro que tú también.

Sí, los echaba de menos, pero en ese momento tenía otras cosas en la cabeza. Estudió detenidamente los estantes, como si fuera a comprar algo.

Miki lo estaba observando.

—¿Puedo ayudarte? —le preguntó al cabo de un rato.

—No, gracias, sólo estoy mirando.

Echó un vistazo a través de la ventana y vio a Jaden y a Callum, que seguían esperándolo al otro lado de la calle. ¿Por qué no se largaban de una vez? Cogió una lata de Coca-Cola y la dejó sobre el mostrador.

—¿Cuánto vale?

—Tres dólares.

Fingió buscar dinero en los bolsillos.

—No me llega.

—¿Y para una bolsa de patatas?

Max negó con la cabeza.

—Tampoco.

Miki sonrió.

—Parece que hoy no es tu día de suerte, ¿eh?

Miki tenía razón. Max no sabía qué hacer. No podía salir a la calle sin nada. Lo mejor era seguir hablando para distraerla y aprovechar entonces para robar algo.

—¿Qué días cerráis? —preguntó.

—Lunes y martes.

—Se lo diré a mi madre. Me ha dicho que lo preguntara.

Era mentira y Miki lo sabía: Max lo intuyó por su expresión.

—¿Por qué llevas esas trenzas enrolladas en la cabeza? —le preguntó.

Miki se tocó el pelo y se ruborizó.

—No lo sé. Siempre he llevado el pelo así. Mi madre también lo llevaba así.

Miki se alejó un momento para comprobar la freidora y Max aprovechó la oportunidad. Cogió lo primero que encontró, un paquete de caramelos Fruit Tingles, y se lo metió en el bolsillo. Miki se volvió de nuevo hacia él y Max no supo muy bien si lo había visto o no.

—Bueno, gracias, adiós —dijo, y salió de la tienda.

Cruzó la calle y empezó a subir rápidamente la cuesta, seguido de Jaden y Callum.

—¿Lo has hecho? —preguntó Callum.

Max no dijo nada. El corazón le latía tan rápido que apenas podía hablar. Dobló una esquina y sólo entonces se detuvo. Abrió la mano y les mostró el paquete de Fruit Tingles.

Jaden se rio con desdén, pero Callum estaba entusiasmado.

—¡Ostras! Lo has hecho. Lo has hecho, Max.

Max se sentía tan débil que le pareció que iba a desmayarse, pero lo había conseguido. O, por lo menos, creía haberlo conseguido. ¿Y si Miki lo había visto pero no había dicho nada ni había intentado impedirselo?

Jaden le arrebató el paquete de caramelos, lo abrió y se metió unos cuantos en la boca.

—Eh —dijo Callum—, son de Max. Los ha robado él.

Jaden sonrió y dejó caer dos al suelo.

—Ahí tenéis. Hay que compartir siempre, ¿verdad?

Max cogió un caramelo y se lo metió en la boca, pero no sabía bien. A lo mejor estaba caducado. O a lo mejor era que se sentía fatal por haberle robado a Miki.

—¿Qué es lo siguiente? —dijo Callum.

A Max le entraron ganas de matarlo, pero Jaden sonrió de forma muy desagradable.

—Una lata de Coca-Cola.

Bueno, podía haber sido peor. Cogería una de la nevera de casa. Intentó parecer asustado para que Jaden no eligiera algo más difícil, pero por la sonrisa del grandullón, Max supo que la cosa no iba a ser tan sencilla.

—Fría —dijo—. Tienes que cogerla de la tienda mientras nosotros te esperamos. Como hoy.

—Eso es muy difícil —dijo Callum—. Lo verán cogerla de la nevera.

Jaden sonrió aún más.

—Ya se te ocurrirá algo, ¿verdad, Max? Si no lo haces, te daré una paliza que te va a dejar dolorido hasta la semana que viene.

Max clavó la mirada en la acera, tratando de ocultar su miedo. Tendría que pensar en un plan. Debía existir alguna manera de hacerlo.

—¿Tú has robado alguna vez en esa tienda? —le preguntó Callum a su hermano.

—Cierra la bocaza, Callum. O serás tú el que cobre.

Max siguió con la mirada en el suelo.

—Me voy a casa —dijo.

Y se alejó sin volver la vista.

La mañana de la feria del bosque, Leon recogió a su abuelo en la residencia de ancianos y lo ayudó a subir al coche. Tuvieron que hacer unos cuantos malabarismos para acomodarlo en el asiento del pasajero, pero valió la pena aunque fuera sólo por ver la sonrisa del anciano. Glenys había decidido no acompañarlos.

—Le cuesta un poco caminar —explicó el abuelo—. Dice que disfrutemos de nuestro día de chicos... Bueno, así es como lo ha llamado.

Pasaron a orillas del río, luego entre tierras de labranza y huertos y, por último, se dirigieron de nuevo al agua. El abuelo de Leon se volvía hacia un lado y hacia el otro, como si no quisiera perderse nada.

—¿Por qué han puesto redes en esos árboles?

—Son cerezas, abuelo, cuestan un ojo de la cara.

—¿Y ese barco? ¿Para qué quieren un barco tan grande?

—Cría de salmones. Va todo el día río arriba y río abajo. Deben de estar abasteciendo al universo entero.

—El salmón es muy bueno. Ojalá pudiera comerlo más a menudo.

—Yo no me lo puedo permitir —dijo Leon.

—A Glenys le gusta.

Leon sonrió. El abuelo parecía un colegial enamorado.

Pasaron por el pueblo en el que vivía Leon y, desde allí, siguieron los carteles para llegar hasta la feria. Se celebraba en un campo inmenso. El prado vecino, habilitado como aparcamiento, estaba hasta los topes. Incluso había coches aparcados en hilera en los arcenes de la carretera. En la entrada, un representante del Rotary vestido con un chaleco reflectante agitó una lata

y Leon, tras bajar la ventanilla, le dio unas monedas. El hombre señaló hacia la otra punta del aparcamiento.

—¿Puedo dejar a mi abuelo un poco más cerca? —preguntó Leon—. No puede andar mucho.

El hombre refunfuñó algo, pero sonrió al ver la expresión entusiasmada del anciano.

—Eh, abuelo, ¿listo para divertirse un rato?

—Desde luego. No me dejan salir a menudo, así que pienso aprovechar el día todo lo que pueda.

—Bien hecho —dijo el representante. Y luego, dirigiéndose a Leon—: Deja a tu abuelo cerca de aquella carpa grande y luego a ver si tienes suerte y encuentras sitio.

Leon así lo hizo. Cuando volvió, después de aparcar el coche, el anciano estaba sentado en el andador. Era fácil distinguirlo, con su traje gris, su camisa y su corbata, y su viejo sombrero de fieltro adornado con una pluma.

—Te lo has tomado con calma —le dijo a Leon—. Casi me muero esperando.

Leon plegó el andador y se lo metió bajo el brazo. Fueron avanzando por el campo, que estaba abarrotado de gente. Habían montado un buen tinglado: hileras de carpas y tiendas; camiones de troncos y camionetas junto a las vallas; un recinto para cortar leña, cerca de un mástil muy alto preparado para escalarlo como si fuera un árbol; caballos de tiro que arrastraban carros cargados de troncos; puestos de comida; hombres barrigones que llevaban sombreros Akubra y vestían camisas de franela; niños que correteaban por todas partes, mientras sus madres se esforzaban inútilmente por no perderlos de vista...

Leon llevó a su abuelo hasta una multitud que se había congregado en torno a una camioneta todoterreno, en un recinto circular acordonado. Dentro de la cabina había un hombre y otros tres detrás de la camioneta. Leon reconoció a Toby y a Mooney, del equipo de fútbol.

—¿Qué van a hacer aquí? —le preguntó al hombre que estaba a su lado.

—Una competición, tío. *Arrima el hombro*, se llama. Está a punto de empezar.

—¿Quieres verlo? —le preguntó a su abuelo.

—Sí. Quiero verlo todo.

Leon colocó el andador en la primera fila y llegaron justo a tiempo. Cuando sonó el pistoletazo de salida, los tres hombres arrimaron el hombro al portón trasero de la camioneta y contrajeron el rostro por el esfuerzo. La multitud los animaba con sus gritos.

—¡Vamos! ¡Adelante, chicos!

Al principio no ocurrió nada, pero poco después la camioneta empezó a desplazarse hacia delante. Se movía muy despacio, pero los hombres consiguieron empujarla unos treinta metros hasta una línea blanca pintada en la hierba.

Leon pensó que se había acabado, pero entonces Mooney se puso los zahones y el casco que estaban en la caja de la camioneta, cogió una motosierra, se colocó unas gafas protectoras y unas orejeras y, por último, arrancó la máquina. Cerca de la línea blanca había un tronco colocado sobre unos caballetes. Mooney procedió a cortar dos discos de madera antes de apagar el motor y pasarle las protecciones a Toby. Luciendo músculos y tatuajes, Toby se puso las protecciones y cogió una pequeña hacha plateada, con la que cortó en cinco piezas cada uno de los discos. El último miembro del equipo cargó la leña en la caja de la camioneta, mientras la multitud rugía entusiasmada. Rojos por el esfuerzo, los tres hombres volvieron a empujar la camioneta hasta la línea de salida.

Leon no pudo evitar echarse a reír. ¡Qué locura de competición! Cuando un equipo terminaba, empezaba el siguiente. Leon y su abuelo animaron con el público; el anciano no se estaba quieto en su andador y agitaba su huesudo brazo.

A continuación presenciaron el concurso de lanzamiento de botas de

goma. Luego, guiados por el chirrido de las motosierras, llegaron hasta una zona acordonada donde varios hombres provistos de orejeras y gafas protectoras formaban una fila ante varios caballetes numerados, en cada uno de los cuales descansaba un tronco colocado horizontalmente. Cuando el juez bajó la bandera, los hombres se acercaron a sus puestos, entre el chirrido de las motosierras, y procedieron hábilmente a cortar discos: el primero por arriba, el segundo por debajo y el tercero introduciendo la sierra en el tronco y cortando en oblicuo.

Shane estaba en el segundo grupo: Leon había reconocido el trasero huesudo de su vecino, que enseñaba la raja al estilo obrero de la construcción. Tranquilo y concentrado, Shane cortó sus discos con rapidez y precisión. En el suelo quedaron unas pequeñas montañas de serrín. Wendy estaba siguiendo la competición con los niños. Suzie se había tapado las orejas con las manos para protegerse del ruido. Cuando Shane obtuvo el primer premio —una bandeja de carne, gentileza de la carnicería del pueblo—, se acercó despacio a Wendy, pero ella le dio la espalda. Leon oyó a Shane suplicarle a su esposa.

—Oh, vamos, Wendy. Es para ti. Quiero volver a casa.

Wendy le lanzó una mirada que habría parado un tren.

—Dásela a Liz. Así te pagas el alojamiento.

—No tendría que pagar alojamiento si me dejaras volver.

—Eso tendrías que habértelo pensado antes de matar a los pobres cachorros.

Leon vio a Max y lo saludó; el niño le devolvió el saludo. Llevaba un perrito caliente en una mano y su teléfono en la otra y, al parecer, se lo estaba pasando muy bien. Se acercó a ellos arrastrando los pies.

—Hola, Max —dijo Leon—. Éste es mi abuelo.

—Hola —dijo Max, que le dio un mordisco a su perrito caliente.

—¿Está bueno? —preguntó Leon.

El niño se encogió de hombros.

—Le falta salsa.

—Éste es el niño que me ha regalado a *Bonnie* —le dijo Leon a su abuelo.

—Ah, sí —contestó el anciano, mirando a Max con los ojos entornados—.

Se ve que entiendes mucho de perros, ¿eh?

Max sacó pecho, orgulloso.

—*Bonnie* es muy buena, ¿verdad? La estoy intentando adiestrar.

—Eso está muy bien —dijo el abuelo—. Los perros no sirven de nada si no son obedientes.

—Y estamos progresando, ¿verdad, Max? —dijo Leon, guiñándole un ojo.

Max asintió.

—Ahora ya se sabe sentar. Y la estoy enseñando a tumbarse.

—*Ven* es la orden más importante. *Ven o te doy una paliza*.

Max pareció confuso.

—Pero no vendrá si está asustada.

El abuelo le dio un codazo a Leon.

—¿Lo ves? Ya te he dicho que el chico era listo.

Leon se distrajo un momento al escuchar jaleo de voces.

—¿Qué pasa allí?

Max se volvió hacia el lugar del que procedía el alboroto.

—*Arrastre de camiones*. Me voy, que quiero ver a Toby y a Mooney.

Y se alejó corriendo con sus huesudas piernas.

Leon y el abuelo cruzaron despacio el campo para reunirse con la multitud. El Kenworth de Robbo estaba en el recinto circular y, delante del vehículo, se hallaban Toby, Mooney y Shane con una gruesa cuerda en torno al pecho. Cuando el juez dio la señal, los hombres empezaron a tirar, con la cabeza gacha y el cuerpo inclinado hacia delante. Resoplando y gruñendo por el esfuerzo, finalmente consiguieron separar el camión de la línea de salida y lo arrastraron diez metros. Los ojos casi se les salían de las órbitas. Robbo los esperaba en la línea de meta y, cuando llegaron, lanzó un puño al aire y palmeó la espalda de los tres.

El abuelo de Leon negó con la cabeza.

—Lo que es capaz de hacer la gente por un premio...

Después de eso, Leon y el abuelo vieron a los caballos de tiro arrastrando un camión. Y luego a un escalador de árboles trepar por un altísimo poste de madera.

A continuación, el anciano quiso ver el concurso de esculturas: los participantes, equipados con motosierras, creaban sus obras a partir de unos grandes bloques de madera. Robbo estaba tallando un bloque de eucalipto de pantano para darle la forma de un camión de troncos. Leon no tenía ni idea de que supiera usar una motosierra. Toby también estaba allí, dándole forma a un koala. Y entonces apareció Shane, que, con un cigarrillo entre los labios, se puso manos a la obra. Leon no lo suponía con madera de artista, por lo que se sorprendió al ver la escultura que su vecino estaba creando con sus propias manos. Era una especie de lechuza. Como el abuelo quiso acercarse para ver mejor, Leon los presentó.

—Hola, Shane, éste es mi abuelo: Thomas Walker.

Shane le dio una calada al cigarrillo y observó fijamente a Leon. Luego miró de arriba abajo al anciano y debió de gustarle lo que vio, porque le tendió la mano. El abuelo se la estrechó con entusiasmo.

—Es una auténtica pasada, Shane —dijo Leon—. No sabía que tuvieras tanto talento.

—Rezumo talento —le contestó sonriendo—. ¿Sabéis qué es?

—Una lechuza enmascarada —dijo el abuelo—. Se nota por el pico.

Shane contempló al anciano con interés.

—¿Entiende usted de esas cosas? ¿Ha pasado mucho tiempo en el bosque?

El abuelo irguió la espalda y le brillaron los ojos.

—Leñador jubilado. Talé árboles durante muchos años en Bruny Island. Y también unos cuantos por esta zona. Árboles grandes. Ya no quedan tantos como antes.

—Aún hay muchos árboles grandes —dijo Shane.

Era de esperar que los leñadores defendieran su industria hasta acabar con

el último árbol viejo, pensó Leon, igual que los pescadores de bacalao defendían su derecho a seguir pescando bacalao hasta que ya no quedara ninguno.

El abuelo observaba a Shane con mucha atención.

—Trabajar con la sierra es duro. No como esos tipos que van con las máquinas.

Shane asintió.

—Me dan ganas de reír cuando los oigo hablar de lo dura que ha sido su jornada laboral.

—Esas máquinas talan el bosque demasiado rápido —dijo el abuelo—. Un amigo mío dice que no son buenas para el sector. Os estáis quitando el trabajo a vosotros mismos.

Shane se encogió de hombros.

—Yo no, abuelo. Yo talo árboles en pendientes escarpadas, donde las máquinas no llegan, así que tengo trabajo garantizado. —Se dio una palmada en el culo—. Por eso estoy hecho un puto saco de huesos. Todo el día colina arriba y colina abajo. Pero cada vez abundan menos los tipos como yo. Los días de la motosierra tocan a su fin.

—Lástima —dijo el abuelo de Leon—. Y todo por culpa de esas máquinas, ¿verdad?

—Sí. Pero no vale la pena amargarse, así es la industria hoy en día. Las máquinas talan muchos más árboles en un día que yo. —Ladeó la cabeza—. ¿Habéis visto lo que son capaces de hacer? Si no, id a verlo. Van a hacer una demostración en la otra punta del campo. —Arrojó la colilla al suelo—. Bueno, más vale que siga.

El abuelo quería ver las máquinas, así que fueron avanzando hasta llegar a aquellas bestias metálicas de garras curvadas, que olían a aceite y gasolina. No había nadie cerca. Leon desplegó el andador y el abuelo se sentó a esperar.

—Tu vecino es muy bueno —dijo el anciano—. Me gusta su lechuza.

—Sí. —Leon no quería elogiar a Shane—. Supongo que si te pasas todo el día con una sierra, se te acaba dando bien.

Su abuelo lo observó.

—No le tienes mucho cariño, ¿verdad?

—No es que me haya acogido con los brazos abiertos... Y es un asesino de cachorros.

—O sea que fue él, ¿eh? Sus valores no coinciden con los tuyos y te cuesta aceptarlo.

Leon se encogió de hombros.

—Las personas que no son capaces de cuidar animales, no deberían tenerlos.

—Supongo que no esperabas que encajar en un sitio nuevo fuera fácil, ¿verdad?

—No. Y por eso juego al fútbol..., para conocer a otras personas y tratar de encajar.

—¿Y funciona?

—Hago lo que puedo por mantenerme neutral.

—Puede que ése sea el problema. A lo mejor es que no terminan de entenderte. Si no te identificas con algo, no eres nadie.

—Es un pueblo maderero, abuelo. Nadie me va a tomar mucho cariño si les digo que quiero salvar árboles.

—No puedes permitir que te pisoteen.

—Nadie me está pisoteando.

Su abuelo arqueó una ceja.

—¿Seguro? —Desvió la mirada hacia las máquinas y sus garras especializadas—. No sé adónde iré a parar la industria —dijo, frunciendo el ceño—. Ahora todo son virutas.

—Gran volumen de ventas y dinero rápido —dijo Leon—. Los leñadores dicen que los árboles son renovables, y que por eso el Gobierno debería permitirles acceder a más bosques para poder obtener más trozas.

—Eso es un chorrada —dijo el abuelo—. Los árboles para trozas tardan una eternidad en crecer. ¿Es que quieren que dentro de veinte años no haya trabajo?

Mientras hablaban, Leon se había fijado en un pequeño grupo de personas que cruzaban el campo en su dirección: tres hombres jóvenes y dos mujeres. Los hombres vestían chaquetas de forro polar y vaqueros; uno de ellos llevaba una cámara de tamaño medio con un micrófono incorporado. Una de las mujeres era algo mayor, tenía el pelo gris y llevaba un abrigo elegante de color beis. La otra era mucho más joven, probablemente de veintipocos años, y vestía de forma parecida a los hombres. El radar mental de Leon empezó a emitir pitidos. No parecían leñadores: algo en su ropa, y en su paso decidido, así lo indicaba. El instinto le dijo que era mejor que se marcharan de allí.

—Tenemos que irnos —dijo mientras ayudaba a su abuelo a ponerse en pie y plegaba el andador—. Podemos volver más tarde.

El abuelo, sin embargo, se resistió.

—Quiero ver las máquinas en acción.

Cuando el grupo pasó junto a ellos, Leon vio que los hombres llevaban unas mochilas abultadas.

—Ésos están tramando algo —dijo—. Y será mejor que no nos pillen aquí en medio.

Al momento, sin embargo, se arrepintió de haberlo dicho, porque después de eso su abuelo se negó a moverse.

El grupo llegó hasta las máquinas y los hombres, tras quitarse las mochilas, sacaron de ellas unos rollos de tela y empezaron a desplegarlos. Dos hombres subieron a las máquinas y, desde abajo, las mujeres les pasaron las telas y los ayudaron a colgarlas desde el brazo mecánico. Eran dos sábanas grandes que contenían unos mensajes pintados en letras mayúsculas de color negro: LAS MÁQUINAS OS QUITAN PUESTOS DE TRABAJO y SALVEMOS LAS ÁGUILAS, SALVEMOS LOS BOSQUES. El hombre de la cámara se puso a grabar mientras la mujer joven sacaba un megáfono y empezaba a hablar.

—Un momento de atención, por favor, gracias. ¿Podéis mirar todos hacia aquí?

Leon echó un vistazo al campo y vio que algunos de los presentes se volvían a mirar.

—Soy el Lorax y hablo en nombre de los árboles. —La voz de la chica sonaba metálica y estridente—. Ha llegado el momento de dejar de expoliar nuestros bosques. Tenemos los mejores bosques del mundo y pertenecen a los contribuyentes de este país, no a la industria maderera. Los bosques son nuestros pulmones. Nos proporcionan oxígeno y almacenan carbono. No tiene sentido talarlos. Los leñadores no ganan dinero con los árboles: los subvencionamos con nuestros impuestos. Les pagamos para que destruyan nuestro legado. Hay que impedirlo.

—¿Quiénes son? —preguntó el abuelo—. No parecen verdes.

—Pues lo son, abuelo —dijo Leon—. Antes los verdes eran tipos melenudos y excéntricos, ahora son oficinistas y abuelitas. Madres y padres.

La mujer de más edad cogió un tambor y empezó a tocarlo mientras la joven seguía gritando por el megáfono.

—Esas máquinas son el enemigo. Están devorando nuestros bosques y nadie sabe el daño que están causando. Ya no hay puestos de trabajo. Tenemos que prohibirlas.

—Tiene razón, ¿sabes? —dijo el abuelo—. Jamás creí que diría algo así, pero tiene razón.

Leon trató de convencer al anciano para que se marcharan de allí.

—Vámonos, abuelo. Intuyo problemas.

Pero su abuelo estaba demasiado entusiasmado.

Varios hombres fornidos, vestidos con chalecos reflectantes, corrían en ese momento por el campo. Leon reconoció a Mooney entre ellos.

—¡Lo que está ocurriendo en nuestros bosques es un crimen! —gritó la joven—. ¡Es hora de que los leñadores se vayan! ¡Estas máquinas talan el

bosque tan rápido que los árboles no tienen tiempo de volver a crecer! ¡Ya basta!

—¡A la mierda! —chilló alguien.

Y, de repente, la multitud empezó a dirigirse hacia ellos como un enjambre, gritando.

—¡Fuera!

—¿Qué hacen aquí?

—¿Quién los ha dejado pasar?

—¡Ésta es nuestra feria!

—¡Putos verdes!

Mooney fue el primero en llegar a las máquinas y trató de arrancar las pancartas, pero los hombres las apartaron.

—¡Quitad esa pancarta ahora mismo! —gritó Mooney—. ¡Quitad esa pancarta ahora mismo o...!

—¿O qué? —le soltó el cámara—. ¿Nos vais a dar una paliza como los matones que sois?

—¡Bajad de ahí y largaos de una puta vez! —gruñó Mooney—. ¡No sois bienvenidos!

—Es una jornada familiar —dijo el cámara, al tiempo que agitaba un folleto—. Aquí lo dice: «Abierto a todo el mundo».

—Ya, bueno, eso no os incluye a vosotros.

Mooney se impulsó hacia arriba y cogió a uno de los hombres que se había encaramado a las máquinas. El cámara seguía filmando mientras su compañero trataba de apartar a Mooney con el pie.

—¡Te voy a denunciar por agresión! —le gritó a Mooney.

La joven se había apartado un poco y se dispuso a seguir hablando, pero Mooney le arrebató el megáfono de un golpe. Luego fue a por el tambor de la otra mujer.

—¡Joder, Mooney! —le gritó Leon—. ¡Cuidado con lo que haces!

Mooney se volvió hacia él y frunció el ceño.

—¿Estás de su parte?

—No quiero que te metas en problemas.

—Esta gente es el problema.

Mooney le quitó el tambor y lo lanzó lejos. Rebotó sobre la hierba y se agrietó. Después Mooney se volvió hacia los hombres de las máquinas. El cámara seguía filmando.

Shane también se había acercado. Trepó a la arrastradora como si fuera un mono, cogió a uno de los manifestantes por una pierna y tiró de él. El joven trató de liberarse, pero Shane no lo soltó. Otros hombres llegaron corriendo en ese momento y pasaron a toda velocidad junto a Leon y su abuelo.

—¡Llamad a la policía! —gritó alguien—. ¡La poli se encargará de echarlos de aquí!

La mujer joven consiguió recuperar el megáfono y echó a correr hacia un lado, gritando.

—No os gusta escuchar todo esto, ¿verdad? Porque sabéis que tenemos razón. Lleváis años destrozando nuestros bosques. Pues claro que no queréis parar. Lleváis demasiado tiempo haciendo lo que os da la gana.

Leon temía que las cosas se pusieran aún más feas.

—Vamos, abuelo, tenemos que marcharnos.

—No, espera. Mira.

La gente estaba obligando a los verdes a bajar a la fuerza de las máquinas. Mooney cogió las sábanas y las rasgó. Los manifestantes, sin embargo, no estaban dispuestos a quedarse de brazos cruzados. Ambos bandos empezaron a gritar y a empujarse, a agarrarse unos a otros de la ropa mientras las dos mujeres chillaban. El cámara seguía filmando.

De repente, el abuelo de Leon pareció inquieto.

—No irán a hacerles daño a esas mujeres, ¿verdad?

—Lo siento, abuelo —dijo Leon—, pero no podemos quedarnos para averiguarlo.

Lo cogió por el brazo y se lo llevó de allí.

—Deberíamos llamar a la policía —dijo el anciano, muy nervioso—. Para que las protejan.

Leon se volvió a mirar.

—Alguien acabará detenido por agresión, y no será ningún verde. Los leñadores están furiosos.

Se abrieron paso entre la multitud, hacia la salida, pero no era fácil avanzar entre el flujo de gente. Leon dejó a su abuelo cerca del aparcamiento y fue a buscar el coche. Era mejor irse antes de que empezaran a señalarlo a él con el dedo y a llamarlo *guardaparques*.

El día de su decimoctavo cumpleaños, Miki se despertó al oír el tintineo del agua en los bajantes. Cuando aún vivía en la granja, su sonido favorito era la música de la lluvia sobre el tejado. Le recordaba un hogar acogedor y cálido, el olor del pan y del estofado en la cocina, el aroma dulce de un pastel en el horno, los hilillos de agua que descendían por los cristales... Deseó que madre y padre estuvieran vivos y pudieran verla ese día. Pero... ¿se sentirían orgullosos de ella? No era perfecta —nadie lo era—, pero se había portado con Kurt lo mejor que había podido. Había intentado hacerle las cosas más fáciles, igual que madre con padre. Y nunca se había quejado, aunque motivos no le habían faltado. Seguro que su madre la habría aplaudido por ello.

Era temprano, pero se duchó y se lavó el pelo. Empezó a trenzárselo por la fuerza de la costumbre, pero se detuvo. Tenía dieciocho años y ya era hora de hacer algo distinto, ya era hora de un nuevo comienzo, así que se recogió el pelo en una cola de caballo. No tenía mucha práctica y se le hizo raro, pero al mirarse en el espejo vio en su rostro una expresión radiante de emoción. Niña ayer, mujer hoy. Su mirada era risueña, rebotante de esperanza.

Kurt se levantó a las seis y media, pero no le dijo nada. Miki preparó el desayuno y se lo dejó delante, con una taza de café. Estuvo todo el rato esperando a que él mencionara su cumpleaños o a que hiciera algún comentario sobre su nuevo peinado. Pero el desayuno transcurrió en silencio y Miki notó cómo su entusiasmo se apagaba. Kurt estaba absorto en el periódico: metía la cuchara en el plato de gachas de avena y se la acercaba a los labios con gesto ausente. Escuchó el tintineo de la cuchara de su hermano

en el plato, el ruido que hacía al sorber el café caliente. Era obvio que no se acordaba.

Cuando el plato de su hermano estuvo vacío, Miki lo retiró.

—¿Qué planes tenemos para hoy? —preguntó desde el fregadero.

—Es lunes, así que iremos al bosque.

—¿Y esta noche?

—Estaré en Hobart. Ya conoces la rutina.

—Es mi cumpleaños —dijo Miki.

Kurt se volvió hacia ella, pero su mirada era inexpresiva.

—¿Ah, sí? ¿A qué día estamos? —Miki se lo dijo y él dobló el periódico—. Pues sí, es hoy.

Miki esperó a que dijera algo más y el aire se le quedó atascado en la garganta a medida que iban pasando los segundos. Recordó el decimoctavo cumpleaños de su hermano: tarta de chocolate con su vela bautismal y canciones para celebrar su transición a la edad adulta. La sonrisa alegre y cálida de madre. La expresión seria de Kurt. El ceño fruncido en un gesto maduro y responsable.

—Podrías preparar un pastel —dijo finalmente su hermano.

Tal vez él también estuviera recordando.

Pero... ¿cómo se iba a hacer un pastel para ella misma el día de su decimoctavo cumpleaños? Miki apenas podía hablar.

—Un pastel de chocolate, si quieres —prosiguió Kurt—. Me gusta el chocolate.

Sí, Miki lo sabía.

—He pensado que a lo mejor podríamos salir —dijo.

—Ya vamos a ir al bosque.

—Hacer algo diferente —tanteó.

—Pensaba que te gustaba el bosque.

—Y me gusta. Pero es un día especial. Me siento más mayor.

—Me alegro —dijo él.

Nada más.

—Ahora ya soy adulta —añadió Miki.

Kurt sonrió, divertido.

—Sólo eres un día más vieja que ayer. No ocurre tan deprisa.

En la camioneta, Miki iba encogida y en silencio, absorta en su decepción. Kurt debía de saber que estaba dolida, pero se negaba a reconocerlo. Miki se merecía algo más. El día anterior había trabajado mucho para dar de comer a todos los clientes que habían acudido al pueblo para la feria y entraban en la tienda. Siempre trabajaba mucho para Kurt y él nunca agradecía sus esfuerzos. Debería ser un poco más considerado con ella, pensó. Cuando padre y madre vivían, los cumpleaños siempre habían sido fechas señaladas en la familia. Y desde que habían muerto, Miki seguía haciendo del de Kurt un día especial. No le importaba que su hermano no se hubiera acordado de su cumpleaños en años anteriores, pero... ¿qué le costaba celebrar con ella el decimoctavo?

Kurt también iba en silencio mientras conducía por el bosque. La lluvia había cesado, pero la carretera estaba húmeda y oscura, flanqueada por altos muros de árboles. Un tiempo muy acorde con el estado de ánimo de Miki. Giraron por la carretera secundaria y Kurt cruzó la zona talada sobre la cual se extendía un cielo gris nacarado. Entonces paró el coche, bajó y dejó la puerta abierta.

—Te toca —dijo.

—¿Qué?

—Conduces tú. Es tu regalo de cumpleaños. Una clase.

Temblando, Miki se sentó tras el volante y adelantó el asiento para llegar con los pies a los pedales. La invadió de repente el terrorífico recuerdo de la última vez.

—No sé si quiero hacerlo.

—Mala suerte —gruñó Kurt—. Si vuelven a picarme las abejas, quiero

estar seguro de que no nos vamos a matar mientras me llevas al médico.

Y de repente, sin más, Kurt estaba sonriendo. Fue como si el sol hubiera salido, pese a que el cielo seguía encapotado.

—Dabas miedo —dijo—. ¿Cómo pudimos sobrevivir?

Miki contempló el cambio de marchas y el salpicadero. Ya no recordaba para qué servían los pedales. No recordaba nada excepto la abrumadora fuerza del coche y su incapacidad para controlarlo.

—No puedo hacerlo —dijo.

—Sí que puedes.

Kurt le dio instrucciones y ella trató de escucharlas atentamente. Pie izquierdo en el embrague, pie derecho en el acelerador. Pisar el acelerador al soltar el embrague. Kurt maldijo cuando ella lo entendió todo al revés y la camioneta dio un salto, vibró y se caló.

—Inténtalo de nuevo —dijo.

Kurt tuvo paciencia durante los primeros intentos, pero poco después Miki empezó a escuchar de nuevo el zumbido de las abejas dentro de su hermano. Su sonrisa había dado paso a un ceño fruncido. Miki no supo muy bien qué le daba más miedo, si el coche o Kurt.

—No es fácil —dijo.

—Para ciertas personas no.

Miki lo intentó de nuevo y así fueron avanzando por la pista: motor en marcha, acelerón, sacudida, camioneta calada. Miki se dio cuenta de que el coche también empezaba a enfadarse. Rugía cuando pisaba el acelerador y gruñía cada vez que cometía un error. Finalmente, sin embargo, consiguió hacer algo bien y la camioneta avanzó. La parte delantera dio una sacudida al coger un bache, pero por fin habían empezado a moverse.

—Vas a tener que practicar mucho —dijo Kurt en tono hosco.

—Pero lo estoy haciendo, ¿no? —dijo ella, eufórica—. Cuando le pille el truco, podré sacarme el carné.

Con el rabillo del ojo, vio a su hermano torcer el gesto.

—No hace falta. Esto es sólo en caso de emergencia.

—Pero si tengo el carné, podré ayudarte más.

—Tú tienes tus tareas y yo las mías. Conducir no es cosa de mujeres.

«Todas las mujeres del pueblo conducen», quiso decirle.

La camioneta se caló.

—Inténtalo otra vez —dijo Kurt—. Y deja ya de exigir tanto —añadió, pero volviendo a sonreír.

Después de dar varias vueltas por el claro, Kurt se sentó de nuevo al volante y condujo en dirección al bosque. Se había terminado la clase. Aparcó en el sitio de costumbre y luego, tras decirle a Miki que se quedara en el coche, se alejó por la pista con su rifle y su mochila. A Miki le molestó que él creyera que se iba a quedar ahí dentro el día de su cumpleaños, cuando tenía el bosque a su alrededor y allí no podía ocurrirle nada. Mientras lo observaba alejarse, un delicado petirrojo con una pequeña mancha rojiza en el pecho y una pincelada blanca en la frente descendió en picado hasta uno de los retrovisores laterales y ladeó la cabeza para contemplar su imagen reflejada. Miki se convenció de que era una señal: el bosque la llamaba. Bajó para respirar el aire frío de la mañana y el petirrojo levantó el vuelo, mostrándole la cola.

Miki avanzó por la pista y siguió las huellas que las botas de Kurt habían dejado en el barro. Las huellas se detenían junto a un enorme tocón, pero Miki vio el débil trazado de una senda que se adentraba en el bosque. Nunca había ido tan lejos, pero ahora que estaba allí sentía curiosidad. ¿Qué hacía Kurt? No había oído ningún disparo de rifle.

Abriéndose paso entre la maleza, Miki empezó a subir la colina, siguiendo siempre la imprecisa senda. El camino no era fácil, pues estaba repleto de raíces, ramas y troncos resbaladizos. Se tomó su tiempo y avanzó sin hacer ruido. Si Kurt la veía, se enfadaría. El bosque se plegaba a su alrededor y ella sabía cómo abrazarlo. Orientarse en el sotobosque tenía su truco: si no se oponía resistencia, el bosque te abría las puertas.

El sendero se volvió más escarpado tras recorrer un centenar de metros. Miki avanzó entre delgados árboles, en una zona densamente repoblada. Doscientos metros más allá llegó a la linde de un espacio abierto, talado en algún momento durante los dos últimos años. En el suelo aterronado se abrían paso delicados almácigos y enredadas briznas de hierba. Algo más adelante, Kurt caminaba por el terreno irregular, obviamente sin la menor prisa. Se detuvo, con un pie apoyado en un tocón, y Miki vio la nubecilla de humo que salía de su cigarrillo. Parecía relajado, como si hubiera desaparecido la habitual tirantez de sus hombros. Miki se sintió incómoda al invadir aquel momento privado. Conocía bien a Kurt, pero se sorprendió al percibir alivio en su postura y un atisbo de suavidad en su expresión. Tal vez el bosque también le hablara a él, como a ella, tal vez le ofreciera la oportunidad de dejar atrás su yo público para sumergirse en sí mismo. Miki nunca había pensado en el impacto que el trabajo diario tenía en él. Tal vez Kurt agradeciera liberarse de vez en cuando de la presión y la responsabilidad que suponía encargarse de ella. Mientras lo observaba, su hermano se inclinó, manipuló el rifle y luego apuntó hacia algo situado colina arriba. Se oyó un sonoro chasquido y varios fragmentos de corteza salieron volando de un tocón. Kurt terminó de fumar el cigarrillo, se alejó y desapareció en el bosque.

Miki esperó, sin atreverse a seguir adelante. Al cabo de un rato, oyó una especie de martilleo a lo lejos. El sonido del metal contra el metal llenó el bosque y después se oyó como un de golpeteo. En el claro, un verdugo picoteaba el suelo, buscando larvas entre los troncos podridos. Se acercó a Miki dando saltitos y la observó con sus penetrantes ojos amarillos.

Se hizo el silencio y Miki se inquietó. ¿Volvería Kurt por el mismo camino? No podía arriesgarse a que la encontrara allí, así que se apresuró a descender la colina.

Al llegar a la camioneta se detuvo y luego siguió andando. Tenía mucho tiempo. Kurt no volvería hasta dentro de una hora, de modo que decidió ir en

busca de las águilas. El polluelo había echado las plumas meses atrás, pero el bosque era algo más que un lugar para anidar: también era su hogar, así que tal vez aún anduvieran por allí cerca.

El árbol del nido estaba a unos diez minutos bosque adentro. Miki se llenó los pulmones de aire frío y aceleró el paso mientras caminaba por la pista. Ir adonde le apetecía, por sus propios medios, la llenaba de alegría.

Cuando ya estaba cerca del nido de las águilas, empezó a buscar. Si las aves estaban allí, no quería asustarlas con sus movimientos, así que avanzó despacio. Las copas de los árboles estaban muy arriba, pero Miki sabía que las águilas se posaban a menudo en las ramas bajas de las acacias, que ya estaban empezando a florecer. La primavera no tardaría en llegar. El bosque estaba repleto de árboles que recibían el nombre de hoja manta y de perfumados Pomaderris, por lo que quizá las aves se hubieran camuflado entre el follaje y permanecieran ocultas a la vista.

Pero no, allí estaban. Tres águilas enormes de abundante plumaje, posadas en una acacia: dos adultos de plumas oscuras y su cría, de un color algo más claro. El polluelo, que en realidad ya era tan grande como sus padres e igual de fuerte, estaba un poco apartado. Miki recordó la primera vez que lo había visto, con la cabeza calva asomada al borde del nido y el cuerpo cubierto de suaves plumas blancas. Viviendo tan arriba, podría haberse caído fácilmente, pero por algún motivo sabía que no debía moverse del nido. En tres meses había pasado de ser un polluelo suave y sedoso a convertirse en un pájaro temible y enorme, de ceño fruncido, plumaje irregular y pico ganchudo. Lo que más maravillaba a Miki era que había sabido exactamente en qué momento podía salir del nido. ¿Se lo habían dicho sus padres o había intuido sin más que sus alas ya estaban listas? Se preguntaba si los seres humanos también intuían esas cosas.

Miki se sentó en el suelo húmedo, cerca del árbol del nido, para contemplar a las aves y escuchar los sonidos del bosque. Las águilas sabían que estaba allí: la observaban con atención, por encima del pico ganchudo,

largo y negro, y luego sacudían las plumas y giraban la cabeza para prestar atención a algún otro sonido. Los árboles se movían sin descanso. Respiraban. Suspiraban. Crujían cuando dos ramas se rozaban entre sí.

Miki oyó un chasquido en alguna parte y el crujido de una rama al caer. Al mismo tiempo, las águilas se prepararon, se agazaparon y emprendieron el vuelo, con las sedosas patas inclinadas hacia atrás. Batiendo poderosamente las alas, se dirigieron hacia arriba entre los huecos de las ramas y fueron ganando más y más altura. Desaparecieron durante unos segundos, pero después Miki las vio recortarse en lo alto contra las nubes grises. Extendieron por completo sus largas alas terminadas en puntas que semejaban dedos y trazaron unos círculos amplios en el viento, usando a modo de timón la cola en forma de cuña. Libres.

Miki se sintió eufórica. Las águilas eran el mejor regalo de cumpleaños que jamás le habían hecho.

El martes por la noche, después de la feria del bosque, las vibraciones no eran demasiado buenas en el entreno de fútbol. Leon se sintió tan excluido como el día en que se había unido al equipo. Mooney rezumaba negatividad por los cuatro costados y Leon imaginó que lo culpaban a él de la disputa por las máquinas simplemente porque estaba allí cuando había empezado todo. A alguien tenían que echarle la culpa, supuso. Sin embargo, le fastidiaba: ¿le iba a tocar pringar a él cada vez que necesitaran un cabeza de turco?

Para evitar a Mooney, Leon se colocó en la otra punta del grupo durante el calentamiento, pero el otro parecía enloquecido y hervía de rabia. La cosa podía acabar en una nariz partida, y sería la de Leon, no la de Mooney. Pasar de él era un buen plan, pero Mooney no hacía más que chocar contra él, empujarlo y decir entre dientes:

—¿Qué pasa, guardaparques? ¿Es que no te aguantas de pie?

Leon se levantaba y continuaba como si no hubiera pasado nada, pero por dentro estaba que echaba chispas. Algo más tarde, Mooney lo golpeó intencionadamente en el estómago durante un ejercicio y nadie reaccionó. Aquélla fue la gota que colmó el vaso.

—Vete a la mierda, Mooney —dijo Leon en voz alta, cuando recuperó el aliento.

El equipo al completo se detuvo.

—¿Tienes algún problema? —le preguntó Mooney, torciendo los labios.

—Sí, lo tengo. Estoy harto de tus gilipolleces. Ya es hora de que empieces a darle al balón y no a mí.

Mooney se acercó y Leon tuvo la sensación de que la atmósfera se volvía

asfixiante. Todo el mundo los estaba observando. Si el entrenador no se ponía de su parte, se acabó la temporada. Leon no pensaba pelear con aquel cabrón, así que tendría que largarse y olvidarse del fútbol. Esperó y el silencio se hizo más denso. No se podía creer que los otros capullos se quedaran allí, sin actuar, y dejaran que Mooney lo hiciera pedazos. Era una recompensa bastante mezquina, después de lo mucho que se había esforzado para conseguir que el equipo ascendiera en la tabla. ¿Es que no se había ganado ni siquiera un poco de respeto, tras los muchos goles que había marcado?

Mooney tenía los puños apretados y la mandíbula proyectada hacia delante. Estaba tan cerca que Leon podía olerle el aliento: siempre le había parecido rancio. Leon estaba tenso, con todos los sentidos alerta; la noche cobraba vida a su alrededor.

—Eh, Mooney —dijo finalmente Robbo—. Para ya, ¿vale? Estamos aquí para entrenar. Este fin de semana tenemos un partido importante, no quiero ningún lesionado.

—Me encantaría mandarte a la otra punta del campo de un puñetazo —le gruñó Mooney a Leon—. Y te lo mereces, verde abrazaárboles.

El silencio se impuso de nuevo en el terreno de juego.

—Yo no tuve nada que ver con los manifestantes —dijo Leon.

—¿Y con el nido de águilas? —le ladró Mooney—. Seguro que fuiste tú quien dio el aviso.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque eres un guardaparques.

—Ya, vale, pues no lo hice. Pero a lo mejor tendría que haberlo hecho.

Los hombres se pusieron tensos.

—¿Qué quieres decir? —gruñó Robbo.

—Es bueno para el pueblo —dijo Leon—. Atraerá a los turistas.

El silencio se ensanchó aún más, como si fuera un abismo, y Leon se dio cuenta de que estaba a punto de tragárselo. Sólo hacía falta que dijera una palabra inadecuada. Lo único que había hecho era intentar defenderse, como

le había aconsejado su abuelo, y estaba sufriendo las consecuencias. Puede que no hubiera elegido el momento oportuno: él solo contra todo el equipo. No tenía demasiadas posibilidades.

—¿De qué hablas, guardaparques? —dijo Robbo.

Las palabras de Robbo cayeron como piedras en un estanque.

—El turismo trae dinero y trabajo —señaló Leon.

—Talar árboles trae trabajo —dijo Robbo con voz de acero.

La palabra *eso* flotó alrededor de Leon.

—Más te vale cerrar el pico, guardaparques, si quieres salir vivo de aquí —dijo Mooney.

Leo vio la amargura en la mirada de Mooney y percibió la rabia que destilaban los demás. Aquélla era una batalla que no podía ganar. Había dicho lo que pensaba y aún no lo habían molido a palos, así que quizá fuera bastante por aquella noche. Sonrió tímidamente.

—Claro. Tenéis razón. No es asunto mío. Mejor me mantengo al margen.

Intentó sonar despreocupado, pero la adrenalina hizo que le saliera una voz chillona.

Toby soltó una risotada.

—¿Te ha salido un gallo, guardaparques?

La tensión desapareció. Los hombres se partieron de risa y, muy a su pesar, Leon no pudo evitar sonreír.

—Muy bien, chicos —dijo Robbo, dando una palmada—. Vamos a seguir con el entreno.

Al terminar, Leon se dirigió hacia su coche. Se sentía cansado. Metió las botas en el maletero y rodeó el vehículo. En el lado del conductor, en letras mayúsculas de color negro, le habían pintado un mensaje: FUERA, GUARDAPARQUES.

Le temblaba todo el cuerpo cuando se sentó tras el volante. Defender sus principios no era muy conveniente por allí. No tenía ninguna duda acerca de la identidad del artista, pero con un poco de pintura quedaría solucionado. El

único problema sería ir al trabajo por la mañana..., aunque siempre podía salir antes de que amaneciera.

De no ser por Trudi, tal vez el padre de Max nunca habría vuelto a casa. Trudi fue a ver a la madre de Max el miércoles por la noche, cuando éste ya estaba en la cama. Mamá debía de pensar que ya dormía, pero en realidad Max estaba buscando la manera de esquivar a Jaden al día siguiente en el colegio. Jaden quería obligarlo a robar chocolate. El otro día había sido un polo. Max estaba cada vez más nervioso por lo de los robos, pero aparentemente se le daba bien: Miki nunca le decía nada, pero a veces lo miraba de una forma extraña y él se sentía fatal. No sabía cómo parar todo aquello.

Oyó que alguien llamaba a la puerta y, a continuación, los pasos de su madre por el pasillo para ver quién era. Luego la oyó decir:

—Hola, Trudi.

—Hola, Wendy, ¿puedo pasar? Te he traído un poco de sopa.

Se produjo un silencio antes de que su madre respondiera.

—Eres muy amable, pero no hacía falta que te molestaras, ¿eh? Sé cocinar.

—Ya lo sé, pero debes de andar muy ocupada cuidando tú sola de dos niños.

—Mejor cuidar de dos que de tres.

Max se preguntó a qué se refería.

—Bueno, esta noche he hecho una olla muy grande, así que tengo sopa para dar y vender —le dijo Trudi—. He pensado que te iría bien.

—Eres muy amable. Pasa.

Max oyó el crujido de las tablas de madera del suelo cuando su madre y

Trudi se dirigieron a la cocina.

—Los niños ya están en la cama —dijo su madre.

—Vale. Hablaré bajito.

Oyó el chirrido de las sillas al retirarlas. El susurro del agua del grifo. El silbido y el borboteo del hervidor. El murmullo de las voces. Pero no entendía qué decían, así que se levantó de la cama y se acercó sigilosamente por el pasillo.

—¿Cuándo vas a dejar volver a Shane? —le estaba preguntando Trudi.

—¿Por qué iba a dejarlo volver después de haber matado a los cachorros?

—Fue espantoso. Pero ya lo había hecho antes y no lo echaste de casa.

—Esta vez ha sido distinto. Los niños les habían cogido cariño. Y lo hizo para vengarse de Max. Se supone que el adulto es Shane, ¿no?

—En la feria lo vi muy triste.

—Ya, pues eso no le impidió pelearse con aquellos verdes.

—Eso no fue más que emoción reprimida. Todos están enfadados por lo del nido de las águilas.

—Shane no necesita ninguna excusa.

—Nos ha preguntado si podía quedarse en casa —dijo Trudi.

—Vaya jeta, ¿no?

—Liz se está hartando de él. Tres semanas teniendo a alguien en el sofá es mucho tiempo.

Max oyó suspirar a mamá.

—Aquí todo está más tranquilo sin él. Todo es más fácil. A lo mejor no quiero que vuelva.

—Pues claro que quieres. Es el padre de tus hijos.

—Lo sé, pero también es como un grano en el culo. Bebe, fuma y juega. Me sale muy caro.

¿De qué estaba hablando mamá?, se preguntó Max. Ella también fumaba y bebía.

—¿Y si te encargas tú de la economía y le pasas una asignación semanal,

para que las cosas no se descontrolen?

—Es una idea..., pero no sé si soportaré tenerlo otra vez por aquí.

—Te entiendo, Robbo también me pone de los nervios a veces, pero... ¿qué me dices de cuando empezaste a salir con él? Algo debiste de verle, ¿no?

La madre de Max se echó a reír, pero no era una risa alegre.

—Alcohol y fiestas. En aquella época era divertido. Ahora ya no.

—Vamos, no puede ser tan malo. Cuéntame cómo empezasteis a salir. Yo aún no vivía aquí, fue antes de conocer a Robbo.

El hervidor se apagó y Max oyó a su madre servir el té. Sabía que debía volver a la cama, pero él tampoco había escuchado esa historia.

—Conozco a Shane desde el instituto —estaba diciendo su madre—, pero no empezamos a salir hasta más tarde, cuando ya habíamos terminado los dos. Era sexy. Y jugaba muy bien al fútbol. Tenía unos músculos... Y contaba unos chistes muy graciosos. Todo el mundo se tronchaba de risa.

Max se preguntó por qué su padre ya nunca contaba chistes.

—Todas las chicas estaban coladitas por él —prosiguió su madre, riendo en voz baja—. Pero me eligió a mí. La verdad es que yo no estaba nada mal por entonces... Shane decía que tenía unas piernas espectaculares.

—Sigues siendo muy guapa.

—Pues él ya no parece pensarlo.

—Estoy segura de que sí. Mírate: aún tienes una figura estupenda.

—Me cuelga todo, créeme.

—Los hombres te siguen encontrando sexy.

—Ninguna mujer es sexy después de tener dos hijos.

Max estaba de acuerdo. ¿De qué hablaba Trudi? Mamá era una vieja.

—¿Cuándo empezasteis a salir?

—Yo tenía dieciocho años —dijo la madre de Max—. Shane trabajaba en el bosque y yo en la ferretería. Un día estábamos todos en el bar, después del partido de fútbol, y todo el mundo iba bastante borracho. Shane había

marcado el gol de la victoria, así que aquella noche era el héroe. Estábamos jugando al billar y él me rozó al pasar por mi lado, y me desconcentré —dijo Wendy, echándose a reír—. A lo mejor lo hizo para distraerme, porque perdí la partida en aquella jugada: metí la negra de rebote. Pero él me besó y me gustó. Fuimos al parque y, bueno, fue una auténtica pasada. En el puente, mientras el arroyo fluía por debajo de nosotros.

—Qué romántico —dijo Trudi con voz risueña.

A Max, en cambio, le pareció muy cursi.

—Éramos la pareja de moda en el pueblo —dijo la madre de Max—. No nos cansábamos nunca el uno del otro. En fin, ya sabes cómo son las cosas cuando se es joven.

Max pensó que le habría gustado ver a su padre con todos aquellos músculos.

—Los dos teníais muchas cosas en común —dijo Trudi—. ¿No te basta eso para conseguir que lo vuestro vuelva a funcionar? Los niños necesitan un padre.

—Ya hace mucho que no me siento a gusto con Shane.

—Buscad algo que os guste hacer juntos. Salid a cenar, por ejemplo.

—No nos lo podemos permitir —dijo Wendy con voz triste—. Vamos muy apurados. La vida es cara cuando tienes niños.

Trudi guardó silencio.

—Perdona, no quería decir eso —se disculpó la madre de Max.

Max no entendió por qué pedía perdón.

—No pasa nada, olvídale —dijo Trudi.

La madre de Max también guardó silencio durante unos instantes y Max pensó que era hora de volver a la cama, por si acaso Trudi ya se disponía a marcharse. No quería que lo encontraran allí, porque mamá se enfadaría mucho. De todas formas, se le estaba quedando el culo frío del rato que llevaba sentado en el suelo.

Ya en la cama, pensó en papá y en mamá jugando al billar en el bar, y en

papá rozando a mamá al pasar junto a ella. ¿Quién iba a pensar que con eso conseguiría que ella se enamorara de él? Debía de haber sido por los músculos.

Al día siguiente, Max estaba jugando con la PlayStation cuando oyó la camioneta de su padre en la calle. Enseguida se escuchó un portazo y papá entró en la cocina con un ramo de flores. Max lo vio levantar a mamá del suelo y abrazarla. Ella chilló. Y entonces se echaron a reír los dos y se besaron.

Y eso fue todo. Papá había vuelto.

Max no estaba muy seguro de si era bueno o malo tenerlo de nuevo en casa. Parecía contento, quizá porque era mejor que dormir en el sofá de Lily Moon. Y, por una vez, papá y mamá parecían llevarse bien. Pero cada vez que Max miraba a su padre, se acordaba de los cachorros.

Rosie, en cambio, ya no parecía enfadada con él. Por la mañana lo siguió hasta la camioneta, subió de un salto a la caja y él la sujetó con una cadena. Al menos papá había hecho algo bueno mientras estaba fuera: había hecho colocar una cadena en la camioneta, de manera que *Rosie* no pudiera volver a caerse. Pero Robbo también llevaba a su perro al bosque todos los días. ¿No era así como se había quedado embarazada *Rosie* la última vez? Max recordó entonces que Leon le había dicho que existía una manera para que los perros no pudieran tener cachorros.

Después del colegio, Max fue a jugar con *Bonnie* y a esperar a Leon, que no volvió a casa hasta las seis. Para entonces, Max estaba muerto de hambre. Leon le llevó a *Bonnie* un cuenco lleno de comida para perros y sacó también un paquete de galletitas Savoury Shapes para compartir con Max. Se sentaron en sendos troncos de leña y comieron mientras *Bonnie* devoraba el contenido de su cuenco. Luego, ya casi a oscuras, se dedicaron a chutar un balón de fútbol, viejo y mordisqueado, para que la perra lo persiguiera por el jardín.

—¿Cómo se llama eso que pueden hacerle a *Rosie* para que no tenga más

cachorros? —preguntó Max.

—Esterilizarla —dijo Leon—. Tengo que ir un día de éstos al veterinario para vacunar a *Bonnie*. Si quieres pregunto y me entero de lo que cuesta.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Max.

—Claro. Pediré hora para ir una tarde después del cole.

Bonnie correteaba como una loca de un lado para otro, persiguiendo el sucio balón. Estaba todo babeado y Max no quería tocarlo, pero a Leon no parecía importarle.

—¿Qué tal te va en el cole? —preguntó Leon mientras le lanzaba el balón a *Bonnie*.

Max se encogió de hombros.

—Bien.

—¿Y qué tal tus amigos?

—Están bien.

—¿Quién es ese grandullón con el que te he visto alguna vez en la calle?

Max sintió un escalofrío. No sabía que lo hubieran visto por ahí con Jaden.
¿Qué más había visto Leon?

—Un chaval alto y delgado —prosiguió Leon—. ¿Cómo se llama?

—Jaden —dijo Max con cautela—. Es el hermano mayor de mi amigo.

—¿Y qué tal? ¿Es buen tío?

Max se encogió otra vez de hombros.

—No está mal.

Bonnie dejó la pelota junto a los pies de Max y, de repente, al niño ya no le importó que estuviera babeada. La cogió y la agitó delante de la perrita. *Bonnie* mordió un extremo con los dientes y jugaron a ver quién se la quedaba. Max sabía que Leon lo estaba observando y eso lo preocupaba. A lo mejor Miki lo había visto robar algo en la tienda. Y a lo mejor se lo había contado a Leon. Y a lo mejor era hora de marcharse de allí.

—Me tengo que ir a casa —dijo mientras le lanzaba de nuevo el balón a *Bonnie*—. Ya es casi la hora de cenar.

—Vale, pero si hay algo que te preocupa, quiero que me lo cuentes, ¿vale? Para que podamos solucionarlo.

Max asintió, pero se preguntó qué había querido decir Leon. ¿Solucionarlo cómo? ¿Contándole al padre de Jaden que Max había estado robando cosas de modo que lo mandaran a la cárcel? ¿Sabía Leon que el padre de Jaden era policía?

Leon le dio un billete de diez dólares.

—Cómprate algo en la tienda. Hoy en día las chuches son muy caras, no como cuando yo era pequeño. Cómprate un helado o algo e invita a tus amigos.

—Gracias.

Max se guardó el billete en el bolsillo. A mamá no le haría gracia saber que había aceptado dinero de Leon, así que no pensaba decírselo. Podría dejar discretamente el billete en la tienda, para Miki. Así pagaría una parte de lo que había robado. Quizá no le llegara para todo, pero sería un buen comienzo.

A Leon le dieron hora para *Bonnie* el viernes por la tarde. Salió antes del trabajo y pasó por casa a recoger a Max y a la perrita. Mientras iban en coche por la carretera, Leon se alegró de que Max estuviera allí para sujetar a *Bonnie*, porque estaba tan eufórica que no hacía más que dar saltos, como si fuera un martillo neumático.

Al llegar a la clínica, Leon se dio cuenta de que no recordaba el nombre de la mujer que atendía la recepción. *Bonnie* seguía dando tantos brincos que casi no pudo ni saludarla. La perrita, tras olisquearlo y tocarlo todo, se lanzó hacia el mostrador. Cuando Leon consiguió controlarla lo suficiente, se fijó en la placa que llevaba la mujer y leyó el nombre: FRANCES. Ella lo estaba mirando con una sonrisa alegre.

—¿No nos hemos visto antes? —le preguntó.

—Sí, vine con una perra que se llama *Rosie*. Tenía un corte en el costado.

—Ah, sí. Estaba embarazada, ¿verdad?

—Sí. Esta perrita es su hija.

—Se llama *Bonnie* —añadió Max.

—¿Y de quién es *Bonnie*? —preguntó Frances.

Max miró con expectación a Leon y éste se dio cuenta de que el muchacho estaba esperando a que Leon confirmara que él era el dueño.

—Es mía —dijo.

Frances observó a *Bonnie*, que jadeaba y la miraba con un brillo enloquecido en los ojos.

—Es muy movida, ¿no? ¿Cuántos cachorros tuvo?

—Seis —dijo Max.

—Buena camada. ¿Les has encontrado un hogar?

Leon buscó la mirada de Frances y negó con la cabeza.

—Luego hablamos de eso.

La mujer captó la indirecta y procedió a abrirle una ficha a *Bonnie*. Y entonces llegó Kate, la joven veterinaria de larga melena rubia. Y de cuyo nombre Leon sí se acordaba. La veterinaria los llevó a una consulta y colocó a *Bonnie* sobre la mesa. La perrita se tendió bocabajo, asustada, dejó caer las orejas y cerró los ojos. Max se preocupó, pero Leon casi la prefería así de tranquila.

—Así que ahora tienes una perrita —le dijo Kate a Leon en tono alegre—. Y Max... ¿también es tuyo?

—No. Es mi vecino —respondió Leon.

—*Rosie* es mi perra —dijo el chico.

—Me acuerdo de ella —le dijo Kate, sonriendo—. ¿Es la primera vacuna de *Bonnie*?

—Sí —respondió Max—, no queremos que se ponga enferma.

Bonnie se encogió de miedo sobre la mesa mientras Kate la examinaba: la palpó y la apretujó por aquí y por allá, y luego le auscultó el pecho con un estetoscopio.

—Buen corazón —dijo Kate—. Está muy sana.

—¿Cuánto me costaría arreglar a mi perra?

—Max está pensando en esterilizar a *Rosie* —aclaró Leon.

—Es una buena idea —dijo Kate—. Alrededor de trescientos dólares.

El muchacho se quedó de piedra y Leon comprendió que, para él, aquello era como decir un millón de dólares.

—Ya lo hablaremos mientras volvemos a casa —le dijo en voz baja—. A lo mejor te puedo ayudar. Podría pagarte por cortarme el césped y así vas ahorrando.

Cuando Leon se volvió hacia Kate, vio una cálida mirada en sus ojos. La veterinaria terminó de examinar a *Bonnie* y cogió una jeringuilla con la

vacuna. Max se tapó los ojos mientras Kate le ponía la inyección, pero *Bonnie* ni siquiera se inmutó.

—Bueno, pues ya está —dijo Kate—. Es una perrita muy valiente.

Leon pagó la visita en la sala de espera y, luego, Frances se llevó a Max y a *Bonnie* a dar una vuelta por la clínica.

—Es un detalle que hayas adoptado a ese cachorro —le dijo Kate a Leon.

—Generosidad o locura, no sé muy bien el qué.

—Generosidad, diría yo. No todo el mundo lo haría.

—¿Y cómo iba a decirle que no, si el crío se me presentó en la puerta llorando?

A Kate se le ensombreció el rostro.

—¿Qué les ha pasado a los otros cachorros?

—Ahogados. Y creo que no es la primera vez.

—Vaya, eso es horrible. Podría haceros un descuento si os decidís a esterilizar a *Rosie*.

—¿En serio? —dijo Leon, conmovido—. ¿Lo harías? Te estaría muy agradecido.

—La clínica es mía, puedo hacer lo que quiera.

—¿Eres la dueña?

Kate se echó a reír.

—No, el dueño es el banco. Lo único mío es el felpudo... ¿Qué te parece si os cobro doscientos dólares? ¿Os ayudaría eso?

—Sería fantástico. Pero antes tendré que hablarlo con la familia de Max. Deséame suerte, pues me temo que el dinero será un problema, a pesar del descuento. En fin, ya encontraremos la manera. Supongo que te debe de pasar bastante a menudo, lo de que haya gente que no pueda pagar y eso...

—Sí, a veces es un problema. —Kate sonrió de nuevo—. Por suerte, Frances es muy persuasiva. No entrega medicamentos si la factura no está pagada.

—Pues me aseguraré de tener crédito en la Visa cuando le llegue el turno a

Bonnie.

En ese momento la perra entró retozando en la sala, seguida de cerca por Frances y Max. Frances le lanzó a Kate una mirada significativa.

—Creo que *Bonnie* ya está lista para marcharse.

Kate sonrió.

—Muy bien —dijo. Y luego, volviéndose hacia Leon, añadió—: Nos vemos en la siguiente vacuna. Y llámame si quieres pedir hora para *Rosie*.

Miki estaba limpiando las mesas cuando un flamante todoterreno se detuvo en la calle. Estaba demasiado limpio para ser de alguien del pueblo; de hecho, parecía recién salido de un concesionario. De él bajaron cuatro hombres: tres de ellos vestían trajes elegantes, mientras que el cuarto, un hombre alto y delgado, llevaba una chaqueta de forro polar, una camisa a cuadros con el cuello abierto, unos vaqueros negros y unas botas de montaña relucientes. Miki se preguntó quiénes serían, pues parecían demasiado importantes para ser turistas. Se quedaron unos instantes en la acera, hablando entre ellos, y luego se dirigieron a la oficina de turismo.

Salieron unos diez minutos más tarde y el hombre alto entró en la tienda. Tenía el pelo gris y corto y a Miki le sonaba de algo, pero no recordaba de qué.

—Hola —le dijo él, sonriendo—. Quería comprar algo para comer. ¿Qué me recomiendas?

Miki atendía el mostrador ese día porque Kurt estaba en la trastienda con el representante de Coca-Cola.

—Las ensaladas son muy buenas —contestó, mientras señalaba la vitrina refrigerada.

Observó con atención al hombre mientras él observaba con atención las ensaladas. Seguía sin recordar quién era, pero reconocía aquella frente ancha, aquella nariz recta y aquellos ojos de color gris claro. Se ruborizó cuando él la sorprendió mirándolo.

—Tomaré una ensalada mediana de cuscús —dijo.

Sin levantar la vista, Miki llenó una tarrina con una ración generosa.

—Un pueblo muy bonito, ¿verdad? —dijo el hombre—. ¿Vas mucho al bosque?

—Una vez por semana.

—Yo voy a ir hoy.

Miki no pudo resistirse a la curiosidad y lo miró.

—¿Ha venido a ver el nido de las águilas?

—Sí, pero también quieren que le eche un vistazo a otro árbol. Un gigante del bosque que no está muy lejos del nido.

Miki contuvo el aliento.

—¿Por qué quiere ir a verlo?

El hombre sonrió de nuevo.

—Porque me gustan los árboles grandes y éste podría ser uno de los más altos de Tasmania. Estamos esperando a un equipo de grabación para que nos acompañe. Si pones las noticias esta noche, tal vez veas el árbol.

—Sé qué árbol es.

—¿En serio? Pues me voy a asegurar de que lo salvemos en nombre de todos los habitantes de Tasmania. Parte de mi trabajo consiste en luchar por los árboles. Y tengo la impresión de que me entiendes, ¿verdad?

Miki asintió. Por fin lo había recordado: aquel hombre era Bob Brown. Amaba la naturaleza, como ella, y quería poner fin a la tala de árboles. Quería que los rincones vírgenes siguieran siendo vírgenes y que los seres humanos dejaran de destruir el planeta. O algo así le había oído decir una vez en la tele.

El hombre le guiñó un ojo y se marchó con su ensalada.

Aquella noche, el árbol de Miki salió en las noticias, tal y como Bob Brown le había prometido. Miki estaba en la cocina, sirviendo estofado en los platos, cuando oyó que hablaban de ese tema en la tele. Entró corriendo en el comedor y vio al hombre justo delante de su árbol. Kurt contemplaba el televisor con el ceño fruncido, los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión inquietante en el rostro.

Bob Brown miraba a la cámara, con las manos unidas delante del cuerpo y los dedos entrelazados. «Es maravilloso tener un árbol como éste tan cerca del pueblo —estaba diciendo—. Ayudará a que la gente tome conciencia de los problemas de nuestros bosques. El árbol es un símbolo de nuestro pasado y de nuestro futuro, y nos pertenece a todos. A nuestros hijos, a los hijos de nuestros hijos..., y es en ellos en quienes debemos pensar. Los árboles como éste llevan más tiempo en Tasmania que el hombre blanco.»

Kurt apretó los labios, pero no dijo nada. Cuando terminó el reportaje, apagó la tele y se fue a su habitación.

Miki no sabía muy bien cómo interpretar el comportamiento de su hermano. Desde que le habían picado las abejas se había vuelto más impredecible que nunca. Sin embargo, sabía que le preocupaba que los forasteros invadieran el bosque, pero... ¿era ése el único motivo de su actual mal humor?

Puso en marcha el hervidor y le preparó un café para apaciguarlo. Se acercó a su habitación con un estremecimiento de miedo. Kurt estaba sentado a su mesa, con un montón de papeles delante. La carpeta de cuero negro de padre estaba a un lado. Cuando Miki entró, Kurt la cerró de golpe.

—¿Qué quieres?

—Te he preparado un café —dijo mientras le acercaba la taza.

Kurt la ignoró, cogió un folleto a todo color y lo agitó.

—Estoy pensando en comprar un barco.

Atónita, Miki se quedó inmóvil, con la taza en la mano.

—¿Para qué?

A Kurt nunca le habían interesado los barcos.

—Para salir a navegar.

—Pero nosotros nunca salimos a navegar.

—Saldremos cuando tengamos un barco.

¿Y la granja para la que estaban ahorrando, su soñada huida de la tienda? Jamás se produciría si Kurt seguía gastándose el dinero.

—¿Y cuánto va a costar? —preguntó.

—No lo sé... Quiero uno bueno, calculo que unos veinte mil.

A Miki se le formó un nudo en el estómago y no pudo contenerse.

—¿Y nuestra granja?

—¿Qué granja?

—Para la que estamos ahorrando.

Kurt se encogió de hombros, como si ya no se acordara.

—Una granja es una inversión grande. Y ahorrar tanto dinero lleva tiempo —dijo. Entornó los ojos y la miró antes de añadir—: ¿A qué esperas con ese café?

Miki dejó la taza sobre el escritorio, tratando de ocultar el temblor de las manos. Dirigió la vista hacia el folleto y vio la imagen satinada de una embarcación blanca reluciente.

—¿Adónde iremos a navegar?

—Al río.

—¿Y dejaremos de ir al bosque?

—No lo sé. Últimamente hay demasiada gente por allí.

—Pero a mí me gusta el bosque.

—El río también te gustará. Y ahora, piérdete. Haces demasiadas preguntas.

A punto de llorar, Miki se retiró a su habitación. ¿Qué estaba haciendo Kurt? Primero la camioneta y ahora un barco. ¿De dónde sacaba el dinero? ¿Había pedido un préstamo? Algunas veces, en la tienda, había oído hablar de dinero a las mujeres mientras tomaban un café. Decían que era posible tener deudas y aun así pedir otro préstamo, si se podía convencer a alguien para que te prestara más dinero. ¿Era eso lo que estaba haciendo Kurt? ¿Por qué nunca la incluía en sus decisiones? Ya tenía dieciocho años. ¿Acaso no pensaba darle una oportunidad?

Desanimada, se dejó caer en la cama. ¿Qué iba a hacer? Su hermano lo controlaba todo y no le contaba nada. Y ahora quizá la apartara del bosque.

Sólo de pensarlo se le saltaban las lágrimas, de modo que se las secó con la manga. No debía permitir que Kurt la destruyera. Conservar la fortaleza interior sería su pequeña victoria.

Se quedó tumbada, contemplando el techo, y poco a poco fue relajando la respiración, hasta que desapareció su angustia. Era mejor pensar en otras cosas: por ejemplo, que su árbol había salido en las noticias. Y ésa era otra victoria. Cambiaba para siempre la condición de su bosque, hasta ahora secreto, pero valía la pena si con eso salvaba el árbol. Su sacrificio redundaría en beneficio de todo el mundo.

Mientras seguía allí estirada, oía a Kurt revolver papeles en la habitación de al lado. La silla emitía un débil chirrido cada vez que su hermano se movía. Miki se preguntó si los sentimientos también podían atravesar paredes, si su hermano percibía su frustración. Si era así, seguro que no le importaba. A él nunca parecía importarle lo que ella sentía. Lo oyó refunfuñar y luego escuchó el ruido de los cajones al abrirse y cerrarse. Debía de estar guardando los papeles en el archivador. Oyó sus pasos por el pasillo, hasta que se detuvo delante de su puerta. Miki contuvo la respiración. Su hermano pasó de largo. Enseguida oyó la nevera abrirse y cerrarse, seguida del murmullo de la televisión: una crónica deportiva o algo así. Se asomó y tanteó el terreno.

—¿Puedo ver la tele yo también?

No le interesaban los deportes, sólo quería asegurarse de que su hermano no la iba a molestar.

—Quédate en tu habitación —le gruñó—. No me gusta tu forma de hablarme.

Miki cerró suavemente la puerta. Ahora estaba a salvo. Castigada en su cuarto, que era justo lo que quería esa noche.

Se puso el pijama y se acurrucó en la cama con *El viejo y el mar*, la última novela que Geraldine le había prestado. Un libro corto, de tan sólo cien páginas. Lo abrió por la primera: «Era un viejo que pescaba, solitario, en un

bote en la corriente del Golfo y hacía ochenta y cuatro días que no había cogido ni un pez». ¿Un libro sobre pesca? Qué ironía, precisamente ahora que ella y Kurt habían estado hablando sobre barcos. Suspiró. Geraldine no podía haberlo imaginado.

Dos horas más tarde, Miki había terminado el libro. Kurt ya dormía, pero ella estaba completamente despierta. El libro la había sorprendido. Como todas las novelas que Geraldine le había prestado, estaba lleno de revelaciones. Contaba la historia de un viejo, un muchacho y un pez espada. Parecía muy simple, pero no lo era. Miki jamás había imaginado que un libro así pudiera gustarle, pero la narración era mágica: se había sentido como si estuviera allí, con los personajes. Había olido el aire salobre en el pueblo de pescadores donde vivía el viejo. Había visto su mísero hogar y lo había imaginado enrollando los pantalones y envolviéndolos con periódicos para hacerse una almohada. Cuando el viejo salía a pescar en su pequeño bote, Miki se había sentido como si estuviera con él en el mar, persiguiendo al pez espada, contemplando la luz cambiante en el agua. Había visto a los peces voladores saltar fuera del agua, lo cual parecía imposible: pasaban del agua al aire y del aire al agua sin que nada pudiera retenerlos, ni muros ni ventanas ni cerraduras.

Mientras leía, se había sentido como si estuviera enfrentándose al pez espada junto al viejo. Había notado el sedal entre las manos. Había amado al pez tanto como el viejo. Y había visto cambiar el color y el ánimo del mar y del cielo.

Cuando había cerrado el libro, al final del viaje, se había sobresaltado al darse cuenta de que el pez espada no era sólo un pez: era una representación de la vida. De repente, Miki empezó a ver paralelismos. El viejo luchaba para atrapar al pez espada, igual que ella tendría que luchar, en algún momento del futuro, para reclamarle a Kurt que la dejara vivir su propia vida. El pez espada era invisible dentro del agua, igual que todo lo que Miki ansiaba

estaba fuera de su alcance. Era ella quien estaba en el bote, tratando de aferrar la vida con un anzuelo. El viaje del anciano hablaba de paciencia, esfuerzo, perseverancia y destreza, pero también era una lucha por defender las cosas en las que creía. El pez espada se había resistido a dejarse atrapar, incluso cuando agonizaba. Con un anzuelo en la boca, se había aferrado a la libertad porque la libertad era algo por lo que valía la pena luchar... y morir.

Miki comprendió que ella era el pez espada que luchaba por su libertad, mientras que Kurt era quien tiraba del sedal. La tenía presa, sí, pero Miki notaba la esperanza que hervía en su interior. Pensó en la vida que llevaría algún día, una que abarcaba mucho más que aquella tienda. Una amplia y libre. Iría al mar. Vería atardeceres y amaneceres. Pasearía bajo la lluvia. Terminaría el instituto e iría a la universidad. Sería independiente. Tendría un perro. Su propio hogar. Leería libros. Tomaría decisiones. Haría amigos. Quizá hasta encontraría el amor y formaría una familia.

Geraldine le había dado aquella novela por una razón, ahora lo entendía: quería ofrecerle el mundo y quería que Miki luchara por él.

Miki escondió el libro bajo el colchón y se tendió de espaldas en la cama, con la cabeza apoyada en la almohada y los ojos cerrados. En la inmensa libertad sin trabas de su mente, veía el cielo límpido y cuajado de estrellas que se extendía sobre el manto dormido que era el bosque.

Algún día sería libre de marcharse. Y el momento se acercaba, lo presentía.

Leon tendría que haber sabido que los problemas nunca vienen solos. La manifestación en la feria del bosque, el encontronazo con Mooney, las pintadas en el coche... Y ahora, esto. Supo que algo iba mal en cuanto oyó la voz de su madre por teléfono.

—Leon —le dijo con voz débil—. Han ingresado a tu padre en el hospital. Estamos en Hobart.

Leon acababa de llegar a casa tras un largo día de trabajo en el parque. Estaba cansado y no es que su padre le diera mucha pena, pero su madre parecía angustiada. Una nube de preocupación lo envolvió, igual que el mal tiempo envuelve las montañas.

—¿Otra vez Stan? —preguntó.

—No creo. Ya hace tiempo que no pasa por aquí..., por lo menos desde que viniste tú con aquella perrita. Pero las cosas han ido a peor. Hace un par de semanas se le hinchó mucho el estómago y también las piernas.

—¿Lo llevaste al médico?

—No quiso ir. Y hoy le dolía mucho el estómago, tenía escalofríos y sudores —dijo con voz tensa—. Se lo ha hecho todo en la cama, Leon, ha sido un desastre. He tenido que lavarlo. Estaba tan débil que no podía ni moverse.

—Es horrible, mamá.

Imaginó el olor que debía de haber notado su madre al entrar en la habitación, la imaginó yendo a por un cubo de agua y lavando con delicadeza a su padre enfermo. Era demasiado, después de todo lo que había tenido que aguantarle.

—¿Puedes venir, Leon? Le han puesto suero y le están haciendo pruebas. Dicen que podría ser una infección. Tienen que encontrar el antibiótico adecuado.

—Vale. Me doy una ducha rápida y salgo para allí.

—¿Puedes traer al abuelo?

Leon guardó silencio antes de preguntar:

—¿Tan grave es? ¿Se está muriendo?

—Tal vez le sea de ayuda a tu padre. El abuelo es muy fuerte.

—Muy positivo, querrás decir.

—Sí, eso también.

—De acuerdo. Llegaré lo antes que pueda.

Leon llamó antes para avisar a su abuelo, y, cuando llegó, el anciano ya lo estaba esperando en el vestíbulo de la residencia. Llevaba camisa, corbata y sombrero de fieltro, pero se había quedado dormido y estaba despatarrado en un sillón, con la cabeza inclinada hacia atrás y la boca abierta. Parecía pequeño y vulnerable, tenía las mejillas hundidas y los labios curvados hacia dentro. Apenas parecía vivo. Leon se preguntó cuánto tiempo debía de quedarle. La personalidad arrolladora de su abuelo lo hacía parecer inmenso, pero en ese momento Leon fue consciente de su fragilidad. El proceso de envejecimiento era difícil de aceptar.

Leon le dio un golpecito en el hombro y lo observó mientras se despertaba. El abuelo abrió mucho los ojos en un gesto de sorpresa, chasqueó los labios y expulsó una bocanada de mal aliento. Leon, sin embargo, se lo perdonó: la mancha de pasta de dientes que se apreciaba en la solapa indicaba que por lo menos lo había intentado.

Ya en el coche, el abuelo habló mientras Leon conducía. Habló de su hijo cuando era niño, de lo descarado y loco que había sido de pequeño, siempre poniendo a prueba los límites, siempre metiéndose en líos. Reg nunca había dejado la isla, excepto cuando iba al instituto, pero incluso

entonces cogía el autobús todas las noches para volver a casa, igual que había hecho Leon durante la adolescencia. Reg había dejado los estudios a los quince años y había empezado a trabajar en el aserradero. Y allí había seguido durante veintitantos, hasta el accidente.

Leon recordó las tardes en que su padre llegaba a casa sudoroso después de trabajar, con virutas de madera enganchadas en los calcetines y restos de serrín en el pelo. A veces, cuando tenía vacaciones en el colegio, su padre se lo llevaba al aserradero. Le daba unas orejeras y le permitía deambular por allí, siempre y cuando no molestara. A Leon le parecía interesante ver cómo cortaban los troncos. Le gustaba quedarse mirando el atomizador, que mojaba constantemente la sierra para que no se sobrecalentara, y le gustaba ver también cómo aumentaban las pilas de serrín, cómo los troncos se convertían en tablones de madera para construir casas. Parecía un trabajo útil.

Sin embargo, a medida que Leon crecía, fue viendo cómo se transformaba la industria. Los aserraderos empezaron a desaparecer. Era difícil conseguir trozas, porque la mayoría de los árboles ya sólo servían para virutas. Leon había comenzado a analizar más atentamente el proceso para tratar de entender qué estaba ocurriendo. Y a su padre no le había gustado: los Walker siempre habían sido leñadores o aserradores, así que se puso furioso cuando su hijo se hizo verde. Lo consideró una traición.

Pero en lo que a Reg respectaba, la traición era un arma de doble filo. Cuando el accidente le había dejado la mano inservible y le había impedido seguir trabajando, había visto caer su autoestima en picado y se había refugiado en la bebida. Ya había tenido problemas con el alcohol de joven y, para controlarlo, se había vuelto abstemio. Pero después de perder el trabajo, había sufrido una depresión (o algo parecido) y la bebida se había convertido en la solución más rápida. Sin embargo, también había vuelto a sacar la violencia oculta en su interior. Y la madre de Leon era un objetivo fácil. Tal vez la gente dijera que Reg había tenido mala suerte, pero Leon estaba convencido de que cada uno se buscaba la suya propia. Su padre podría haber

hecho muchas cosas en lugar de sucumbir a la violencia. Tal vez perder el trabajo hubiera sido un duro golpe para su hombría, pero pegar a su esposa no era la mejor forma de recuperarla.

Ya en el hospital de Hobart, Leon y el abuelo siguieron las indicaciones de la recepcionista para llegar a la unidad de cuidados intensivos. A Reg le habían puesto suero y una cánula nasal para el oxígeno. Estaba amarillo y, por un momento, Leon sintió una punzada de compasión. Su padre tenía los ojos hundidos y una mirada triste, como si creyera que, de haber sabido que iba a acabar así, habría elegido un camino distinto. Bajo las mantas, su vientre abultaba como el de una embarazada, y el pie que asomaba a un lado de la cama lo tenía hinchado y pálido.

La madre de Leon estaba sentada junto a la cama, pero se levantó enseguida para abrazarlos, primero al abuelo y luego a Leon. Tenía la cara hinchada y los ojos bañados en lágrimas. Cuando su madre lo abrazó, Leon se sintió como un bolardo con una cuerda enrollada en torno al cuerpo, pero dejó que lo estrujara. Percibió cómo cambiaba de bando la responsabilidad, al endilgarle su madre una carga que él no quería asumir. El abuelo, mientras tanto, se había sentado junto a la cama y estaba hablando con su hijo, momento que Leon aprovechó para salir con su madre al pasillo.

—Tiene peritonitis —dijo—, una infección en el estómago. Podría morir. Le van a drenar todo el fluido que se le ha acumulado y luego lo medicarán con antibióticos —le contó ella.

La mujer contrajo el rostro y se apoyó en el hombro de Leon, que la rodeó con los brazos y la estrechó con fuerza. La pobre sufría tanto por su esposo que estaba destrozada. ¿Es que ya no recordaba lo que él le había hecho? Leon no había olvidado las magulladuras en el cuerpo de su madre, ni sus ojos cada vez más apagados. Ni siquiera ahora había conseguido quitarse la costumbre de mirar el reloj exactamente a las cuatro y media de la tarde, hora en que cogía el coche para volver a casa y estar allí antes de que su padre llegara, borracho y furioso, y se desquitara con ella. Aquella enfermedad era

el karma, pensó Leon. Uno recibe lo que da. Si Dios existía, por fin había ido a llevarse a su padre.

Se apartó de su madre y la sujetó con suavidad por los hombros para poder mirarla a la cara.

—¿Cuánto tiempo va a estar aquí?

—Unos cuantos días, puede que una semana...

—Pues no puedes quedarte a vivir en el hospital.

—Ya, me instalaré en un hotel.

De vuelta en la habitación, vio a su abuelo sentado en la cama, cogiéndole una mano a Reg. ¿Tan grave era?, se preguntó Leon. ¿Se estaba muriendo su padre?

Mientras volvían en coche, Leon trató de encontrar en su interior palabras amables hacia su padre, pero al parecer tenía el corazón de piedra. Y el cabrón de su abuelo, siempre tan perspicaz, lo sabía, así que Leon imaginó que no tardaría en lanzarle una pulla. Cuando se detuvieron, delante de la residencia, el anciano se ensañó con él.

—El último hombre tan perfecto como tú era capaz de caminar sobre el agua.

Leon se indignó.

—¿Y qué quiere decir eso, a ver?

—Que tienes que perdonar, hijo. Nadie es perfecto.

—Algunos lo son menos que otros.

—Tu padre está muy enfermo. ¿Es que no tienes corazón?

—Tú no viste lo que le hizo a mamá.

—Y me alegro de no haberlo visto... Estoy seguro de que debió de ser espantoso. Pero ella lo ha perdonado. ¿Por qué no puedes hacerlo tú?

—Mamá no debería haberlo perdonado.

—Pero lo ha hecho. Y tú también debes hacerlo.

—No puedo. Tiene lo que se merece.

—Vive con rabia, muere con rabia. Vive en paz...

—Sí, ya, ya... Muere en paz.

—Piensa en ello, hijo. Prométeme que lo harás.

—Te lo prometo.

Leon sujetó con fuerza el volante. Aún vivía con rabia. No conseguía ver la paz.

—¿Puedes volver a llevarme mañana? —le preguntó el abuelo.

—Ya no puedo ir hasta el fin de semana, después del partido del sábado.

—¿Y si para entonces está muerto?

—No lo estará. Sólo los buenos mueren jóvenes.

Esperó mientras el anciano introducía un código en el teclado de seguridad y las puertas correderas se abrían. Su abuelo se volvió a mirarlo y se despidió con la mano.

—¡Subiendo la escalera al cielo! —le gritó con una sonrisa torcida.

«Es *comprando*», pensó Leon. Mientras salía del aparcamiento, le vino a la mente la letra de *Stairway to Heaven*. Condujo a toda velocidad por la carretera, bajo la luz pálida de la luna blanca que se reflejaba en el agua, y cantó la letra a pleno pulmón. Se sintió como si la estuviera escuchando por primera vez. Se preguntó cómo era posible que, después de tantos años cantando aquella canción, sólo en ese momento hubiera comprendido realmente de qué hablaba. Hasta entonces no había pensado mucho en el significado de aquellas palabras, se había limitado a cantarlas a gritos en fiestas o alrededor de una hoguera, como si fuera un ritual de compañerismo. O quizá sólo para divertirse.

Lógicamente, la canción no significaba lo mismo para todo el mundo, pero esa noche, para él, hablaba de muchas cosas. Del viaje que era la vida. De tomar decisiones y equivocarse. De enfrentarse a la muerte. De adquirir sabiduría. De reconciliarse con el pasado. De perdón y redención.

Cantó de nuevo y dejó caer la cabeza hacia atrás mientras pronunciaba las palabras a voz en cuello: en ese momento supo que, en algún lugar muy

profundo de sí mismo, tal vez algún día le fuera posible cambiar de rumbo y perdonar a su padre.

Cuando Leon llegó al campo de fútbol para el partido de semifinales, tuvo la sensación de que había acudido todo el pueblo. El aparcamiento estaba a reventar de camionetas y todoterrenos aparcados de cara en batería. Leon sintió una oleada de emoción. Después de un arranque de temporada bastante discreto, era sorprendente que el equipo hubiera llegado tan lejos. Y, en parte, él era responsable de ese éxito. Al menos de eso podía estar orgulloso.

Los jugadores, vestidos con chándal, cruzaron el óvalo para dirigirse a las instalaciones del club mientras los aficionados, inclinados sobre la barandilla, agitaban bufandas y banderines, animándolos con gritos de «¡Adelante, chicos!», «¡Adelante, Lions!», «¡Sois los mejores!» y «¡Metedles una paliza!». Leon vio a Wendy, que en ese momento lo estaba saludando desde los postes de gol. Sonrió y le devolvió el saludo. Suzie estaba con ella, pero Max no. Leon se preguntó dónde se habría metido. Shane estaba en la puerta del vestuario e iba chocando los cinco con los jugadores a medida que entraban. La sonrisa se le borró un poco cuando le chocó los cinco a Leon..., ¿o habían sido imaginaciones suyas?

En el vestuario, los hombres se despatarraron en los bancos. Había mucho desorden y alboroto, y el aire, viciado, apestaba a sudor y crema Deep Heat. Leon dejó caer su bolsa al suelo y se sentó para ponerse las botas. Mooney llegó momentos después con sus andares arrogantes, como si hubiera planeado una entrada triunfal. El equipo lo recibió con gritos de ánimo..., justo lo que menos necesitaba aquel tipo. Ya tenía un ego bastante desarrollado.

Cuando estuvieron todos, Robbo sacó pecho y empezó a pavonearse por el

vestuario, rojo y entusiasmado.

—Es la primera vez en una década que nos clasificamos para las semifinales —dijo—. Y todo gracias al instinto goleador de nuestra estrella, Mooney.

No mencionó a Leon, por mucho que hubiera marcado al menos los mismos goles que Mooney. Éste era el jugador mejor valorado del equipo, todos lo sabían. Aun así, era bastante irregular: una semana estaba que se salía y a la siguiente no hacía más que meterse en peleas.

Leon permaneció un poco alejado de los demás. Mientras los otros jugadores bromeaban y hablaban a gritos, él se dedicó a darse friegas con linimento en los muslos y las pantorrillas, donde aún conservaba unos cuantos moretones de sus encontronazos con Mooney durante el entrenamiento. Al levantar la vista, vio que Robbo lo estaba mirando y se sorprendió cuando el entrenador asintió. Era el reconocimiento que Leon necesitaba. Tal vez Robbo no lo dijera delante del equipo, pero gracias a aquel pequeño gesto Leon supo que el entrenador se alegraba de contar con él aquel día. Y Leon estaba dispuesto a darlo todo. Sólo faltaba saber si Mooney le pasaría el balón o no.

Robbo empezó a mentalizar a sus jugadores y a aumentar la tensión. Su entusiasmo era contagioso y, cuando los envió al óvalo para que empezaran a calentar, Leon estaba tan eufórico como los demás: estiraba las piernas, esprintaba y saltaba para preparar los músculos de caderas y muslos. El público los animaba con sus gritos y los jugadores estaban nerviosos. Leon percibió los nervios del equipo mientras se empujaban unos a otros, entre burlas y bromas, rebosantes de emoción. Estaban todos muy motivados.

Sin embargo, cuando Leon se inclinó hacia delante para estirar las pantorrillas, Mooney lo agarró por la nuca con una mano que parecía una tenaza.

—Más te vale lanzar el balón entre los postes, guardaparques, o te ato a ese puto árbol y os pego fuego a los dos.

Leon se sentía tan eufórico que a punto estuvo de arremeter contra Mooney, pero finalmente se soltó y miró a los ojos al tipo de pelo rubio.

—Yo no tengo nada que ver con ese árbol, ya te lo he dicho.

—Me encantaría creerte —se rio Mooney con desdén—, pero resulta que no tengo mucha confianza en tu palabra.

Toby se acercó un poco y Leon se preguntó si entre los dos se proponían darle una paliza allí mismo, en el campo. Toby, sin embargo, sonrió.

—¿*Confianza*, Mooney? Menuda palabreja. ¿Has estado leyendo el diccionario?

Mooney soltó una carcajada.

—No, tío. ¿Es que no sabes que tengo un gran vocabulario?

Leon le agradeció mentalmente a Toby que hubiera calmado los ánimos, pero Mooney aún no había terminado. Le clavó un dedo a Leon en el pecho y le dijo:

—Más te vale centrarte hoy, ¿entendido, guardaparques? Para que los demás no tengamos que hacer tu trabajo.

Leon lo fulminó con la mirada.

—Aquí tenemos que trabajar todos, amigo.

Mooney escupió al suelo y se acercó más a Leon.

—No me llames *amigo*. Y recuerda: da igual los goles que marques, siempre serás el guardaparques.

Escupió de nuevo y, esta vez, su saliva aterrizó en la bota de Leon.

—Tienes suerte de que los chicos te soporten, porque si fuera por mí, ya no estarías aquí.

El partido empezó bien después de que las obligadas riñas iniciales se fueran calmando. Los ánimos estaban muy caldeados en el campo: bastaba el más mínimo roce para que empezaran a empujarse unos a otros con el pecho, como toros hiperexcitados. Por suerte, el árbitro no estaba para tonterías.

—Eh, eh, eh. Atrás. Déjalo en paz. Apartaos para que pueda hacer el bote

inicial. Vamos. Respetad la distancia. Ya conocéis las reglas. Si no retrocedéis, os tendré que imponer una penalización de cincuenta metros.

Los jugadores tardaron un rato en dejar de apiñarse: al principio, estaban todos nerviosos y tensos y lo único que querían era chutar el balón. Se produjeron unos cuantos encontronazos, varios hombres acabaron en el suelo y, aprovechando la confusión, soltaron algún que otro puñetazo. Leon se mantuvo apartado, contemplando la acción a cierta distancia y esperando a que la pelota saliera despedida. Si conseguía atraparla y echar a correr, nadie podría detenerlo.

Cuando las cosas se calmaron un poco, empezó el partido de verdad. El equipo de Leon fue encadenando unos cuantos chutes. Leon buscó un espacio despejado y corrió hacia allí, pidiendo a gritos el balón cada vez que estaba en posesión de su equipo. Consiguió su primera marca, que no resultó especialmente elegante, pero le sirvió para tocar la pelota con las manos, comprobar cómo botaba y lanzar su primer chute.

El campo estaba aún mojado por las lluvias de la primavera, lleno de hoyos y resbaladizo; el terreno ideal para caerse. Y hubo muchas caídas. Toby lanzó el balón hacia Leon y éste saltó para atraparlo, pero un *ruckman* del otro equipo se abalanzó sobre él y lo derribó. El golpe fue duro, pero Leon se recuperó enseguida. Respiró hondo, escupió una flema y siguió corriendo, mientras sacudía la cabeza y buscaba la pelota.

El equipo contrincante se adelantó en el marcador con un gol magnífico que desanimó al conjunto de Leon.

—Mierda.

—Vamos, chicos, la cabeza bien alta y a correr.

Los jugadores del equipo contrario lo celebraron como si hubieran conseguido el oro en los Juegos Olímpicos y eso que sólo era su primer gol.

De nuevo en el centro del campo para el bote, Leon le hizo un gesto con la cabeza a Mooney, que frunció el ceño pero se metió entre los jugadores

empujando con el hombro y le lanzó el balón. Leon fue a por él, lo atrapó en mitad de un bote y echó a correr.

El campo estaba despejado, así que botó el balón varias veces mientras corría. Los defensas lo perseguían, hundiendo pesadamente las botas en la tierra. ¿Cuánto tiempo tenía antes de que le lanzaran un placaje y perdiera la pelota? Iba a toda velocidad y sólo le faltaban unos pasos para estar a tiro de gol. Oyó jadeos a su espalda y trató de mantener el equilibrio para recorrer las dos últimas zancadas antes de chutar. Una mano lo agarró de la camiseta por detrás y le tiró del brazo. Leon se tambaleó, pero lanzó el pie con fuerza, chutó el balón de cuero y, satisfecho, lo vio pasar entre los postes de gol.

Acababa de empatar. El marcador quedaba inaugurado.

Mooney se abalanzó sobre él para celebrar el gol, lo derribó y los demás jugadores se sumaron al abrazo. Supuestamente era una celebración, pero Leon estaba debajo de la montaña humana y apenas podía respirar. ¿Es que no veían lo que estaban haciendo? ¿O tal vez era aquél el plan de Mooney, es decir, matarlo en el campo? Un asesinato encubierto.

El partido siguió más o menos igualado hasta el descanso. Primero se adelantaba un equipo en el marcador y luego el otro. Leon no había parado de correr, de modo que agradeció el descanso de la media parte. En el vestuario, bebió agua y luego se mojó la cara y se la secó. Aún quedaban cincuenta minutos de partido y ya se sentía como un viejo.

Robbo seguía hablando de esto y de lo otro, pero en realidad sus instrucciones no significaban gran cosa. Los planes y las estrategias ayudaban en el campo, pero luego el balón iba a su rollo. Por mucho que uno ocupara su posición, el balón podía adoptar de repente una trayectoria inesperada.

El tercer cuarto fue el mejor del equipo de Leon. Toby destacó en la defensa y Mooney corrió como un desesperado en el centro. Los demás también desempeñaron un buen papel y se dejaron el pellejo. Marcaron infinidad de goles y consiguieron una buena ventaja en el marcador, tanta que los aficionados del equipo contrario se quedaron cabizbajos.

Y, entonces, Mooney sufrió un violento placaje. Leon vio a un tipo gigantesco chocar deliberadamente contra él y a Mooney salir despedido hacia atrás. Su rubia melena flotó un instante en el aire. Aterrizó de cabeza y, por el ruido del golpe, Leon supo que había sido un mal golpe. Mooney se quedó tumbado en el suelo, sin moverse.

El árbitro tocó el silbato para interrumpir el juego y todos empezaron a correr. Toby y Leon fueron los primeros en llegar y se arrodillaron junto a Mooney.

—Joder, está inconsciente —dijo Toby.

Mooney parecía un saco de patatas, tenía los ojos en blanco y había perdido el conocimiento.

Leon se hizo cargo de la situación y agradeció haber hecho en su día un cursillo de primeros auxilios.

—Vamos a colocarlo en posición lateral de seguridad.

Con la ayuda de Toby, tendieron a Mooney de costado. Le sangraba la nariz y su respiración era superficial. Leon le quitó el protector dental y se volvió a mirar justo cuando llegaban los demás jugadores del equipo.

—Que alguien llame a una ambulancia.

Robbo se acercó a ellos.

—¿Qué pasa?

—Está inconsciente. ¿Me dejas el reloj? Tengo que tomarle el pulso.

Robbo se quitó el reloj y se lo puso a Leon en la mano. El campo entero había enmudecido.

—La ambulancia no tardará en llegar —dijo alguien—. Están terminando una asistencia a cinco minutos de aquí.

Los jugadores del otro equipo permanecían en silencio y se dedicaban a estirar las piernas. Al principio, cuando Mooney se había caído, habían empezado a burlarse de él, pero después se habían dado cuenta de que el placaje había sido muy poco limpio.

La esposa de Mooney, Liz, entró corriendo en el campo y trató de llegar

hasta su marido.

—¿Qué ha pasado?! —gritó, asustada—. ¿Qué le han hecho?!

A Leon lo horrorizó que el bestia de Mooney fuera capaz de pegar a aquella mujer.

Toby la cogió por los brazos y le impidió acercarse.

—Calma, Liz. Está inconsciente. Ahora no puedes hacer nada.

Liz lloraba y tenía las mejillas manchadas de rímel.

—¿Se va a poner bien?

—Claro, sólo está fuera de combate.

La mujer miró a su alrededor, aturdida.

—¿Dónde están mis hijas?

Wendy estaba al otro lado de la valla con las hijas de Liz y Mooney, que lloraban y gritaban.

—¡Mamá! —exclamó una de ellas—. ¿Qué le ha pasado a papá?!

Leon siguió controlando a Mooney, cuyo corazón latía muy rápido. Pero había estado corriendo, así que tal vez fuera normal. Deseó que la ambulancia llegara enseguida, y que fueran otros los que se ocuparan de él. Leon era un forastero, pero al parecer los demás confiaban en él para que cuidara de Mooney... Si algo salía mal, estaría acabado.

Mooney empezó a convulsionar, lanzando patadas al aire y temblando. Liz se puso a gritar como una histérica y Toby se la llevó de allí.

—¿Qué hacemos? —preguntó Robbo, inclinándose con una expresión angustiada en el rostro—. ¿No hay que sacarle la lengua para que no se la muerda?

—No —resopló Leon, mientras intentaba sujetarle las piernas a Mooney—. Eso no es más que un cuento de viejas. Tenemos que mantenerlo de lado para que no se ahogue si vomita. ¿Alguien puede darme un pañuelo o algo? Está echando espuma por la boca.

Todo el mundo se había quedado paralizado, de modo que Leon se quitó la camiseta y le limpió la saliva. Mooney permaneció inmóvil y luego, tras abrir

los ojos, emitió un quejido y trató de sentarse.

—Quédate tumbado —le dijo Leon—. Te has dado un golpe en la cabeza.

—¿Dónde coño estoy? —murmuró el hombre de pelo rubio, aturdido.

—En el partido, tío —le dijo Toby—. Las semifinales, ¿te acuerdas?

—¿Qué día es hoy?

Mooney echó un ansioso vistazo a su alrededor, claramente desorientado, pero dejó que Toby y Leon lo ayudaran a tenderse de nuevo en el suelo. Luego cerró otra vez los ojos. Estaba pálido como un cadáver.

Leon sintió alivio al oír la sirena de la ambulancia a lo lejos. Alguien abrió las puertas y la ambulancia se acercó dando tumbos por el campo. Los paramédicos colocaron a Mooney en una camilla y lo subieron al vehículo. Dejaron que Liz los acompañara y luego se marcharon.

Después de eso, empezaron todos a discutir acerca de si debían seguir adelante con el partido o no. No les parecía bien continuar jugando sin Mooney. Alguien dijo que daba igual, como si el deseo de ganar se hubiera marchado en aquella ambulancia. Toby, sin embargo, empujó la mandíbula hacia delante.

—Mooney querría que termináramos el partido. Se va a cabrear si nos rendimos.

—Si abandonamos, perdemos el partido —dijo Robbo—. Vosotros decidís, chicos, pero es una lástima abandonar ahora que llevamos tanta ventaja en el marcador.

Toby los miró a todos.

—Vamos, empezad a mover el culo y ganemos este partido por Mooney.

A regañadientes, el resto del equipo accedió.

Leon no tenía camiseta; la suya estaba manchada de saliva y sangre. Durante los últimos quince minutos había estado a pecho descubierto y se le había enfriado el sudor. Se ofreció para sentarse un rato en el banquillo, pero a los demás les sentó como una patada.

Toby lo señaló con un dedo.

—Vas a jugar, guardaparques, te guste o no. ¡Que alguien le dé una camiseta! —gritó en dirección al banquillo.

Uno de los jugadores más jóvenes, recién recuperado de una lesión, obedeció y enseguida recibieron una camiseta por encima de la valla.

Dieron una vuelta rápida al campo para calentar y prosiguió el partido. Pero el equipo estaba más afectado de lo que parecía y jugaron con una desesperación que no ayudaba mucho. Leon se había enfriado durante la interrupción y no acababa de coger el ritmo, y Toby tenía ganas de venganza y no hacía más que repartir patadas a diestro y siniestro. El otro equipo se aprovechó de la situación y empezó a marcar goles.

Cuando pitaron el final, el equipo contrincante ganaba por tres puntos, lo cual era una gran injusticia. Leon y sus compañeros abandonaron el campo hundidos y doloridos. Estaban en el vestuario cuando recibieron noticias: a pesar de que Mooney tenía una conmoción cerebral fea, se iba a poner bien. Le habían hecho un TAC craneal para descartar lesiones graves. Pero los jugadores no estaban de humor y, tras abandonar el campo, se fueron a casa. No les pareció bien ahogar sus penas en alcohol sin Mooney.

Leon cruzaba el óvalo cojeando, en dirección a su coche, cuando Toby llegó corriendo junto a él. Parecía nervioso.

—¿Va todo bien? —le preguntó Leon, deteniéndose.

Toby se pasó una mano por la calva y restregó los pies en el suelo, incómodo.

—Oye, guardaparques... Gracias por haber ayudado a Mooney.

—No pasa nada. Espero que se recupere. Ha sido un placaje brutal. A ese tío tendrían que suspenderlo, ojalá que Robbo lo denuncie.

—Tienes razón, sí que debería hacerlo.

Leon se colocó bien la bolsa al hombro, mientras se preguntaba qué quería en realidad Toby.

—Hoy Mooney se ha portado como un cabrón contigo —dijo Toby—. Ha sido un detalle que lo ayudaras.

—No importa.

—Claro que importa, ha sido un cerdo. Yo en tu lugar no lo habría ayudado. Eres un puto héroe.

Lo cierto es que Leon no se veía a sí mismo como un héroe. Había ayudado a Mooney movido por su sentido del deber, pero quienes necesitaban ayuda de verdad eran su esposa y sus hijas. Notó una punzada de culpabilidad: ya tendría que haber hecho algo al respecto, dado que conocía desde hacía tiempo la violencia que reinaba en casa de Mooney.

Toby, sin embargo, estaba sonriendo.

—Supongo que ayudarías hasta a un leproso —dijo.

Leon sonrió.

—Sí, supongo que sí.

Toby le cogió una mano y se la estrechó con fuerza.

—Vete a la mierda, guardaparques. Eres mejor persona que yo.

Max había decidido quedarse en casa en lugar de ir al partido porque no quería encontrarse con Jaden. Había tenido una semana muy mala y Max estaba convencido de que no tardaría en ir a la cárcel. El día anterior, después del colegio, Jaden le había enseñado una libretita negra con una lista de todas las cosas que Max había robado. Jaden lo había anotado todo con su letra irregular y torcida.

Cigarrillos
Caramelos Fruit Tingles
Coca-Cola x 2-3 4
Snickers x 2
Barritas Mars x 2-3 4
Mentos
Paquete de serpientes de gominola
Tableta de chocolate Cadbury
Polo
Barrita de chocolate Picnic
Tic Tacs
Gusanitos Twisties
Caramelos Jubes
Freddo Frogs x 2 3
Barritas de chocolate Violet Crumble

Una lista de dos páginas, a palabra por línea. Cuando Max la vio, tuvo la sensación de que se lo tragaba la tierra. ¿De verdad había robado todo aquello? Jaden lo había obligado, cierto, pero eso no importaría cuando la poli lo detuviera.

—Te van a caer cinco años —le había dicho Jaden—. Cinco años entre

rejas.

Max lo observó aterrorizado. ¿Qué hacían los niños en la cárcel? ¿Tenían tele y PlayStation? ¿Le dejarían usar su iPhone? ¿Y tenían que comer gachas de avena todos los días? La comida no sería como los espaguetis de mamá y seguro que nunca les daban helado.

—A los enanos como tú los ponen en régimen de aislamiento —le dijo Jaden.

Max no sabía muy bien qué era eso, pero tampoco quería preguntarlo.

Jaden agitó la libretita delante de él.

—Esto es tu sentencia de muerte. O haces lo que te digo o vas a la cárcel. No avances hasta la salida. No cobres doscientos dólares.

Max aguzó el oído. Con doscientos dólares tendría suficiente para operar a *Rosie*.

—¿Dónde puedo conseguir doscientos dólares?

—Es del Monopoly, burro. El dinero del Monopoly es de juguete. Nadie te va a dar doscientos dólares. Para conseguir tanto dinero tienes que robar un banco.

A Max se le doblaron las rodillas. Deseó que Jaden no lo obligara a robar un banco, porque para eso necesitaría una pistola, un coche para huir y un pasamontañas.

Jaden le clavó un dedo en las costillas.

—¿Es que no me has oído? Quiero que me traigas una cerveza.

Max negó con la cabeza. Robar una cerveza sería mucho más difícil que robar cigarrillos.

—Tu padre tiene muchas —dijo Jaden—. Es un alcohólico y los alcohólicos siempre tienen cerveza.

A Max le molestó que Jaden llamara *alcohólico* a su padre porque no era verdad, pero tenía que pensar muy rápido.

—Mi padre ya no bebe cerveza, mamá lo ha obligado a dejarlo.

Era una buena mentira: en el colegio, todo el mundo sabía que el padre de

Max había vuelto a casa y que «estaba castigado», como decía su madre.

Jaden rascó a Max varias veces en el brazo con intención de herirlo y se le dejó rojo.

—Como vea a tu padre bebiendo en el partido, sabré que en casa tenéis cerveza.

Y Max no había ido al partido porque esa mañana su padre había metido unas cuantas cervezas en la nevera portátil. Así pues, estaba solo en casa. Y como no le gustaba estar solo en casa, había cerrado todas las puertas con llave y se había puesto a jugar a *Call of Duty* hasta que se había hartado. Miró el reloj del microondas: eran las cinco. El partido ya debía de haber terminado y se preguntó quién habría ganado.

Rosie empezó a ladrar, así que Max la dejó entrar y cerró de nuevo la puerta con llave. Se suponía que la perra no debía entrar en casa, pero mamá no estaba, y daba igual. Max se sentó en el sofá, dio una palmadita en los cojines y *Rosie* subió de un salto. Max le rodeó el cuello con un brazo y le apoyó la cabeza en el lomo. *Rosie* jadeaba como si estuviera sonriendo. ¿Significaba eso que era feliz?

Fuera se oyeron ladridos, y Max se acercó a la ventana para ver qué ocurría. *Bonnie* aullaba desesperadamente junto a la valla. Por lo general no ladraba mucho. ¿Por qué estaría tan nerviosa? Max se disponía a abrir la ventana para gritarle que se callara cuando vio a alguien en la acera, delante de su casa. Una figura alta y delgada.

Se le formó un nudo en el estómago y se agachó para que Jaden no lo viera. Oyó unos pasos pesados en el porche delantero. Alguien llamó a la puerta.

Rosie se puso como loca y corrió hacia la entrada, ladrando y gruñendo, pero Max no tenía la menor intención de seguirla. Fingiría que no había nadie en casa.

Siguió escondido, agazapado tras el sofá, y oyó a Jaden llamar de nuevo a la puerta. El corazón le latía desbocado. ¿Qué se proponía? ¿Sabía que estaba

en casa? ¿Rompería una ventana para entrar? Y si entraba..., ¿qué? ¿Dónde podía esconderse? Quizá sería mejor que cogiera un rodillo de cocina para defenderse. O un bate de críquet. O tal vez *Rosie* atacara a Jaden: tenía los dientes muy afilados y lo odiaba por lo que le había hecho a sus cachorros. Seguro que aún se acordaba de cuando había lanzado a *Bruiser* al aire.

De repente se hizo el silencio y Max se arriesgó a echar un vistazo desde detrás del sofá. Jaden estaba junto a la ventana, haciendo visera con las manos para poder ver el interior de la casa. A Max casi se le paró el corazón y se dejó caer de nuevo al suelo.

Al poco, oyó que los pasos se alejaban del porche y comprobó de nuevo la ventana. Jaden había desaparecido.

Rosie echó a correr en ese momento hacia la puerta de atrás, gruñendo, y el pomo empezó a moverse. Max tenía tanto miedo que creyó que iba a vomitar. Menos mal que había cerrado todas las puertas, porque de lo contrario Jaden ya habría entrado, lo habría cogido por el cuello y estaría tratando de estrangularlo. Si Jaden entraba, era capaz de destrozar la casa, y Max no podría impedirselo. La libreta negra de Jaden, la que contenía las pruebas, no le permitiría defenderse.

En la casa de al lado, *Bonnie*, desesperada, seguía lanzando ladridos agudos. La puerta trasera había dejado de temblar, de modo que Max se arrastró hasta la ventana y echó un vistazo. Ni rastro de Jaden.

Luego se incorporó un poco más y lo vio en la acera con las manos apoyadas en las caderas, contemplando la casa con los labios fruncidos y una mirada cruel. Se quedó allí largo rato, mientras Max permanecía apoyado en la pared, casi sin aliento, demasiado asustado para moverse. Le dolía el estómago de tanto estar agazapado. Deseó que su padre y su madre volvieran a casa.

Jaden se dirigió entonces hacia la casa de Leon. ¿Qué estaba haciendo? *Bonnie* corría de un lado a otro, ladrando. El alambre vibró cuando la perra se lanzó contra la valla y salió rebotada. Y luego todo se quedó en silencio.

Max se asomó un poco para echar un vistazo al jardín de Leon, pero no vio a *Bonnie*. Era raro que no siguiera ladrándole a Jaden. Y a él tampoco lo veía por ninguna parte.

Fue entonces cuando se fijó en que la puerta del jardín de Leon estaba abierta.

Le entró el pánico. Jaden debía de haberla abierto para dejar salir a *Bonnie*. No era más que un cachorro, no sabía qué eran los coches. ¿Y si corría hasta la carretera y la atropellaban?

Oyó de nuevo pasos en el porche delantero y vio a Jaden mirando por la ventana con los ojos entornados. Max se hizo un ovillo en el suelo.

Cuando volvió a mirar, unos segundos más tarde, vio a Jaden corriendo calle abajo.

Max echó a correr en busca de *Bonnie*. Llegó a la acera y escudriñó la calle, pero no vio ni a Jaden ni a la perrita.

Se echó a llorar y pensó que ojalá hubiera sido lo bastante valiente para decirle a Jaden que se largara. Ojalá pudiera contarle a alguien lo que Jaden había hecho, pero entonces éste le contaría a su padre, que era policía, que Max había estado robando. Max se vio en la cárcel, entre rejas. Tendría que llevar un uniforme de color naranja, vivir en una celda de cemento y dormir en una cama dura y estrecha.

Se había metido en un lío muy gordo. Entró en casa, se sentó en el sofá y se sintió fatal.

Poco después, el coche de Leon se detuvo frente a la casa de al lado. *Rosie* ladró, así que Max la dejó salir y la perra se fue disparada hacia la valla, ladrando. Leon bajó del coche como si fuera un viejo. Cojeaba y estaba rebozado de barro. Subió renqueando el camino de entrada y entonces se detuvo. Luego aceleró el paso y llegó casi corriendo al jardín.

—*¡Bonnie!* —gritó.

Después volvió corriendo a la calle y miró a uno y otro lado, como había hecho Max minutos antes.

Los padres de Max llegaron precisamente en aquel momento. El chico vio a su madre hablar con Leon a través de la ventanilla del coche. No entendió qué decían, sólo vio a Leon mover los labios con una expresión angustiada en el rostro.

El padre de Max aparcó en el camino y su madre entró en casa.

—Max, ¿dónde estás? Ven enseguida. *Bonnie* se ha perdido.

Max se acercó sin hacer ruido desde el salón. Su madre frunció el ceño con las manos apoyadas en las caderas.

—¿Qué estabas haciendo?

—Nada, estaba aquí.

—Ve a ayudar a Leon. *Bonnie* se ha escapado. Alguien ha dejado la puerta abierta.

—Yo no he sido.

Su madre frunció aún más el ceño.

—Yo no he dicho que hayas sido tú, ¿verdad?

Max negó con la cabeza, pero mamá parecía recelosa.

—Tú no harías algo así, ¿verdad?

—No, yo quiero a *Bonnie*.

—¿No estarías jugando por ahí con ella y se te olvidaría cerrar la puerta?

—No, mamá, yo siempre la cierro.

—Sí, ya lo sé.

Salió con él y se dirigieron hacia la casa de Leon.

—No sé cómo se ha podido escapar —dijo éste—. A lo mejor no he cerrado bien la puerta.

—Estas cosas pasan —dijo la madre de Max—. Empecemos por buscar en la calle. Max irá a pedir a sus amigos que lo ayuden mientras yo pregunto en las casas de los vecinos si alguien la ha visto.

Max se alegró de que mamá estuviera al mando. Era la mejor. Siempre sabía qué hacer.

Luego cogió la bici y salió disparado, pedaleando con rabia. Se sintió

mejor ahora que por fin podía hacer algo. Bajó la calle a toda velocidad y pasó por delante del camión de Robbo, llamando a *Bonnie* una y otra vez. Robbo subía en ese momento la cuesta en su camioneta y Max le hizo señas para que parara. Trudi abrió la puerta del pasajero y observó a Max con sus ojos de mirada triste.

—*Bonnie* se ha escapado —dijo el chico—. ¿Habéis visto una perrita en la carretera?

—No, pero os ayudaré a buscarla —se ofreció Trudi, mientras bajaba del coche.

—No te excedas —la advirtió Robbo.

—No me excedo. Quiero ayudar.

Max empezó a pedalear de nuevo calle abajo y se detuvo frente a la casa de un niño de su clase. Cuando le dijo que *Bonnie* había desaparecido, el niño se ofreció a ayudar. Instantes después, iban los dos en sus bicis de un lado para otro, llamando a *Bonnie*.

Callum también se les unió, pero Jaden no. No había ni rastro de él.

En todo el pueblo la gente iba saliendo de sus casas, dispuesta a buscar a *Bonnie*. Se dirigiera hacia donde se dirigiera, Max veía a alguien llamando a la perrita. Nadie quería que se perdiera ni que la atropellara un coche. Y Max menos que nadie.

Se detuvo junto a la carretera con el corazón desbocado. Se había quedado solo. Los demás chicos se habían dividido para buscar a *Bonnie* y se habían alejado en distintas direcciones. Max no sabía muy bien hacia dónde ir: si *Bonnie* había llegado hasta la carretera, quizá ya estuviera a medio camino del siguiente pueblo. Podía estar husmeando en la granja de alguien, o escondida debajo de un coche. Podía encontrarse en cualquier lado.

La calle principal estaba llena de gente y de coches, porque hacía poco que había terminado el partido de fútbol. Max echó un vistazo al contenedor de la basura que había detrás de la ferretería, pero no vio a *Bonnie*. Quizá hubiera

ido a explorar las calles laterales. Pedaleó hasta la tienda de comida para llevar, dejó su bici tirada en la acera y entró.

—¿Has visto a una perrita? —le preguntó a Miki—. *Bonnie* se ha escapado.

Miki se volvió hacia él y negó con la cabeza. En aquel momento, Max se fijó por primera vez en que el rostro de Miki tenía forma de corazón.

—¿Puedes ayudarnos a buscarla?

Kurt apareció en ese instante, enorme y siniestro como un guardaespaldas.

—No, no puede. Tiene que seguir trabajando.

Miki le dedicó una sonrisa triste y le dijo que lo sentía. Y, entonces, miró más allá de Max y señaló.

—Allí está.

Max se volvió en redondo y vio una figura gris que corría sigilosamente por la acera. Salió corriendo y la llamó.

—¡*Bonnie!*

La perrita se detuvo, pero tenía una mirada desesperada y atemorizada. Siguió corriendo, demasiado asustada. Entonces, Max oyó ruido de pasos y, al darse la vuelta, vio a Leon corriendo por la acera.

—¡Eh! —exclamó—, ¡que alguien coja a esa perra!

La gente se lo quedó mirando, pero nadie se movió. Como si estuvieran petrificados.

Un coche subía en ese instante por la calle y, de repente, *Bonnie* echó a correr hacia el asfalto. Se oyó un golpe y desapareció bajo las ruedas.

Leon soltó un grito desgarrador. Pasó corriendo junto a Max y le hizo señas desesperadas al conductor, que ya había detenido el vehículo.

Max vio a *Bonnie* tendida sobre la carretera. Estaba rígida, con las patas tías. Respiraba agitadamente y apretaba los dientes. No parecía saber dónde estaba.

Del coche bajó una mujer que no era del pueblo. Hablaba muy rápido, con voz aguda.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha pasado? ¿He atropellado a un perro? ¿Está muerto?

La mujer empezó a llorar y entonces Max también se echó a llorar. Le temblaba todo el cuerpo. Justo entonces notó una mano en el hombro y vio a Miki a su lado. Estaba serena y tranquila, aunque la expresión de su rostro era de angustia.

Max vio a Leon arrodillarse junto a *Bonnie* y levantarla con suavidad. La sostuvo entre los brazos. *Bonnie* jadeaba, los ojos se le habían puesto raros y le temblaban.

—¿Está muerta? —lloriqueó la conductora.

—No, aún respira.

—¿Y si tiene una lesión cerebral? —dijo la mujer.

Leon sostenía a *Bonnie* con la delicadeza de una madre. A Max le gustó la forma en que la atendía. Sentía miedo por ella, pero se sentía mejor al saber que estaba en las manos de Leon.

—Tengo que llevarla al veterinario —dijo Leon, mientras echaba un desesperado vistazo a su alrededor—. Maldita sea, tengo que ir a casa a buscar el coche.

Max deseó tener un coche para poder acompañar a Leon y a *Bonnie* al veterinario. Conduciría tan rápido como una ambulancia. Se saltaría todos los límites de velocidad y no le importaría que los polis lo pararan para ponerle una multa. Les diría que estaba salvando a *Bonnie*.

Max oyó a Kurt ordenarle a Miki que entrara de nuevo en la tienda. Notó cómo ella retiraba la mano de su hombro, pero no pudo volverse porque estaba mirando a *Bonnie*. ¿Quién iba a llevarla al veterinario?

Entonces, Max oyó una voz ronca.

—Yo te llevo.

Era Toby. Su camioneta F250 estaba justo detrás del coche de la mujer histérica. Toby se había asomado por la ventanilla y le hacía señas a Leon.

Leon corrió calle abajo con *Bonnie*, que sangraba por la nariz. Toby abrió

la puerta para que Leon pudiera subir a la camioneta con la perrita, después golpeó con la mano el exterior del vehículo y empezó a gritar.

—¡Vamos, señora! ¡Apártese para que podamos pasar!

La mujer subió apresuradamente a su coche y lo aparcó delante de la oficina de correos. Toby pisó a fondo el acelerador y salió disparado calle arriba.

Max se despidió de Leon con una mano cuando pasaron por delante de él, pero éste no lo vio porque estaba inclinado sobre *Bonnie*. Desaparecieron en mitad de una nube de humo azul.

Cuando Max se volvió para empezar a subir la calle, vio a Miki en la puerta de la tienda. Kurt parecía una sombra tras ella y la tenía cogida por un brazo. Era como si la sujetara un oso. Miki vio a Max y lo saludó con la mano justo antes de que Kurt la obligara a entrar en la tienda.

En el asiento trasero de la camioneta de Toby, Leon arrojó al suelo latas de Coca-Cola y envoltorios de chocolatinas y luego se sentó con la perrita herida sobre el regazo. Le temblaron las manos al acariciarle la maltrecha cabeza. Tenía cortes y rasguños por todo el cuerpo y le salía sangre de la nariz. Se parecía tan poco a la *Bonnie* de siempre... ¿Cuántas veces había deseado Leon que creciera un poco y se tranquilizara? Y ahora su perrita estaba sufriendo.

Toby iba concentrado en conducir. Ya habían llegado a la carretera, estaban casi a las afueras del pueblo. Pasaron por delante del campo de fútbol, que ya se encontraba casi vacío: sólo quedaban unos cuantos coches, probablemente del personal que limpiaba los vestuarios después del partido. Toby no hacía ni caso de los límites de velocidad.

—Gracias por llevarme —le dijo Leon.

Toby tomaba las curvas a toda pastilla.

—Ha sido un día complicado. ¿Cómo está?

—No tiene buen aspecto.

Leon le pasó una mano por el lomo. La perrita parecía más tranquila: ya no jadeaba, pero era como si hubiera languidecido, como si toda la energía la hubiera abandonado.

—Me cuesta creer que pueda angustiarme tanto por un perro.

—Es parte de tu familia —le dijo Toby.

Leon tiró suavemente de las orejas a *Bonnie* mientras Toby descendía hacia el río y seguía la carretera que bordeaba aquel curso de aguas plateadas.

—Los perros son fantásticos —prosiguió Toby—. Siempre se alegran de

verte. —Se rio entre dientes—. Que es más de lo que puedo decir de mi parienta.

—Me han dicho que tu parienta es una gran mujer.

—Lo es —dijo Toby, mirando a Leon por el retrovisor—. Para aguantarme a mí...

Toby estaba buscando algo en el teléfono sin perder de vista la carretera. Luego se lo pasó a Leon.

—¿Quieres llamar a la clínica para avisar de que vamos? Ya te he marcado el número.

Leon sintió alivio cuando Kate descolgó el teléfono. Le explicó rápidamente la situación y luego le preguntó:

—¿Puedes atendernos ahora?

—Claro. Llamad a la puerta cuando lleguéis.

Leon se inclinó hacia delante y le devolvió el móvil a Toby.

—¿Has sabido algo más de Mooney? —le preguntó.

—Sí, tiene que estar dos semanas de baja —dijo, al tiempo que negaba con la cabeza—. Imagínate a Mooney en casa tantos días. Pobre Liz.

—Sí, pobre Liz.

Leon puso especial énfasis en aquellas palabras, porque Liz merecía todo su apoyo. Y tal vez iba siendo hora de que alguien lo admitiera. Todo el mundo sabía cómo trataba Mooney a su mujer, ¿no? Y, sin embargo, Leon se había dado cuenta de que en el pueblo todos guardaban silencio. Sabía que eso no estaba bien, porque él había vivido aquel mismo silencio en casa de sus padres: la negación y las mentiras que permitían a la gente no decir nada. Ahora bien, esa negación los consumía por dentro, les devoraba el alma. Como el cáncer.

Toby observó unos instantes a Leon por el espejo retrovisor y luego desvió la mirada.

Lo sabía.

Leon esperó a que dijera algo, pero el silencio se fue alargando. Quizá

Toby no le hubiera dado importancia al comentario de Leon o hubiera decidido ignorarlo.

Leon había dedicado una parte de su vida a tratar de ayudar y proteger a su madre, pero ya llevaba demasiado tiempo guardando silencio en aquel pueblo.

—Mi padre pegaba a mi madre —dijo—. Ya sé que estas cosas no son fáciles de solucionar, pero tal vez alguien tendría que ocuparse un poco de Liz. Vigilar cómo van las cosas.

Toby tenía la mirada clavada en la carretera y el ceño fruncido en una línea oscura y siniestra.

—Esas historias son una mierda —dijo al fin—. Hablaré con Steph y pensaremos en algo. Tendríamos que haberlo hecho hace tiempo.

Cruzaron una nueva mirada a través del retrovisor y Leon asintió.

—Nunca es demasiado tarde.

Al llegar a la clínica veterinaria, Leon cogió con delicadeza a *Bonnie*.

—¿Quieres que te espere? —le preguntó Toby.

—No, gracias. No sé lo que voy a tardar. Es mejor que te vayas.

—¿Y cómo volverás a casa?

—Cogeré el autobús o un taxi. Depende de lo que tarde.

Toby recogió un tique del suelo y garabateó en él un número de móvil.

—Llámame si necesitas que venga a buscarte.

—Gracias.

Toby hizo una mueca.

—Bueno, supongo que ahora estamos en paz.

Leon sonrió.

—Sí, supongo que sí.

El lunes, Miki se levantó temprano y se preparó para ir al bosque. Pero después de desayunar Kurt le comunicó que se iba solo. Miki se entristeció y lo siguió hasta la puerta, decepcionada.

—¿Por qué no puedo ir contigo?

—Porque me voy solo y luego me marché directamente a Hobart.

Kurt cogió la chaqueta y las llaves del coche y le cortó el paso a su hermana.

—Quiero oler los árboles —le suplicó Miki—. Me ayuda a sobrellevar el resto de la semana.

—Me importa una mierda tu semana. No te hace falta oler los árboles.

Miki observó a Kurt mientras él se ponía unas botas de goma y cogía la mochila, colgada de un gancho junto a la puerta.

—Por favor, Kurt, déjame ir contigo.

Kurt apretó los labios.

—Ni hablar.

—¿Por qué no?

Kurt la fulminó con la mirada.

—Ya deberías saberlo.

Cogió todas sus cosas y dio un portazo al salir. Después cerró con llave.

Kurt llevaba desde el sábado de mal humor. Lo único que había hecho ella había sido consolar al pobre Max, que estaba angustiado, pero Kurt se había puesto furioso porque ella lo había desafiado y había salido a la acera. Tampoco era para tanto, y Miki se había enfadado con él por mostrarse tan irracional. ¿Por qué no podía ayudar? ¿Qué tenía de malo?

Sospechaba que su hermano estaba molesto por algo más. La llave, posiblemente. Miki lo observaba todos los días, tratando de averiguar a partir de su lenguaje corporal si había descubierto el engaño. Observaba su ceño fruncido durante el desayuno y pasaba de puntillas junto a él. Pero ya había perdido la capacidad de leerle la expresión. Aquella vigilancia constante le resultaba agotadora: estaba siempre conteniendo la respiración, anticipando el momento en que Kurt estallaría y se enfrentaría a ella. Se ponía nerviosa cuando él estaba cerca. Y últimamente hasta le costaba conciliar el sueño.

Sin embargo, ahora que Kurt se había marchado a Miki volvía a circularle la sangre. Aire y libertad, eso era lo que necesitaba. Kurt podía dejarla sola en casa, pero no podía impedirle que saliera. Fue a buscar la llave que guardaba en el agujero del colchón y se dispuso a introducirla en la cerradura.

Pero la llave no entró. El corazón se le aceleró. Lo intentó de nuevo, pero no encajaba. Notó un escalofrío mientras observaba con atención la llave y la cerradura. Parecían las mismas, pero no lo eran.

Se sentó a la mesa de la cocina, con la espalda erguida y las manos juntas. Le costaba respirar. Tantas semanas preguntándose si Kurt habría descubierto lo de la llave... y a lo mejor lo había sabido desde el principio. Se le formó un nudo en el estómago. ¿Por qué no le había dicho nada? ¿Y cómo se proponía castigarla?

Contempló la calle a través de la ventana de la cocina, tan inquieta que se notaba los nervios de punta. Lo más irritante, pensó, era la sensación angustiosa de estar atrapada. La llave había insuflado aire a su vida; ahora todo volvía a resultarle asfixiante.

Se tumbó en la cama y contempló el techo. La habitación le parecía pequeña y tenía la sensación de que las paredes estaban cada vez más cerca, como si la estancia se fuera encogiendo. No podía quedarse quieta, daba vueltas y más vueltas, sacudía las piernas. Estaba atrapada y sentía la agitación en su interior como un río a punto de desbordarse. Cuantas menos opciones tenía de ser libre, más lo deseaba. Quería salir, notar el aire frío en

la piel, oler el humo de la leña y el perfume de la hierba cortada, el aroma del pan recién hecho calle arriba... Quería escuchar los sonidos del pueblo. Quería estirar las piernas, mover los brazos y caminar sin rumbo por la carretera.

Recorrió las habitaciones en busca de otra posible salida. Pensó en las ventanas: aparte de las de la fachada de la tienda, que no se podían abrir, sólo había otra, la de la cocina. Cuando se habían instalado allí, Kurt había asegurado esa ventana con un clavo para que no pudieran entrar ladrones. Miki se preguntó en ese momento si lo habría hecho más bien para que ella no pudiera salir.

Tiró del clavo con los dedos, pero estaba demasiado incrustado y no pudo sacarlo. Trató entonces de introducirle la hoja del cuchillo de la mantequilla por debajo de la cabeza, pero el filo era demasiado grueso, así que lo intentó de nuevo con un cuchillo de cocina que Kurt había afilado hacía poco. Tuvo algo más de éxito, porque al menos consiguió introducir la punta de la hoja debajo de la cabeza. Con cuidado de no rayar la pintura, fue desplazando la punta del cuchillo alrededor del borde del clavo a la vez que hacía palanca. Luego volvió a coger el cuchillo de la mantequilla para tratar de sacarlo, pero la cabeza seguía incrustada en el marco de la ventana. Al principio se desanimó, y después pensó que disponía de todo el día. Si tenía paciencia, lo conseguiría, milímetro a milímetro.

Ya era media mañana cuando finalmente consiguió aflojar el clavo. Para entonces, estaba tan nerviosa por si Kurt reparaba en los desperfectos que hasta había empezado a sudar. Si se observaba de cerca, la cabeza del clavo estaba ligeramente deformada y en el marco de la ventana se veían unas cuantas muescas minúsculas. Después de otros veinte minutos empujando el clavo hacia fuera, consiguió sacarlo.

Luego estaba el cierre de la ventana, tan apretado que no cedía. Unos alicates no le hubieran ido mal, pero Kurt guardaba las herramientas en el sótano. Se desesperó momentáneamente. ¿Tanto esfuerzo no había servido

para nada? Recurrió a todas sus fuerzas para intentar abrir el cierre, pero estaba atascado por la falta de uso.

Miki abrió la despensa y examinó el interior, preguntándose qué podía usar. ¿Aceite de oliva a modo de lubricante? Vertió una pequeña cantidad en un platillo, se humedeció el dedo y luego, con mucho cuidado, lo fue pasando en torno al cierre, procurando que no quedara excesivamente oleoso. Cogió un trapo de cocina, lo colocó sobre el cierre, apretó los dedos y empezó a moverlo hasta que el mecanismo se desbloqueó y lo pudo girar.

La ventana, por supuesto, estaba atascada, pues la pintura había pegado el marco. Tendría que darle un golpe para que subiera, pero... ¿cómo iba a hacerlo sin herramientas y, sobre todo, sin romperla? Echó un vistazo al cajón de los utensilios, pero no encontró nada útil. Y entonces se acordó del ablandador de carne, el mazo que usaban para aplanar los bistecs y los escalopines de pollo. Lo cogió del recipiente que estaba junto a la plancha, envolvió la cabeza metálica en un trapo de cocina y golpeó con cuidado el marco de la ventana. Poco a poco se fue despegando y se abrió.

Entró aire fresco y Miki respiró hondo.

Se inclinó sobre el fregadero para asomarse a la ventana abierta y miró hacia el suelo. La ventana quedaba bastante arriba, pero no a una altura peligrosa. Podía dejarse caer con bastante facilidad. El problema sería volver a entrar. Los escalones quedaban a un lado, demasiado lejos para que pudiera llegar a la ventana desde allí, así que tendría que buscar otra solución.

Recorrió una vez más las habitaciones en busca de alternativas. Cerca de la puerta trasera vio un cajón de madera lleno de botellas y latas vacías que había que llevar al vertedero. Apiló toda la basura en un rincón y luego cortó cuatro trozos de cuerda largos, que ató a las cuatro esquinas del cajón. Después lo sacó por la ventana y, sujetando las cuerdas como un titiritero, lo bajó hasta el suelo. Le serviría como escalón cuando regresara. Tendría que volver a subirlo y meterlo en casa, de modo que hizo un nudo flojo con las cuerdas y las enrolló en el grifo de la cocina. Finalmente, se arrastró por

encima del fregadero y del alféizar y, separando las piernas como si fuera un cangrejo, saltó al suelo y aterrizó en un charco.

El aire era puro y el cielo, inmenso. Había empezado a lloviznar y Miki se había dejado la chaqueta en casa, pero no le importaba. Hasta se alegraría si llovía. Siempre sería mejor mojarse y pasar frío fuera que estar dentro calentita y seca pero encerrada.

Salió del pueblo y se dirigió hacia el bosque. Era un riesgo, supuso, porque siempre existía la posibilidad de encontrarse con Kurt. Pero la mañana estaba ya muy avanzada y dedujo que su hermano iría camino de Hobart. Respiró el aire frío mientras caminaba por el arcén y se sintió libre. El humo flotaba como un velo y percibió el olor del heno esparcido para las vacas. Se detuvo junto a una valla para contemplar a unos terneros desgarrados que jugaban en un prado. Los animales interrumpieron sus juegos para mirarla y el más valiente de ellos se le aproximó, mirándola con sus ojos de largas pestañas oscuras. Acercó el húmedo hocico para olisquearle los dedos y luego le acarició la mano con su lengua áspera. Miki sonrió y se secó la saliva en el peto antes de proseguir su camino. La pálida luz del sol se filtraba entre las nubes y bañaba los prados en un resplandor tenue.

Pasó frente a la casa de Toby, en cuyo jardín delantero se alzaba una montaña de leña. El prado de la parte trasera ascendía abruptamente hacia el bosque. La mayoría de las casas del pueblo tenían la leña perfectamente apilada junto a la valla, pero no la de Toby: su pila era un desastre, seguía allí tal cual la había descargado el camión del aserradero. Al parecer, a Toby no le importaba el desorden. Él y Steph llevaban una vida caótica, con su pequeña tribu de cuatro niños. Pero los niños eran felices o, al menos, siempre lo parecían cuando iban a la tienda.

Miki dejó atrás la casa de Toby y estaba empezando a subir la cuesta cuando oyó que se le acercaba un coche por la espalda. Instantes después,

Leon detuvo el Toyota junto a ella y Miki se sorprendió de verlo: por lo general, salía hacia el parque mucho más temprano.

—Hola —le dijo a través de la ventanilla—. ¿Qué tal?

—Bien. ¿Cómo está *Bonnie*?

—En casa. Un poco dolorida y triste, pero se encuentra mejor.

—Me alegro. ¿Lo sabe Max? Estaba muy preocupado cuando la atropellaron.

—Sí, ha venido a verla... ¿Te llevo?

Miki dirigió la mirada hacia el valle: las nubes habían empezado a descender y ya tapaban las montañas.

—Vale —dijo—. Sólo hasta el principio del bosque.

Leon abrió la puerta y apartó del asiento un bote de pintura y un par de brochas.

—¿Para qué es la pintura? —preguntó Miki.

—Alguien se ha dedicado a hacer pintadas en los lavabos del parque y el jefe quiere que las tape.

Se agachó para recoger un jersey del suelo y lo lanzó al asiento de atrás.

—Vale, ya puedes subir.

Miki se acomodó en el asiento del pasajero y se abrochó el cinturón de seguridad. El coche estaba sucio. En el suelo había envoltorios grasientos de comida para llevar y restos resecaos de barro. En el salpicadero, varios mapas y unas gafas de sol con una patilla rota. Leon llevaba las botas de trabajo también sucias de barro y los bajos de los pantalones manchados de tierra seca. Tenía el pelo alborotado, como si no se hubiera acordado de peinarse, y la camisa arrugada. A lo mejor era porque no tenía plancha.

—Qué tiempo más asqueroso, ¿verdad? —dijo Leon mientras ponía primera y empezaba a subir la carretera—. No es el mejor día para trabajar al aire libre.

—¿Es buena idea pintar con esta lluvia?

Leon se encogió de hombros.

—Parece que más tarde no va a llover.

—¿Necesitas ayuda?

Miki se lo había pasado bien cuando ella y Kurt habían redecorado la tienda, poco después de instalarse.

—No será especialmente divertido..., pero supongo que vas vestida para la ocasión —dijo Leon, mientras lanzaba una ojeada al peto de Miki—, así que si quieres ayudar, cuantos más seamos, antes acabaremos.

Se adentraron en el bosque y alcanzaron a un autocar cargado de turistas que subía lentamente hacia la pasarela elevada. La carretera ofrecía pocos tramos para adelantar con seguridad, de modo que tuvieron que ir detrás del autocar hasta el desvío.

Por la carretera del parque, Leon se detuvo a recoger una lata de Coca-Cola y otros residuos que la gente había dejado.

—Imbéciles —dijo mientras arrojaba la basura a la parte de atrás—. Parece lógico pensar que quienes vienen hasta aquí no ensucian, pero no, son igual de cerdos que los demás.

Miki vio entre la basura un envoltorio de Mars y se acordó de Max. El otro día le robó una barrita. Ya hacía tiempo que sospechaba que le estaba robando y estaba preocupada por él, temía lo que podía ocurrir si Kurt lo pillaba. También sabía que Shane era muy imprevisible. Leon vivía al lado y parecían llevarse bien, así que Miki decidió comentárselo.

—¿Qué tal está Max? —le preguntó—. ¿Hablas mucho con él?

—Parece que bien —respondió Leon—. Charlamos alguna que otra vez, cuando viene a ver a *Bonnie* o a jugar al fútbol, pero cuesta sacarle cosas. Es bastante reservado. Aunque yo a su edad también lo era.

—Creo que ha estado robando en la tienda —dijo Miki—. No sé muy bien por qué.

Leon frunció el ceño.

—¿Desde cuándo?

—Hace unas cuantas semanas, creo.

—Su familia no tiene mucho dinero. A lo mejor es porque no le dan paga.

—Alguien dejó un billete de diez dólares en el mostrador hace unos quince días. Pensé que podría haber sido él.

—Es posible —dijo Leon—. Yo le di diez dólares. A lo mejor quería compensar lo que había robado. ¿Crees que tal vez roba para impresionar a sus amigos? A veces los niños hacen esas cosas.

—No lo sé, no parece propio de Max. ¿Y si hablas con él?

—Puedo intentarlo.

—Sería estupendo. No me gustaría nada que se metiera en líos.

La carretera había ido ascendiendo mientras hablaban, y en ese momento dejaron atrás el bosque y se adentraron en una llanura ondulada poblada de brezos entre los cuales asomaban, como si fueran huesos, unas rocas de picos escarpados. Miki respiró hondo y sus pensamientos sobre Max se disiparon. Nunca había estado por encima de la línea de los árboles, y en ese instante se sintió como si hubiera ascendido a otro nivel, como si alguien le hubiera quitado la tapa al paisaje. Desde allí veía el cielo entero.

El tiempo se estaba aclarando. En las cimas de las montañas aún se veían jirones de niebla, pero la mayoría de las nubes habían desaparecido. En la llanura crecían pastos y matorrales; aquí y allá se veía la raquítica silueta blanca de algún que otro árbol muerto. Era un lugar inhóspito pero hermoso. Se fijó en las montañas, cuyas crestas parecían rozar el cielo.

—Es una maravilla.

Leon estaba sonriendo.

—¿Te gusta este paisaje?

—Me encanta.

—Pues déjame que te lleve a un sitio —dijo mientras aparcaba en un apartadero—. Vamos. Tenemos que caminar un poco, pero no está muy lejos.

Miki siguió a Leon por una pista que se adentraba entre altos brezos. Llegaron a una pasarela de madera que serpenteaba por la llanura, entre matorrales bajos y erizados de espinas. Las matas de hierba oscilaban,

mecidas por la brisa, y Miki pensó en los páramos de Cumbres Borrascosas por los que vagaban Cathy y Heathcliff. Ambos se habían enamorado de un paisaje como aquél, era lo que los había unido. Y también Jane Eyre, que paseaba por el páramo cercano a Thornfield Hall el día en que había conocido al señor Rochester y había asustado a su caballo. Más tarde, tras descubrir el secreto de su amado, había huido por las tierras altas con el corazón destrozado. Y más tarde aún, había escuchado en el viento la voz fantasmal del señor Rochester justo cuando St. John Rivers le estaba pidiendo que se hiciera misionera. Miki entendió en ese momento por qué aquellos personajes amaban tanto las tierras altas. Aquel paisaje se le metía en el alma. Percibió en el viento y en las rocas la energía de aquel lugar.

Mientras Leon seguía caminando, Miki se fijó en que su paso era liviano. Quizá a él también le gustara estar allí. Quizá aquél fuera su sitio.

La pista conducía hacia una montaña lejana cuya cima estaba envuelta en niebla. A lo lejos, los rayos del sol se filtraban entre las nubes y proyectaban hermosas sombras en el terreno. Cruzaron arroyos de aguas marronosas, que fluían entre rocas cubiertas de líquen. En lo alto, las laderas de las montañas aparecían salpicadas de granito y de unos árboles raquíticos que se habían doblegado por el viento. La pista empezó a descender entonces y, entre la niebla, surgió un lago: un ojo plateado cuyas aguas de color gris pizarra rizaban los céfiros.

—Bonito, ¿verdad? —dijo Leon.

Miki asintió.

—Me encantan las vistas y el aire frío —prosiguió él—. Cuando contemplo este paisaje, veo juegos de luces y sombras, colores en los matorrales, lugares en los que el suelo cambia. Es como una historia escrita en las rocas.

Miki trató de ver lo que Leon veía. Al fijarse mejor, percibió sombras y líneas en la tierra, hoyuelos y pliegues, tonalidades de marrón, gris y verde. Pensó en que el paisaje estaba hecho de muchas cosas: bosque y páramo,

montañas y arroyos, llanuras, lagos, nubes, cielo... Estaba formado por estratos. Como las personas. Como los árboles. Los elementos se complementaban entre sí y cada uno de ellos era distinto. Le gustaba la idea de que las cosas se unieran para formar un todo. Un paisaje. Un país. Un mundo. Todo estaba allí.

Leon cogió una piedra plana y la hizo saltar en la superficie gris acero del agua.

—Este lago lo creó un glaciar hace varios millones de años —dijo—. Me gusta pensar que todo esto estaba antes cubierto de una capa de hielo, que las rocas se fueron erosionando. Que todo esto es muy muy viejo. —Chasquéó la lengua, como si se estuviera riendo para sus adentros—. Me ofrece un poco de perspectiva cuando las cosas se ponen difíciles. A veces necesito esa perspectiva. Supongo que nos pasa a todos.

A Miki no se le había ocurrido pensar que la vida de Leon pudiera ser complicada. Pero quizá Leon fuera como ella.

Se acordó entonces del principito, que recorría todo el universo para descubrir que las únicas cosas que había necesitado siempre eran su hogar y su rosa. Raíces y amigos. Tal vez a todo el mundo le ocurriera lo mismo. Y sólo cambiaran los detalles.

Cuando volvieron al coche, Miki permaneció en silencio mientras Leon conducía hasta el final de la carretera. En el aparcamiento hacía mucho viento; las ráfagas se estrellaban contra las ventanillas y zarandeaban el vehículo, empujaban las nubes en lo alto, mecían el brezo.

No había nadie.

—Pues ya hemos llegado —dijo Leon—. ¡He aquí mi oficina!

Cogió del asiento trasero una bolsa negra de basura y bajó del coche.

Miki abrió la puerta, luchando contra el viento.

—¿Cojo la pintura?

—Primero tengo que ocuparme de la basura. Quédate aquí si quieres.

Miki no quería quedarse allí esperando, de modo que siguió a Leon hasta una amplia zona de pícnic, no muy lejos del aparcamiento. El suelo estaba repleto de latas de cerveza, botellas y otros desperdicios.

—Parece que alguien ha celebrado una fiesta y no se ha acordado de limpiar —dijo Leon.

Miki lo ayudó a recoger platos de plástico manchados de salsa de tomate, envoltorios de salchichas, servilletas y latas abolladas. Le parecía sorprendente que la gente pudiera ser tan desconsiderada. Los responsables de aquella suciedad habían ido hasta el parque para disfrutar de un paisaje hermoso y habían tenido que recorrer en coche una pista de tierra durante por lo menos cuarenta minutos... ¿Y luego dejaban tirada toda aquella basura? No tenía sentido.

Leon arrastró la bolsa y la metió en la parte de atrás del Toyota. Luego cogió la pintura y las brochas.

—Bueno, vamos a por esos lavabos.

Las paredes de los lavabos estaban llenas de pintadas. FUERA VERDES, LOS VERDES NOS QUITAN EL TRABAJO y PUTOS VERDES DE MIERDA, todo en mayúsculas rojas. Miki sintió un poco de vergüenza, pero Leon ni se inmutó.

—Lo han hecho con un spray —le explicó—. Le das a alguien un spray y se cree un artista. —Hizo una pausa—. Tengo una ligera idea de quién puede haber sido...

Miki pensó que ella también se hacía una ligera idea.

—Imagino que ha sido Mooney —dijo Leon—. Ya ha atacado antes con su spray... A mí me pintó el coche.

—Creo que también destrozó nuestras colmenas. En el bosque.

Leon negó con la cabeza.

—No me sorprendería.

—Es una mala persona.

—Lo es —dijo Leon en tono cortante—. Le pega a Liz. He hablado con Toby sobre eso y espero que las cosas cambien.

Miki también lo esperaba. Recordó la mirada triste de Liz y su expresión asustadiza, como si alguien la estuviera persiguiendo. Eso era lo que hacían las personas como Mooney: conseguir que los demás vivieran con miedo.

Leon usó un destornillador para abrir la lata de pintura y luego la mezcló bien con una rama rota. La pintura era de un tono verde botella perfecto para armonizar con el entorno. Se pusieron a trabajar: primero empapaban las brochas y luego las iban deslizando hacia arriba y hacia abajo por las paredes de los lavabos.

—¿Qué tal es vivir con Kurt? —preguntó Leon—. No debe de ser muy fácil.

—La mayor parte del tiempo me trata bien.

Leon chasqueó la lengua.

—Yo creo que debe de ser como vivir con un tigre. Todo bien mientras tenga su comida y no le llesves la contraria. Pero ojo con dejarlo con hambre o hacer algo que le moleste...

Miki nunca había imaginado a Kurt como un tigre, más bien lo había visto siempre como un oso, pero tal vez Leon tuviera razón.

—¿Dónde está? —le preguntó—. Deduzco que en la tienda no.

Miki se ruborizó.

—No, ha ido a Hobart.

Leon se la quedó mirando con gesto comprensivo.

—¿Necesitas pasar más tiempo fuera?

Miki se agachó rápidamente para mojar la brocha en la pintura.

—Ahora estoy fuera —murmuró—. Más vale pájaro en mano que ciento volando..., y más vale pintar antes de que empiece a diluviar.

Leon se echó a reír. Su risa era un sonido agradable que se deslizó por las paredes de chapa de zinc de los lavabos y se perdió entre el brezo. Era tan distinto a Kurt, se lo veía tan relajado y tan humano... No parecía en absoluto un tigre.

Entre los dos no tardaron mucho en acabar. Les quedó un poco tosco, pero

Leon parecía satisfecho.

—A ver si así me quito al jefe de encima hasta que pueda venir un pintor profesional.

Para entonces ya era la hora de comer y Leon le ofreció a Miki chocolate caliente de su termo y la mitad de su bocadillo.

—Está un poco reblandecido —se disculpó—. Lechuga y queso, no tenía mucho más en la nevera. Y no he podido comprar tarta... porque casualmente la tienda de comida para llevar estaba cerrada.

Sonrieron los dos en un gesto de complicidad.

Miki descubrió que no le importaba que el bocadillo estuviera reblandecido. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba. Trabajar al aire libre abría el apetito; cuando estaba en la tienda, en cambio, nunca tenía hambre.

Después de comer, Leon recogió la pintura y las brochas.

—Bueno —dijo—, hoy me has salvado el pellejo, así que te cedo mi tarde. Invita el Servicio de Parques. Soy tu guía turístico. Había pensado llevarte a la pasarela elevada, ¿qué te parece?

Miki vaciló durante una fracción de segundo.

—Me encantaría.

—Pues vámonos —dijo—. Tenemos un buen rato en coche.

Al llegar a la pasarela elevada, dejaron el coche en el aparcamiento y pasaron por delante del punto de información. Leon se detuvo un instante para saludar a alguien que estaba en el interior y luego guio a Miki por una pasarela de madera que se adentraba en un húmedo bosque de eucaliptos. Acababa de caer un chaparrón y la vegetación mojada desprendía una fragancia agradable.

La pasarela desembocaba en un sendero de grava que serpenteaba hasta un río ancho de aguas oscuras. Miki se detuvo junto a la orilla y contempló las aguas arremolinadas. La corriente era rápida e impetuosa. Oía la voz del agua

al fluir a toda velocidad. Y también olía su perfume: fresco y limpio, con un ligero toque de taninos y tierra. Mientras contemplaba el fondo, le pareció que el río rezumaba energía. Se preguntó qué sentiría si se precipitara en él: imaginó que el frío le cortarían la respiración, que la corriente la arrastraría, que aquellas aguas marrones la sumergirían y que, al hundirse, vería alejarse más y más la luz por encima de su cabeza.

Cruzaron por un paso de cemento y Miki se detuvo un instante para sumergir los dedos en el agua. Estaba hipnotizada. Todo en aquel paisaje parecía sentirse atraído por el agua, magnetizado por su energía. Los matorrales de color verde lima y los altos árboles de tronco blanco que poblaban las orillas parecían dispuestos a saltar al río. Lo que cautivó a Miki fue su movimiento. La sensación de que éste iba a alguna parte. Decidido, como si comprendiera su propia razón de ser.

Leon la guio por un sendero que se adentraba en un bosque húmedo y tapizado de musgo. La pista zigzagueaba entre árboles gigantes de corteza gruesa y agrietada, troncos caídos resbaladizos, alfombras de helechos, matas de hierba limón, helechos arborescentes de grandes frondas... Al llegar a lo alto, una pasarela de acero se proyectaba hacia el vacío. La siguieron y sus botas rechinaron sobre el suelo de rejilla. Debajo de ellos la tierra se alejó rápidamente y, de repente, estaban entre las copas de los árboles, contemplando las frondas de los helechos, los estratos más bajos del bosque y el lecho de hojas medio podridas.

Miki nunca había estado en un lugar tan alto. La cabeza le empezó a dar vueltas y tuvo que apoyarse en la barandilla. Ver el bosque allí abajo, a través del suelo de rejilla, le daba vértigo. Durante un momento creyó que se iba a caer, pero entonces se obligó a levantar la mirada, contempló las vistas y respiró el aire frío que le cortaba la piel en las orejas y la nariz y se condensaba en nubecillas de vapor delante de ella.

El panorama era espectacular: terrenos ondulados tapizados de bosque y colinas sobre las que reptaban, como si fueran orugas, jirones de niebla que el

viento empujaba con suavidad. De la cubierta forestal, como si quisieran arañar el cielo, sobresalían los troncos desnudos y plateados de los árboles más viejos. Miki se imaginó qué debía de sentir un pájaro al volar por encima de aquel paisaje, qué debía de ver. Sin duda, una perspectiva muy distinta del mundo.

Los árboles crecían muy cerca de la pasarela y Miki se maravilló al comprobar lo altos que eran. Tuvo la sensación de que los troncos le transmitían su quietud, una atemporalidad hecha de resistencia y longevidad. La vida entera de Miki sólo abarcaría unos pocos centímetros de la circunferencia de aquellos árboles, que seguirían allí mucho después de que ella muriera. Y, por algún motivo, saberlo le resultaba reconfortante.

Leon se detuvo para señalarle un sasafrás en flor, tan cerca que casi podían tocarlo. Miki olió el perfume sorprendentemente dulce de las campanillas blancas como el jazmín o el dafne. Siguió a Leon por la pasarela, que atravesaba los distintos estratos del bosque. A lo lejos veía destellos plateados entre los árboles, centelleos de luz reflejada en el agua. Fue ganando confianza poco a poco y se asomó a la barandilla: miraba hacia abajo, hacia el lejano suelo del bosque, y luego deslizaba la mirada por los troncos rectos hasta llegar a la cubierta forestal, mucho más cerca ahora pero todavía inalcanzable.

La plataforma panorámica situada al final de la pasarela elevada tembló un poco cuando Miki subió. Fue un movimiento apenas perceptible, pero el ligero vaivén la dejó sin aliento y la obligó a aferrarse a la barandilla para sobreponerse al vértigo. Se dirigían hacia el río oscuro que fluía a sus pies trazando una curva amplia. Más lejos aún, Miki vio dos ríos que se unían para formar aquel ancho torrente.

Más allá de donde se encontraba, no había nada: estaba suspendida en el aire, contemplando el paisaje y las nubes deshilachadas que se arrastraban sobre las cimas. Incluso allí arriba se escuchaba el rugido del agua. Se sintió como si estuviera en el límite de algo mucho más grande que ella misma. El

río aportaba movimiento y proporción. Veía sus profundidades negras. Quería saber qué había más arriba, de dónde recogía el paisaje toda aquella agua. ¿Qué había allí arriba, en aquellas colinas cubiertas de niebla? ¿Qué se sentiría al subir hasta allí y abrirse paso entre la maleza, para luego ascender y ascender entre el presente y el pasado, y descubrir de qué estaban hechos el río y el mundo?

En cierto modo, estar en aquella plataforma voladiza era como estar en la tienda mirando hacia fuera, porque lo que veía sólo era el principio de las cosas. La diferencia era que allí se sentía eufórica y libre, rebotante de cielo, aire, río y esperanza.

—¿Has estado alguna vez allí arriba? —le preguntó a Leon, mientras señalaba las montañas situadas al otro lado del río.

—No, pero sé que la gente va. Hay que adentrarse más en el bosque, con el coche, y luego caminar hasta las montañas. Es una zona inhóspita y expuesta, hace mucho viento y es peligroso, pero también he oído decir que es un sitio increíblemente hermoso. Me gustaría ir algún día.

Miki permaneció en el aire, por encima del río y del bosque, y se dio cuenta de lo mucho que le gustaba la combinación de árboles y agua. Pensó en el bosque, inmóvil y paciente. Y en el río que lo cruzaba, poderoso y profundo, arrastrando secretos bajo su oscura piel. Río y bosque se pertenecían el uno al otro, se necesitaban, eran una misma cosa. Incluso a aquella escala grandiosa, todo estaba interconectado.

Sonrió. Kurt había descubierto la llave y el engaño de Miki, pero ella seguía estando fuera, unida a los árboles y al cielo, abrazando la vida. Porque así era el mundo.

CUARTA PARTE

SOTOBOSQUE

Hay días en los que uno tiene energía para ocuparse de los problemas de los demás, y hay otros días que no. Eso fue lo que pensó Leon cuando aparcó delante de su casa, después del trabajo, y vio a Max sentado en el escalón de su puerta, con *Bonnie* tendida en el regazo. Lo que preocupaba a Leon no era que el niño estuviera allí, sino la expresión de su rostro: aquella mirada ligeramente baja y frágil de los niños cuando están a punto de echarse a llorar.

Leon había tenido un día muy duro. Aquella mañana había llegado temprano al parque para recibir a un minibús lleno de voluntarios y luego había dedicado siete horas a organizarlos, asignarles tareas y asegurarse de que todos disfrutaran con el trabajo y se sintieran útiles. No le había resultado precisamente fácil, por las diferencias en cuanto a edad y forma física. Algunos eran jóvenes estudiantes universitarios que estaban de vacaciones y querían hacer algo gratificante. En cuanto a los demás..., o bien tenían sobrepeso o bien eran ancianos con problemas de artrosis. Uno de ellos era tan viejo que, a su lado, hasta su abuelo habría resultado más eficiente. Leon les había dado a los más jóvenes palas y carretillas y había asignado a los ancianos tareas más ligeras. Se suponía que cada cual tenía que traerse su comida, pero Leon sabía por experiencia que los voluntarios no siempre llegaban lo suficientemente preparados. Por suerte, aquella mañana había pasado por la tienda de Miki para aprovisionarse de chuches y chokolatinas. Y, por suerte también, había hecho buen tiempo. En las montañas, incluso en primavera, el viento podía traer un frente frío en cuestión de minutos. Las predicciones daban mal tiempo, pero el día había aguantado bastante bien y

habían disfrutado de unas vistas maravillosas: al este, las llanuras de la costa y el mar de un azul acerado; al oeste, el manto ondulado de las montañas. Al final, habían conseguido realizar una cantidad considerable de trabajo antes de que el tiempo empezara a empeorar en forma de enormes nubes de color púrpura que surgían del océano y se dirigían a las montañas.

El resultado era que Leon estaba cansado y quería ducharse, y no le apetecía ocuparse de Max. Pero no podía escaquearse. El crío parecía triste. Leon recordó la charla que él y Miki habían tenido la semana anterior y pensó que tal vez Kurt hubiera pillado a Max robando.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras se acercaba al niño y al perro.

Deseó que *Bonnie* hubiera obrado su magia. A los perros se les daba muy bien leer el estado de ánimo de las personas: siempre sabían si alguien necesitaba compañía.

—Sí, bien —dijo con voz temblorosa.

Era obvio que no, pero intentaba hacerse el valiente.

—¿Quieres pasar? —le preguntó Leon.

Contempló las nubes amenazadoras. Empezaría a llover en cualquier momento, pero Max dijo que no.

—¿Qué te parece si entro a buscar algo para picar?

—No, ya he merendado.

—¿Quieres jugar al fútbol?

Hacía bastante tiempo que no jugaban.

—Sí, vale.

Leon cogió un balón del cuarto de la lavadora y se dedicaron a hacer unos cuantos pases. *Bonnie* trataba todo el rato de escaparse con el balón y Leon de distraerla con su pelota mordisqueada, mientras le iba lanzando chutes a Max. No era especialmente divertido. Max se mostraba muy reservado, incluso cuando Leon le hacía preguntas.

—¿Qué tal el día?

—Bien.

—¿Ha pasado algo interesante?

—Qué va.

—¿Algún problema en el cole?

—No.

Algo preocupaba a aquel crío, pero aún no estaba preparado para hablar. Leon trató de recordar cómo le arrancaba su madre las cosas a él cuando era pequeño. O a lo mejor no lo hacía; a lo mejor él también se guardaba todo dentro, como Max. Leon lo intentó con galletas y chocolate caliente, para ver si el chico se soltaba un poco, pero Max comió en silencio. Finalmente, Leon decidió que era mejor limitarse a esperar. Si el volcán retumbaba, tarde o temprano entraría en erupción.

Se sentaron en el escalón trasero y *Bonnie* se acurrucó junto a Max. El niño apoyó una mano en la cabeza de la perrita y dejó vagar la mirada hacia el otro lado de la valla, hacia el bosque cuyos árboles azotaba con fuerza el viento. Estaba demacrado, con las mejillas hundidas.

Leon se preocupó.

—¿Estás seguro de que va todo bien? No pasa nada si me lo cuentas. Quiero ayudarte.

Max no dijo nada.

Leon oyó el viento, que soplaba bajo los aleros. Una puerta que se cerraba de golpe en alguna parte. El garaje de Shane, que vibraba.

—¿Te está molestando alguien? —tanteó Leon—. ¿O pegando? ¿Algún amigo tuyo?

Max negó con la cabeza.

—El otro día vi a Miki —prosiguió con cautela—. Me contó que alguien le ha estado robando cosas de la tienda.

Cruzaron una mirada y Max palideció. Volvió la cara hacia el otro lado y dejó caer los hombros mientras murmuraba algo.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Leon.

—Jaden me obligó.

—¿Ese chaval grandullón que va contigo a veces?

—Sí, ése. No es mi amigo. Lo odio.

Finalmente, estaban avanzando.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Te pega?

Un gesto de asentimiento.

—¿Y te obliga a coger cosas de la tienda?

Max se volvió hacia Leon y lo observó con una expresión de miedo en los ojos. Parecía que estuviera a punto de ponerse en pie de un salto y echar a correr.

—No tengas miedo —dijo Leon—. Miki y yo queremos ayudarte. Robar no es propio de ti. Eres buen chaval.

Pero Max aún parecía atemorizado.

—¿Desde cuándo ocurre? —le preguntó Leon—. La historia esa con Jaden.

—Ya hace tiempo —dijo Max, sin levantar todavía la mirada.

Parecía tan pequeño, tan encerrado en sí mismo...

—¿Ha pasado algo hoy? —le preguntó Leon con dulzura—. ¿Quieres contármelo?

Un silencio largo y, luego, otro murmullo ininteligible.

—¿Qué has dicho?

—He llevado cerveza al colegio.

—¿Para Jaden?

Max asintió.

—¿Y se la ha bebido?

—Ha dicho que se la guardaba para cuando llegara a casa —balbució Max—. Y que le iba a contar a su madre que yo lo había obligado.

Leon apoyó una mano en el huesudo hombro del chico.

—Su madre no se lo creerá. ¡Vamos, un crío de tu edad no podría obligar a un niño mayor a beber cerveza!

Max empezó a llorar.

—Pero ¡yo se la he llevado!

A Leon no le hizo falta preguntarle a Max de dónde había sacado la cerveza: Shane siempre llevaba una en la mano.

—Vale —dijo Leon—. ¿Qué es lo que te hace Jaden? Cuéntamelo.

Y entonces Max lo soltó todo, aferrándose a *Bonnie* mientras hablaba. Tabaco. Robos. Palizas. *Bonnie* lo ayudaba a su manera: se había tumbado sobre el regazo de Max en su postura favorita y dejaba que el niño le acariciara la cabeza.

Leon vio que las piezas empezaban a encajar. Max cogía cosas de la tienda, no quería ir al fútbol, Jaden había dejado que *Bonnie* se escapara después de la semifinal... Aquella situación de acoso debía de llevar semanas produciéndose. Leon se sintió fatal: ¿cómo era posible que no se hubiera dado cuenta? Le sorprendió que Miki fuera la única que lo había sospechado. Desde su pequeño mundo en la tienda, había estado mucho más atenta que él, que era vecino del niño y, supuestamente, también su amigo. Leon había estado tan absorto en sus propios problemas que no se había percatado de nada. Había decepcionado a Max. Y era una lástima.

En un gesto de apoyo, le dio una palmadita en la pierna, pero el niño hizo una mueca. ¿Es que acaso le dolía?

—Enséñamelo —le pidió Leon.

A regañadientes, Max se subió la pernera del pantalón. Tenías las espinillas llenas de moretones de color lila.

—¿Te lo ha hecho Jaden?

Max bajó la mirada y asintió.

—Muy bien —dijo Leon, poniéndose en pie—. Tenemos que hacer algo. Tenemos que contárselo a tu madre.

Max cogió a Leon del brazo y sacudió la cabeza con brusquedad.

—No se lo digas. Me matará.

—No pasa nada, hablaré yo. No podemos dejar que Jaden te trate así.

—Por favor, no se lo digas —suplicó Max.

—Deberías venir conmigo. Las madres saben qué hacer en estos casos. Te apoyará.

Max seguía dándole palmaditas a *Bonnie* en la cabeza, tratando de calmarse.

—Tenemos que decírselo —dijo Leon—. Es la única forma de arreglar las cosas. Y en los colegios tienen protocolos para los casos de acoso..., seguro que ponen fin a esta historia con Jaden.

Max abrazó a la perrita y se encerró en sí mismo. Era obvio que le daba pánico contárselo a su madre. Y por eso había acudido a Leon.

—Entonces, espérame aquí mientras yo hablo con ella —dijo Leon—. No te va a pasar nada, te lo aseguro.

Max no levantó la mirada. Se había encerrado en una especie de capullo.

—Prométeme que te vas a quedar aquí. Entra en casa, si quieres, y enciende la tele. No tardaré mucho, y entonces todo se habrá acabado. Todo va a salir bien. *Bonnie* cuidará de ti.

Eso era lo que hacían los perros: estar con quien los necesitaba.

Leon fue corriendo a la casa de Max. Seguramente no era el mejor momento, porque oyó a Suzie gritar en alguna parte del interior, pero aquel asunto no podía esperar. Llamó.

Cuando Wendy abrió parecía agobiada. Suzie estaba pegada a ella, gritando aún.

—Lo siento —dijo Leon, tratando de hacerse oír por encima del jaleo—. Tenemos que hablar de Max. Me acaba de contar ciertas cosas que creo que deberías saber.

Wendy frunció el ceño y lo observó un momento; luego se volvió hacia Suzie y le dijo que se callara. Curiosamente, Suzie obedeció: debía de haber percibido, por el tono de voz de su madre, que se trataba de un asunto importante.

—Pasa —le dijo Wendy a Leon—. No mires mucho, está todo hecho un asco.

Leon la siguió por el pasillo, que estaba repleto de trastos de una punta a otra. La cocina era un caos: platos sucios, cubo de la basura a rebosar, ventanas pringosas, cazos manchados en los fogones...

—Hemos tenido un fin de semana durillo —comentó Wendy—. Shane se ha ido de picos pardos —dijo, como si aquello lo explicara todo—. Aún no ha vuelto a casa, tiene un buen trozo en coche. La nueva zona de tala está a bastantes kilómetros de aquí.

Puso en marcha el hervidor y le dio a Suzie una bolsa de patatas fritas. Leon empezó a hablar y le contó a Wendy todo lo que Max le había dicho: los robos, los cigarrillos, los golpes, la huida de *Bonnie*, la cerveza... Wendy lo escuchó, pálida y tensa, y apretó los labios cuando Leon mencionó a Jaden.

—Eso explica muchas cosas —dijo—. ¿Dónde está Max?

—En mi casa. Nos está esperando.

—Pues vamos.

Cogió a Suzie de la mano y echó a andar hacia la puerta. Sin embargo, Max no estaba en el jardín, había desaparecido de la puerta trasera de Leon. Éste fue a comprobar el interior de la casa, pero Max tampoco estaba allí.

Cuando Leon le dijo a Wendy que Max se había ido, ella palideció.

—Voy a llamar a unos cuantos amigos suyos por si lo han visto —dijo—. Y luego avisaremos a la policía.

A Leon no se le escapó la ironía: el acosador era el hijo del policía.

Miki estaba limpiando el mostrador cuando vio pasar a Max. Resoplaba y estaba muy rojo, posiblemente llorando. ¿Es que lo perseguía alguien?

Echó a correr hacia la puerta y se asomó a la calle. Allí estaba, pasando a toda velocidad por delante de la oficina de turismo. Al llegar al pie de la cuesta, dobló a la izquierda.

—¿Qué haces?! —le ladró Kurt desde la trastienda.

—Max acaba de pasar corriendo y parecía angustiado. Voy a ver si lo alcanzo.

—No, tú no vas a ningún sitio. Quédate aquí.

Por primera vez en su vida, Miki ignoró una orden de su hermano y salió disparada colina abajo. Al llegar al cruce de tres vías, cuando hubo dejado atrás las últimas tiendas, observó preocupada la carretera que iba hacia el bosque. No había ni rastro de Max. Tal vez se hubiera desviado por alguna callejuela lateral.

Pero entonces lo vio: una figura pequeña a lo lejos que avanzaba dando traspiés por el arcén. ¿Adónde iba? Era peligroso andar solo por ahí, tenía que volver a casa. El tiempo había empezado a complicarse a media tarde: el cielo se había oscurecido y por el horizonte se acercaban nubes.

Miki regresó corriendo a la tienda. Kurt la esperaba junto a la puerta, con los brazos cruzados y una expresión férrea en el rostro.

—¿Adónde te crees que vas?

—Max tiene problemas. He de decirle a su familia que lo he visto.

Kurt se rio con desdén.

—No es asunto nuestro. Que se apañen ellos.

Pero Miki sabía que quedarse de brazos cruzados no estaba bien y notó en su interior una oleada de fuerza: el valor que necesitaba para enfrentarse a su hermano.

—Max es un buen chico —dijo—. Voy corriendo a decírselo a su madre y vuelvo.

El ceño fruncido de Kurt era tan amenazador como la tormenta que se acercaba.

—No, no vas a ir. Te quedas aquí.

Le acercó una mano para cogerla, pero Miki la esquivó, con el corazón desbocado.

—Por favor, Kurt, no tardaré.

—No te atrevas a irte —le gruñó él.

—Volveré lo antes que pueda.

El calor de la mirada de Kurt le abrasó la piel cuando Miki cruzó la calle y echó a correr acera arriba. Se volvió a mirar y vio aquel ceño fruncido que parecía una nube de tormenta. También vio nubes de tormenta detrás de su hermano, éstas sobre las montañas.

Al llegar a la carretera se detuvo para dejar pasar a los coches y, después de cruzar, siguió corriendo por una calle lateral, dobló la esquina y empezó a subir la colina. Pasó por delante del camión de Robbo y llegó a la casa de Max, que estaba junto a la de Leon. Sabía adónde debía ir gracias a sus paseos nocturnos.

Estaban todos en el escalón de la entrada: Wendy, Shane, Leon y Suzie, esta última aferrada a su muñeca. Miki se dio cuenta de que todos se habían vuelto hacia ella con miradas interrogantes. La expresión de Wendy era de angustia y Miki la compadeció: en aquel momento parecía pequeña y vulnerable.

—He visto a Max por la carretera que va hacia el bosque —dijo, jadeando—. Ha pasado corriendo por delante de la tienda y lo he seguido, pero no he podido alcanzarlo.

Wendy se volvió hacia Shane, que ya tenía las llaves del coche en la mano. Miki la vio apoyar una mano en el brazo de su esposo.

—No te enfades cuando lo encuentres, Shane. Tráelo a casa y ya está.

Shane frunció el ceño, pero miró a Wendy y asintió con dulzura. Era la primera vez que Miki veía un gesto afectuoso entre ambos.

—Muy bien, cariño. La bronca te la dejo para ti. Pero cuando vea a ese Jaden le voy a poner el culo como un tomate. Y pienso decirle cuatro cosas a Fergus. Es que encima es el puñetero hijo del poli... ¿Cómo se atreve a maltratar a mi chico? Se va a enterar.

—Te acompaño —dijo Leon—. Cuatro ojos ven más que dos.

Por la lucha interna que percibió en la expresión de Shane, Miki comprendió que el padre de Max no esperaba aquel ofrecimiento. Se puso tenso, se relajó y, por último, soltó el aire.

—Vale, tío. No me irá mal un poco de ayuda. Necesitamos linternas e impermeables. Se avecina tormenta.

Wendy entró corriendo en casa y volvió a salir con paquetes de patatas, chocolatinas y una bolsa con ropa de recambio.

—Por si se moja —dijo, al tiempo que se lo lanzaba todo a su marido.

Shane metió la comida en la bolsa y luego observó a Wendy durante unos instantes, antes de inclinarse para darle un beso.

—No te preocupes, cariño. Nos aseguraremos de que esté seco.

Una ráfaga de viento azotó a los dos hombres mientras se dirigían a la camioneta de Shane, les pegó los pantalones a las piernas y les alborotó el pelo. El motor rugió cuando Shane aceleró y se marcharon calle abajo en mitad de una nube de humo.

Cuando desaparecieron, el aullido del viento se intensificó: se estrellaba contra la casa y gemía bajo los aleros. Wendy parecía haberse tranquilizado un poco. Encendió un cigarrillo y luego le pasó un brazo por los hombros a su hija. Le acarició el pelo y la contempló con una mirada de profunda devoción. Miki no recordaba que su madre la hubiera abrazado jamás de

aquella manera. En su hogar, el contacto físico era escaso: todo el amor se reservaba para Dios. Miki pensó que era triste, porque aquella clase de intimidad parecía muy agradable.

—Será mejor que avise a la policía y les diga que has visto a Max —dijo Wendy—. Acabo de llamarlos para decir que había desaparecido.

—Estoy segura de que lo encontrarán —la tranquilizó Miki.

Se imaginó a los dos hombres en el momento de alcanzar a Max en la carretera; a Leon bajando de un salto, retrocediendo hasta él y acompañándolo al coche.

Wendy le dio una calada al cigarrillo y las mejillas se le hundieron al aspirar el humo. Había algo desesperado en aquel gesto, como si necesitara la nicotina para conseguir que dejaran de temblarle las manos y puede que también el corazón. Con la mano libre seguía acariciando la mata de pelo oscuro de su hija.

—Gracias por venir —dijo, al tiempo que le lanzaba una significativa mirada a Miki—. No creo que a Kurt le haya hecho mucha gracia.

Miki imaginó a su hermano en la tienda.

—Tengo que volver.

Wendy movió la cabeza de un lado a otro.

—Es como Jaden, cariño..., sólo que más grande. Ten cuidado. Si alguna vez necesitas ayuda, sabes dónde encontrarme.

Cuando Miki pasó por delante del camión de Robbo, mientras descendía la cuesta, deseó poder subir a la cabina y conducir hasta algún lugar muy lejano. Allí fuera había un mundo de carreteras esperándola, un universo de decisiones y elecciones. Sin embargo, lo único que podía hacer en ese momento era volver atrás.

Max siguió corriendo por la carretera. *Bonnie* trotaba a su alrededor. Correr, correr, trotar, trotar... Los dos estaban sin aliento, pero no se detenían. Cada vez que pasaba un coche, Max agarraba a *Bonnie* del collar y la apartaba del asfalto. La perrita aún no era consciente del peligro que suponían los vehículos, aunque ya la hubieran atropellado una vez, pero Max se alegraba de que estuviera allí con él. Si él la cuidaba, tal vez ella también lo cuidara a él. Y cuando la poli llegara para detenerlo, *Bonnie* lo defendería.

Había decidido dirigirse al bosque y luego seguir hasta las montañas. Se podía vivir allí arriba, lo había visto en alguna peli. Fabricaría una lanza y pescaría en el río. Y *Bonnie* podría ayudarlo a cazar canguros. Su padre le había contado que algunas personas habían encontrado oro en las montañas. A lo mejor él también tenía suerte: si encontraba oro, podría pagar todo lo que había robado y todo el mundo lo perdonaría.

Pero el bosque aún quedaba muy lejos y él ya empezaba a estar cansado. De repente vio el desvío que iba al vertedero. Tal vez allí encontrara algo útil.

La verja estaba abierta y no se veía a nadie cerca, así que entró a explorar. Era increíble la cantidad de cosas que llegaba a tirar la gente. Subió a una pila de basura y desenterró una manta que estaba bajo unas latas. Encontró una mochila con las correas rotas. Unas cuerdas atadas. Una bicicleta oxidada sin neumáticos. Una barra de pan metida en una bolsa de plástico: tenía algunos trozos verdes, pero se la quedó de todas formas. Dio unas cuantas vueltas con la bici, pero iba muy despacio y las ruedas chirriaban. No le sería útil en las montañas.

Bonnie estaba en una pila de basura, hurgando con el hocico. Encontró una

lata y empezó a lamerla, metiendo y sacando su pequeña lengua rosada. Max inspeccionó su montaña de cosas potencialmente útiles y luego se fijó en el tiempo. Las nubes eran abundantes y habían empezado a caer gruesas gotas de lluvia. Estaba oscuro y se había levantado un viento que arrastraba la basura, entre golpes y chirridos. Empezaría a llover a mares en cualquier momento.

Segundos después, diluviaba como si alguien hubiera abierto un grifo en el cielo. Max quedó empapado en un instante y la ropa se le pegó al cuerpo. Empezó a temblar. Echó a correr por el vertedero, buscando algún sitio en el que refugiarse. Al fondo de todo, encontró un animal muerto en el suelo. En lugar de cara tenía un bulto enorme purulento, como si fuera un zombi de *Call of Duty*. A Max se le quedaron las piernas rígidas y no pudo moverse. ¿Y si resucitaba y empezaba a perseguirlo? ¿Y si aquel animal se lo comía y le chupaba la sangre?

De repente, las piernas le volvieron a funcionar y echó a correr por el vertedero para huir de aquel animal muerto, pero se había perdido y no encontraba ningún sitio en el que esconderse.

Y entonces lo vio otra vez. ¿Se había movido? ¿Lo estaba persiguiendo? Empezó a gritar y a correr de nuevo, pero justo en ese momento *Bonnie* salió de entre la basura. Corrió hacia ella, sollozando. Sangraba por la boca. ¿La habían atacado los zombis? ¿Se iba a convertir ella también en uno? Pero la perra era su amiga, tal vez aún pudiera salvarla. Max la cogió y le ató una cuerda al collar, para que no pudiera alejarse de él. Tenían que seguir su camino. Max debía encontrar la forma de salir de allí y dirigirse hacia las montañas. Podían conseguirlo, aunque estuviera lloviendo. Se comería la barra de pan durante el trayecto y, cuando dejara de llover, fabricaría una lanza para cazar.

Tiró de la cuerda y la perrita lo siguió por el vertedero.

Ya era casi medianoche cuando Shane y Leon bajaron del bosque en la camioneta. Habían estado ayudando a la patrulla de búsqueda y rescate, pero el tiempo había empeorado tanto que la búsqueda se había suspendido. Shane no quería abandonar.

—Tenemos que seguir buscando, joder, mi hijo está ahí fuera, en alguna parte.

Pero las autoridades habían insistido en que era demasiado peligroso continuar. Una nube densa lo envolvía todo y en las cotas más altas había empezado a nevar.

—Lo siento, amigo —le había dicho el coordinador—. Sé que está preocupado por su hijo, pero no podemos poner en peligro la vida de otras personas.

Durante un segundo, pareció que Shane se disponía a pegarle, por eso Leon le apoyó una mano en el hombro huesudo, en un gesto tranquilizador. No tuvo que decir nada, enseguida notó que Shane se calmaba. Acordaron seguir buscando por su cuenta, mientras los demás se iban a casa. Leon nunca había visto a Shane como un amigo y, desde luego, *amistad* no era la palabra adecuada para definir la relación que habían establecido. Era más exacto decir que la desaparición de Max los había unido.

En las montañas hacía mucho frío, pero la adrenalina y la preocupación los empujaban a seguir. La visibilidad era nula debido a la niebla y la lluvia: existía un riesgo real de perderse, por lo que básicamente permanecían dentro del coche. En el bosque, la nube de niebla era tan densa que todas las direcciones parecían iguales y el paisaje resultaba extraño. Miraran hacia

donde miraran, veían siempre lo mismo: bancos de niebla y árboles. Resultaba mareante. Leon no podía dejar de pensar en la hipotermia.

Wendy los había llamado ya varias veces, por si había novedades. Y en cada ocasión Shane dejaba caer la cabeza. Su dolor y su angustia resultaban palpables.

—Lo siento, cariño. Nada.

Leon y Shane se habían devanado los sesos pensando adónde podría haber ido Max, pero Shane no solía llevar a su hijo al bosque, por lo que no existía ningún lugar favorito o conocido hacia el que pudiera haberse dirigido el niño. Si Max no quería que lo encontraran, lo tenía muy fácil para esconderse. Había caminos por todas partes y podía haberse adentrado por cualquiera de ellos. Lo único que podían hacer era peinar los márgenes: Leon iba asomado a la ventanilla, con la cabeza bajo la lluvia, gritando su nombre una y otra vez.

El trayecto de vuelta al pueblo lo realizaron muy despacio; las luces de los faros rebotaban en una niebla cada vez más densa. Shane iba en silencio y Leon supuso que estaba pensando en la desesperación de Wendy cuando lo viera regresar a casa con las manos vacías. Cuanto más tiempo siguiera Max desaparecido, menos posibilidades de sobrevivir tendría, especialmente en aquellas condiciones climáticas.

Cuando ya estaban cerca de las afueras del pueblo, Leon vio el indicador del vertedero.

—Quizá deberíamos echar un vistazo —propuso, aunque sin demasiadas esperanzas.

—Max no soporta el olor de ese sitio —dijo Shane, pero de todas formas cogió el desvío y entró en el recinto.

Allí abajo, la niebla era aún más espesa. Leon deambuló entre las montañas de basura y las fue iluminando con la linterna. Estuvo a punto de tropezar con un demonio de Tasmania muerto: sin duda, era el pobre macho de Miki. Le dio la vuelta con el costado de la bota y vio la masa ulcerada en

que se le había convertido el rostro. Encontró un trapo y arrastró el cadáver hasta la pila más cercana de basura; luego lo cubrió con una lámina de chapa y unas cuantas cajas. Era una especie de sepultura improvisada, pero por lo menos Miki no lo vería cuando fuera allí con Kurt.

Leon no tardó mucho en dar la vuelta a todo el vertedero, pero no encontró ni rastro de Max. De todos modos, ningún crío en su sano juicio iría a un lugar como aquél. Shane tenía razón: la basura apeataba. Leon estaba a punto de regresar al coche cuando se fijó en la vieja excavadora oxidada que estaba al fondo, con la pala apoyada en el suelo. Se detuvo. A los niños les gustaban las máquinas. Cuando él era pequeño, se había subido montones de veces a aquellos trastos. Decidió ir a echar un vistazo, sólo para quedarse tranquilo.

Al acercarse, enfocó la ventanilla con la linterna, pero el cristal estaba empañado.

Y entonces se detuvo en seco: una certeza lo había invadido de golpe, como si se tratara de una descarga. El cristal podía estar empañado debido a la condensación. Tal vez hubiera alguien ahí dentro. Subió por la escalerilla y miró el interior: a través del cristal empañado le pareció distinguir una figura acurrucada en el asiento.

Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada, así que gritó y golpeó frenéticamente la ventanilla con la palma de la mano. Podía romper el cristal, pero tal vez no fuera buena idea..., aquellas máquinas eran muy caras.

Bajó de un salto y echó a correr hacia la camioneta.

—¡Shane, ven enseguida!

La policía tardó apenas unos minutos en llegar al vertedero, con la sirena puesta y las luces azules destellando. Conducía Fergus, y su ayudante, Ken, iba de copiloto. Leon los recibió en la puerta, mientras Shane esperaba junto a la excavadora, caminando de un lado a otro por los nervios y la tensión.

Fergus bajó la ventanilla.

—Tengo la llave de la excavadora —dijo—. He ido a pedírsela al

encargado del vertedero, de camino hacia aquí.

Por la mirada avergonzada de Fergus, Leon comprendió que el policía se sentía culpable por el papel que había desempeñado su hijo en aquella historia. Bien, pensó Leon. Con un poco de suerte, Jaden aprendería la lección y dejaría en paz a Max a partir de entonces. Ésa era la ventaja de sacar las cosas a la luz.

—Shane está esperando —le dijo Leon—. Y no precisamente contento, después de casi haber perdido a su hijo.

El corpulento policía asintió, incómodo.

—No lo culpo. Es horrible que tu hijo desaparezca.

Se sostuvieron la mirada. Ambos sabían que Fergus tendría que andarse con pies de plomo.

Leon guio a los agentes por el vertedero hasta la excavadora junto a la cual esperaba Shane impaciente. Fergus iluminó la puerta con una linterna, introdujo la llave y la abrió. Leon no percibió ningún movimiento en la cabina, pero había sangre. Mucha. Fergus se dispuso a subir el escalón, pero Shane lo agarró por un brazo y lo retuvo.

—No lo toques, cabrón. Es mi hijo. Y esto se lo ha hecho el tuyo.

Antes de que las cosas se complicaran más, Leon se interpuso.

—Yo lo haré. Tengo formación de primeros auxilios.

Entró en la gélida excavadora y vio al niño y a la perrita hechos un ovillo. Apartó un poco a *Bonnie* para palparle el cuello a Max y tomarle el pulso. El niño tenía la piel fría y húmeda, pegajosa como la plastilina. ¿Y si estaba muerto? ¿Qué le iban a decir a Wendy? Leon apoyó los dedos en el hueco en el que debería estar el pulso del niño y percibió un latido débil, lento.

—Está vivo, pero hipotérmico. Tenemos que llamar a una ambulancia. Shane, ¿listo para sacarlo de aquí?

Leon, sin embargo, no pudo separar al niño de la perrita.

—Un momento —dijo—, primero hay que coger a *Bonnie*. Está encima de Max.

Leon agarró al cachorro inerte y se lo pasó a Fergus. Luego levantó a Max, que era todo huesos y estaba tan flácido e inconsciente como *Bonnie*. Tenía la ropa empapada y los labios azules.

Con brazos de hierro, Shane sujetó el cuerpo de su hijo y lo estrechó contra el pecho, tratando de contener el llanto.

—La ambulancia viene de camino —dijo Ken—. Vamos hacia ellos y así ganamos tiempo.

Shane llevó a Max hasta el coche de la policía, que tenía la calefacción a tope, y lo tendió en el asiento trasero.

—Tenemos que quitarle la ropa mojada —le dijo a Fergus—. ¿Hay mantas para taparlo?

Fergus cambió de postura, incómodo.

—Hemos salido muy rápido y se nos ha olvidado el kit de emergencia.

Shane se impacientó claramente con el policía.

—¿Puedes ir a buscar la bolsa que nos ha dado Wendy? —le preguntó a Leon.

Mientras Shane le quitaba al niño las prendas mojadas, Leon fue a buscar la muda de recambio. Desnudo, el pobre aún parecía más vulnerable. Leon ayudó a Shane a cubrir con ropa seca el cuerpecillo helado de Max.

—Vámonos —le dijo Shane a Fergus, mientras se sentaba junto a su hijo en el asiento trasero del coche oficial.

—Yo llevo tu camioneta a casa y hablo con Wendy —dijo Leon.

Shane lo miró y asintió. Leon percibió la tensión en su rostro, una mezcla de rabia, amor paterno y preocupación. Sin embargo, Shane articuló con los labios un *gracias* cuando el coche de policía empezó a alejarse, con las luces azules encendidas y el niño tendido inmóvil sobre el regazo de su padre.

Era casi la una de la madrugada cuando Leon llegó a la clínica veterinaria.

—Lo siento —dijo cuando Kate abrió la puerta y lo hizo pasar—. Debería plantearme comprar una jaula aquí para mi perra.

Dejó a *Bonnie* sobre la mesa y Kate empezó a examinarla.

—No te preocupes —murmuró—. Son cosas que pasan.

Bajo las luces brillantes de la clínica, Leon pudo ver bien a *Bonnie* y se dio cuenta de que no tenía buen aspecto. Estaba hecha un desastre. Tenía sangre reseca por todo el cuerpo y, aunque Leon la había traído con la calefacción al máximo durante todo el trayecto, estaba débil y adormilada. El silencio de Kate le resultaba preocupante.

—Es una perra muy fiel —dijo para llenar aquel vacío. Le contó entonces que Max se había escapado con ella y luego añadió—: Los hemos encontrado dentro de la excavadora del vertedero. Estaban abrazados. Y gracias a eso se han mantenido con vida el uno al otro.

Kate examinó a *Bonnie* con manos competentes. Le abrió la boca y señaló un corte muy feo en la lengua.

—De ahí viene la sangre. Debe de haber tocado algo afilado. Es una suerte que no la haya perdido.

—En el vertedero hay muchas cosas que cortan. Puede que haya estado lamiendo alguna lata.

—Tal vez. Ha perdido un poco de sangre, pero parece más aparatoso de lo que es en realidad. El problema más grave es la hipotermia.

Leon ayudó a Kate a ponerle suero a *Bonnie* y luego la pasaron a una almohadilla eléctrica y le colocaron bolsas de agua caliente en torno al cuerpo.

Cuando terminaron de acomodarla, Kate miró a Leon.

—¿Estás bien?

—Sí, sólo cansado.

—Pareces un muerto viviente. ¿Te apetece una taza de chocolate caliente antes de volver a casa?

—Eso me sentaría bien —dijo Leon—. Estoy helado.

Kate le indicó el baño.

—¿Por qué no te lavas un poco mientras yo caliento la leche?

En el espejo, Leon se dio cuenta de que estaba muy pálido y de que tenía las mejillas y la chaqueta manchadas de sangre. Cogió unas cuantas toallas de papel, las humedeció y se limpió la cara, pero no pudo hacer gran cosa con la ropa.

Kate ya había preparado dos tazas de chocolate caliente cuando Leon salió. En comparación con el aspecto desaliñado de Leon, la veterinaria se veía radiante, aseada y hasta elegante.

—No es que haya arreglado gran cosa —se excusó Leon—. Necesito una ducha ya.

Kate sonrió y le acercó una taza. Se sentaron en la sala de espera, bajo el crudo resplandor de las luces. Leon notó que el cansancio se apoderaba de él.

—Ya deben de estar en el hospital —dijo—. Espero que Max se ponga bien. No sabes qué niebla había..., se podía cortar con un cuchillo.

Se pasó una mano por el pelo y le contó a Kate más detalles de la búsqueda. Ella lo escuchó con atención. Tenía una mirada radiante de ojos claros y se la veía relajada y a gusto, paciente y reflexiva. Leon seguía nervioso y estresado, pero le vino bien describir lo ocurrido, conectar con alguien que de verdad tenía ganas de escucharlo.

—Tengo que saber cómo está Max —dijo Leon al fin—. ¿Te importa que llame a sus padres?

—No, adelante —respondió Kate—. Mientras voy a ver a *Bonnie*.

Leon sacó el teléfono del bolsillo y vio que tenía un mensaje de Wendy: «Hola Leon. Max está con suero en el hospital, le están dando calor. El médico dice que se pondrá bien. Muchas gracias por tu ayuda, Shane y yo te estamos muy agradecidos. Max podría haber muerto de no haber sido por ti y por *Bonnie*». Leon sintió una oleada de alivio, como si acabaran de quitarle un peso enorme de encima. Cuando Kate volvió, le leyó el mensaje.

—Pues igual que tu *Bonnie* —dijo, sonriendo—. También se va a poner bien. —Se rio entre dientes—. A lo mejor tendría que haber sido doctora en lugar de veterinaria. Cobraría más.

Leon se sintió incómodo. Allí estaba, parlotando sin descanso, cuando tal vez Kate preferiría estar durmiendo.

—Si quieres puedo pagarte ahora —se ofreció.

Kate hizo un gesto vago.

—Eso no me preocupa. Sólo me alegro de que *Bonnie* ya tenga mucho mejor aspecto.

—Gracias por cuidarla.

Kate se encogió de hombros.

—No pasa nada. Es mi trabajo. Me gusta ayudar a los animales. ¿Y tú? Estás muy ocupado salvando a todo el mundo, pero... ¿quién te salva a ti?

Leon se sobresaltó. ¿Acaso su trabajo no consistía en velar por los demás? Si no lo hacía él, ¿quién lo haría?

—Yo me salvo a mí mismo. ¿No es eso lo normal?

Kate se echó a reír.

—Ojalá hubiera más personas con esa actitud.

Leon estaba empezando a relajarse ahora que sabía que Max se iba a recuperar. Por otro lado, Kate era una conversadora excelente. Lo animó a hablar del trabajo, de la vida en el pueblo, de fútbol, de perros... En la calidez de su compañía, Max revivió y casi se sintió alegre. Resultaba fácil hablar con ella, era una persona tranquila e interesante. Mientras charlaban, estaba sentada en la silla con las piernas cruzadas bajo el cuerpo, sujetando la taza con ambas manos. Se le balanceaba la cola al hablar e, incluso a aquellas horas, le centelleaba la mirada.

—¿En qué parque trabajas? —preguntó.

Leon se lo dijo.

—Esa zona es muy bonita. He recorrido algunas de las pistas.

—Y yo me encargo de conservarlas —dijo Leon—. Es un trabajo duro. Me envían voluntarios, pero eso sólo hace que sea más duro todavía... Más o menos como arriar gatos. A veces es más fácil hacer las cosas uno mismo.

Kate se echó a reír de nuevo, y cuando se movió en la silla y dejó caer la

cabeza hacia atrás, Leon se fijó en la piel tersa de su cuello.

—Igual podríamos ir de excursión algún día —propuso Kate—. No me importa salir a caminar sola, pero es mejor tener compañía.

—Claro. Estaría muy bien.

Cuando Leon se terminó el chocolate, Kate se inclinó para recogerle la taza y se rozaron los dedos accidentalmente. Kate sonrió, mirando a Leon, y él tuvo la sensación de que empezaba a derretirse. Sí, tenía que organizar pronto alguna salida con ella. *Una excursión*, como Kate había dicho. O a lo mejor la convencía para ir a practicar kayak al mar.

Se puso en pie para marcharse.

—Muchas gracias por todo.

Ella sonrió de nuevo y se le formaron unos bonitos hoyuelos.

—No es nada. Espero que ya hayas entrado un poco en calor.

Sí, desde luego que había entrado en calor.

El martes, Miki volvió a quedarse sola. No fue ninguna sorpresa. Kurt estaba enfadado con ella por haberlo desafiado y haberse marchado corriendo a casa de Max. Aquel día, cuando Miki había vuelto a casa, había dado por hecho que su hermano montaría en cólera. Pero no, no dijo ni una palabra. La tensión iba aumentando dentro de él y Miki ya percibía el familiar zumbido de las abejas. Quedaban demasiadas cosas por decir y Kurt no era de los que callaban toda la vida. Aún no se había manifestado sobre el cambio de cerraduras. Se avecinaba una erupción, pues, pero no había forma de predecir el momento.

Sentada a una mesa de la tienda, Miki contemplaba la calle: la luz clara presagiaba ya la llegada de la primavera. Un día así tendría que haberla hecho sentirse optimista, pero la soledad la envolvía como una nube. ¿Cuántas semanas habían transcurrido desde la última vez que había ido al bosque? Echaba de menos los árboles y el entrecortado susurro de las hojas. Echaba de menos la forma en que la luz se filtraba entre las copas. Echaba de menos el olor de las hojas en descomposición, que la ayudaba a conectar con la tierra. Pero no se arrepentía de nada. Actuar para ayudar a Max la había hecho sentir poderosa.

Para ahuyentar la soledad, decidió leer. Tal vez *Cumbres Borrascosas*, pues dado su actual estado de ánimo, se sentía más cerca de Cathy que de Tess o de Jane Eyre. Admiraba la vivacidad apasionada de Cathy, su forma de hacerse valer y de expresar sus sentimientos, la fuerza que la ayudaba a actuar según su voluntad, independientemente de lo que pensarán los demás. Eran muchas las cosas que Miki podía aprender de ella.

Pero, cuando fue a su habitación, los libros no estaban sobre la mesilla de noche, que era el lugar habitual. La noche anterior estaban allí: había estado leyendo *Jane Eyre* antes de irse a dormir. Eso significaba que Kurt debía de haberlos cogido aquella mañana. ¿Era ésa su forma de castigarla, quitarle los privilegios que tenía valiéndose de aquellos métodos insidiosos?

Se preguntó dónde los habría escondido. No creía que se los hubiera llevado al bosque, por lo que aún debían de estar en casa. Fue registrando metódicamente todas las habitaciones, hurgando en armarios y cajones.

Y entonces, presa del pánico, inspeccionó las papeleras. No se le habría ocurrido tirarlos, ¿verdad? Kurt sabía lo mucho que ella amaba aquellos libros.

Desconcertada, consideró otros posibles escondrijos. Tal vez los hubiera llevado a la habitación del sótano, o a lo mejor los había metido en el archivador, donde guardaba todas sus cosas. Pero el almacén siempre había sido inaccesible para ella, claro. La llave de Miki no encajaba en aquella cerradura. Y lo más probable es que el acceso al archivador también le estuviera vedado, pues Kurt había cambiado todas las cerraduras. Pero al menos podía intentarlo...

Fue a buscar su llave y entró en la habitación de Kurt. El archivador estaba al lado del escritorio, en un rincón. Introdujo la llave en la cerradura pero, como ya imaginaba, no la pudo girar. La sacó y volvió a intentarlo, moviéndola con cuidado por si acaso los dientes no habían encajado bien.

Y, con un débil chasquido, se abrió.

Notó una opresión en el pecho. ¿Por qué no se le había ocurrido probarlo antes?

El archivador vibró cuando abrió el cajón superior. Era un caos: obviamente, Kurt no era muy ordenado. Estaba lleno de carpetas rotas de papel de manila, rebosantes de documentos. Cogió una y una lluvia de facturas, como si fueran hojas durante el otoño, se precipitó al suelo. Horrorizada, se agachó para recogerlas. En vista de que estaban metidas de

cualquier manera en la carpeta, sin duda no seguían ningún orden, así que pensó que con un poco de suerte Kurt no se daría cuenta.

Las dejó en el escritorio y las examinó. Eran pedidos de la tienda, nada extraordinario pero importantes de cara a la declaración. Guardó la carpeta y sacó otra, que contenía un libro de contabilidad en el que Kurt llevaba un registro de los ingresos. Las cifras no eran espectaculares, pero coincidían más o menos con los cálculos mentales de Miki y confirmaban lo que ella ya sabía: que los sábados y domingos eran, de lejos, los mejores días, gracias a los turistas y a la Noche Libre de las Mamis. No se estaban haciendo ricos: no era fácil ganar una fortuna con patatas fritas, pescado y hamburguesas.

Dejó de nuevo la carpeta en el cajón y se preguntó si tenía sentido seguir buscando. No estaba bien hurgar entre los papeles de Kurt sin su permiso, pero... ¿no tenía ella derecho a verlos ahora que había cumplido los dieciocho? Sintió de nuevo que lo que hacía estaba justificado y sacó otra carpeta, que contenía los recibos mensuales del alquiler. Echó un vistazo a las cifras y se le encogió el estómago: sus ingresos cubrían el alquiler, pero los beneficios que les quedaban eran mínimos. ¿Cómo habían conseguido mantenerse a flote? ¿Y cómo había comprado Kurt la camioneta y el barco, que había encargado la semana anterior?

Debajo del contrato de alquiler de la tienda encontró otro contrato de alquiler, éste de una dirección de Hobart, y notó un sudor pegajoso en las axilas. Kurt debía de tener acceso a otra propiedad que a ella le había ocultado. ¿Era allí donde pasaba la noche cuando iba a la ciudad? Siempre le había dicho que alquilaba una habitación en un hotel barato. Pensó en lo que le había comentado Wendy meses atrás sobre la posibilidad de que Kurt pretendiera quedárselo todo. Todos los documentos estaban a su nombre, Kurt Muller: ni una sola mención a su hermana, Mikaela.

Devolvió la carpeta al cajón y cogió otra que contenía extractos del banco. Vio los pagos del alquiler mensual de ambas propiedades y los pagos habituales a proveedores, como Coca-Cola o el supermercado de Hobart

donde Kurt hacía las compras para la tienda. Vio también los depósitos semanales con el efectivo de la caja, y los ingresos de tarjetas y pagos electrónicos que se realizaban en la tienda. No obstante, también había un depósito mensual importante, procedente de otro banco: dos mil dólares. Miki se quedó perpleja. Después del incendio, cuando Kurt había alquilado la tienda, le había dicho que no les quedaba nada. Así pues..., ¿de dónde salía aquel dinero? Debía de estar relacionado con sus negocios en Hobart... y tal vez la segunda propiedad alquilada también tuviera que ver con esos negocios. Miki notó una punzada de rabia. ¿No iba siendo hora de que Kurt compartiera esa clase de información con ella? ¿No tenía derecho a tenerla?

Nerviosa e inquieta, echó un vistazo al resto del archivador, pero no encontró nada interesante. Más facturas de artículos comprados. Garantías y manuales de instrucciones de diversos electrodomésticos.

Con cuidado, Miki lo volvió a dejar todo en su sitio y cerró el archivador. Necesitaba tiempo para pensar y decidir qué hacer. Necesitaba salir a tomar el aire.

En la cocina, retiró el clavo del marco de la ventana y la abrió; luego dejó caer el cajón de leche y bajó de un salto al callejón. La brisa de la primavera le alborotó el pelo, que llevaba recogido en una cola. El aire olía a hierba recién cortada.

Nerviosa, recorrió las callejuelas laterales pensando en las carpetas de su hermano. Kurt siempre le había dicho que velaba de corazón por sus intereses, pero las pruebas indicaban que Miki no contaba para nada en las intenciones de éste. Tendría que haberse dado cuenta antes. La camioneta nueva y el barco eran los ejemplos más recientes de los caprichos de su hermano. A ella, en cambio, jamás le había comprado nada. Y la granja con la que Miki soñaba, la granja que debía reemplazar a la que habían perdido en el incendio..., no, eso nunca ocurriría. Miki no era más que una espectadora sin voz ni voto. Una trabajadora de la tienda, no remunerada y sin derechos. No había nada que ella pudiera hacer.

La invadió la tristeza. Ya no podía seguir viviendo en la cueva de Kurt. No podía seguir tolerando que la apartara de todo. ¿Qué podía hacer? Tenía que enfrentarse a él y hablarle de las carpetas, pero no se atrevía —su hermano la mandaría callar a gritos—, lo cual significaba que no le quedaba más alternativa que irse. Sin embargo, él jamás la dejaría marchar. Y aunque pudiera huir, ¿adónde iría? No tenía nada.

Como si hubiera puesto el piloto automático, se dirigió a la oficina de turismo, donde Geraldine la recibió con una sonrisa desde el mostrador de información.

—Dichosos los ojos. ¿Dónde te habías metido?

Aqué! era el momento en que Miki tendría que habérselo contado todo a aquella mujer afable y generosa, pero estaba demasiado acostumbrada a guardarse las cosas dentro, así que se encerró en sí misma y le devolvió la sonrisa.

—Hemos tenido mucho trabajo en la tienda. Kurt me mantiene ocupada.

—Suerte que en este pueblo la gente siempre tiene hambre —bromeó Geraldine—. No tardaréis en haceros ricos.

Miki sonrió como si la broma le hiciera gracia, pero la ironía de aquel comentario fue como un cuchillo que se le clavó en el pecho.

—¿Qué te ha parecido *El viejo y el mar*? —le preguntó Geraldine—. Tengo la sensación de que te lo di hace siglos..., lo cual demuestra que hace mucho que no te veo.

—Me encantó, pero se me ha olvidado traértelo. Te lo devolveré el próximo día que nos veamos.

Miki sintió alivio al recordar que el libro de Geraldine estaba a salvo, oculto entre los jerséis de su armario. Lástima que no hubiera escondido también los otros, pero entonces Kurt se habría dado cuenta.

—Hemingway es un gran escritor, ¿verdad? —estaba diciendo Geraldine—. Uno de los mejores. Su obra es de una sencillez engañosa, en realidad está todo ahí. Ese libro le valió el Premio Nobel de Literatura, ¿sabes?

Apenas cien páginas, pero es una obra maravillosa. Supongo que no tardaste mucho en leerlo, ¿verdad?

—No mucho. Y lo he leído más de una vez.

—¡Estupendo! —dijo Geraldine, con la mirada despierta de una ardilla—. Dime qué te hizo sentir.

Parecía esperanzada, como si ansiara que el libro abriera en Miki un pasadizo secreto del cual, a la larga, terminara por salir todo.

Y poco faltó para que ocurriera. Miki estaba a punto de confiar en Geraldine. Se sentía como si tuviera un océano atrapado dentro del pecho, un océano que pugnaba por salir. Sin embargo, la joven no consiguió dejarse llevar.

—Habla de la libertad —logró decir.

Geraldine asintió entusiasmada.

—El pez lucha por la libertad y el viejo por su reputación como pescador, lo cual también es una especie de libertad, ¿no crees? Luchar por la libertad vale la pena. Significa poder elegir lo que piensas, no aceptar que te digan que sólo existe un camino.

Miki sabía que Geraldine estaba hablando de Kurt, pero ella no conocía las barreras con las que se topaba ella. No podía saber de qué modo su hermano lo controlaba absolutamente todo.

—Pero el libro también habla de poder —prosiguió Geraldine—. El poder pasa del pez al viejo y viceversa. ¿Gana alguno de los dos?

—Al final, el viejo derrota al pez —dijo Miki, adquiriendo más confianza ahora que se encontraba en terreno seguro.

—Pero ¿se siente orgulloso de ello?

—Sí, hasta que el tiburón se lo estropea.

—¿Y cómo se siente el viejo acerca del pez?

—Lo ama y lo respeta. Y admira la voluntad del animal de seguir luchando y viviendo. Ama su fuerza y su belleza.

Geraldine se reclinó en la silla. Cuando sonrió, sus ojos adoptaron la

forma de una media luna.

—Así que Hemingway tal vez esté diciendo que se puede amar algo y respetarlo pero, al mismo tiempo, desear ser libre. Tal vez esté diciendo que puedes amar a alguien y no estar de acuerdo con esa persona. Que no es malo ser uno mismo.

A Miki se le formó un nudo en la garganta.

—Kurt te ata muy corto, ¿verdad? —dijo Geraldine—. Sé que se preocupa por ti porque eres su hermana, pero necesitas más libertad.

Miki estaba a punto de desmoronarse. Geraldine no le estaba descubriendo nada que no supiera. Empezó a retroceder en dirección a la puerta.

Geraldine buscó algo debajo del mostrador y la llamó.

—Tengo otro libro para ti.

Pero Miki tenía la sensación de que las paredes se derrumbaban a su alrededor. Tenía que salir de allí. No podía respirar.

—Gracias, pero hoy no me lo puedo llevar.

Cuando cruzó la puerta corriendo, lo último que vio fue el delicado rostro de Geraldine, contraído en una expresión de lástima.

Cuando Max volvió a casa, todos los vecinos de la calle le preguntaron por los tres días que había pasado en el hospital.

¿Cómo era el hospital?

¿Te han tratado bien las enfermeras?

¿Has comido muchos helados?

La verdad es que se lo había pasado bastante bien y, de haber podido, se hubiera quedado más tiempo. ¡La comida era lo mejor! Tres platos en cada comida, en otros tantos contenedores pequeños. Arroz hinchado en una cajita para desayunar. Carne y puré de patatas para comer. Helado y gelatina. Al principio, se encontraba muy mal y no pudo disfrutarlo. Tenía un gotero en el brazo, un monitor de saturación de oxígeno en el dedo y una enfermera que lo ayudaba cuando tenía que ir al baño. Pero una vez que empezó a sentirse mejor, se lo comía todo y veía la tele todo el día y nadie le decía nada. Era mejor que estar en casa. Las enfermeras eran muy simpáticas y le daban cosas para picar y toda la leche que quería.

En casa, todo el mundo se comportaba de una forma muy rara. Suzie y Rosie eran las únicas que actuaban con normalidad. Max creía que su padre y su madre estarían enfadados por lo de los robos, pero su padre no le había dicho nada y su madre estaba demasiado simpática. «¿Te encuentras bien, Max?», le preguntaba una y otra vez. «¿Necesitas algo?», «¿Tienes hambre?», «Me alegro tanto de que estés de vuelta». No hacía más que darle abrazos y chocolate. Cuando lo único que quería Max era que lo dejara en paz o que le dijera que todo iba bien.

Le daba pánico volver al colegio, pero las cosas fueron bastante bien. Los

maestros le dieron una calurosa bienvenida y le dijeron que era un milagro que estuviera vivo.

Tanto él como Jaden tuvieron que ir al despacho del director, el señor Merrick. Max se quedó sentado en un rincón, con la vista clavada en el suelo, mientras el director obligaba a Jaden a pedirle perdón. Sonó muy falso, pero cuando el director le dijo a Max que levantara la vista, se dio cuenta de que Jaden estaba asustado. Y, entonces, el director le pidió que se marchara, así sin más. En cuanto Jaden hubo salido, el señor Merrick dijo:

—Jaden no puede acercarse a ti, Max, ¿lo entiendes? Y tampoco puede hablarte. Por ningún motivo. Ya estás a salvo, hijo.

Max asintió y quiso decirle al director que él no era su hijo, pero decidió que mejor no lo hacía. El señor Merrick debía de haberse confundido.

Durante el patio, Max se quedó solo. Se sentó en un banco y se comió el chocolate que su madre le había puesto en la fiambarrera. Jaden y Callum mantuvieron las distancias, pero no fueron los únicos. Todo el mundo mantuvo las distancias con él. ¿Significaba eso que no tenía amigos? Jaden lo observó desde la otra punta del patio y a Max le empezó a latir muy deprisa el corazón. Y, entonces, Jaden desvió la mirada. No se rio de él, ni le sacó la lengua. No hizo nada.

Lily Moon, con su aureola de pelo rubio, se le acercó y se sentó a su lado. Max no supo qué decirle, así que le dio un trozo de chocolate.

—¿Me enseñas los morados? —le preguntó Lily—. Mi madre dice que Jaden te pegaba.

Max se subió los pantalones y se los enseñó. Ya estaban empezando a desaparecer.

—Jaden es un imbécil —dijo Lily—. Mi madre dice que te obligaba a robar cosas y a fumar cigarrillos. ¿Es verdad?

Max asintió.

—Si te vuelve a hacer algo, avísame y le doy una paliza.

Max estaba impresionado. Nunca había hablado tanto con Lily, pero a lo

mejor ahora se hacían amigos.

—Dicen que te salvó la vida una perrita —dijo la niña.

Max negó con la cabeza.

—Nos salvamos el uno al otro. Nos dábamos calor.

—Mi madre dice que te escondiste en el vertedero. ¿Pensabas quedarte a vivir allí?

—No, quería ir a las montañas.

—¿Te volverás a escapar? Si lo haces, quiero ir contigo.

—De momento no —dijo, aunque le gustó que Lily quisiera acompañarlo—. Pero cuando me escape, puedes venir conmigo.

Sonó el timbre del colegio: era hora de volver a clase. Max recogió su fiambrrera y empezó a dirigirse a clase, pero Lily Moon le cogió la mano y caminó a su lado. En la puerta le dijo:

—¿El domingo irás a la manifestación?

—Supongo que sí —contestó Max.

Ya no se acordaba.

—Bien.

Lily se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

Mamá le había dado un poco de dinero para que se comprara algo en la tienda de comida para llevar al volver a casa, pero a Max le daba miedo entrar porque aún no había visto a Miki desde que todo lo ocurrido había salido a la luz. Su madre le dijo que había sido muy amable y que debería alegrarse de que fuera tan buena persona. Aun así, Max se mantuvo alejado del mostrador después de entrar en la tienda. Se sentía incómodo y dejó que los otros niños pasaran delante de él para comprar chuches.

Miki estaba sola despachando y, cuando vio a Max, le sonrió.

—Hola, Max. ¿Cómo estás? Estaba preocupada por ti.

Max dejó caer la cabeza y se alegró de que la tienda ya se hubiera quedado vacía.

—Siento mucho haber robado cosas.

Miki asintió.

—Sé que Jaden te obligó. Y también sé que no eres un ladrón, así que estoy segura de que no volverás a hacerlo. La próxima vez puede que te pille Kurt... y eso no nos gustaría a ninguno de los dos.

No, a Max desde luego no le gustaría. Kurt le daba tanto miedo como la cárcel.

Pero al menos ya había pedido disculpas, así que podía pasar página.

—Me llevaré una barrita Mars —dijo mientras cogía una.

Sin embargo, se lo pensó dos veces y devolvió la chocolatina a su estante. Abrió la palma de la mano y dejó sobre el mostrador el arrugado billete de cinco dólares que le había dado su madre.

—En realidad, no necesito nada. Pero quédate el dinero: pagaré todo lo que he robado.

Miki sonrió.

—¿Cómo está *Bonnie*? —le preguntó—. ¿Ya se ha recuperado de su aventura?

Una semana más tarde, durante una soleada mañana de martes, Miki se estaba arreglando delante del espejo. Se recogió el pelo en una cola de caballo. Quería tener buen aspecto porque ese día Leon iba a llevarla a ver a los demonios de la reserva, y estaba tan eufórica que se sentía a punto de estallar. ¡Tres horas en un coche! Era lo más lejos que había ido en toda su vida. Tres horas hablando con Leon. Se contempló en el espejo y se retocó hasta tener el aspecto de siempre. Tranquilizarse no le resultaba fácil. Significaba tapar pozos internos y construir diques para ríos psicológicos, pero sabía que poseía las fuerzas para lograrlo. ¿Acaso no era lo que hacía a diario?

Salió por la ventana trasera y luego echó a andar por la calle. Caminar deprisa le infundía confianza. Había llegado el momento de dar la bienvenida al día. Kurt no era el único que tenía secretos y aquélla era una aventura que ni siquiera él podía controlar.

Se encontró con Leon en el aparcamiento que estaba detrás de la oficina de turismo y partieron hacia Hobart en el gran Toyota blanco.

—¿Cómo estás? —le preguntó Leon, arqueando las cejas.

—Muy bien. ¿Qué tal Max?

—Creo que las cosas van mucho mejor ahora que se ha solucionado lo de Jaden.

—Max aún está muy pálido. Fue una suerte que lo encontraras.

—*Bonnie* es la auténtica heroína —dijo Leon—. ¡Quién iba a pensar que mi perra pudiera ser tan útil!

Miki no había estado en la ciudad desde que su padre había perdido los

dedos. Aquel día le había parecido agotadora e intimidante, pero ahora se sentía exultante. Once años habían transcurrido desde entonces y las cosas habían cambiado mucho. También ella había cambiado.

Había olvidado cómo se alzaba la montaña sobre la ciudad, y los altísimos edificios que flanqueaban las calles. En comparación, su pueblo era tan pequeño y tranquilo... Tal vez algún día visitara la ciudad ella sola y paseara por aquellas calles. Tal vez incluso subiera a la montaña para contemplar la urbe postrada a sus pies. Trató de asimilar todo lo que veía mientras Leon circulaba por las concurridas calles: una iglesia, un parque rodeado de un muro de piedra, edificios viejos, tiendas y más tiendas y, de vez en cuando, el mar entrevisto fugazmente.

No tardaron en dejar todo aquello atrás y seguir hacia el norte. Leon conducía deprisa y a veces hasta se saltaba los límites de velocidad. Miki sabía que estaba preocupado porque quería llevarla de vuelta antes de que llegara Kurt, pero, por una vez, a Miki le daba igual: aquello lo hacía por sí misma.

Cuando dejaron el coche en el aparcamiento de la reserva, bajo los altísimos árboles, Miki respiró el aire fresco, que despedía un intenso aroma a eucaliptos. En la tienda, devoró con la mirada todo lo que veía para grabárselo en la memoria: personas que se probaban camisetas y niños que acosaban a sus padres para que les compraran algo, igual que en la tienda de comida para llevar.

Leon le dijo a la recepcionista que habían quedado con Dale. La mujer sonrió e hizo una llamada. Dale apareció enseguida, entró en la oficina y se acercó a Miki para estrecharle la mano.

—Hola, Miki, me alegro de que hayas venido.

Cuando Miki le encajó la mano, Dale sonrió aún más. Luego, los dos hombres se saludaron con gestos relajados y cordiales. Miki se dio cuenta de que eran amigos y se alegró por Leon.

Dale los guio por la reserva y los acompañó hasta los espacios de cría: los recintos estaban protegidos por unas vallas de chapa de zinc que llegaban más o menos hasta la altura de la cintura, y se habían construido justo debajo de los eucaliptos para aprovechar al máximo la sombra. Se detuvieron junto a uno de los espacios y echaron un vistazo al interior. Era amplio, estaba cubierto de hierba y tenía troncos y helechos estratégicamente colocados para que sirvieran de refugio a los animales. Un demonio de aspecto decidido correteaba por un sendero desgastado que recorría el perímetro del recinto. Daba una vuelta entera sin detenerse y luego otra, y así una y otra vez, con la mirada vacía fija al frente. Aquel comportamiento incomodó a Miki, pues le recordó los momentos en que ella contemplaba la calle desde el interior de la tienda: la misma mirada vacía. Pensó que el demonio debía de estar triste y eso le dio miedo. ¿Y si los animales no eran felices allí?

Miró a Dale y captó un destello de empatía en sus ojos.

—Es muy raro —dijo—. La mayoría de los demonios no muestran esa clase de comportamiento repetitivo. Intentamos que los recintos sean seguros y atractivos para ellos, pero este pobre animal no está acostumbrado a vivir en cautividad. No tardaremos mucho en liberarlo, probablemente en Maria Island. Pero es patrimonio genético importante, así que antes tenemos que hacerlo criar. A lo mejor lo emparejamos con tu hembra —le dijo a Miki.

Miki observó al demonio, que seguía dando vueltas y más vueltas. ¿Nunca se paraba a descansar? Tal vez aquellas vueltas le sirvieran para aliviar la angustia del aburrimiento. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Recordaba lo que era ser libre?

Otro demonio surgió entonces bajo la pila de troncos y el primero se detuvo y bufó. Se observaron el uno al otro, gruñendo los dos con el lomo arqueado. Ahora que había aparecido el segundo, el comportamiento del primero parecía más normal. Miki sintió alivio. Los animales no debían estar aislados. Aquellos demonios no habían elegido vivir en cautividad, así que Miki deseaba que por lo menos estuvieran felices y cómodos. Sería

maravilloso que los devolvieran a la naturaleza, pero la enfermedad estaba tan extendida que quizá nunca llegaran a ser totalmente libres. ¡Tal vez ni siquiera existía la libertad total! Pensó en sus águilas, dejándose llevar por las corrientes ascendentes en el bosque. Eran las criaturas más libres que conocía y, sin embargo, en cierto modo también estaban cautivas, atadas a su nido y a sus polluelos. Las personas se consideraban libres, pero estaban limitadas por normas y compromisos, por los grilletes de la ambición. Y eso no tenía por qué ser malo, siempre y cuando uno pudiera ejercer libremente su voluntad. Los demonios no podían hacerlo, pero tampoco podían solucionar sus problemas sin la ayuda de los seres humanos, de modo que la cautividad quizá fuera la única solución. La ironía de que los seres humanos intentaran salvar a los demonios cuando eran ellos precisamente la causa de su desaparición hizo sonreír a Miki.

—¿Qué te parece si vamos a ver a tus amigos? —propuso Dale.

Miki trató de disimular su nerviosismo mientras Dale los acompañaba a otro recinto.

—Ya hemos llegado —dijo, asomándose a la valla—. Aquí está tu hembra. Tiene muy buen aspecto, ven a verla.

Miki se acercó despacio y echó un vistazo. Allí estaba, tendida bocabajo sobre la hierba y muy ocupada royendo el ensangrentado costillar de un animal muerto. Tenía un pelaje abundante y lustroso, con mucho mejor aspecto que cuando vivía en el vertedero. La hembra se volvió en ese momento a mirarlos y entornó los ojos, deslumbrada por el sol. Miki sintió un gran alivio: no tenía la mirada perdida y tampoco parecía asustada.

—Tengo buenas noticias —dijo Dale—. Las pruebas han dado negativo y ya casi ha terminado la cuarentena, así que pronto le buscaremos un compañero.

—¿Cuándo tendrá crías? —preguntó Miki.

—Después de emparejarla con el macho, tienen que pasar unas semanas. Las crías son muy pequeñas cuando nacen, más o menos como judías, y

tienen que trepar hasta el marsupio. No vuelven a salir hasta unos meses más tarde.

—¿Puedo entrar?

—Claro. Te abro la puerta.

Caminando despacio para no asustar al demonio, Miki entró con sigilo en el recinto y se sentó en un tronco plano. La hembra dejó de masticar, la miró y luego se concentró de nuevo en la comida, aparentemente sin inmutarse. Miki se deslizó sobre el tronco, se puso en cuclillas y se acercó un poco más. El demonio levantó la cabeza y dejó de masticar otra vez; olisqueó el aire, parpadeó y volvió a concentrarse en la tarea de comer. Miki escuchó el sonido de aquellos poderosos dientes al roer el costillar y triturar los huesos. Cuando avanzó un poco más, la hembra la observó de nuevo atentamente. Miki la olió: no desprendía el hedor rancio de la rabia, sino el olor a humedad que a ella tanto le gustaba. La hembra no estaba asustada: Miki la vio mover los bigotes y percibió un destello húmedo en sus ojos. Estaba sana, no tenía heridas en la cara.

Eso era todo lo que necesitaba saber: su hembra estaba a salvo. Ya podía irse a casa.

Miki estaba a punto de retroceder cuando la hembra dejó caer el costillar y dio un paso hacia ella. Miki le tendió una mano y el animal se aproximó y la olisqueó. Y, entonces, sacó su lengua rosada y le dio tres breves lametones en los dedos.

Miki tenía los ojos empañados en lágrimas y apenas veía, pero sabía que había tomado la decisión correcta. Su hembra estaría bien cuidada en la reserva y sus crías no enfermarían. Aquello compensaba el sacrificio de haber tenido que renunciar a la libertad de su demonio.

Dale estaba sonriendo cuando Miki salió del recinto.

—Te ha reconocido —le dijo mientras cerraba la puerta después de que la joven saliera—. Desde que llegó, nadie ha podido acercarse tanto a ella.

A continuación visitaron a los demonios más jóvenes, que estaban en un

recinto más pequeño cerca de la entrada, junto a otros dos ejemplares de corta edad. Correteaban todos juntos de un lado para otro, girando la cola como si fueran juguetes de cuerda.

—No os lo vais a creer —dijo Dale—, pero son unas mascotas excelentes cuando son jóvenes. De adultos no tanto, porque se vuelven menos dóciles y más imprevisibles. Pero a veces los trabajadores de la reserva tienen que alimentar a las crías huérfanas y se acaban enamorando de ellas.

A Miki no le convencía la idea de tener un demonio como mascota. Eran criaturas temperamentales y se merecían ser libres.

—Estar aquí ya es un gran paso en su camino de vuelta a la libertad —dijo—. Es un sitio bonito, pero no es su hogar.

Dale se la quedó mirando, pensativo.

—Tienes razón —dijo al fin—. Nuestro trabajo consiste en tener demonios sanos y en libertad.

Durante el trayecto de vuelta a casa, Leon empezó a hablar de la reserva natural y del programa de reproducción y Miki se alegró de poder comentar esa cuestión y sopesar los pros y los contras. Leon estaba convencido de que, tarde o temprano, los demonios serían devueltos a la naturaleza, pero Miki no estaba tan segura.

—A mí me gustaría verlos a todos otra vez en libertad —dijo—, pero... ¿cómo eliminamos la enfermedad?

—Con la vacuna.

Leon creía que el ser humano podría resolver el problema, pero Miki no tenía tanta fe en la humanidad.

—¿Acaso hemos conseguido erradicar todas nuestras enfermedades?

—Vale, tienes razón —dijo—. Pero yo intento ser optimista. No quiero que los demonios se pasen la vida en reservas o zoos.

Miki tampoco. Iniciaron entonces un debate sobre los zoológicos. Leon le habló del comercio con animales para abastecer los zoos de todo el mundo, lo

cual había puesto en peligro la población de ejemplares en libertad. A Miki le pareció repugnante.

—¿Por qué la gente va a los zoos? —preguntó.

—Porque es fácil. Pueden llevar a los niños y ver de cerca animales salvajes.

—¿Y no pueden verlos en los libros y ya está?

—Hoy en día, se pueden comprar los documentales de David Attenborough o ver vídeos en YouTube.

—No utilizo internet —dijo Miki.

Leon la miró de reojo.

—¿Porque Kurt no te deja?

Miki pasó por alto la pregunta. Leon tenía razón, claro, pero no quería hablar del tema y, por suerte, él no insistió. A él se le daba bien escuchar y Miki estaba disfrutando. Era la primera vez que hablaba tanto rato con alguien desde que su madre había muerto.

Mientras seguía conduciendo, Leon le lanzó una mirada burlona.

—¿Qué pasa? —preguntó Miki—. ¿He dicho algo gracioso?

Leon torció la boca en una sonrisa socarrona.

—Es interesante oírte hablar de demonios y cautividad. ¿Se te ha ocurrido pensar que tú eres un poco como ese demonio que corría en círculos en su recinto? ¿No te sientes así cuando estás en la tienda?

—Pero yo salgo —se defendió, turbada por la perspicacia de Leon—. Hoy, por ejemplo.

—Pero tienes que escaparte, ¿no? ¿Y si Kurt lo descubre y te lo impide?

Miki no tenía respuesta para eso. Era su mayor miedo.

—¿Qué es lo que quieres en la vida? —le preguntó Leon—. ¿Cuáles son tus sueños y esperanzas?

—¿Y los tuyos?

Leon hizo una pausa, como si lo estuviera considerando.

—Es una pregunta muy importante, ¿no? Pienso mucho en esas cosas.

Unos cuantos meses más en este empleo y me darán más responsabilidades. Me gustaría hacer visitas guiadas por el parque..., enseñar cosas sobre la naturaleza. Pero... ¿sueños a largo plazo? Quizá estudiar algo más. Casarme, formar una familia. —Se echó a reír—. Bueno, tampoco es que tenga mucha prisa para eso, puedo esperar hasta pasados los treinta. ¿Y tú qué? Algún plan debes de tener.

A Miki se le formó un nudo en la garganta.

—Tengo la sensación de que te gustaría terminar el instituto e ir a la universidad —dijo Leon—. Eres muy inteligente..., así que quizá deberías marcharte. Kurt no te deja ser tú misma. No te deja vivir.

—No puedo marcharme —dijo Miki con voz tensa—. No tengo dinero.

—Kurt tiene que darte algo. Trabajas mucho más que él.

—Pero... ¿adónde voy a ir?

—Hay opciones. ¿Qué me dices de Geraldine? A lo mejor le sobra una habitación.

Miki lo pensó. Una cosa era soñar con marcharse y otra muy distinta hacerlo de verdad. Y el paso más difícil en cualquier viaje era el primero: Kurt jamás la dejaría irse. ¿Quería decir eso que estaba condenada a vivir siempre en su jaula?

—No es tu dueño, Miki —le dijo Leon—. Sólo tú eres dueña de ti misma.

Contempló las líneas blancas que iban desapareciendo bajo el coche, la textura granulada del asfalto, los postes borrosos que iban dejando atrás, la amenazadora presencia de las nubes, los coches que circulaban en la dirección contraria... Pensó en los libros de contabilidad y en los extraños ingresos en efectivo, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Alguien está ingresando dinero en nuestra cuenta corriente —le contó a Leon—. Aparte de nuestros ingresos regulares. No consigo entenderlo.

—¿Kurt no tenía negocios en Hobart? Eso es lo que me dijiste.

—Sí, pero recibimos un pago mensual desde otro banco.

—Puede que tenga otra cuenta corriente para hacer transferencias.

—Puede..., eso tendría sentido...

—¿No sería mejor que se lo preguntaras? —le dijo Leon—. Tienes derecho a saberlo.

Pero en lo que a Kurt respectaba, Miki no tenía derecho a nada.

—Lo pensaré —dijo, aunque ya sabía que no lo haría.

El día de la manifestación de los leñadores no hacían más que llegar coches a la ciudad, pero Leon huyó en dirección contraria. Sabía que no sería bienvenido en la manifestación, pero se le había ocurrido un plan y en ese momento se disponía a ponerlo en práctica. Fue descendiendo por la carretera de curvas hasta llegar al río y luego siguió bordeándolo, entre granjas y prados verdes, para dirigirse a la residencia de ancianos.

El abuelo lo estaba esperando en el vestíbulo, con camisa y una corbata a la que había intentado, con resultados irregulares, hacerle un nudo Windsor. Leon lo ayudó a subir al coche y deshicieron el camino. Cuando llegaron al pie de la calle principal, la manifestación ya había empezado.

El camión de troncos de Robbo, cruzado de una acera a la otra, cortaba el paso. Leon aparcó a los pies de la colina, cerca del camión, y acompañó a su abuelo hasta la acera. El anciano obedecía como una marioneta, nada reacio a aceptar ayuda si la necesitaba. Leon, sin embargo, sabía que su abuelo poseía una voluntad de hierro, por muy debilitado que estuviera físicamente. Uno no se pasa la vida talando árboles y quema un aserradero para proteger a su esposa a menos que tenga muchas agallas.

Justo al otro lado del camión, vio a Robbo subido a la caja de un camión más pequeño, con un micrófono en la mano. Pendiente arriba, la calle estaba abarrotada de leñadores con sus familias, llegados desde toda la región. Todo el que tenía alguna relación con la industria estaba allí, pues aquélla era la oportunidad de protestar contra el Gobierno por «haberlos expulsado del bosque». A Leon le parecía una reacción exagerada porque, de hecho, el Gobierno sólo les exigía una pequeña parcela de tierra.

Llevó al anciano hasta el camión de Robbo y allí se quedaron los dos, escondidos tras una de las enormes ruedas. Robbo estaba anunciando en aquel momento la agenda de la mañana. Primero hablarían él y Toby, dijo, para explicar la preocupación general provocada por los últimos acontecimientos, y después el micrófono estaría a disposición del público. A continuación, procederían a votar a mano alzada la estrategia que debían seguir para obtener los mejores resultados.

Era evidente que a Robbo le gustaba el sonido de su propia voz. Empezó a soltar el rollo de que los leñadores llevaban talando árboles desde tiempos inmemoriales. Dijo que si no fuera por ellos, ni siquiera existirían los bosques, porque se habrían talado todos los árboles para convertir los terrenos en tierras de cultivo. Los leñadores, concluyó, eran los verdaderos ecologistas. Aquel comentario provocó risas y aplausos entre el público. A Leon, sin embargo, no le hizo gracia: ¿desde cuándo los leñadores eran ecologistas? Hasta a su padre le habría parecido absurdo.

Robbo vociferaba cada vez más, gritaba ante el micrófono como si se estuviera dirigiendo al equipo.

—Éste es nuestro pueblo y éstos son nuestros bosques, ¿no? Y lo que está en juego es nuestro trabajo. Bob Brown podrá pasearse todo lo que quiera por aquí y decirnos que estamos haciendo las cosas mal, pero... ¿qué sabe él? ¿Acaso ha trabajado en estos bosques? Nosotros sí entendemos de árboles. Y deberíamos poder usarlos como nos diera la santa gana.

La multitud empezó a corear «¡Eso, eso!», igual que los políticos en el Parlamento, y Leon se fijó en que la mayoría de los seguidores de Robbo eran tipos barrigones vestidos con camisas a cuadros y mujeres que apoyaban a sus maridos.

—Lo que Bob Brown y los verdes no entienden —prosiguió Robbo— es que esta industria es nuestro medio de vida y nuestro futuro. Nos da trabajo, nos da un hogar. Nos pone el plato en la mesa. Así que no nos vamos a quedar de brazos cruzados mientras ellos se salen con la suya: vamos a hacer

mucho ruido y les vamos a decir lo que pensamos. Y tampoco vamos a renunciar a más bosques. No sin plantarles cara.

Cerró un puño, lo levantó y la multitud lo imitó. Y entonces todos empezaron a lanzar puñetazos al aire y a chillar como babuinos. Por el modo en que Robbo sonreía, parecía que su equipo hubiera ganado la liga.

A continuación, le pasó el micrófono a Toby, que se encaramó al camión para hablar. Como de costumbre, llevaba la camisa arremangada.

—Gracias, Robbo —dijo, con una voz que a través del micrófono sonaba asombrosamente dulce—. Soy Toby Carter, trabajo en el aserradero y sólo quería recordaros a todos que este pueblo ya ha sufrido bastante. Algunos de vosotros recordaréis que en otros tiempos aquí teníamos cuatro aserraderos. Ahora sólo queda uno. Los otros tres cerraron porque no había suficientes trozas. Y fueron muchos los que perdieron el trabajo. Eso es lo que hacen los verdes: conservan los árboles, pero los puestos de trabajo les importan un huevo.

Se oyeron murmullos entre el público y algunos negaron con la cabeza, como si Toby estuviera pronunciando un panegírico.

—Aquí nadie quiere irse al paro —dijo—. Y para que todos tengamos trabajo, nuestra industria necesita acceder a los árboles. El Gobierno impide a los nuestros talar aquí cerca, por lo que tienen que desplazarse una hora y media en coche para poder trabajar. Y eso afecta al bolsillo y a las familias. La nueva reserva significa que se van a conservar más árboles, lo cual es malo para la industria. Y para nuestros puestos.

—¡Los verdes nos quitan el trabajo! —gritó Mooney entre la multitud—. ¡Los verdes nos quitan el trabajo!

Leon vio a Mooney entre aquel mar de cabezas. Estaba cerca de la tienda de comida para llevar y agitaba el puño alzado al ritmo de su cántico. Otros manifestantes, pocos al principio, se le empezaron a unir. Enseguida fueron más y más, hasta que todo el mundo coreaba «¡Los verdes nos quitan el trabajo! ¡Los verdes nos quitan el trabajo!». Las voces sonaban como un

redoble de tambores. Toby bajó de un salto del camión, mientras la gente seguía gritando.

—¡Los verdes nos quitan el trabajo!

Robbo dijo entonces que el micro estaba abierto para quien quisiera hablar. Su esposa, Trudi, fue la primera. El público guardó silencio al verla encogida en la caja del camión, con la mirada asustada de un conejito.

—No sé muy bien vosotros —empezó a decir en voz baja—, pero la mayoría de las personas que trabajan en la industria maderera no se están haciendo precisamente ricas. Cuesta llegar a fin de mes. Nuestros maridos trabajan muchas horas y tienen muchos gastos. Pasan mucho tiempo fuera de casa. Y las mujeres tenemos que trabajar para poner un plato en la mesa. Los verdes no lo entienden —dijo mientras apoyaba tímidamente una mano en el brazo de su marido y los asistentes aplaudían.

Algunos de los presentes también hablaron. Todos contaban más o menos la misma historia: a nadie le sobraba el dinero, todo el mundo tenía que hacer malabarismos para llegar a fin de mes. Cada vez que alguien terminaba su discurso, el público aplaudía.

Cuando la cola de oradores llegó a su fin, Robbo cogió de nuevo el micrófono.

—Hay que hablar de lo que vamos a hacer —dijo—. ¿Alguien tiene alguna idea?

La gente empezó a gritar.

—¡Pegarle fuego al árbol!

—¡Disparar a las águilas!

—¡No, a los verdes!

El último comentario hizo reír a todo el mundo. Pero Robbo levantó una mano y esperó a que la multitud guardara silencio.

—Vale —dijo—, unas ideas muy buenas, pero ahora me gustaría escuchar algo un poco más sensato. No queremos empezar una guerra.

—¡Ya estamos en guerra! —gritó Mooney.

—Creo que no, tío —le respondió Robbo—. Lo que buscamos es una estrategia pacífica.

Un murmullo recorrió la calle, como el roce de las hojas empujadas por el viento.

Leon cogió a su abuelo del brazo y lo ayudó a rodear el camión hasta llegar a Robbo.

—Este anciano tiene algo que decir —afirmó Leon—. Es mi abuelo. ¿Podéis ayudarlo a subir al camión?

Por la expresión desdeñosa de Robbo, Leon comprendió que la idea no lo entusiasmaba, pero no estaba dispuesto a echarse atrás.

—Venga, Robbo, te estoy pidiendo ayuda. Yo solo no puedo subirlo.

Detrás de Leon, los susurros fueron aumentando de volumen. Se dio cuenta de que todo el mundo estiraba el cuello para ver qué estaba pasando. Los murmullos se fueron convirtiendo en frases.

—¿Quién es ése?

—¿Qué hace aquí?

—Tendrá morro...

A quien más se oyó fue a Mooney.

—¿Qué coño hace aquí el guardaparques? Le voy a reventar la puta cabeza.

Leon esperó, lanzando miradas asesinas a Robbo, pero el camionero ni siquiera se movió. Y, justo entonces, Max surgió de entre la multitud.

—Yo te ayudo —dijo el niño—. Soy muy fuerte.

Se hizo el silencio. Leon cruzó una mirada con Max y asintió.

—Genial, colega. Te lo agradezco mucho.

Enseñó al chico cómo entrelazar las manos para hacer un escalón en el que el anciano pudiera apoyar un pie y luego, juntos, trataron de subir al abuelo al camión. Pero Max soltó las manos y el pobre hombre cayó hacia la caja y se quedó allí, con los pies colgando. De no ser porque resultaba patético, hasta

podría haber sido gracioso. La multitud empezó a murmurar mientras Leon trataba de pensar en algo.

Pero entonces se oyó una voz áspera entre la multitud.

—Apartaos, dejadme pasar.

Era Shane. Parecía enfadado, y la gente se fue apartando como si se tratara de Moisés separando el mar Rojo. Se plantó delante del anciano y se lo quedó mirando, inexpresivo. Luego se volvió hacia Leon y asintió.

—Venga, vamos a subirlo.

Lanzaron al anciano hacia arriba con tanta fuerza que Robbo tuvo que extender un brazo para frenarlo. Ahora que el abuelo de Leon estaba ya en la caja del camión, la constante oposición de Robbo parecía mezquina; aun así, Leon pensó por un momento que no lo dejaría hablar. Sin embargo, Robbo acabó acercándole el micrófono.

Leon sintió un orgullo inmenso cuando su abuelo aferró el micro con su nudosa mano y contempló todos aquellos rostros hostiles. Daba la sensación de que el anciano no podría sostenerse mucho tiempo sobre aquellas piernas esqueléticas, pero Leon sabía que, por dentro, su abuelo era fuerte como un árbol. Y ahora que estaba en el escenario, no iba a desperdiciar la oportunidad.

—Siento mucho presentarme de esta manera —dijo el anciano—, pero fui leñador hace muchos años y creo que quizá os interese escuchar mi punto de vista. Me llamo Thomas Walker y conozco la industria tan bien como vosotros, diría que incluso mejor porque llevo por aquí desde que Jesús jugaba de defensa para el Jerusalén.

Algunos de los presentes se echaron a reír.

—He pasado casi toda mi vida en los bosques. Casi cuarenta años con una motosierra. Sobre todo en Bruny Island, pero también por esta zona. Mi padre, mi abuelo, mi bisabuelo, mi tatarabuelo..., todos eran leñadores. Hasta salen en los libros de historia. Trabajaban en las vías de tren para el transporte de madera de Bruny Island. Incluso ayudaron a construirlas. Ésas

son mis referencias. Una familia que trabaja en los bosques desde hace generaciones.

»Ya sé que últimamente habéis tenido ciertos problemas por aquí. Mi nieto, Leon, me lo ha contado. Y también lo he leído en la prensa. ¡Habéis salido en portada! Eso es todo un logro para los que trabajan en esta industria. La cuestión es que conozco ese viejo árbol. Lo recuerdo de cuando trabajaba en esta zona. Hace treinta o cuarenta años, estuvimos talando los alrededores. Podríamos haberlo cortado, pero no lo hicimos porque era el árbol más grande en kilómetros a la redonda. Cuando uno está trabajando en el bosque y encuentra un árbol así de grande, no puede evitar pensar en todas las cosas que ese árbol ha vivido. Y lo respeta. Cualquiera que lo haya visto y haya estado debajo entenderá lo que quiero decir. Es un ejemplar que te obliga a pararte y a escuchar el bosque. A veces, cuando estás trabajando y lo único que te importa es arrancarte las sanguijuelas y no mojarte demasiado, ni siquiera te detienes a pensar en lo que te rodea. Pero cuando llega uno de esos días perfectos tan poco habituales, uno de esos días en que brilla el sol y sopla una agradable brisa, no existe mejor lugar que el bosque viejo.

Mientras el anciano hablaba, Leon observaba al público. Todo el mundo escuchaba: lo supo porque estaban todos muy quietos, porque habían relajado los hombros y la expresión. Llevar allí a su abuelo había sido todo un acierto, porque el anciano les hablaba en un idioma que entendían.

—Hace cuarenta años —estaba diciendo en ese momento su abuelo—, decidimos dejar ese árbol en pie porque no nos sentíamos capaces de talarlo. Y creo, amigos, que podéis convertir ese árbol en algo útil. Una atracción más del bosque para captar turistas, como la feria y la pasarela elevada. Los turistas pueden verlo aquí mismo, al lado del pueblo. Si lo hacéis bien, tenéis todas las de ganar. Por lo que sé, el Gobierno sólo reclama una parcela muy pequeña. Quizá podáis hacer la vista gorda esta vez, de modo que tengáis ventaja en el futuro, cuando haya que librar batallas más importantes.

—Es usted muy ingenuo, abuelo —se burló Mooney.

El anciano frunció el ceño e irguió la espalda. Era delgado como una rama de sauce y daba la sensación de que el viento iba a quebrarlo en cualquier momento, pero aún estaba en condiciones de enfrentarse a Mooney.

—Cuando tienes mi edad y te has pasado la vida en la industria maderera, eres cualquier cosa menos ingenuo, hijo. Y aún tengo contactos que van de vez en cuando al bosque y me cuentan lo que está ocurriendo.

—¿Quién? ¿El guardaparques? ¿Qué va a saber él? —se burló Mooney.

—Relájate, Mooney —le gruñó Shane—, y déjalo terminar.

—Vaya, parece que te has ablandado desde que el guardaparques salvó a tu hijo, ¿verdad, Shane?

—Y a ti también te salvó, Mooney. Todo el mundo lo sabe. Así que cierra el pico de una vez.

Mooney frunció el ceño, pero guardó silencio.

La voz del anciano era como las ondas que se van extendiendo en un lago.

—No pretendo deciros qué debéis hacer, porque sé que tomaréis vuestras propias decisiones. Pero sí os animo a reflexionar. He visto unas cuantas batallas motivadas por los bosques y sé que las cosas pueden complicarse muy rápido. Como ya he dicho, creo que si cedéis en esta cuestión, os pondréis por delante. Les demostraréis que sois flexibles y la próxima vez tendréis más capacidad para negociar. Dos pequeñas reservas alrededor de dos árboles: eso es lo único que os piden. Si os negáis, lo que ocurrirá es que perderéis el apoyo del resto de la comunidad. Y me refiero a Hobart y al resto de Tasmania. Quedaréis como unos egoístas. —Levantó una mano nudosa y saludó—. Gracias por escucharme.

Le devolvió el micrófono a Robbo y le cogió la mano para obligarlo a estrechársela. Robbo vaciló, como si no supiera qué hacer. Murmuró algo a través del micrófono y dijo a los asistentes que reflexionaran y volvieran a reunirse tras una pausa de diez minutos. Luego, casi avergonzado, ayudó a Shane a bajar de nuevo al anciano.

Leon estaba impresionado. Su abuelo se había ganado el respeto del

público y, gracias a ello, había construido un puente entre él y el pueblo. Y todo en un clima bastante hostil: ¡menuda hazaña!

Leon se inclinó para susurrarle algo.

—Gracias, abuelo. Eres un héroe. Y eso que ni siquiera has dado tu verdadera opinión. Menos mal que no has empezado diciendo lo que piensas acerca de sus máquinas, ni les has dicho que te has vuelto ecologista.

—Es el arte de la persuasión, hijo —murmuró el anciano—. Tienes que aprender a omitir ciertas cosas.

—No sabía que se te diera tan bien hablar en público.

El anciano le guiñó un ojo.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí. Pero nos queda mucho tiempo para hablar. Espero que no tengas intención de mudarte pronto, ¿verdad?

—Más bien no.

El anciano cogió a Leon de un brazo.

—Me ha gustado tenerte cerca, hijo. Me has dado vida.

Se volvió hacia los demás y, con los ojos relucientes, le estrechó la mano a Shane y luego a Max.

—No puedo decir que esté de acuerdo con todo lo que ha dicho —comentó Shane—, pero en algunas cosas tiene razón.

—Llámalo experiencia —dijo el anciano—. Tenéis que elegir bien vuestras batallas; en caso contrario, el mundo entero se pondrá en vuestra contra.

Robbo también estaba escuchando.

—Supongo que ha visto usted unos cuantos cambios con los años.

—Más que unos cuantos. Podría contaros muchas cosas y tal vez lo haga algún día. ¿Os gusta la cerveza?

—¿Es el papa católico?

El anciano se arregló la corbata y ladeó la cabeza para mirar a Leon.

—Será mejor que nos vayamos y dejemos que tus vecinos sigan con la votación. No hace falta que nos quedemos.

Leon asintió para dar las gracias a Shane y a Robbo y luego le pasó una mano por la cabeza a Max. Era él quien había propiciado aquella situación. Si el chico no se hubiera ofrecido a ayudarlo, el resultado podría haber sido muy distinto.

En aquel momento, una niña delgada de pelo resplandeciente como el sol se acercó a Max y lo cogió del brazo. No había duda de que era hija de Mooney: tenía sus mismos rasgos, pero sin la expresión amargada.

—Me aburro —le dijo—. ¿Dónde está tu perrita? La que te salvó. Debe de ser muy lista. Me gustaría conocerla.

—Vive en la casa de mi vecino.

—Vale, vamos.

Cuando la niña le cogió la mano a Max y se escabulleron los dos entre la multitud, Leon se fijó en que el brillo de su pelo se reflejaba en el rostro del muchacho.

Era el color de la felicidad.

Unas cuantas semanas después de la manifestación, el jefe de Leon le encargó la tarea de llevar unos cuantos carteles al bosque y le dijo que los dejara junto a las tablas de madera que ya habían descargado para la pasarela. Una vez colocados los carteles, estaría todo a punto para que empezaran los trabajos. Cuanto antes se pusieran en marcha, antes podrían abrir la zona a los turistas.

El día de la manifestación, los habitantes del pueblo habían votado a favor de la reserva. Habían decidido que era buena idea combinar las visitas a aquel espacio protegido con la ruta por la pasarela elevada. El único que había votado en contra había sido Mooney, pues era la clase de hombre que siempre prefería el conflicto al acuerdo.

Antes de salir de la oficina del Servicio de Parques, Leon comprobó el parte meteorológico, para saber qué podía encontrarse. Las predicciones no eran muy buenas: lluvia y tormentas, lo cual no era raro en primavera. En esa época del año, el tiempo siempre era inestable. Leon rezó para que le diera tiempo a descargar los carteles y marcharse antes de que el frente frío llegara a las montañas. Comprobó que los carteles estuvieran bien sujetos y luego salió con su Toyota. El remolque traqueteaba detrás del coche.

De camino al bosque, se detuvo en la tienda para comprar patatas calientes, pero en el mostrador sólo estaba Kurt, que miró de malos modos a Leon mientras le preparaba el pedido.

—¿Dónde está Miki? —le preguntó Leon.

Kurt torció el gesto.

—En la trastienda. No me gusta que se tome tantas confianzas con los

clientes.

Por lo general, Kurt siempre se mostraba irritable, pero ese día le pareció más inquietante que nunca. Quizá fuera por la sonrisita venenosa que le había dedicado. Qué sarcástico era el muy cabrón... Leon compadeció a la pobre Miki por tener que vivir con él. Que la maltrataba psicológicamente estaba claro, pero Leon se preguntó si también la maltrataba físicamente.

—¿Adónde vas? —le preguntó Kurt.

Aquello sí que era inusual: Kurt nunca hacía preguntas. Leon guardó silencio un instante, sorprendido.

—A dejar unos carteles junto al árbol grande.

—¿Ya han empezado los trabajos?

—No que yo sepa, pero no creo que tarden mucho.

La conversación terminó tan de repente como había empezado. Kurt le dio la espalda y, cuando las patatas estuvieron listas, dejó con un golpe el paquete sobre el mostrador. Leon pagó y se fue.

De camino al bosque, se dio cuenta de que el tiempo estaba empezando a cambiar. Se estaban formando unos nubarrones grises enormes y el viento zarandeaba los árboles. Tendría que descargar los carteles muy rápido.

Pasó con el coche por la zona de tala, dejó atrás el nido de las águilas y se dirigió al árbol grande. En la pista no había tanta vegetación como la primera vez que había estado allí: alguien había cortado la maleza para facilitar el acceso, quizá los hombres que habían dejado la madera para construir la pasarela.

Leon aparcó junto a una pila de postes y bajó del coche. El tiempo empeoraba. A su alrededor, el viento azotaba con fuerza árboles y arbustos. Las hojas se movían, la corteza crujía y las copas de los árboles ondeaban. Confió en que no le cayera nada encima. En días como aquél, no sería raro morir aplastado bajo un árbol caído.

Bajó el portón trasero del remolque y trató de descargar los carteles, pero pesaban demasiado, así que subió al remolque y los fue descargando uno a

uno. Cuando terminó, estaba sudando. Las lluvias recientes habían ablandado el terreno y las botas se le hundieron en el barro cuando se agachó para apartar los carteles de la pista y arrastrarlos hacia los matorrales.

La pista era demasiado estrecha para dar la vuelta con el remolque, de modo que Leon lo desenganchó, lo empujó hacia un tosco sendero cubierto de hierba y luego lo giró. Estaba a punto de dar la vuelta con el Toyota y volver a enganchar el remolque cuando vio unas huellas que no eran las suyas. Se alejaban por la pista y se adentraban entre la vegetación. Leon se detuvo a examinarlas y se preguntó quién habría estado por allí. Quizá los hombres que habían descargado los postes, pero le pareció extraño que se tomaran la molestia de dar un paseo por el bosque, a menos que supieran de algo que valiera la pena ver.

A Leon le pudo la curiosidad. Siguió las huellas de las botas por la pista durante unos minutos, hasta que desaparecieron. Echó un vistazo a su alrededor: el viento sacudía la corteza de un árbol cercano y las nubes parecían cada vez más bajas. No tardaría en llover y Leon había dejado la chaqueta en el coche. Quizá fuera mejor regresar.

Cuando se disponía a volver sobre sus pasos, vio otra huella, grande y profunda. Estaba junto a un viejo tocón medio podrido y parecía conducir hacia un sendero apenas visible entre la vegetación. Decidió echar un vistazo. No le llevaría mucho tiempo, pues el camino era impreciso; tal vez sólo fuera una senda de animales.

Mientras Leon se abría paso entre la vegetación, empezó a lloviznar. La pista, sin embargo, era más ancha en aquel punto, por lo que decidió seguirla colina arriba. Fue avanzando, apartando acacias y arbustos con los hombros, saltando sobre troncos, ramas y fragmentos de corteza. El suelo estaba mojado. Resbaló en varias ocasiones y estuvo a punto de caer.

El sendero ascendía por la ladera y Leon no tardó en llegar a un bosquecillo poblado de árboles jóvenes. A lo largo de unos doscientos metros, la pista serpenteaba entre un laberinto de troncos, antes de llegar a

una zona despejada, probablemente talada durante los últimos años. Se detuvo para arrancarse una sanguijuela del cuello y la arrojó lejos. Gajes del oficio.

Cruzó el claro y siguió la pista, que de nuevo se adentraba en el bosque. Allí el sendero estaba más marcado: era obvio que alguien había cortado la vegetación para facilitar el acceso. A un lado del camino vio zonas de terreno irregular, donde al parecer habían removido la tierra. A lo lejos, la vegetación parecía menos densa, como si hubiera un hueco en la cubierta forestal. Creyó ver una especie de barrera y se dirigió hacia allí.

Al acercarse, vio una valla de postes metálicos y alambarrera. En el interior del recinto vallado había varias hileras de plantas que el viento mecía. A Leon se le puso la piel de gallina cuando llegó a la valla.

Era una plantación de marihuana. Quince metros por quince, seguramente valorada en un dineral. Leon se agachó. ¿De quién podía ser?

Oyó un chasquido entre la maleza y dio un respingo, pero sólo era un ualabí. Aun así, se sintió inquieto. Hasta aquel momento el bosque le parecía cordial, pero de repente notaba unas vibraciones extrañas. Los árboles se inclinaban, como si lo estuvieran observando. Cogió el teléfono para llamar a la policía, pero no tenía cobertura. Tendría que hacer unas cuantas fotos y parar en la comisaría cuando volviera al pueblo. Rodeó la plantación y fue tomando instantáneas. Las vallas estaban claramente pensadas para impedir que entraran ualabíes. Alguien había despejado el bosque para dejar que pasara la luz, pero había conservado los árboles necesarios para que la plantación no pudiera verse desde el cielo. Quien hubiera planeado todo aquello, sabía muy bien lo que hacía.

Sacó fotos desde distintos ángulos y luego empezó a descender rápidamente la colina. No tenía sentido quedarse allí.

Cuando regresaba por la pista, llegó de nuevo a la zona de tierra removida y decidió echar un vistazo. Se acercó, abriéndose paso entre la vegetación con los codos. Las excavaciones eran extrañamente similares y tenían los ángulos

rectos, como si alguien hubiera enterrado algo. Movido por la curiosidad, se arrodilló y empezó a excavar con las manos, apartando terrones de tierra. Era un trabajo inhumano y Leon no tardó en quedar cubierto de barro, así que buscó una rama caída y la usó para hurgar y ampliar el agujero. Tocó algo y se acuclilló para introducir una mano en la tierra. Notó un objeto de plástico, pero aún había demasiada tierra en el agujero y no pudo sacarlo. Así pues, siguió excavando hasta dejar a la vista una bolsa transparente en cuyo interior se veían pequeños sacos de tela de color crema. Tenían algo impreso. ¿Eran del banco? Consiguió sacar del todo la bolsa de plástico, desató el nudo de la parte superior y extrajo uno de los sacos de tela. Al abrirlo, encontró fajos de billetes.

Algo empezó a martillearle el pecho: una sensación de miedo. Debía de ser un alijo. Sabía que lo mejor era volver a enterrarlo inmediatamente y largarse de allí. Dejar las cosas en manos de la policía. La plantación de marihuana debía de pertenecer a algunos leñadores, que quizá la habían ocultado allí después de talar el bosque cercano. Si lo encontraban, lo matarían. ¿Qué coño estaba haciendo?

Mientras metía de nuevo los sacos en el agujero y los cubría con tierra, se le ocurrió otra posibilidad y se le desbocó el corazón. Recordó que Miki le había contado que Kurt solía ir a cazar por allí mientras ella se quedaba en el coche. La mente de Leon trabajaba a toda velocidad. Miki también le había hablado de las inexplicables cantidades de dinero que aparecían en una de las cuentas de Kurt.

Y entonces todo empezó a cobrar sentido. Si aquella plantación de marihuana era de Kurt, no le sorprendía que viajara a Hobart por negocios: tenía que vender su cosecha. Pero no le resultaría fácil ocultar todas sus ganancias y tampoco podía gastarse todo el dinero en el pueblo —se pondría en evidencia—, así que tal vez hubiera enterrado allí una parte de los beneficios. Y también era posible que aprovechara las visitas semanales a la ciudad para blanquear en el casino parte de los beneficios que sacaba con las

drogas. Eso encajaría con los depósitos en efectivo que Miki había descubierto. Era todo tan lógico que Leon se quedó perplejo.

Mientras Leon tapaba apresuradamente el agujero se oyó un trueno. La lluvia arreciaba y no tardaría en quedar calado hasta los huesos. Se oyó otro trueno. Con un poco de suerte, conseguiría llegar al coche antes de que empezara a diluviar.

Miki no entendía por qué Kurt la había desterrado de la tienda. Fuera cual fuese el motivo, estaba angustiada. Acechaba tras la puerta, tratando de averiguar, a partir de la forma en que su hermano se dirigía a los clientes, qué era lo que de verdad lo preocupaba. Wendy y Steph entraron a tomar un café después de dejar a los niños en el colegio, pero sus voces se mezclaron con el silbido de la máquina de expresos. Un poco más tarde llegó Leon y pidió unas patatas. Kurt intentó mantener una conversación medianamente cordial con él, lo cual era extraño.

Después de que Leon se marchara, Kurt la llamó para que atendiera el mostrador. Miki estaba secando los bancos cuando llegó Mooney. La miró con frialdad y luego, por señas, le indicó a Kurt que saliera a la calle. Miki notó una punzada de inquietud. ¿Por qué quería hablar con su hermano? Tampoco es que fueran amigos.

Los hombres permanecieron en la acera, de cara a la calle, de modo que Miki no pudo verles el rostro. Kurt era más alto que Mooney, más ancho de hombros y más estrecho de cintura. De tanto hacer ejercicio en la habitación del sótano, había desarrollado los músculos. Mooney era el que más hablaba de los dos. Fuera lo que fuese lo que estaba diciendo, pareció preocupar a Kurt, que había tensado los hombros y se limitaba a asentir con gestos escuetos. Cuando Mooney terminó de hablar, se estrecharon la mano —otra anomalía—, y Mooney observó a Miki a través de la ventana, con una expresión victoriosa y burlona en los ojos.

Kurt entró en la tienda hirviendo de rabia.

—Me voy al bosque —le ladró—. Tú ocúpate de la tienda.

Miki notó las axilas empapadas en sudor.

—¿No puede esperar hasta el lunes?

—No. Tengo que ir ahora.

En otros tiempos, Kurt le habría permitido acompañarlo, pero no ese día.

—¿Ocurre algo?

Kurt la miró con tanta dureza que Miki no pudo evitar encogerse.

—Mooney me ha dicho que el otro día te vio en el coche con Leon. Que ibais a algún sitio. ¿Se puede saber qué coño está pasando?

A Miki se le formó un nudo en el estómago, pero trató de mantenerse impasible.

—Se habrá confundido —dijo, paralizada por el miedo—. Estuve aquí.

—No me mientas. Sé que tienes una llave y que has estado saliendo. Cambié las cerraduras, pero aun así has seguido escapándote. Mooney me ha dicho la verdad. ¿Por dónde sales?

La única opción que tenía era negarlo todo.

—No es cierto.

La expresión de Kurt era amenazadora como una tormenta. Se parecía a padre cuando se enfadaba.

—A la trastienda —le escupió Kurt—. Hablaremos allí.

A Miki no le quedó más remedio que obedecer. Oyó a su hermano cerrar con llave la puerta de la tienda. Ya en la cocina, Kurt le señaló una silla.

—Siéntate.

Se sentó.

—La verdad —gruñó Kurt—. Quiero oír la verdad.

Miki permaneció en silencio, temblando por dentro. Kurt dio una sonora palmada en la mesa.

—Habla, Miki. Estoy esperando. ¿Qué es lo que pasa? ¿Te estás follando a ese tío?

Miki se puso en pie de un salto, indignada.

—¡Pues claro que no!

Kurt, que tenía las aletas de la nariz dilatadas, la obligó a sentarse. La agarró del brazo y le clavó las uñas en la carne. Miki notó el dolor y desvió la mirada.

—A veces siento la necesidad de salir —dijo—. Esto es una cárcel. Me encierras como si fuera un animal.

Kurt le clavó aún más los dedos.

—Para impedir que te comportes como uno —dijo. Se acercó mucho a ella y le habló al oído mientras le rodeaba el cuello con una mano—. ¿Qué hacías con ese cabrón pelirrojo? ¿Has dejado que te la meta?

—¡No!

Miki estaba aterrorizada. Si Kurt pensaba que Leon le había robado la virginidad, se iba a meter en un buen lío. Padre les había enseñado que la pureza era el bien máspreciado y Kurt creía que era su deber defender el honor de su hermana.

—No me lo puedo creer —gruñó Kurt—. Te salvé del fuego y ésta es tu forma de agradecermelo.

La soltó de golpe y Miki estuvo a punto de caerse de la silla.

—Voy a ir a buscarlo y le voy a dar una paliza que se va a enterar.

Apartó una silla de un empujón y se dirigió a la puerta trasera.

—¡No!

Miki echó a correr tras él y trató de cogerlo del brazo. Había oído a Leon decirle que se dirigía al árbol grande. No podía dejar que Kurt saliera de la tienda.

—¿Adónde vas?! —gritó—. ¡Yo no he hecho nada! ¡Leon ni siquiera me ha tocado!

Kurt la empujó contra la pared para apartarla.

—Siempre he confiado en ti, pero tú me has traicionado. Ya estoy harto.

La cogió por los hombros y la empujó contra la pared, pero la soltó tan de repente que Miki se tambaleó. Y, entonces, la golpeó dos veces: un revés en la mejilla y un puñetazo en el ojo. Miki retrocedió, perpleja, y notó un sabor a

óxido en la boca. Cuando se tocó los labios, se le mancharon de sangre los dedos. Kurt cogió el abrigo y las llaves y Miki trató de detenerlo una vez más, de impedirle que fuera en busca de Leon.

Kurt la apartó y le golpeó de nuevo el rostro.

—Tu lugar está aquí —murmuró—, conmigo.

La dejó hecha un guiñapo en el suelo y Miki oyó el chasquido de la puerta cuando Kurt echó el cerrojo.

Notaba un intenso dolor en la cara, pero la adrenalina la obligó a ponerse en pie. Corrió hacia la ventana y vio a su hermano salir del sótano de la casa, armado con el rifle. Lo arrojó a la caja de la camioneta. Sentado tras el volante, la observó a través del parabrisas, tan furioso que a Miki incluso le pareció ver que su hermano echaba chispas. «Lo voy a matar», dijo entre dientes, y a Miki no le cupo duda de que estaba dispuesto a hacerlo. Kurt aceleró a fondo y la camioneta salió disparada del patio, lanzando grava y piedras contra la valla.

Miki se quedó paralizada un instante, pero sabía que debía actuar rápidamente y pedir ayuda. Lo primero, sin embargo, era disimular las heridas que Kurt le había causado.

El espejo le devolvió la imagen de una desconocida con el rostro hinchado, un ojo inyectado en sangre y un labio partido. Tenía tres cortes en la lengua, allí donde se había clavado los dientes, y una marca rojiza en la mejilla en forma de rosa. Era como si la hubiera atacado un oso, un oso pardo enorme y con toscas zarpas. Notaba la garganta ronca y un poderoso zumbido en una de las orejas, como el de las abejas que revoloteaban alrededor de las flores de los manzanos. Pero no tenía tiempo para compadecerse de sí misma. Se enrolló un pañuelo en torno al rostro, de manera que sólo se le vieran los ojos; luego cogió un cuchillo y arrancó el clavo del marco de la ventana. Ya no había razón para andarse con miramientos. Volcó el cajón de reciclaje, esparciendo latas por todas partes, y luego lo dejó caer por la ventana sin preocuparse de atarlo. Cuando salió, el rostro le palpitaba de dolor.

En el exterior había empezado a llover y, cuando echó a correr calle arriba, agradeció que no hubiera nadie por allí. No tenía ningún plan, más allá de ir a casa de Wendy, que sabía lo que ocurría con Kurt y se había ofrecido a ayudarla. Pero cuando llamó a la puerta, no le abrió nadie. *Bonnie* saltaba junto a la valla de la casa de Leon. La lluvia arreció y Miki se quedó en la puerta sin saber qué hacer, ansiando desesperadamente que Wendy volviera a casa. La perra de Max, *Rosie*, rodeó en ese momento la casa y olisqueó a Miki con su hocico húmedo. Ella, sin embargo, apartó a la perra con firmeza, pues tenía la mente lejos de allí. No podía dejar de pensar en Kurt recorriendo a toda velocidad la carretera del bosque y tomando el desvío que llevaba al árbol. Se lo imaginó dando tumbos por la pista, deteniéndose junto al árbol, cogiendo el rifle y cargándolo. Siempre le había dado miedo que Kurt llegara a perder algún día el control de aquella arma. Y en aquel momento, furioso y avergonzado ante la idea de que un hombre pudiera haberla tocado, era poco probable que se mostrara racional.

Decidió que ya no podía esperar más. Iría a la oficina de turismo, y si Geraldine no estaba, se dirigiría a la comisaría de policía.

La cara le palpitaba mientras descendía la colina a toda prisa. Cuando llegó a la oficina de turismo y abrió la puerta, estaba calada hasta los huesos. Geraldine, tras el mostrador, tenía un libro entre las manos. Levantó la vista, sorprendida.

—¿Eres tú, Miki? Quítate el pañuelo, no importa que estés empapada.

Miki se quitó rápidamente la chaqueta y desenrolló el pañuelo. Geraldine contrajo la expresión.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha hecho?

—Tenemos que llamar a la policía. Kurt va a por Leon —dijo Miki con voz ronca; los cortes de la lengua le impedían pronunciar bien.

Geraldine cogió el teléfono, marcó y le pasó el auricular por encima del mostrador. Hasta aquel día, Miki jamás había usado uno. En la granja no tenían, y Kurt sólo utilizaba su móvil.

Fergus respondió a la llamada y preguntó en qué podía ayudar. Miki le explicó la situación, sorprendida de que las palabras le brotaran con tanta serenidad. Era como si hablara otra persona, alguien que sabía lo que estaba ocurriendo. Le describió a Fergus la ubicación exacta del árbol grande y luego le leyó las coordenadas de un mapa que Geraldine había desplegado ante ella. Era casi como un sueño: Miki tuvo la sensación de estar flotando cerca del techo, de verse a sí misma con el rostro hinchado y amoratado.

—Gracias —le dijo Fergus—. Me ocupo de esto ya. Voy a llamar al grupo de operaciones especiales para que envíen a alguien lo antes posible.

Miki le devolvió el teléfono a Geraldine, que colgó con una mirada rebotante de compasión.

—¿Qué vas a hacer? —le dijo—. No puedes volver a casa.

Unas lágrimas cálidas descendieron por las magulladas mejillas de Miki y le escocieron la piel. Geraldine rodeó el mostrador y le pasó un brazo por los hombros. Bastó ese gesto para que Miki se desmoronara: los sollozos resquebrajaron el dique que contenía su inmenso sufrimiento.

—Pobrecita —le dijo Geraldine—. Tienes que librarte de ese hombre.

—Estoy preocupada por Leon.

—Yo también.

Geraldine abrazó a Miki como no la había abrazado nadie desde que era una niña. Miki se sintió bien; para ella, fue como una liberación. Geraldine era dulce y fuerte a la vez, cálida y fiel: una amiga en la que apoyarse.

—Bueno —dijo, apartándose de Miki lentamente—. Hay que llevarte a un sitio seguro para que puedas calmarte y lavarte.

Le dio un paraguas, unas llaves y las instrucciones necesarias para llegar a su casa.

—Ve a la cocina y prepárate una taza de té. Yo iré en cuanto pueda, pero tienes que prometerme que no te vas a mover de allí, porque entonces no sabré dónde estás. Date una ducha para entrar en calor y enciende la

calefacción. El tendedero está en el cuarto de la lavadora. Deja tu ropa cerca del radiador para que se seque y ponte mi bata.

Miki vaciló.

—¿Habrán alguien en tu casa?

—No, vivo sola.

Miki cogió la llave y se enrolló el pañuelo en torno a la cara antes de dirigirse al exterior. El viento estuvo a punto de girarle el paraguas, así que lo apuntó hacia la lluvia y echó a correr calle abajo.

Geraldine vivía en una casa pequeña de madera. Los marcos de las ventanas eran blancos y el camino de entrada estaba flanqueado por rosales. Al otro lado de la calle, en una zona cubierta de hierba, había un parque infantil. Constaba de dos columpios y un tobogán, pero a aquellas horas estaba desierto porque los niños estaban en el colegio. Miki se dirigió a la parte trasera de la casa, dejó el paraguas y abrió la puerta. Entrar en el hogar de Geraldine le produjo una sensación extraña, como si fuera una intrusa espiando la vida de otra persona.

En el cuarto de la colada, Miki se quitó los zapatos mojados y los dejó perfectamente alineados junto a la lavadora. Luego se desprendió del abrigo y lo colgó en el tendedero. Cuando se quitó el pañuelo, que se le había quedado pegado a la cara por culpa de la lluvia, notó un dolor casi insoportable. Durante un segundo creyó que iba a desmayarse, pero poco a poco el escozor fue remitiendo hasta convertirse en un dolor apagado.

Estaba todo en silencio, a excepción del sonido de la lluvia en el tejado. La casa emanaba serenidad, a diferencia de Miki. Ella estaba helada, temblaba, tenía la ropa mojada y no podía dejar de pensar en Leon y Kurt. Se quedó junto al cuarto de la lavadora, sin atreverse a entrar. En cierto modo le parecía mal imponer su presencia, aunque Geraldine le hubiese dado permiso. Nunca había estado en casa de nadie, pero tampoco podía pasarse ahí todo el día. Se desnudó hasta quedarse en ropa interior, llevó el tendedero al salón y,

caminando de puntillas por la moqueta de color crema, encendió la calefacción y acercó el tendedero al radiador.

Geraldine le había dicho que se pusiese su bata y Miki fue a buscarla, caminando a hurtadillas por la casa. Todo estaba perfectamente ordenado y olía bien, a jabón y detergente de lavadora. La cocina era pequeña y tampoco había nada fuera de sitio: no había platos en el fregadero y todo estaba limpio y guardado, como en casa de Miki. Sobre la mesa vio un periódico doblado, como si aún no lo hubiera leído nadie. Hasta la fruta del frutero estaba immaculada.

Miki se dirigió sigilosamente al dormitorio. Geraldine tenía una cama de matrimonio y, en la mesilla, vio una lámpara de lectura, un paquete de caramelos de menta y unas gafas de leer encima de un libro. La cama estaba hecha y, sobre ella, había una manta de *mohair* doblada. Las zapatillas de Geraldine, en el suelo, apenas asomaban bajo la colcha. La bata colgaba de un gancho detrás de la puerta: era de color rosa pálido, con un estampado de rosas rojas como las del jardín. Miki se la puso, temblando. El baño era algo anticuado, pero estaba muy limpio. Se parecía al de la tienda, aunque con una bañera grande. Miki cogió una toalla del armario del pasillo y se duchó para entrar en calor, tal y como Geraldine le había dicho. Mantuvo la cabeza gacha, para no tener que verse la cara en el espejo. Notaba el rostro hinchado y raro; si se miraba, se echaría a llorar y las lágrimas sólo harían que le escociera la piel magullada.

Minutos más tarde, arrebujaada en la bata de Geraldine, Miki se sentó en el salón y contempló la calle. Estaba inquieta, a la espera de que ocurriera algo, pero no lo sabría hasta que Geraldine volviera a casa, y quién sabía cuánto podía tardar.

La lluvia seguía cayendo y el día se le estaba haciendo interminable, aunque el reloj de cristal que descansaba sobre la repisa de la chimenea marcaba que sólo eran las diez. Miki apenas podía controlar el caleidoscopio en que se había convertido su mente y sabía que se volvería loca si no

conseguía distraerse. La librería de Geraldine estaba junto a la puerta corredera que daba al pasillo. Se acercó a echarle un vistazo: tal vez los libros la salvaran una vez más.

Estaban perfectamente ordenados por tamaño, de mayor a menor. Pero en el estante superior, los lomos de todos los libros medían lo mismo. Vio títulos que conocía muy bien, como *Cumbres Borrascosas*, *Jane Eyre* y *Tess la de los d'Urberville*, pero también otros muchos: *Emma*, *Orgullo y prejuicio*, *Persuasión*, *Los miserables*, *El retrato de Dorian Gray*, *Grandes esperanzas*, *El alcalde de Casterbridge*, *Ana Karenina*, *Retrato de una dama*, *Madame Bovary*, *Frankenstein*... Un mundo de libros que tal vez podría pedirle prestados algún día. En los estantes más bajos, Geraldine tenía una colección de novelas modernas. Miki las escudriñó y deseó poder leerlas.

Pese al miedo y el dolor, tuvo la sensación de que algo se abría dentro de ella. Su vida había cambiado. Todo había empezado cuando encontró las llaves y cogió una. Y en el momento en que había saltado por la ventana de la cocina, aquella misma tarde, de nuevo había alterado irrevocablemente su existencia.

Ya no había vuelta atrás.

Leon bajaba a toda velocidad por la pista, desde la plantación, cuando oyó un fuerte chasquido. Todo había quedado en silencio justo antes de que empezara la tormenta. La atmósfera se había vuelto más densa, se había impuesto una paz inquietante y el cielo había adoptado un aire amenazador. A lo lejos, se veían relámpagos. Los truenos se oían cada vez más cerca. Y, sin embargo, algo no encajaba.

Otro chasquido. Saltaron fragmentos de corteza de un árbol cercano y, por instinto, Leon se arrojó al suelo. No eran truenos: ¡eran disparos!

Supo de inmediato que se trataba de Kurt. ¿De quién, si no? En la tienda le había preguntado adónde iba y Leon, qué estúpido, se lo había dicho. No tenía ni idea de por qué lo había seguido hasta allí, pero, ahora que había descubierto su secreto, era evidente que el hermano de Miki tenía muchos motivos y estaba dispuesto a dispararle.

Se agazapó entre la vegetación húmeda y escuchó con todas las células de su cuerpo. La lluvia empezó a golpear suavemente las hojas y la brisa sacudió las copas de los árboles. Los pájaros gorjeaban. La corteza crujía. Leon no sabía dónde estaba Kurt, pero sí sabía que debía moverse rápido o acabaría en una tumba junto al dinero enterrado.

Agazapado, abandonó la pista y se arrastró ladera abajo. El sotobosque era una montaña de basura y todo parecía haberse aliado en su contra: los carrizos le arañaban la piel, las ramas crujían bajo su peso... Avanzó con cautela. Kurt debía de estar esperándolo en la pista. Un crujido y aquel tipo sabría dónde encontrarlo.

Leon no podía creer que aquello estuviera ocurriendo. Le parecía

surrealista y aterrador al mismo tiempo. Él era un animal asustado entre la maleza, y Kurt, el cazador.

¿Por qué había decidido ir a por él? A lo largo de las últimas semanas, mucha gente había frecuentado aquella parte del bosque sin que Kurt los persiguiera, así que no tenía demasiado sentido. Debía de haber ocurrido algo más.

Leon resopló mientras se abría paso entre la vegetación; el bosque respiró también. Y, entonces, cesó la lluvia y se impuso de nuevo el silencio. Leon estaba atento a cualquier ruido, a cualquier movimiento por pequeño que fuese, a cualquier matiz entre la maleza. El perfume de los arbustos. El olor intenso de la tierra húmeda. La luz difusa. El roce de las hojas en sus mejillas. Se fijó en las nubes que se habían instalado sobre el bosque, como si fueran una especie de abrigo, y oyó a lo lejos el fragor de los truenos.

Cuando quebró una rama con la rodilla, el sonido se propagó por el silencio. Un sonoro chasquido, a los pies de la colina, le indicó que Kurt se acercaba. El instinto le dijo que echara a correr, pero los movimientos rápidos sólo servirían para delatar su posición. Se esforzó por mantener la calma necesaria para pensar. Debían de separarlo unos ochenta metros del hermano de Miki, de modo que disponía de cierto margen.

Se oyó entonces un disparo, que impactó contra un árbol en alguna parte. No demasiado cerca. Kurt estaba tirando al azar, no sabía exactamente dónde estaba Leon. Éste siguió agazapado, se arrastró por encima de un tronco resbaladizo y, entonces, patinó y cayó entre la vegetación. Se quedó inmóvil y contuvo el aliento, con la esperanza de que Kurt no lo hubiera oído. A lo lejos, el ruido también había cesado: Kurt debía de estar escuchando.

Leon siguió avanzando a cuatro patas, tratando de aumentar la distancia que los separaba. Poco después, el sendero se hizo más ancho y Leon echó a correr, medio agazapado aún. El terreno era difícil e irregular y temió formar demasiado escándalo mientras se abría paso entre la vegetación. Tenía que encontrar un lugar en el que esconderse.

Llegó a unos matorrales y se ocultó entre ellos. El viento mecía las frondas de los helechos, por encima de su cabeza, y veía el cielo gris. Buscó su teléfono para ver si tenía cobertura, pero la pantalla se había roto y era poco probable que el móvil funcionara. No le servía de nada, así que se lo volvió a guardar en el bolsillo. Esperó agazapado, prestando atención por si oía a Kurt.

Ahora que había dejado de moverse, su mente empezó a pensar a toda velocidad. Se sucedían ideas e imágenes, como si fueran fuegos artificiales. Se vio a sí mismo muerto en mitad del bosque, con los ojos vidriosos y un agujero de bala en la frente. Vio el rostro de su madre mientras lo telefoneaba una y otra vez sin obtener respuesta. Vio a su padre tendido en la cama, amarillo y arrugado. Al abuelo en su solitaria habitación, contemplando una puerta que nunca se abría. A *Bonnie* trazando círculos por el jardín, corriendo junto a la valla, sentándose por último a esperar al lado de la carretera. La comida pudriéndose en la nevera. Los compañeros del Servicio de Parques esperando a que apareciera de nuevo por la oficina aquella tarde. Terry ayudando a organizar una patrulla de rescate.

No, la vida no era eso: no era dejarse llevar por el pánico y huir de un depredador. La vida era mucho más de lo que Leon había conseguido en sus veintiséis años. Y no podían robársela.

Relajó la respiración y trató de despejar la mente. Lo único que escuchaba a su alrededor era el sonido del bosque. Se sentía como si fuera un conejo, con el oído y la vista aguzados para detectar la presencia del cazador. Cualquier chasquido podía ser Kurt. Esos crujidos constantes y regulares que oía... ¿eran pisadas? ¿Debía huir?

Ya no soportaba seguir allí esperando. Salió arrastrándose de su escondrijo, se liberó de los helechos y echó a correr, más rápido esta vez, dejándose llevar por el pánico. Llegó tambaleándose a la cima y empezó a descender. Hacía demasiado ruido al adentrarse entre la maleza; las flores de acacia desprendieron nubes de polvo amarillo cuando se abrió paso entre

ellas. Si conseguía salir a la pista principal, tal vez pudiera correr hasta el Toyota, pero... ¿hacia dónde debía ir? Se había desorientado por completo. Todos los árboles le parecían iguales.

Llegó a una zona de bosque regenerado y se abrió paso entre los árboles jóvenes. Empezó a subir la ladera para confundir a Kurt. Las ramas y los fragmentos de corteza crujían bajo sus pies, pero no podía permitirse ir más despacio.

Se detuvo a escuchar cuando llegó a un área recientemente talada. El espacio despojado de árboles que tenía justo delante era un riesgo, debía buscar un lugar resguardado. Echó a correr de nuevo colina abajo, saltando entre sedimentos, tierra y montañas de ramas secas, chocando con las copas de los árboles y las pilas de corteza. Tropezó con una rama, cayó al suelo y se clavó una astilla en la palma de la mano. La adrenalina, sin embargo, lo obligó a ponerse de nuevo en pie. Se dirigió hacia unos matorrales, siguiendo colina abajo, entre los cuales podía ocultarse para recuperar el aliento.

Cuando Leon llegó al extremo del claro, una detonación nítida hendió el aire y la tierra salpicó en todas direcciones, cerca de sus pies. Kurt estaba disparando otra vez. Leon saltó en el aire, chocó contra un tronco y se clavó una rama en la espinilla al meterse entre los arbustos. Las balas continuaban silbando a su alrededor.

Y entonces oyó la voz de Kurt, que reverberaba en la zona talada.

—¿Te has jodido a mi hermana, hijo de puta? Pues ahora soy yo el que te va a joder a ti.

En su escondrijo, Leon permaneció agazapado y trató de recuperar el aliento mientras las balas seguían estrellándose contra los árboles. ¿De qué narices estaba hablando Kurt? Él ni tan sólo había rozado a Miki. Aquel tío estaba tan chiflado que ni siquiera conocía a su propia hermana. Leon pensó en lo que debía hacer a continuación. Estaba empapado en sudor y miedo, y percibía el olor penetrante y rancio que desprendía su cuerpo. Analizó su posición: estaba cubierto de barro y de cortes, tenía una manga manchada de

sangre debido a un corte en el brazo y un fuerte golpe en una espinilla. La realidad de su situación casi lo hizo llorar. Debía mantener la calma porque, de lo contrario, se desmoronaría.

Entre las hojas vio a Kurt, que estaba en el claro y escudriñaba el bosque con la mirada feroz y calculadora de un depredador. Llevaba una chaqueta roja, por lo que resultaba fácil verlo. Leon se alegró de vestir prendas de color caqui, que le servían de camuflaje. Respiró hondo y permaneció inmóvil. Kurt estaba atento a cualquier detalle: bastaría el más mínimo ruido o movimiento para que Leon se delatara.

La llovizna dio paso a una lluvia más intensa, de gruesas gotas que se estrellaban de forma intermitente contra las hojas. Leon sabía que pronto empezaría a diluviar. Cuando Kurt comenzó a descender la ladera, él también se movió. Se alejó de los matorrales y se fue abriendo paso entre los árboles. Avanzó bajo las frondas de los helechos y llegó hasta el extremo ligeramente alzado de un árbol caído, cuyas descomunales raíces formaban una muralla tras la cual esconderse.

Siguió avanzando por la cresta de la colina y se topó con un barranco en el que crecían unos mirtos oscuros. Era una zona pantanosa y Leon resbaló por una escarpada pendiente hasta llegar a un arroyo. Las botas se le hundieron en el barro negro. Cruzó tambaleándose a la otra orilla, repleta de sedimentos. Pisó un tronco podrido, el pie se le atascó en una grieta y se precipitó al barro. Al caer, se torció una pierna.

Notó un latigazo lacerante en la rodilla y tardó un poco en sacar la pierna. Imaginó a Kurt acercándose a él y apuntándolo con el arma y, justo entonces, oyó un ruido muy próximo: era él, estaba descendiendo la colina desde el otro lado del barranco.

Leon se abrió paso entre los helechos y, al hacerlo, liberó una lluvia de esporas que le cayeron en la cabeza. La pierna herida apenas aguantaba su peso, pero avanzó cojeando. Si no podía correr, estaba acabado. Oculto entre los helechos, esperó a que Kurt lo adelantara. Permaneció atento al ruido de

pasos en el sotobosque, a los destellos de la chaqueta roja a menos de veinte metros de distancia, al largo cañón del rifle, a la expresión adusta en el rostro de Kurt. Leon se mantuvo inmóvil y contuvo la respiración.

Cuando Kurt pasó de largo, Leon se puso en marcha de nuevo y continuó su descenso por la ladera. Los altos árboles fueron sustituidos por un bosque tropical, donde todo parecía más silencioso y difuminado: mirto, helechos y extensas zonas embarradas. La humedad hacía que todo resultara resbaladizo. Leon patinó al pisar un tronco y se precipitó al suelo. Cuando trataba de recuperar el aliento, se dio cuenta de que notaba la mente peligrosamente ligera. Si se desmayaba, Kurt le pegaría un tiro y lo dejaría allí para que se pudriera. Jamás lo encontrarían.

Se obligó a caminar como si fuera un astronauta, ajeno a la gravedad. Y entonces vio de nuevo a Kurt y se agazapó despacio entre el barro. El hermano de Miki había cruzado el barranco y estaba ascendiendo por la otra ladera, escudriñando a su alrededor mientras avanzaba. Leon permaneció tendido junto a un tronco, pero entonces pensó que quizá no fuera buena idea quedarse allí, teniendo en cuenta que si Kurt lo descubría no tendría tiempo de levantarse y echar a correr. El depredador, sin embargo, estaba muy cerca y moverse resultaba arriesgado.

Vio las piernas de Kurt cuando éste se acercó. ¿Y si se agachaba y miraba debajo del tronco? ¿Debía esperar a que eso ocurriera, o debía tomar la iniciativa y defenderse? Podía derribarlo y tratar de arrebatarse el rifle. Pero si lo atacaba, debía asegurarse de no fallar.

Leon nunca había tenido la mente tan clara. Era el momento.

Extendió los pies con rapidez y golpeó con fuerza a Kurt, pero fue como golpear un árbol. Kurt cayó y Leon trató de incorporarse para recuperar el rifle. Estaba en el suelo, junto al hermano de Miki, que yacía bocabajo en el barro. Leon supo que no podría llegar al arma primero y, justo entonces, Kurt giró sobre sí mismo, gruñendo, y trató de cogerla.

Leon se puso en pie de un salto y echó a correr, porque sabía que Kurt iría

a por él. Corrió como un ualabí asustado, se abrió paso entre arbustos y acacias, dio una voltereta por encima de un tronco. Por algún motivo, la rodilla le seguía funcionando. Volaba más que corría y, gracias a la adrenalina, consiguió mantenerse en pie. Pero Kurt también corría, por lo que no tenía sentido preocuparse por el ruido.

Un nuevo disparo impactó contra un árbol y Leon se arrojó entre los matorrales: se agazapó, se escurrió y trató de mantenerse oculto. Se detuvo al llegar a otra zona talada. En aquella tierra yerma, tres árboles se alzaban como soldados. En el suelo se acumulaban montañas de corteza y ramas. No tenía elección: debía cruzar corriendo aquel espacio despejado. Echó a correr completamente expuesto y cruzó como una exhalación el claro, por el que tropezó y cayó varias veces. Si conseguía llegar hasta el bosque, podría bajar por la ladera y tratar de encontrar la pista para volver hacia donde había dejado el coche.

Se oyó una especie de susurro y, de repente, llegó la lluvia. Fue como si un río descendiera desde los cielos. El agua empezó a correr entre las piedras y, en cuestión de segundos, Leon quedó empapado.

Vio el final del claro y corrió todo lo que pudo para llegar hasta allí. Estaba chorreando y la ropa se le pegaba a la espalda. Saltó entre los arbustos, resbaló y cayó al tropezar con unas cuantas ramas y unas matas de hierba. La pierna izquierda se le quedó atrapada en una maraña de corteza y se la torció; se golpeó el hombro contra un tronco y gritó de dolor. Tambaleándose, se obligó a ponerse en pie y siguió corriendo colina abajo. Obligó a su cuerpo a funcionar, ignorando el dolor.

Oyó gritos entre la lluvia.

—¿Dónde estás, cabrón?!

Y entonces Leon salió del bosque, enfiló la pista y corrió, moviendo desesperadamente los brazos pese al dolor del hombro. La lluvia le empapaba la cara. Menos mal que estaba en forma gracias al fútbol. Notaba las piernas

fuertes y la mente clara, pero cuando Kurt llegara a la pista él también avanzaría muy deprisa.

Mientras Leon corría, se sumergió en una especie de ritmo. Expulsaba el aire a cada zancada, una y otra vez. Apenas veía entre la lluvia, no sabía adónde se dirigía. Kurt podía salir del bosque en cualquier momento y empezar a dispararle.

Un sonoro impacto a su espalda, prácticamente pisándole los talones, salpicó barro en todas direcciones. Leon se lanzó hacia un lado, como si fuera un portero, y aterrizó entre la vegetación. Empezó a subir a toda prisa la colina, apartando los arbustos con los brazos. Las matas de hierba limón le arañaban la piel y se le enredaban entre los pies, lo atrapaban como si fueran sedales.

Tras ascender unos veinte metros por la colina, se escondió entre unas matas de margaritas para ganar tiempo y recuperar el aliento. Al principio no oía más que su respiración agitada y el golpeteo de las gotas de lluvia en las hojas. El aguacero le ofrecía cierta protección y daba las gracias por ello, pero... ¿cuánto duraría? No tenía ni idea de a qué distancia se encontraba del Toyota, si a veinte metros o a doscientos. Y ahora que se había parado, se estaba enfriando y empezaba a tener escalofríos. Estaba empapado y magullado, sangraba, tenía ramas enredadas en el pelo, hojas pegadas a la espalda, helechos incrustados en las botas y una sanguijuela en el ojo. Se la arrancó: estaba hinchada y rezumaba sangre.

Kurt debía de seguir en la pista. ¿No debería haber aparecido ya? El tiempo, sin embargo, había sufrido una extraña deformación desde la primera vez que el hermano de Miki le había disparado. Ya no sabía cuánto rato llevaba persiguiéndolo aquel chiflado.

Mientras esperaba, tuvo la sensación de estar fuera de su propio cuerpo. Era un águila que sobrevolaba las copas de los árboles y contemplaba su maltrecho y sucio yo allí abajo, agazapado en el suelo. Vio su propio terror como si le perteneciera a otra persona, vio la palidez de su rostro y los restos

de sangre en las mordeduras de las sanguijuelas. En su mente se fueron sucediendo imágenes como fogonazos: él practicando kayak en las tranquilas aguas del canal, cerca de Bruny Island, hundiendo la pala en el agua y esquivando a los cisnes; él cruzando el canal en el ferri, no, convertido en un cormorán que volaba rozando las olas; él pescando en las rocas, a los pies de Fluted Cape; él tendido en una manta en lo alto de Fluted Cape, perdiendo la virginidad con una joven cuyos besos eran como delicadas mariposas en su rostro; él chutando la pelota en la playa con su padre; él en el faro, contemplando el inmenso océano Antártico; él en lo alto de los acantilados, gritándole al viento.

Y, entonces, un destello rojo lo hizo regresar de golpe a su cuerpo: Kurt se aproximaba, estaba ya muy cerca. Muy despacio, Leon se adentró entre la vegetación mientras se secaba el agua de los ojos. Las ramas que apartaba volvían enseguida a su sitio y le arañaban el cuerpo. Se detuvo. Entre las matas de hierba lo vio escudriñando el bosque. Kurt se volvió en ese momento hacia él y Leon contuvo el aliento, mientras se decía: «No te muevas, no te muevas...».

En algún lugar colina arriba, situado en línea recta con el escondrijo de Leon, se oyó un ruido. Algún ualabí, seguramente. No podía haber elegido peor momento. Kurt apuntó con el rifle y disparó. La bala se estrelló contra un árbol.

—¡Muévete otra vez, cabrón! —le gritó—. ¡Te encontraré!

Tres disparos más, y, luego, Leon lo oyó cargar el arma. Era el momento de largarse. Si Kurt entraba en el bosque, Leon se convertiría en un objetivo fácil. Pero... ¿cómo desplazarse sin llamar la atención?

Kurt fue el primero en moverse y siguió subiendo por la pista. Pasó a pocos metros de Leon. Tendido de espaldas, éste entornó los ojos para ver entre la lluvia, casi eufórico de alivio. Le temblaban las manos y notaba una opresión en el pecho; tenía los nervios de punta. Se arrastró colina arriba, esquivando ramas y reptando entre la hierba.

Pero entonces resbaló y cayó sobre una rama que se quebró con un chasquido seco. A través del fragor de la lluvia, oyó el ruido de unos pasos que se acercaban corriendo: Kurt lo había descubierto.

Un estrépito marcó el momento en que Kurt abandonaba la pista y se adentraba en la vegetación. Entonces, varios disparos impactaron contra el tronco de un árbol, algo más abajo. El ualabí, asustado, abandonó su escondrijo y se escabulló por una senda a la derecha de Leon, golpeando frenéticamente el suelo con las patas traseras. Kurt se volvió hacia donde estaba Leon.

Desesperado, éste echó a correr colina arriba, abriéndose paso entre arbustos que le arañaban el cuello y le rasgaban la piel de las manos. Consiguió mantenerse por delante, oculto a la mirada de Kurt, que iba de un lado a otro, disparando hacia la vegetación. Leon se encogía con cada disparo.

Mientras Kurt avanzaba colina arriba, Leon empezó a descender de nuevo, agazapado entre rocas y troncos caídos, entre las ramas y la hierba. Más adelante, el bosque parecía menos denso; vio un claro y se dirigió hacia allí. Avanzaba sin preocuparse ya del ruido, confiando en que Kurt aún tardaría un poco en descubrir hacia dónde había ido.

Y entonces llegó de nuevo a la pista. Pero ¡se había pasado de largo! Había dejado atrás el lugar en el que estaba aparcado el Toyota. Y Kurt se acercaba cada vez más.

Echó a correr por la pista. En el óvalo era imparable, y nunca había tenido un motivo tan claro para correr como ese día. Lo único que iba más rápido que Leon era una bala.

El altísimo árbol de Miki se erguía a lo lejos, pero la camioneta de Kurt estaba aparcada en la pista, así que Leon no podría pasar por allí con el Toyota. Se desesperó. No le quedaba más remedio que adentrarse de nuevo entre la vegetación.

Pero entonces se le ocurrió ir a echar un vistazo al coche de Kurt, por si

acaso había dejado las llaves puestas. Abrió la puerta de un tirón. Efectivamente, las llaves estaban en el contacto. Con el corazón desbocado, subió al coche, giró la llave y el motor cobró vida. Sin embargo, la única opción que tenía era dirigirse hacia Kurt y su rifle, pues el Toyota y el remolque bloqueaban el paso en la otra dirección.

Leon puso marcha atrás y giró la camioneta para poder largarse de allí. Metió primera y aceleró a fondo al tiempo que soltaba el embrague. La camioneta dio un salto hacia delante. Leon puso segunda y fue ganando velocidad. Dobló una curva y...

... Allí estaba Kurt, agazapado en la pista y apuntándolo con el rifle.

Encogido tras el volante, Leon pisó a fondo el acelerador. Debía dirigirse directamente hacia Kurt; no podía parar. La bala no impactó contra el parabrisas, tal y como esperaba Leon, sino que reventó un neumático. El vehículo dio un bandazo, derrapó y giró bruscamente hacia un lado. Leon trató de corregir la trayectoria, pero las ruedas patinaban.

Oyó un golpe aterrador al chocar contra algo, momentos antes de estrellarse contra un tronco a un lado de la pista. El vehículo volcó. Se rompieron los cristales. La puerta lateral se desencajó. Leon se desplomó en el asiento del conductor, aturdido por la repentina colisión y por un intenso dolor en el pecho. No podía respirar, no podía moverse; iba a morir allí. Pero su instinto lo obligó a salir por la puerta desencajada y a meterse entre los matorrales.

A cuatro patas, encogido por el dolor, se arrastró colina arriba para alejarse de Kurt y de la camioneta destrozada. Al cabo de un rato se detuvo para inspeccionarse las heridas. Estaba hecho un cristo: magulladuras por todas partes y un golpe tremendo en el abdomen después de haberse dado con el volante. ¿Y si tenía una hemorragia interna?

No oía a Kurt, de modo que se tendió entre los helechos empapados. En lo alto, los árboles parecían girar formando una especie de remolino. La lluvia cesó y, sin embargo, Leon seguía sin oír nada. ¿Había conseguido huir? ¿Por

qué Kurt ya no lo perseguía? ¿Se había rendido o guardaba deliberadamente silencio, dispuesto a tenderle una trampa cuando Leon se dirigiera hacia el Toyota?

Con una desagradable sensación, Leon se dio cuenta de que tal vez hubiera atropellado a Kurt en la pista. Pero ahora no podía pensar en eso. No podía volver. Si Kurt lo estaba esperando, no tendría una segunda oportunidad.

Se obligó a ponerse en pie porque eso era lo que debía hacer. No podía quedarse allí. Todo se había quedado en silencio, pero aún era posible que Kurt fuera a por él. Avanzó tambaleándose, como si tuviera las piernas de goma. Debía cruzar el bosque y encontrar otra salida.

Fue Max quien vio pasar el Toyota blanco a toda velocidad. Estaba jugando en el patio, durante el recreo. Él y Lily Moon estaban junto a la valla, aprovechando que había parado de llover. Poco antes habían visto un helicóptero sobrevolando la zona y, a continuación, el Land Cruiser de Leon había pasado a toda velocidad por la calle.

—Mira —le dijo a Lily, cuando vio el logo del Servicio de Parques en la puerta del conductor—. Ahí va Leon.

Se subieron a la valla para saludarlo, pero Leon no les devolvió el gesto. Estaba encorvado sobre el volante y conducía muy rápido, así que a lo mejor no los había visto. A Max, sin embargo, le pareció raro. Leon siempre lo saludaba. Y no podía no haberlos visto, pues él y Lily estaban saltando como locos junto a la valla.

Sonó el timbre y volvieron a clase. Mamá había ido a la hora de la lectura. Lo había estado haciendo todas las semanas, desde que se había enterado de lo de Jaden. Decía que era para asegurarse de que Max progresaba leyendo, pero él sabía que en realidad lo hacía para no perderlo de vista. Y le fastidiaba, porque él era capaz de cuidarse solito. El director estaba pendiente de él y los profesores también. Y, además, Lily Moon era su amiga, lo cual molaba porque era muy valiente. Cada vez que se encontraba con Jaden, ella le lanzaba una mirada asesina y Jaden se alejaba.

—Me tiene miedo —decía Lily.

Pero Max sabía que, en realidad, a quien tenía miedo Jaden era al padre de Lily. Mooney daba pánico. Todos los niños lo decían.

Mamá había llevado a Suzie a la hora de la lectura y la señorita Myrtle le

había dado dibujos para colorear. Mamá quería que Max fuera el primero en leer, quería escucharlo antes que a los otros alumnos.

—Hoy podrías empezar con otro niño, ¿no? —le dijo a su madre, cuando se sentó junto a él.

Max percibió el olor a tabaco que desprendía el jersey de su madre, mezclado con la fragancia dulzona de su perfume.

—Venga, Max —dijo mamá—. Empieza ya.

Pero Max no podía concentrarse, porque estaba pensando en Leon. Y entonces cayó en la cuenta: no era Leon quien conducía el Toyota.

Mamá se estaba impacientando.

—Venga, Max. Esfuérzate un poquito.

—Mamá —dijo el niño en tono apremiante—. Lily y yo hemos visto el coche de Leon durante la hora del patio, pero no era él quien conducía.

Mamá frunció el ceño y luego se encogió de hombros.

—En el Servicio de Parques trabaja mucha gente.

—Creo que era Kurt —dijo Max—. Creo que era Kurt quien conducía el coche de Leon.

Mamá pareció preocupada.

—No puede ser. Te habrás confundido.

Pero cuanto más lo pensaba Max, más seguro estaba.

—Kurt no debería llevar el coche de Leon, ¿verdad? —dijo.

—No —respondió mamá. Se puso en pie y sacó el teléfono de su enorme bolso rosa—. Voy a llamar a Fergus. Aunque te hayas equivocado, es mejor que se lo digamos.

Salió de la clase y Max se quedó allí, contemplando el libro en lugar de leerlo. ¿Por qué iba a conducir Kurt el coche de Leon? ¿De dónde lo había sacado? ¿Y dónde estaba Leon? ¿Por qué le había dejado su coche a Kurt?

Cuando la madre de Max volvió, parecía pálida, pese a ir maquillada. Se dirigió a la señorita Myrtle y charlaron brevemente, mientras la maestra miraba a Max. Después mamá se acercó a Max y le dijo que se tenía que ir.

—¿Qué te ha dicho Fergus? —le preguntó.

—Me ha dado las gracias y ha dicho que iría a comprobarlo.

Max sabía que no le estaba contando toda la verdad. Mamá le dedicó una sonrisa falsa para que estuviera tranquilo, pero Max vio una expresión preocupada en sus ojos.

—¿Leon está bien? —le preguntó.

—No lo sé. Luego te lo digo.

—No, dímelo ahora, mamá.

La madre de Max se puso seria.

—Ha desaparecido, Max. El grupo de operaciones especiales de la policía ha salido a buscarlo.

Max recordó el helicóptero que él y Lily habían visto pasar.

—¿Está herido?

—Podría ser.

Max se preocupó.

—¿Puedo ir contigo? Quiero saber qué le ha pasado.

Se miraron de nuevo. La madre de Max sabía lo importante que era Leon para el niño.

—Vale —le dijo—. Hablaré con tu maestra.

En el exterior había dejado de llover, pero el cielo estaba muy oscuro. Max se dio cuenta de que el aire olía a humo. Por lo general, la lluvia se llevaba el olor a humo de leña, así que Max se preguntó si se estaría quemando alguna casa en algún sitio. A veces pasaba. Mamá decía que era una pena que en Tasmania se quemaran tantas casas, pero la gente que tenía chimeneas abiertas no siempre era cuidadosa. No todo el mundo tenía una pantalla que protegiera la chimenea. La gente sabía que era un problema, pero siempre pensaban que a ellos no les pasaría.

Max, su madre y Suzie se dirigían hacia la verja del colegio cuando oyeron la sirena en el parque de bomberos. Max echó a correr hacia la puerta y miró carretera arriba. Una nube de humo marrón se elevaba hacia el cielo.

—Eso está cerca —dijo mamá—. Parece que es en el pueblo.

Cogió a Suzie en brazos y se dirigieron rápidamente hacia la calle principal. Junto a ellos pasó a toda velocidad la camioneta de Toby, camino del parque de bomberos. Poco después, oyeron el rugido del camión de bomberos, que circulaba con las luces y la sirena puestas.

La nube de humo aumentaba más y más en el cielo. Olía tan mal que Max no estaba muy seguro de querer acercarse hasta allí, pero mamá seguía caminando muy deprisa, como atraída por un imán. Atajó por el parque y tiró de Suzie como si fuera un perrito atado con una correa.

Max correteaba tras ellas. Cruzaron la pasarela peatonal y recorrieron a toda prisa el sendero de grava que llevaba hasta el centro del pueblo. Cuando llegaron a la calle principal, Max oyó un rugido, como si alguien hubiera dejado suelto a un dragón. Como en *El Hobbit*. El humo era negro y parecía enfadado.

—Es en una de las tiendas —murmuró mamá.

Al otro lado de la carretera se había reunido una multitud que contemplaba el fuego desde la acera. Max notó un golpe en el estómago, como si le hubieran disparado: la tienda de Miki estaba ardiendo. Las llamas se elevaban y lo engullían todo como una bestia salvaje; danzaban tras las ventanas y se escapaban por debajo del tejado. El camión de bomberos estaba en mitad de la calle: Toby y los otros bomberos voluntarios corrían de aquí para allá, conectando mangueras.

—¿Hay alguien dentro?! —exclamó mamá—. ¿Alguien ha pensado en Miki?!

Tenía a Suzie apoyada en una cadera y la niña lloraba, pero apenas se la oía debido al rugido del fuego.

Algunos de los presentes se volvieron a mirar a mamá, perplejos: Trudi, con unos ojos tan grandes y tristes como los de un búho; Liz, la madre de Lily. Y también otras personas.

—¡Puede que esté dentro! —gritó mamá—. ¡Kurt la encierra!

—Ahí no puede quedar nadie con vida, señora —le dijo un hombre.

—¿Por qué no entran a salvarla los bomberos? —le preguntó Max a su madre.

Cuando mamá se volvió a mirarlo, su expresión era angustiada.

—Aún no pueden —dijo mamá mientras le apoyaba una mano en el hombro—. Es demasiado peligroso.

La multitud, horrorizada, contemplaba el fuego. Hacía mucho calor, la escena era espantosa. Max le cogió la mano a su madre.

Toby y los bomberos ya habían terminado de conectar las mangueras y en ese momento empezaron a lanzar chorros de agua y espuma hacia la tienda. Max oyó el estrépito de los cristales al romperse, el siseo del agua y el rugido de las llamas. Deseó haberse quedado en el colegio. Quería cerrar los ojos, pero no podía dejar de mirar. Parecía que estuviera hipnotizado.

Un bombero estaba colocando conos en la calle para impedir que los curiosos se acercaran demasiado. Y entonces llegó el coche de la policía local, del cual bajaron Fergus y su ayudante, Ken.

—¿Qué hacen aquí? —le preguntó Max a su madre—. ¿No tendrían que estar buscando a Leon?

—Una patrulla especial ha salido a buscarlo —dijo mamá—. Fergus y Ken no están entrenados para esa tarea.

—¿Qué clase de patrulla especial? —preguntó Max, pero mamá no respondió.

Fergus y Ken estaban obligando a los curiosos a retirarse un poco, para que nadie resultara herido. A Max le dio un vuelco el corazón. ¿Cuándo pensaban entrar a salvar a Miki? Mamá lloraba. ¿Significaba eso que Miki estaba muerta? Max no quería ni pensarlo. Se le formó un nudo en la garganta y se le llenaron los ojos de lágrimas que pugnaban por salir.

Calle arriba, cerca de la ferretería, un coche de color azul claro se detuvo junto a la acera. Max lo conocía. Conocía todos los coches del pueblo, en realidad. Era de la señora que trabajaba en la oficina de turismo. Max vio a

Miki bajar de un salto, pero se tambaleaba como si estuviera borracha y se le veía la cara muy hinchada. Tenía uno de los ojos medio cerrado y una gran marca roja en la mejilla.

Mamá también la había visto.

—¡Oh, gracias a Dios que está viva! —exclamó—. Madre mía, pero ¿qué le ha hecho ese cabrón? —Contuvo el llanto y dejó a Suzie en manos de Max—. Cuida de tu hermana. Yo voy a ayudar.

Max sujetó a Suzie mientras mamá echaba a correr hacia Miki. Pero Suzie era como un pulpo entre sus brazos. Quería irse con mamá, así que se dedicó a pegarle a Max y le hizo daño, pero él no la soltó. Vio a mamá abrazar a Miki y decirle algo, pero Miki la observó como si no la conociera, y luego se apartó de ella y echó a correr hacia la tienda.

Toby le impidió el paso. Se colocó la manguera bajo un brazo y utilizó el otro para detener a Miki, que miraba aterrorizada a su alrededor, como un animal salvaje. Max quería ir con ella, pero tenía que ocuparse de Suzie, que había empezado a gritar. Se alegró cuando mamá se dirigió de nuevo hacia ellos, porque sabía que volvía a buscar a su hermana. Max la dejó en el suelo y salió disparado hacia Miki.

La joven había echado a correr colina abajo para esquivar a la multitud. Se detuvo cerca de Trudi y Liz, y contempló fijamente el fuego. Un poco más adelante, en la misma calle, Max vio el Toyota de Leon.

Y allí estaba Kurt, que subía la cuesta cojeando, con los hombros encorvados y una expresión cruel en el rostro. Tenía muy mal aspecto: llevaba los pantalones rotos y ensangrentados, un corte en la cara y restos de sangre en el pelo y en el cuello. Max era el único que lo había visto. Lo vio agarrar a Miki del brazo y arrastrarla calle abajo como si fuera una muñeca de trapo. Miki no quería ir con él, y Max lo supo por la forma en que se inclinaba hacia atrás, como si ella y Kurt estuvieran manteniendo una especie de tira y afloja. Pero aunque el hermano de Miki estuviese herido, seguía siendo mucho más fuerte que ella, así que la obligó a ir con él.

De repente, Max supo lo que debía hacer. Se abrió paso entre la multitud y apartó a todo el mundo. Más allá de los conos, notó en la piel el calor del fuego y de las llamas que se alzaban hacia el cielo. Estaba buscando a Fergus y lo llamaba a voz en cuello, hasta el punto de que notaba la garganta tan áspera como si se la hubiera limado con una de las escofinas que tenía papá en el garaje.

Y allí estaba el policía, junto a Toby. Max echó a correr hacia ellos, pero vaciló un momento al ver todos los objetos que Fergus llevaba colgados en el cinturón: pistola, porra, esposas, radio, táser...

Fergus se volvió hacia Max y éste le gritó algo al oído. Entonces el policía miró calle abajo, sacó la pistola y empezó a correr mucho más rápido de lo que Max creía que era posible. Todo el mundo se apartó de su camino, como si hubieran visto una serpiente suelta.

Fergus siguió corriendo en dirección al Toyota y Ken fue tras él. Miki estaba en el asiento del pasajero. Max vio la expresión aterrada de su rostro a través del parabrisas. Fergus y Ken gritaban y apuntaban al todoterreno con sus armas. Parecía la escena de una película, pero estaba pasando allí. Max temía que se produjera un tiroteo, porque sabía que Kurt tenía un rifle. Todo el mundo lo sabía, en realidad. Quería que Miki bajara del coche y se pusiera a salvo antes de que empezaran a disparar.

Dentro del Toyota se estaba produciendo una especie de forcejeo. Miki intentaba sujetarle los brazos a Kurt, tal vez para impedirle que cogiera el rifle. Su hermano la golpeó en la cara y ella se encogió como si fuera un perrito. Más gritos. Fergus rugió casi tan alto como el fuego.

Y entonces se abrió la puerta del conductor y Kurt bajó muy despacio con las manos en alto, como si fuera un delincuente.

Fergus le gritó que se diera la vuelta y apoyara las manos en el techo del vehículo. Max creyó que Kurt no lo haría, pues había torcido los labios y los ojos le relucían como si fueran balas. Sin embargo, obedeció. Fergus le puso las esposas, y fue entonces cuando Max tuvo la sensación de que las piernas

se le doblaban. Deseó que el policía arrojara a la alcantarilla la llave de las esposas, para que Kurt jamás volviera a quedar libre. No después de lo que le había hecho a su amiga.

Fergus y Ken empujaron a Kurt calle arriba hasta llegar al coche oficial y lo obligaron a entrar. Miki bajó del Toyota de Leon y se quedó de pie en la acera, con las manos colgando a los costados. Max no habría sabido decir si estaba triste o contenta después de que la policía hubiera detenido a su hermano. Tal vez ni siquiera sabía aún cómo se sentía, teniendo en cuenta que su casa estaba en llamas. Max quiso acercarse a ella y cogerle la mano, pero se sentía incómodo: con la cara amoratada, Miki no parecía la misma. Y entonces se sintió mal, porque sabía que ella lo hubiera hecho por él.

Así que se metió las manos en los bolsillos, se acercó a ella y se quedó inmóvil a su lado. Miki ni siquiera pareció reparar en su presencia, por eso Max sacó una mano del bolsillo y cogió la de su amiga. Le notó los dedos fríos e inertes, como si la sangre hubiera dejado de circular por ellos. Y eso era raro, porque allí hacía mucho calor debido al incendio. Le apretó la mano y Miki se volvió a mirarlo. Tenía los ojos inyectados en sangre, como el personaje de una película de terror.

Mientras, Toby y los otros bomberos seguían arrojando agua y espuma blanca a la tienda. Las llamas subían y se retorcían, como si jamás fueran a detenerse.

Ya atardecía cuando Toby empezó a preparar el heno para las vacas. Había sido un día muy duro y se moría por tomar una cerveza, pero las vacas tenían frío y hambre y no podían esperar. Estaba cansado. Había vivido una auténtica locura desde que lo habían llamado para ir al parque de bomberos, aquella misma mañana. Habían pasado muchas cosas: Kurt había perseguido a Leon con un rifle; el grupo de operaciones especiales de la policía había llegado en helicóptero, seguido de una patrulla terrestre; a Kurt lo habían arrestado en la calle principal...

Y mientras todo aquello ocurría, Toby se había pasado una hora luchando contra las llamas en la tienda de Kurt, para después participar en la búsqueda de Leon. La patrulla de búsqueda y rescate se había hecho cargo de la operación y se había movilizó otro helicóptero, además de una unidad canina. Se habían pedido voluntarios para peinar la zona, y Toby, igual que otros muchos vecinos del pueblo, se había ofrecido a ayudar. Toby los había mirado a todos y se había sentido orgulloso. Sí, quizá formarían un grupo variopinto, pero juntos se convertían en una comunidad unida y solidaria.

Cerca del árbol grande habían encontrado la camioneta de Kurt, destrozada. Entonces habían formado una línea y habían peinado el bosque, gritando el nombre de Leon una y otra vez. Se temían lo peor. Shane había encontrado el teléfono de Leon no muy lejos de la camioneta del hermano de Miki, pero ningún rastro más. Toby rezó para que el pobre chico no estuviera desangrándose en algún rincón del bosque, pues estaba casi seguro de que Kurt le había disparado.

A última hora de la tarde Toby se había excusado y había vuelto a casa,

porque tenía cosas que hacer. Debía recoger a los niños de las actividades extraescolares y preparar la cena, pues Steph trabajaba hasta tarde. Además, tenía que cortar leña y dar de comer a las vacas. Se había sentido culpable por abandonar la búsqueda, pero quedaban otros muchos voluntarios y sabía que se las arreglarían sin él.

Terminó de deshacer la última bala de paja y se agachó para recoger el cordel, porque no quería que las vacas lo mordisquearan. Podía provocarles una obstrucción intestinal. Por lo general, Toby se animaba cuando estaba en el prado, pero no ocurrió así ese día. Estaba preocupado por Leon y enfadado con Mooney porque no se había unido a la búsqueda. Sabía que no debía indignarse por la actitud de Mooney, pero no podía evitarlo. Era egoísta y, de hecho, no valía la pena esperar nada de él. Lo cierto es que lo único que lo salvaba era que tenía mujer e hijas. Pero Leon ya formaba parte de la comunidad y empezaba a ser hora de que Mooney se acostumbrara a él, porque la gente ya estaba cansada de aguantar sus tonterías.

Mientras metía el cordel bajo el asiento del tractor, Toby vio un bulto en el suelo, cerca del bosque. No supo muy bien qué era. ¿Una manta de la colada que había sido arrastrada por el viento? ¿Una vaca? Algo no encajaba.

Subió marcha atrás con el tractor y los neumáticos escupieron salpicaduras de barro en el suelo enfangado. Antes de llegar hasta allí, Toby tuvo que abrir y volver a cerrar dos puertas. Sólo cuando estuvo prácticamente al lado del bulto se dio cuenta de que en realidad era una persona. El corazón le dio un vuelco.

Aparcó el tractor a un lado de la empinada pendiente, bajó de un salto y se inclinó sobre el cuerpo con un nudo en la garganta. En el campo de fútbol, Leon le había tomado el pulso a Mooney, y eso fue precisamente lo que hizo Toby en ese momento. Apoyó los dedos en la piel fría de Leon y lo invadió una sensación de alivio al notar un latido firme y ver que su pecho subía y bajaba suavemente.

Cogió el móvil para llamar a Steph, que ya estaba en casa con los niños, a

salvo de aquel viento infernal. Le diría que llamase a una ambulancia y luego ya pensaría cómo trasladar a Leon a un lugar resguardado.

Dos días después del incendio, Miki pudo acceder a las ruinas de la tienda. Se adentró en aquel lecho de cenizas y escombros esparcidos sobre el cemento, y se sintió como un fantasma que se debate entre el presente y el pasado. Su mente parecía entrar y salir del cuerpo: recordaba unas ruinas de otra época y las comparaba con las actuales. En menos de dos años, Miki había completado un círculo: ya era la segunda vez que se quedaba con lo puesto.

En esta ocasión, sin embargo, no era la misma. Era mayor y más fuerte, tenía amigos, había aprendido cosas y poseía más confianza. Sabía que podía empezar de cero porque ya lo había hecho antes. También sabía que las cosas importantes de la vida no se pueden ver, ni tampoco quemar. La libertad. La capacidad de decisión. La amistad. La autodeterminación. El valor. Todas las cosas que Kurt le había negado. Y, aun así, Miki seguía queriendo a su hermano. Era la única familia que tenía. Su único amigo de la infancia. La persona que la había salvado durante el incendio de la granja. Su guardián, su guía. Se preguntó cómo estaría en el centro de prisión preventiva, si estaría enfadado sólo con ella o con el mundo en general. Algún día iría a visitarlo, pero no ahora. Aún no.

Caminó entre las cenizas y se maravilló al comprobar que los bomberos habían conseguido evitar que el fuego se propagara a las tiendas vecinas. El forjado delimitaba los límites del local. Igual que durante el incendio de la granja, era poco lo que quedaba: los restos de la freidora, convertida en metal fundido; fragmentos de chapa retorcida del tejado; vigas carbonizadas; unos cuantos muebles deformados por el calor... Su hogar —las habitaciones de la trastienda— había quedado completamente arrasado. Las paredes se habían

venido abajo, el archivador de Kurt había desaparecido... Todo se había evaporado. Si alguien hubiera contemplado toda aquella destrucción, no habría sabido decir qué era. No habría sabido explicar qué había allí. No habría sido capaz de adivinar que Miki vivía allí encerrada. Que Kurt la había pegado entre aquellas paredes.

Se sorprendió al notar el vacío de su interior, la ausencia de emociones. La muerte de sus padres, en el otro incendio, la había devastado. En aquella época sabía muy poco del mundo, pero gracias a la tienda y a sus clientes había aprendido muchas cosas. Después del incendio de la granja, había deseado empezar una nueva vida con Kurt. La esperanza no había desaparecido, pero ahora se sentía mucho más serena.

Mientras Geraldine la esperaba en la calle, Miki deambuló entre los escombros y pensó en la vida que Kurt y ella habían llevado entre aquellas paredes. Tampoco había sido tan mala. Había visto destellos de luz en la sombra. Incluso había disfrutado de breves momentos de felicidad. Pero tenía la sensación de que había transcurrido mucho tiempo desde entonces, de que las cosas nunca habían sido lo que parecían. Intuyó que, en realidad, Kurt jamás había tenido intención de comprar ninguna granja. Tal vez ni siquiera amara los árboles. Todo lo que tuviera que ver con él le planteaba ahora muchas dudas.

Ya no se atrevía a decir que entendía a su hermano, pero el hecho de conocerlo tan poco le provocaba tristeza. Lo mismo que ella, Kurt había vivido una infancia muy estricta y eso le había afectado tanto como a Miki. El aislamiento no les habían hecho bien, de eso estaba segura. Las personas necesitaban estar con otras personas, debían tener la oportunidad de tomar sus propias decisiones y cometer sus propios errores. ¿Por qué, pues, había creído Kurt que su deber era controlarla? ¿Trataba de recrear la vida que llevaban en la granja? ¿Trataba de imitar a padre? ¿O acaso le producía satisfacción tener tanto poder sobre ella?

Miki había permitido durante demasiado tiempo que él la controlara y la

dominara, sin plantarle cara. Lo había hecho en aras de una vida tranquila, tal y como le había enseñado madre. Y, sin embargo, no le había aportado paz, sino más bien lo contrario. Sólo le había provocado dolor, tristeza, límites y una soledad asfixiante.

Pero había llegado el momento de liberarse. Sabía que la pérdida y el duelo eran los ingredientes básicos del renacimiento. Y debía superarlos para poder crecer.

Podía empezar de nuevo.

Se sintió extrañamente liberada y se atrevió a cruzar la puerta trasera, que ya no estaba cerrada con llave. En realidad, había desaparecido. Descendió lentamente los escalones de cemento. Lo único que de hecho le interesaba ver entre los escombros de la tienda era la habitación del sótano, que se había salvado del fuego. Pero la policía ya la había vaciado. Se llevó una decepción: lo poco que pudiera importar se hallaba sin duda entre las cosas ocultas de Kurt. Miki esperaba encontrar algo que explicara los motivos de su hermano para tratarla así. Esperaba encontrar sus queridos libros, pero tal vez Kurt ya se hubiera deshecho de ellos. Y esperaba encontrar la carpeta de cuero negro de padre. Pero quién sabía adónde habría ido a parar.

Miki vio la habitación vacía y dio media vuelta. Debía concentrar sus esperanzas en un nuevo comienzo y en lo que podía hacer por sí misma.

Por la tarde, Fergus fue a casa de Geraldine a hacer algunas preguntas. Miki aún notaba la cara dolorida, pero la hinchazón estaba empezando a bajar. Aun así, se fijó en que el policía parecía incómodo cuando se sentó en una de las sillas de la cocina de Geraldine. Obviamente, no sabía muy bien a qué ojo de Miki mirar: el derecho estaba inyectado en sangre y el izquierdo estaba hinchado y amoratado. El moretón de la mejilla tampoco era ninguna tontería: estaba claro que Kurt hacía las cosas a conciencia.

Miki sujetó con ambas manos la taza de té que le había preparado Geraldine para que se tranquilizara. Estaba angustiada, porque sabía que

Fergus le iba a nombrar todos los cargos de los que se acusaba a su hermano. Su amiga estaba convencida de que Kurt pasaría bastante tiempo en la cárcel y pensaba que se lo merecía, pero a Miki no le gustaba la idea de imaginar a su hermano entre rejas. Cuando se lo dijo, Geraldine la acompañó al cuarto de baño y la obligó a mirarse en el espejo.

—Esto es lo que te ha hecho tu hermano —dijo—. Y volveré a hacerlo.

Miki, invadida por una extraña sensación de paz, contempló al policía. Era un tipo grandote, como Kurt, pero menos fornido, con más grasa y menos músculo, papada en lugar de mandíbula firme, bigotillo en lugar de rostro afeitado. Fergus se aclaró la garganta.

—Lamento lo que has tenido que pasar, Miki, ya veo que aún no estás recuperada. Kurt no tenía derecho a hacerte lo que te ha hecho.

Geraldine estaba junto al fregadero, secándose con rabia las manos en un trapo de cocina. Tenía los labios apretados y Miki sabía que estaba enfadada, porque hubiera preferido que Fergus esperara un poco antes de presentarse con toda aquella *información importante* sobre Kurt y el incendio. Pero a Miki no le importaba. El policía no le daba miedo, aunque de hecho nunca habían hablado, excepto alguna vez que él había entrado en la tienda para comprar algo. Nada de lo que aquel hombre dijera podría sorprenderla. Mientras esperaba a que Fergus empezara a hablar, Miki había decidido que ya no habría más pescado con patatas fritas en su vida, ni más puertas cerradas con llave.

—He pensado que era mi deber venir a contarte lo que hemos descubierto acerca de tu hermano —dijo Fergus—. Luego tendré que hacerte algunas preguntas para asegurarme de que estás libre de toda sospecha.

—Ella no es cómplice de nada, Fergus, si eso es lo que estás insinuando —dijo Geraldine, al tiempo que lo fulminaba con la mirada y retorció entre las manos el trapo de cocina hasta convertirlo en una bola—. Y no me parece buena idea que mantengas esta conversación en mi cocina. Podrías haber

esperado hasta la semana que viene, cuando Miki estuviera mejor. Y podrías haber elegido la comisaría.

Fergus pareció incómodo.

—He pensado que aquí se sentiría menos amenazada, pero puedo esperar si no está preparada.

—Estoy bien —dijo Miki.

Una semana más no cambiaría las cosas, pensó.

El agente la observó, muy serio.

—¿Conocías la existencia de la habitación de tu hermano en el sótano?

—Sí, pero esta mañana ha sido la primera vez que he entrado allí —respondió—. Siempre la tenía cerrada con llave.

Fergus asintió.

—Es lo que imaginaba. Tuvimos que reventar el candado. ¿Sabes qué guardaba allí?

Miki negó con la cabeza.

—Hoy estaba vacía. Sé que Kurt guardaba el rifle y las máquinas para hacer gimnasia. Y algunos productos para la tienda.

Fergus cruzó sus grandes manos sobre la mesa y adoptó una expresión seria. Tenía los dedos gruesos como salchichas.

—También guardaba allí una parte de las drogas, Miki. ¿Lo sabías?

¿Cómo iba a saberlo?

—Y tenía una casa en Hobart en la que preparaba la droga para venderla: un laboratorio con sistema de riego y habitaciones de secado para la marihuana. Leon encontró el otro día la plantación que tu hermano tenía en el bosque. También hemos hallado pruebas que lo vinculan a una red de narcotráfico.

Miki tuvo la sensación de que toda aquella información se iba acumulando sobre su cabeza, como las nubes en las cumbres de las montañas. Fergus empezó a enumerar los cargos contra Kurt: posesión de drogas, agresión, intento de asesinato... —Leon había prestado declaración en el hospital y

había afirmado que Kurt le había disparado en numerosas ocasiones con la intención de matarlo— e incendio provocado, por haber quemado la tienda al prenderle fuego a la freidora.

Cuando Fergus terminó, Miki estaba agotada. Se le nublaba la vista y, bajo la luz radiante de la cocina de Geraldine, le parecía que el uniforme del policía resplandecía. Estaba a punto de excusarse para poder ir a descansar un rato cuando Fergus rebuscó en su maletín y sacó los tres libros de Miki y la carpeta de cuero negro de padre.

A Miki le dio un vuelco el corazón y contempló la carpeta. Después de todo, Fergus sí que había conseguido sorprenderla: estaba convencida de que todas aquellas cosas habían desaparecido. El agente dejó la carpeta y los libros encima de la mesa y los empujó hacia ella.

—Los encontramos en el almacén —dijo.

Miki no quería examinar la carpeta mientras Fergus siguiera allí, de modo que se limitó a darle las gracias en voz baja. Por algún motivo le parecía importante mantener la calma, aunque por dentro hervía de agitación.

Geraldine al parecer lo entendió y acompañó a Fergus hasta la puerta.

—Dile que me llame si tiene alguna pregunta —lo oyó decir Miki—. Todo esto no debe de ser fácil para ella.

Miki oyó a Geraldine volver a la cocina y notó la mano suave de su amiga en el hombro.

—Estaré en el jardín si me necesitas. Tómate tu tiempo.

La casa se sumió en una profunda quietud mientras Miki seguía allí sentada, contemplando la carpeta negra. Oyó el tictac del reloj de cristal de Geraldine, sobre la repisa de la chimenea; el débil zumbido de la nevera; el murmullo de fondo de la luz fluorescente de la cocina.

Levantó una mano y la dejó descansar sobre la carpeta. Nunca la había tocado, pues tanto Kurt como padre la guardaban bajo llave. Aun así, siempre había sabido que era importante. Con dedos temblorosos, descorrió la cremallera y abrió la tapa.

La primera hoja de papel correspondía al contrato de alquiler de la tienda y Miki suspiró. Por lo menos, pensó, eso era legal. El siguiente documento le pareció más interesante: la fotocopia de un acuerdo para la transferencia mensual de dos mil dólares a una cuenta a nombre de Kurt. La firma de autorización era un garabato que Miki no consiguió descifrar. Algo se iluminó en su interior, una especie de rayo de esperanza. Era un alivio: al menos, aquel dinero extra no procedía de las drogas.

Miki echó un vistazo al acuerdo y vio su nombre impreso: «Los citados pagos deben destinarse a proveer las necesidades de Mikaela Gretel Muller y se abonarán mensualmente hasta que alcance la edad de veintiún años, a menos que ella desee establecer contacto antes».

¿Establecer contacto? A Miki le dio un vuelco el corazón. ¿Quién le enviaba ese dinero?

Las manos le temblaban cuando pasó el documento. Justo debajo encontró su certificado de nacimiento. Registro civil. Su apellido: *Muller*. Nombres de pila: *Mikaela Gretel*. Y, justo debajo, los nombres de sus padres: *Klaus y Heather Muller*.

Miki dejó a un lado el certificado de nacimiento y, debajo, encontró un sobre en el que aparecía escrito su nombre. Le dio la vuelta y comprendió que alguien lo había abierto y luego había vuelto a sellarlo. Sin duda, Kurt había leído el contenido. Miki sacó la carta, la desplegó y leyó las primeras palabras: «Querida Mikaela: soy tu abuela, aunque seguramente no sabes que existo».

Estaba escrita a mano y fechada un mes después del incendio en el que habían perecido los padres de Miki.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y no pudo seguir. Estaba temblando, como si fuera un árbol del bosque zarandeado por una brisa impetuosa.

Se concedió un momento para recobrar la compostura, dejó la carta y apoyó las manos en la carpeta. Notó algo en el bolsillo posterior. ¿Había algo más? Introdujo una mano y extrajo un fajo de cartas atadas con una cinta

azul, idéntica a la que usaba su madre para recogerle el pelo cuando era pequeña.

Cuando deshizo el nudo, las cartas se desparramaron sobre la mesa. Eran felicitaciones de cumpleaños y en cada una de ellas aparecía un número en reluciente purpurina. Una por cada año cumplido, hasta los dieciséis. Abrió una de las felicitaciones y reconoció la misma letra de la carta manuscrita. «Para mi querida Mikaela, en su sexto cumpleaños. Con todo mi cariño y mis mejores deseos, tu abuela.»

Miki cerró los ojos y escuchó todos los sonidos que la rodeaban. El silencio y la quietud, los movimientos en el exterior de la casa: el motor de un coche que pasaba por la calle, el viento que azotaba las ventanas, los golpes de Geraldine trabajando con una azada en el jardín, voces infantiles en la casa de al lado, que primero discutían y luego, inesperadamente, estallaban en risas...

Y es que eso era la vida, ¿no? Llorar y luego reír. Caer y levantarse. Sufrir heridas y curarlas. Experimentar la soledad y tener amigos.

Miki respiró hondo, invadida por una marea repentina de emociones. Era consciente de que estaba a punto de descubrir lo que siempre había querido saber. Cogió de nuevo la carta y empezó a leerla:

Querida Mikaela:

Soy tu abuela, aunque seguramente no sabes que existo.

No tengo ni idea de lo que tus padres te contaron acerca de mí, pero siempre he deseado conocerte y espero que algún día llegues a leer esta carta. Tu madre y yo estábamos muy unidas hasta que conoció a tu padre. Fue entonces cuando todo cambió. Se distanció de nuestra familia y, desde entonces, apenas he mantenido contacto con ella. De joven, tu madre abrazó sus propios principios: creía que el estilo de vida que llevábamos tu abuelo y yo era excesivamente materialista, de modo que se apartó de nosotros y consagró su vida a su esposo y a su fe. Para mí fue muy triste, pero siempre respeté sus decisiones y mantuve las distancias.

Admito, sin embargo, que en muchas ocasiones me pregunté si era lo mejor que podía hacer, pero tenía la sensación de que no me dejaban más opción.

Cuando tienes hijos, lo que quieres es ayudarlos, aunque te rechacen, así que yo he intentado echar una mano de la única manera que he sabido: con contribuciones económicas para tu educación. Por desgracia, tu abuelo murió de un infarto cuando tenía cuarenta y dos años, pero ambos habíamos prosperado en nuestras carreras y eso me ha permitido seguir ayudándote. Tu madre nunca rechazó el dinero. Estoy segura de que quería lo mejor para ti y me alegra haber podido ayudar.

Cuando vuestros padres murieron, Kurt me informó de que se hacía cargo de tu tutela y de que tú no querías conocerme. Nunca he sabido si era cierto o no, pero decidí seguir haciendo los ingresos, con la esperanza de que al menos una parte del dinero te llegara o, por lo menos, te hiciera la vida algo más cómoda.

También reservé una considerable suma para tu educación. Me preocupaba que tu madre no quisiera proporcionarte más estudios después de haberse convertido a la religión de tu padre. Pero yo siempre he creído que la educación es importante y liberadora para las niñas, y siempre he tenido la sensación de que la forma en que te han criado podía dificultar tu acceso a los estudios superiores.

Si recibes esta carta, Mikaela, quiero que sepas que me encantaría conocerte y que aceptaré tus condiciones. No voy a exigirte nada.

Con todo mi cariño,

Tu abuela,

BRENDA JONES

Miki se quedó allí sentada, con la carta en las manos. Le rodaron lágrimas por las mejillas y cayeron sobre el papel. El dolor que le había causado Kurt al golpearla no era nada comparado con lo que sentía en aquel momento.

Notaba en su interior una tristeza inmensa. ¿Por qué sus padres no le habían contado que tenía una abuela? No lo entendía: ¿de verdad tenía que ver con la religión, como insinuaba ella en la carta? Pero Dios hablaba de amor y de tolerancia, de la importancia de la familia. Si sus padres amaban a Dios, ¿por qué se habían distanciado de la familia? ¿Y cómo se había sentido madre al perder el contacto con su propia madre? Era una barbaridad, Miki no conseguía entender por qué alguien iba a querer romper un vínculo tan importante. Si el incendio de la granja no se hubiera cobrado las vidas de sus padres, Miki y su madre aún seguirían muy unidas. Nunca dejaría de lamentar esa pérdida.

¿Y cómo afectaba eso a su relación con Kurt? Su hermano había estado aceptando dinero que en teoría era para ella y se lo había gastado en cosas para él. No era de extrañar que no quisiera dejarla irse de casa, porque entonces se acabarían los ingresos mensuales. El dinero de su abuela había servido para pagar la tienda y las otras adquisiciones de Kurt. Las dos camionetas. El barco. Las máquinas para hacer ejercicio. Entonces, ¿qué necesidad tenía de vender drogas? ¿Era ésa su estrategia para seguir teniendo dinero después de que ella se independizara? Miki estaba empezando a entender muchas cosas.

En ese momento se preguntó si Kurt se había preocupado de verdad por ella, o si ella no había sido más que el medio para conseguir un fin. ¿Una fuente de ingresos? No, sin duda Kurt debía de apreciarla a su manera. Habían compartido muchas cosas. La infancia, para empezar. La pérdida de sus padres y de la granja. El bosque. ¿Acaso todo eso no contaba?

Y entonces, con una inmensa tristeza, comprendió que su hermano jamás le habría contado nada acerca de las cartas y del dinero. Se habría aprovechado de esos ingresos extra mientras hubiera podido y quizá algún día le habría permitido irse de casa. Comprendió en aquel preciso instante que Kurt había incendiado la tienda no sólo para ocultar las pruebas de sus negocios con las drogas, sino también para librarse de aquella carta.

Pero... ¿por qué no la había destruido antes? ¿Por qué se había aferrado a aquella carpeta negra? ¿Por un sentimiento de culpa? No bastaba para absolverlo.

Contempló de nuevo las felicitaciones de cumpleaños y se preguntó por qué las había conservado su madre. Sin duda, había deseado que Miki las leyera algún día y descubriera la verdad.

Ése era el regalo que le había hecho. Una abuela. Alguien que se preocupara por ella.

Dejó la carta y las felicitaciones sobre la mesa, se puso en pie y salió por la puerta delantera al jardín de Geraldine. Después de la lluvia, las rosas que crecían junto a la valla habían rebrotado: las flores de color rosa cabeceaban, mecidas por la brisa que entraba desde la calle. El frente frío ya se había alejado, y si bien el cielo seguía siendo gris, era de una tonalidad más clara, lo que presagiaba un tiempo más cálido.

Miki se volvió hacia las montañas, en cuyas cimas seguían posadas las nubes de color azul grisáceo, y le pareció ver el débil trazo de un arcoíris. No sabía si era real o si lo había imaginado entre la neblina de sus lágrimas, pero daba igual. Lo único que sabía era que el río que fluía en su interior, como las aguas de los arroyos que descendían desde las montañas, rebosaba vida, deseos y esperanzas.

Epílogo

Un mes después del episodio del bosque, Leon cargó el kayak en la baca del coche y condujo hasta el río. Sólo estaba a quince minutos de su casa, pero por algún motivo no había ido en todos los meses que llevaba viviendo en el pueblo. Esa mañana, sin embargo, sentía la llamada del agua y no veía el momento de subir a la embarcación.

Pasó con el coche por delante del campo de fútbol, en el que tantos dramas había vivido durante el último año. Cruzó verdes tierras de labranza, en las que ya empezaban a brotar los cultivos, dejó atrás un viejo aserradero abandonado y un huerto de árboles frutales repletos ya de hojas de color verde lima y, por último, descendió por la carretera de grava que conducía al río. El estuario era tan ancho en aquella parte que no parecía un río, sino más bien una ensenada o un lago. Se detuvo en una orilla tapizada de hierba y pensó que nunca había visto unas aguas tan inmóviles y espejeantes, ni un reflejo tan perfecto del cielo y de las nubes.

El río siempre había estado ahí, pero Leon no sabía muy bien por qué nunca lo había aprovechado. Tal vez por miedo a despertar la nostalgia de su querida Bruny Island, que tanto había echado de menos en los primeros meses en el pueblo. Ahora ya podía admitirlo. Había echado de menos el murmullo de las olas al romper en las llanas playas grises de Adventure Bay. Y el embravecido océano Antártico salpicando espuma al estrellarse contra los acantilados, cerca del faro. Y las tranquilas excursiones en kayak por el canal, navegando entre cisnes. Incluso había echado de menos cargar con su canoa por las marismas repletas de cangrejos, cuando bajaba la marea. Ahora, sin embargo, había llegado el momento de adentrarse de nuevo en las aguas

con su kayak, pero esta vez al otro lado del canal, donde por fin estaba echando raíces. Seguía magullado y dolorido después de la terrible experiencia en el bosque, pero empezaba a recuperarse.

Tras aparcar cerca del agua, bajó el kayak de la baca del coche y lo arrastró hasta la orilla. El río parecía de cristal, y, cuando escuchó el roce de la embarcación al deslizarse sobre el agua, se sintió como si hubiera vuelto a casa. Comprendió entonces que el simple gesto de introducir el bote en el agua le proporcionaba una sensación de pertenencia que hasta entonces no había experimentado.

Se sujetó al asiento, subió al kayak y se sentó sin que éste se balanceara demasiado. La embarcación se hundió un poco bajo su peso, como si le diera la bienvenida: ya no recordaban lo que era estar juntos, pero no tardaron en ponerse al día.

Leon sujetó la pala con ambas manos, se dio impulso y el kayak empezó a deslizarse. Las aguas estaban completamente inmóviles, como si lo hubieran estado esperando. Leon sumergió la pala y salpicó con suavidad cuando la hoja hendió el agua. Los movimientos eran delicados y fluidos; el kayak deseaba avanzar.

Mientras remaba, un cormorán emprendió el vuelo desde un árbol, asustado, y sobrevoló la orilla. Se levantó una suave brisa y Leon notó en la piel la caricia del viento. La luz plateada que se reflejaba en el río alcanzaba las colinas lejanas e iluminaba los troncos blancos de los árboles. Nada interrumpía el silencio, excepto el canto de los pájaros y los movimientos rítmicos de la pala.

Durante un rato, Leon se limitó a seguir la orilla, deslizándose bajo los eucaliptos que tendían sus escuálidos brazos. Luego empezó a remar hacia aguas más profundas, hasta que encontró el ritmo. Empezó a entrar en calor y los músculos se adaptaron a la tarea de remar. Más tarde llamaría a aquella simpática veterinaria y le propondría hacer algo juntos. Ya se sentía preparado para establecer nuevos lazos.

Aquél era ahora su hogar.

Agradecimientos

Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a los poetas John Karl Stokes y Jane Baker, por los epígrafes que aparecen al principio de esta novela. Gracias por permitirme citar vuestras maravillosas obras.

Escribir una novela es, básicamente, un trabajo muy solitario, pero no podría haberlo terminado sin el apoyo de mi familia y amigos, ni tampoco sin las aportaciones de otras personas.

Por aportarle luz a esta novela, quiero dar las gracias al fabuloso equipo de Allen & Unwin. Gracias, en especial, a Jane Palfreyman, por guiarme hasta el corazón de esta historia, y a Angela Handley y Kate Goldsworthy, por sus detalladas propuestas de corrección. También quiero dar las gracias a mi editora francesa, Sarah Rigaud, en Les Escales, por sus acertados y oportunos consejos acerca del final de la historia.

El último borrador lo escribí mientras participaba en el programa Artists-in-Residence en la Boyd Property, en Bundanon, cerca de Nowra. Para mí fue una oportunidad única que me permitió sumergirme en la naturaleza y en el arte, así que quiero dar las gracias a la Fundación Bundanon por haberme proporcionado esa experiencia. También pasé algún tiempo escribiendo en el Cairns Bay Waterfront Retreat, en el río Huon, al sudeste de Tasmania.

Por su apoyo moral y sus ánimos durante los momentos difíciles, doy las gracias a Fiona Inglis, de Curtis Brown Australia, y a la maravillosa Deb Stevens, amiga y confidente. Gracias también a los miembros del grupo de escritores Ramekins, por aceptarme y aportarme valiosos consejos y reflexiones sobre la escritura y la vida. Biff Ward, Robyn Cadwallader, Jenni Savigny y Dianne Lucas, me enorgullece teneros como amigos literarios.

Varios amigos y colegas me ofrecieron también conocimientos técnicos: Stephanie Robertson me instruyó sobre abejas y apicultura, Judy Clarke me ilustró sobre trampas y demonios de Tasmania, Andrew McKee respondió a mis preguntas sobre actuaciones policiales, Denise Kraus me asesoró en temas médicos y Mandy McKendrick corrigió mis coloquialismos tasmanos.

Son varios los libros que me han inspirado y me han ayudado en la redacción de esta novela: *Engaging the Giants. A history of sawmill and tramways of Tasmania's southern forests* (Scott Clennett), *Following their Footsteps: Exploring Adventure Bay* (ed. C.D. Turnbull), *A Short History of Tasmania* (Lloyd Robson), *Voyages to the Southern Seas* (Danielle Clode), *Into the Woods* (Anna Krien), *Tasmania's Recherche Bay* (Bob Brown), *A History of Tasmania* (Henry Reynolds), *Into that Forest* (Louis Nowra), *In Tasmania* (Nicholas Shakespeare), y *The Forgotten Islands: One man's journey into a truly gothic Australia* (Mike Veitch).

Otros muchos amigos me han ayudado durante el proceso de redacción del libro, entre ellos Cindy Trewin, Alex Sloan, Jane Hodder, Marion Halligan, John Stokes, Kaaron Warren, Sarah Mason, Nigel Featherstone, Dan O'Malley, Sulari Gentill, Karly Lane, Kelli-anne Bertram, Craig Cormick, Jack Heath, Sarah Coleman, Heather Scott-Gagan, Alice Kenney, Sara Toscan, Jill Petherbridge, Sarah Toohey, Stella Clarke, Arianne Lowe, Deb Williams, Fiona Starr, Charlie Webb, Jess Winsall, Lynda Newman, Jeanne O'Malley, Denise Kraus, Felicity Sander, Emma y Mark Tahmindjis, Marina Tyndale-Biscoe y Lynne Whitehead. Gracias a todos por vuestra amistad y vuestra paciencia, por escucharme y animarme.

Gracias también a mis amigos de Facebook y Twitter, por vuestras conversaciones y comentarios, y por distraerme cuando necesitaba distraerme (y, a veces, cuando no lo necesitaba).

Por la corrección y las valiosas sugerencias, gracias a Marjorie Lindenmayer y Jim Viggers.

El impulso decisivo a esta novela se lo dio la increíble perspicacia y

comprensión de mi hermana, Fiona Anderson, que leyó los primeros borradores y me señaló con cariño qué partes no funcionaban, además de aportar esclarecedores consejos.

Y, muy especialmente, quiero dar las gracias a mi familia —David, Nina y Ryan—, por su inagotable paciencia y cariño, y por sus ánimos. David leyó el manuscrito muchas más veces de lo aconsejable y me ayudó a levantarme cada vez que me desmoronaba. Siempre estaré en deuda con él. Nina y Ryan han viajado con este libro durante todas las etapas del camino, aunque no siempre hayan sido conscientes de ello. Su buen humor y su humanidad me han mantenido en contacto con el mundo.

Notas

1. El deporte que practican Max y Leon es fútbol australiano (*footy*), en el que los jugadores pueden hacer avanzar la pelota utilizando cualquier parte del cuerpo. (*N. de la t.*)

El murmullo de los árboles
Karen Viggers

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Orchardist's Daughter*

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Mark Owen / Trevillion Images

© *The Orchardist's Daughter* – © Karen Viggers
Karen Viggers, 2019
Publicado de acuerdo con Allen & Unwin a través de International Editors' Co, Barcelona

© de la traducción, Montse Triviño, 2019

© Espasa Libros, S. L. U., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-670-5654-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!

